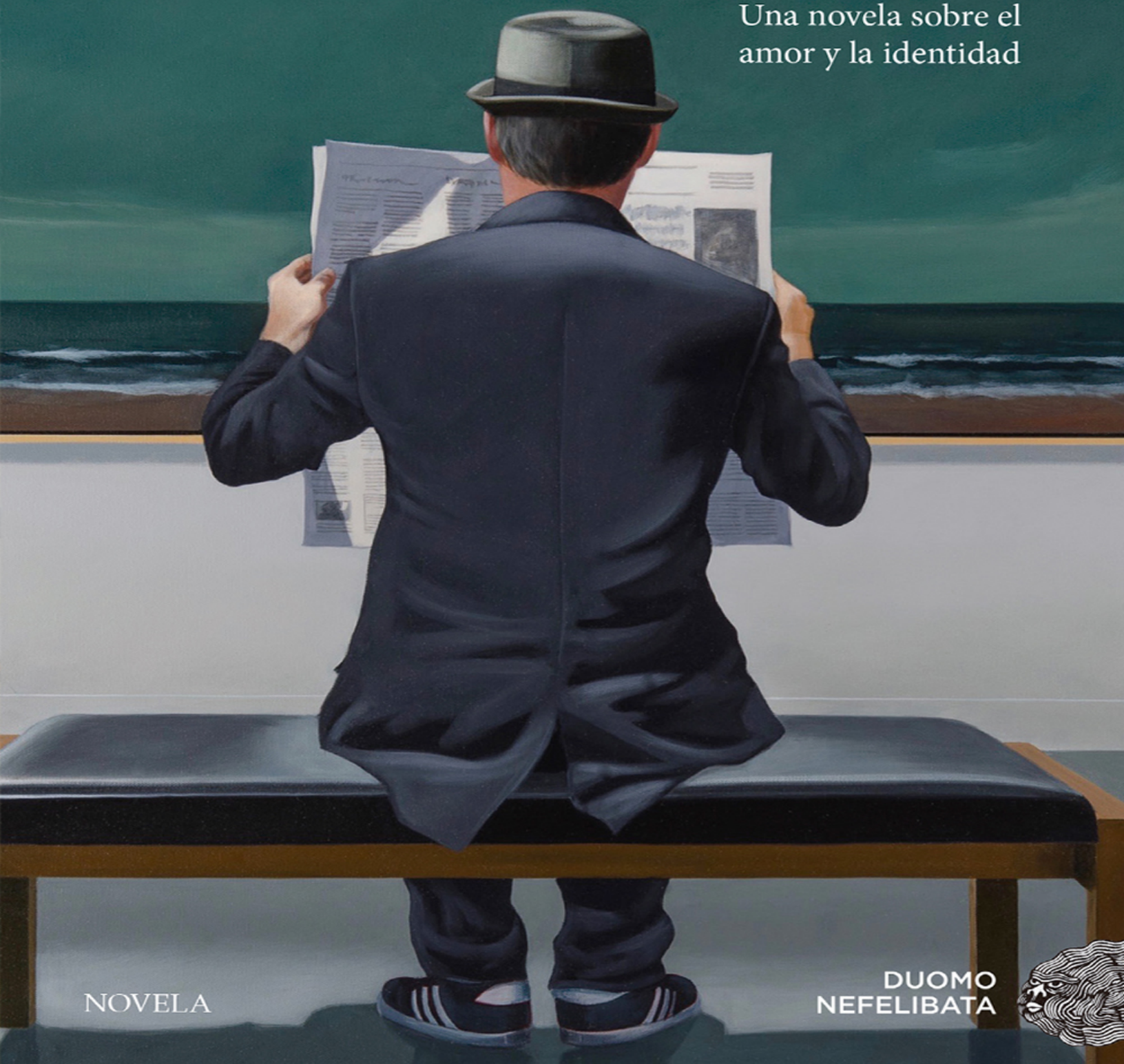


A.B. YEHOSHUA

El túnel

Una novela sobre el
amor y la identidad



NOVELA

DUOMO
NEFELIBATA



A. B. YEHOSHUA

El túnel

Traducción del hebreo
de Raquel García Lozano



Duomo ediciones

Barcelona, 2021

OceanofPDF.com

Índice

Portada
El túnel
En el neurólogo
Pero ¿qué ha dicho exactamente el médico?
El coche
Tomates
Permíteme a mí también ver la imagen del escáner
La línea genética
Fiesta de jubilación
Video
El discurso
Dime mi nombre y te dejaré en paz
Proyectos archivados
La casa caótica
El antiguo despacho
Ayudante sin sueldo
¿Qué has comido en la fiesta?
El código de la pasión
Dos niños
Insomnio
El guardián del lecho de su padre
El enlace viario de Beit Kama
La tumba de Ben Gurión
Bereshit
Shibolet
La bifurcación
La colina
Residentes sin identidad
La fotografía
Shibolet o Shibolet
Dos soles
La muerte
La quiche

El duelo
El fantasma de la ópera
Y otra vez con el neurólogo
Preparativos
Invierno
Viaje al final de la carretera
Todavía en el viaje al final de la carretera
La enfermedad palestina
Segunda esposa
La habitación deshecha
El minibús
Una agresiva bacteria
A urgencias
Aislamiento
La unidad de pediatría
Tatuaje
La vía de la curación
La azotea del hospital
Maymoni
Universidad Kibbutzim
Y de nuevo el antiguo despacho
Y de nuevo la línea genética
El proyecto del túnel
La mujer policía
Consejo de guerra
Permiso de conducir
La estación central de autobuses
El fondo para la investigación
La reunión de la comisión
Los nabateos
Awad Awad
La doctora escribe su enfermedad
Nevó
El soldado
La pareja de Askelón
La estudiante de medicina

El rastreador

El túnel

La tierra del ciervo

Notas

Créditos

OceanofPDF.com

A mi querida Ika (1940-2016)
por siempre amada

OceanofPDF.com

En el neurólogo

–Bueno, resumiendo –dice el neurólogo.

–Sí, resumiendo –murmuran ambos.

–Las quejas no son del todo infundadas. Realmente se aprecia en el lóbulo frontal una ligera atrofia degenerativa.

–¿Dónde exactamente?

–Aquí, en la corteza cerebral.

–Lo siento, pero yo no veo nada.

Su mujer se inclina hacia la imagen del escáner cerebral.

–Sí, hay algo oscuro aquí –reconoce–, pero muy pequeño.

–En efecto, es pequeño –confirma el neurólogo–, pero puede extenderse.

–¿Solo puede? –dice el hombre, con voz temblorosa–, ¿o también tiende?

–Puede y también tiende.

–¿A qué ritmo?

–Ninguna patología evoluciona de la misma forma, y menos en la corteza cerebral. El ritmo dependerá también de usted.

–¿De mí? ¿Cómo que de mí?

–De su comportamiento. Es decir, de cómo luche, de cómo pelee.

–¿Luchar contra mi cerebro? ¿Cómo?

–La mente contra el cerebro.

–Y yo que pensaba que eran lo mismo.

–En absoluto, en absoluto –sentencia el neurólogo–. Señor, ¿cuántos años tiene?

–Setenta y tres...

–Aún no –corrige su mujer–, siempre se adelanta... al final...

–Ve –refunfuña el médico–, eso no es bueno.

Por primera vez el enfermo se da cuenta de que entre los rizos del neurólogo se oculta una pequeña kipá. Al examinarle tumbado, probablemente se la había quitado por temor a que se cayese en la cara del paciente.

–Porque, mira, por ejemplo, los nombres que se te escapan...

–Los nombres propios sobre todo –se apresura a puntualizar el enfermo–,

porque los apellidos aún afloran con relativa facilidad, pero los nombres propios es como si se desvaneciesen cuando intento tocarlos.

–Pues ya tiene un pequeño campo de batalla en el que luchar. No se conforme con los apellidos, no prescinda de los nombres propios.

–Yo no prescindo, pero, cuando me esfuerzo por recordarlos, ella siempre salta y se me adelanta.

–Eso no está bien –el médico reprende a la mujer–, así no lo ayuda nada.

–Es verdad –dice, reconociendo su culpa–, pero es que, a veces, su capacidad para recordar los nombres propios es tan lenta que hasta olvida lo que quería decir de ellos.

–A pesar de todo, debe permitirle luchar consigo mismo para recordar, solo así podrá ayudarle.

–Tiene razón, doctor, lo prometo.

–Dígame, ¿aún trabaja usted?

–Ya no. Estoy jubilado, hace cinco años.

–¿Jubilado de qué? Si me permite preguntárselo.

–De Netivei Israel.

–¿Netivei Israel? ¿Qué es eso?

–Lo que antes era la Compañía Nacional de Carreteras, el Departamento de Obras Públicas. Allí me dediqué durante cuarenta años a la planificación de caminos y carreteras.

–Caminos y carreteras–. Al neurólogo le hace gracia–. ¿Dónde? ¿En el norte o en el sur?

Cuando se dispone a dar detalles precisos, vuelve a entrometerse su mujer.

–En el norte. Doctor, tiene ante usted al ingeniero al que pidieron que ayudase a la empresa Derech Eretz a diseñar los dos túneles de la Autopista 6.

«¿Precisamente los túneles?», piensa el marido con asombro, pues él no cree que sean el mejor ejemplo de sus logros. Pero al neurólogo le ha entrado curiosidad. ¿Y por qué no?, tiene todo el tiempo del mundo. Es el último paciente de la tarde, la recepcionista ya ha cobrado la factura y se ha marchado, y su apartamento está justo encima de la clínica.

–No me había dado cuenta de que hay túneles en la autopista 6.

–Porque no son largos, apenas unos cientos de metros cada uno.

–De todos modos tendría que haberme dado cuenta y no ir soñando por la

carretera –se reprende el médico–. Es posible que otros ingenieros de caminos vengan a mi consulta.

–Vendrán únicamente –intenta bromear el enfermo– si no consiguen ocultar su demencia entre los enlaces viarios.

–¿A qué viene eso de la demencia? –se rebela el neurólogo–. Aún no hemos llegado a ese punto. No empiece a etiquetarse con algo de lo que no tiene ni idea, y no alimente miedos infundados, y, sobre todo, no se deje llevar por la pasividad ni el fatalismo. Tampoco la jubilación es el fin del mundo, así que lo primero que tiene que hacer es buscarse una ocupación relacionada con su profesión, aunque sea a tiempo parcial, privada.

–Doctor, no existe lo privado. Las personas privadas no asfaltan carreteras ni promueven caminos. Las carreteras son un asunto público, y allí ya hay otros, jóvenes.

–Entonces, ¿qué va a hacer?

–Oficialmente, quedarme en casa. Pero yo paseo, camino y me doy una vuelta. Y también salimos mucho a espectáculos. Teatro, música, ópera y, a veces, también conferencias. Y, por supuesto, también ayudo a los chicos, quiero decir, sobre todo con los nietos, a los que hay que ir a buscar, llevar y recoger. Y también hago algunas tareas domésticas: ordenar, comprar en el supermercado, en el mercado, y a veces...

–Le gusta andar por el mercado –dice su mujer, apresurándose a poner freno a tanto listado.

–¿Por el mercado? –se sorprende el neurólogo.

–¿Por qué no?

–Al contrario, si se encuentra bien en el mercado, es estupendo.

–Porque yo cocino.

–¡Oh! ¡También cocina!

–Mejor dicho, sobre todo corto, mezclo y doy una segunda vida a las sobras, porque fundamentalmente soy el responsable de preparar la comida antes de que ella regrese del hospital.

–¿Hospital?

–Soy pediatra –murmura su mujer.

–Estupendo –dice el médico, aliviado–, así que tengo aquí a una colega.

Y aunque la mujer es veinte años mayor que el neurólogo, la interroga sobre su trabajo, sobre sus estudios, sobre su experiencia médica, como si no fuera una doctora veterana en un gran hospital, sino una joven candidata

a trabajar con él, que podría acompañarle en la batalla contra esa sospechosa atrofia de su marido, que puede extenderse.

—¿Qué somníferos le da?

Ella posa una mano sobre el hombro de su marido.

—No le doy somníferos, porque normalmente duerme bien sin pastillas, pero en raras ocasiones, cuando le cuesta conciliar el sueño, se toma... ¿qué te tomas?

El enfermo no se acuerda del nombre, solo de la forma.

—Esas triangulares pequeñas...

—Se refiere al Xanax.

—Si es solo Xanax, no pasa nada —dice el neurólogo—, pero tenga cuidado de no darle ninguna otra pastilla más fuerte, porque la región central del cerebro, la que diferencia entre el día y la noche, a partir de ahora será un lugar sensible, y no conviene excitarlo con pastillas como...

Y, de un plumazo, el médico anota en un papel los nombres de las pastillas prohibidas.

Ella lee la lista, la dobla y la mete en su cartera. Pero el médico sigue interrogándola.

—¿Hay o ha habido síntomas parecidos en su familia?

Se vuelve hacia su marido con mirada dubitativa, pero él guarda silencio, prefiere que ella responda en su lugar.

—Ningún síntoma... ni en sus padres ni en su hermana.

—¿Y en generaciones anteriores?

Ahora ya no le queda más alternativa.

—A mis abuelos por parte de padre no los conocí —precisa el enfermo con cierta amargura—. Eran más jóvenes que yo ahora cuando fueron asesinados en Europa, de modo que quién sabe si estaba latente en ellos la misma... es decir... eso que me acaba de diagnosticar a mí. Y todos los miembros de la familia de mi madre nacieron aquí y, hasta donde yo sé, gozaron hasta el último momento de cordura y lucidez, salvo... un momento... tal vez... solo tal vez... una pariente lejana de mi madre, que llegó del norte de África a finales de los años sesenta y precisamente aquí, en Israel, cayó en un profundo mutismo debido a la depresión... o a la ira... o... tal vez, quién sabe, tal vez también ella tuviese, solo tal vez, ¿esta demencia?

Y sorprendentemente, el neurólogo ya no se rebela contra el nombre explícito que vuelve a salir de los labios del paciente, sino que vuelve a

mirar la imagen del escáner antes de deslizarla con cuidado en un sobre grande, escribir en él con grandes letras Zvi Luria y, para evitar confusiones, añadir también el número de su carné de identidad. Pero cuando pretende entregarle el sobre a la mujer, que acaba de ser nombrada acompañante del enfermo, Luria se adelanta a cogerlo y lo aprieta contra el pecho. Por un instante, parece que el médico quiere decir algo más, pero un ruido de pasos rápidos en su apartamento, situado encima de la clínica, lo refrena y se levanta para despedirlos. El paciente se apresura a incorporarse, listo para marcharse, pero su mujer aún duda, como si temiera quedarse sola con la enfermedad.

—Sobre todo actividad —concluye el médico, en tono tajante—. No evitar a las personas, aunque cueste identificarlas. No se debe huir de la vida, todo lo contrario, hay que buscarla, estar en contacto directo con ella.

Mientras está hablando, el médico empieza a apagar las luces, pero no se apresura a subir a su apartamento, sino que los acompaña hasta la puerta del edificio e ilumina con unos pequeños focos su amplio jardín para que encuentren fácilmente el camino hacia la calle. Y antes de despedirse, dice unas últimas palabras en otro tono, más suave y emotivo:

—Ustedes son intelectuales, personas abiertas a las que se puede hablar con franqueza, sin rodeos. Cuando he dicho que no se debe huir de la vida, me refería a todas sus facetas, también a las más íntimas. Entre ustedes, por supuesto. Es decir, no renunciar a la pasión, no temerla. A pesar de la edad y de la situación. Porque la pasión es muy importante para la actividad cerebral. No solo por lo que se ha descubierto, sino también para ustedes dos. ¿Me comprende, doctora Luria? Es decir, no solo no hay que renunciar, sino todo lo contrario, incrementarla. Es beneficioso, créanme, lo sé por propia experiencia.

Y de repente duda, como si hubiese ido demasiado lejos. Y mientras el paciente asiente agradecido, su mujer murmura aterrada:

—Sí, doctor, por supuesto, lo comprendo, y también lo intentaré, es decir, ambos...

Pero ¿qué ha dicho exactamente el médico?

Solo cuando el neurólogo se ha marchado a su casa, sienten que una cortina de lluvia fina, pero cargada de electricidad, está pasando por encima de ellos, así que él le sugiere a su mujer que aguarde en la parada de autobús mientras trae el coche. Pero ella se niega.

–No me digas –sonríe con resentimiento– que de repente temes que no encuentre el coche.

–Ni lo he dicho ni lo pienso, pero ahora no quiero esperar sola en ningún sitio.

–¿Y la lluvia? Ayer mismo estuviste en la peluquería.

–Si me das el sobre grande, me protegeré con él la cabeza.

–¿Quieres que lo que me queda de cerebro se borre con la lluvia?

–Tonterías –se ríe su mujer–, la lluvia no te borrará nada. Démonos prisa. Y con desesperado entusiasmo se agarra de su brazo y sigue adelante.

–¿A qué ha venido eso de hablarle de los túneles de la autopista 6? ¿Por qué de esos precisamente?

–Porque cuando has dicho que ya no trabajas y que solo das vueltas por el mercado, me ha dado la impresión de que iba a empezar a menospreciarte. Quería defender tu dignidad.

–¿Menospreciarme? ¿Por qué? Y, aunque así fuese, ¿por qué precisamente los túneles? Eso no es lo más importante que he hecho.

–Porque recuerdo que hablabas mucho de ellos.

–¿De los túneles de la autopista 6?

–Sí.

–Pues ya que has hablado de túneles, ¿por qué has dicho dos y no tres? Precisamente el túnel meridional, el que conecta con la autopista 1 hacia Jerusalén, fue más complicado.

–¿Eran tres? No me acordaba, la próxima vez diré tres.

–La próxima vez no dirás nada –la reprende su marido–. Esos túneles no son importantes para mí. No necesito el respeto de nadie. Aquí es, en esta callejuela es donde hemos aparcado.

–Te equivocas, el coche está en la siguiente calle.

–No, es aquí. Estás confundida.

Y, en efecto, al final de la calle, el coche parpadea a su dueño con lealtad.

Arroja el sobre mojado al asiento trasero y se apresura a arrancar para que salga aire caliente. Y mientras se está abrochando el cinturón, lo atrapa la desesperación: ¿Desde este momento estará a merced de su mujer, y ella sometida a sus engañosos delirios?

–De todas formas, gracias por no contarle al médico lo que pasó en la guardería.

–¿Gracias por qué?

–Porque tal vez habría recomendado ingresarme.

–Estás de broma.

–¿Por qué? ¿Es que un abuelo que va a la guardería a recoger a su nieto y, sin darse cuenta, se lleva a otro niño no merece que lo ingresen?

–No, porque no todo fue por tu culpa. También ese pequeño, ¿cómo se llama?

–Nevó...

–Sí, ese tal Nevó, como reconoció la maestra, ya había intentado antes pegarse a otro abuelo. A lo mejor se avergüenza de la filipina que va a recogerlo, o le tiene miedo.

Pero, en la oscuridad del coche, Luria está decidido a inculparse.

–La cuestión no es si lo intentó o no. La cuestión es cómo no me di cuenta de que había cambiado a mi nieto por un niño extraño. Porque si la filipina no hubiese echado a correr dando gritos para arrebatármelo, yo habría sido capaz de subirlo a casa y hasta de darle de cenar.

–En absoluto, te hubieses percatado antes. Y además, ese niño, así lo reconoció también Abigail, realmente se parece un poco a nuestro Noam, que estaba dormido en el cajón de arena cuando llegaste a la guardería. Por favor, Zvi, no montes ahora un drama, estabas un poco despistado, nada más.

–¿Nada más?

–Nada más. Créeme. Y, como te ha advertido el médico, no empieces ahora a atemorizarte y a huir de la vida por miedo a hacer tonterías. Yo respondo por ti porque confío en ti.

Y de pronto se estremece.

Con el rugido del coche, que aún aguarda sus órdenes, Luria se

desabrocha el cinturón de seguridad para poder unir con un abrazo ancestral la desesperación de su mujer y su propia decadencia.

Ya en casa, consciente de que a ojos de su mujer es un sombrío diagnóstico, se pone a preparar la cena para que ella pueda relajarse un poco bajo el chorro caliente de la ducha. Como viene haciendo últimamente, utiliza los fogones en vez del microondas o el horno, y el murmullo azulado de las llamas lo reconforta un poco, de modo que deja que sigan ardiendo después de terminar de freír. Y mientras matan el hambre del largo día de médicos con un revuelto de huevos, mantequilla y patatas asadas, un plato que a Luria nunca le falla, se despierta el móvil, que ha sido devuelto demasiado pronto a la vida, y la hija, Abigail, exige saber si ha aparecido algo real en el escáner cerebral de su padre. Luria tiene claro que no podrá recuperar por sí mismo la confianza que perdió en la guardería, así que le pasa el teléfono a la nueva colega del neurólogo, para que sea ella, en calidad de médica, la que informe de que la atrofia descubierta aún es leve y que, por tanto, no hay ningún motivo de momento para no devolverle al abuelo su turno del martes.

Pero con la preocupación del hijo mayor, Yoav, que llega rápidamente desde el norte, tiene ganas de enfrentarse él mismo, y se engaña pensando que hasta podrá bromear con los primeros síntomas de la demencia.

—No es tan terrible —dice con aparente ligereza—, aún te reconozco, hijo, pero quién sabe si esto continuará así mucho tiempo, así que, si quieres algo de mí, conviene que te des prisa.

Pero la jovialidad, que está bien para días normales, se desmorona ante el resultado de un escáner cerebral. Durante el último año, por respeto a su padre y también a sí mismo, el hijo ha intentado obviar los síntomas de despiste y demás rarezas que han percibido los ojos críticos de Osnat, su mujer, pero ahora la negación se convierte en pánico y, en vez de reconfortar a su padre y asegurarle que puede contar con él pase lo que pase, exige hablar con su madre para obtener una respuesta clara y autorizada, porque todo lo dicho hasta ese momento con espíritu burlón no puede ser tenido en consideración, e incluso puede interpretarse como un primer síntoma de demencia.

Luria, que le ha pasado el teléfono a su mujer, se aleja del campo auditivo para ahorrarse los detalles médicos que la pediatra transmite a su hijo con precaución y delicadeza. Y no solo lo hace por miedo a ese algo

pequeño que «puede y también tiende» a extenderse, sino también porque le cuesta ser testigo de la pena y el dolor de su hijo, que probablemente comprende que no solo la vida de sus padres se va a desmoronar, sino también la suya. Y desde el norte, desde Galilea, donde es dueño y también esclavo de una próspera empresa de microprocesadores, Yoav vuelve a indagar una y otra vez sobre lo que ha dicho exactamente el médico y, cuando escucha que es posible que la mente sea capaz de frenar o al menos de ralentizar la degeneración del cerebro, se agarra a ese argumento tan poco sólido y le exige a su madre iniciativas concretas para activar la mente de su padre, que en su opinión se ha ido marchitando desde la jubilación.

Y así, en vez de ser elegíaca y reflexiva, la conversación entre madre e hijo acaba siendo crispada y furiosa. Y cuando se da por concluida, su mujer se dirige a él con ira.

—¿Cómo has podido decirle que hemos despedido a la asistenta?

—¿Quién ha dicho que la hemos despedido? He dicho que hemos reducido las horas.

—Pues de repente me ha soltado: no puedes convertir a papá en tu criada.

—¿En tu criada? —se sorprende Luria—. ¿Eso ha dicho? ¿Qué le pasa? Le debe de tener tanto pánico a la demencia que está empezando a buscar culpables por los rincones.

—No, no —dice ella, mientras le hierve la sangre—, no vuelvas a decir demencia. El médico te ha advertido de que no lo digas.

—¿Entonces qué digo?

—Di ofuscación, confusión, despiste... ya encontraremos otras palabras mejores.

Mira con cariño a su mujer. Aún lleva puesto el albornoz y una toalla en la cabeza a modo de turbante y, pese a su edad, parece una bailarina hindú o turca. ¿Podrá soportar su demencia si se la llama con otros nombres?

El coche

La somnolencia se la arrebató antes de lograr encontrar para él «otras palabras mejores». Agotada por un largo día, que ha empezado en la unidad de pediatría de su hospital, y aterrada por otra clínica, donde se le ha encargado colaborar en el tratamiento de una enfermedad incurable, se aleja de su marido y el sueño se apiada enseguida de ella. Él le tapa los pies, que aún no han encontrado su sitio debajo de la manta, y, antes de abandonarse también a las bondades del sueño, quiere examinar atentamente la imagen de su corteza cerebral para comprobar si la atrofia que sus ojos no han alcanzado a ver es real o solo posible. Pero la la imagen del escáner se ha quedado en el coche, que está en el aparcamiento subterráneo del edificio. Baja en zapatillas y ropa ligera al coche, que sigue refrescado por las gotas de lluvia.

Es un coche normal y corriente comparado con ese tan potente y cómodo que recorría a toda velocidad las carreteras y caminos, el que Netivei Israel puso a su disposición cuando era ingeniero jefe. Es cierto que, después de jubilarse, el viejo coche siguió a su disposición a cambio de una cantidad simbólica, pero cuando resultó ser un armatoste en la maraña de aparcamientos del centro de la ciudad, y su color gris también lo hacía desaparecer en los aparcamientos subterráneos, fue sustituido por un coche nuevo, más pequeño pero de una gama más alta, un coche al que resultaba fácil entrar y del que era fácil salir, y de un color rojo metalizado que resaltaba rápidamente a la vista, incluso a una vista algo cansada con los años. Y últimamente, Luria ha empezado, solo a escondidas, a intercambiar con él una o dos palabras.

A decir verdad, fue el coche quien se dirigió primero a él. Tras aprender a controlar los accesorios y el comportamiento del mismo le pareció que, al arrancar, el zumbido de los engranajes y los pistones iba acompañado por un leve y fino susurro, el eco de una voz de niña japonesa o coreana que tal vez había sido introducido en el sistema eléctrico, como una especie de deseo de buen viaje para el conductor que había elegido el vehículo correcto. Claro está que jamás le habló a su mujer de esa voz femenina,

para no añadir más pesar a sus pesares, pero cuando estaba a solas en el coche a veces le respondía a la joven: «Sí, querida, te oigo, pero no te entiendo».

Sin embargo, ahora, por la noche, no hay razón alguna para poner en marcha el coche y romper el silencio del garaje. Enciende las luces interiores, recoge del asiento trasero el sobre, con su nombre y su número del carné de identidad emborronados por la lluvia, y saca con cuidado la imagen del escáner para comprobar de una vez por todas si la atrofia, cuya existencia ha admitido tan rápidamente su mujer, es real y, en tal caso, hacia dónde tiende a extenderse. Pero ¿dónde está? ¿Cómo se identifica? En la imagen hay montones de agujeros negros diseminados por todas partes. Seguramente la mayoría son buenos, e incluso necesarios, y al neurólogo no le preocupan. Entonces, ¿cómo diferenciar entre uno bueno y uno malo?

Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Si, con la nueva atrofia, van desapareciendo precisamente los nombres propios, es de suponer que también los nombres de su mujer y de sus hijos y nietos desaparecerán en ese agujero negro. ¿El bochornoso episodio de la guardería fue solo un momento de despiste? ¿O tal vez una vieja impronta reconoció en ese chiquillo algo familiar y por eso se dirigió hacia él? Es cierto, a partir de ahora resultará fácil culpar de cualquier error o fallo a la debilidad del cerebro, pero ¿podrá la mente, que el neurólogo ha diferenciado del cerebro, luchar contra el cerebro engañoso, o al contrario, aliarse con él?

Decide comprobar si es capaz de recordar con precisión el código de arranque del coche. Y aunque la memoria no le falla, se da cuenta de que el rugido del motor ya no va acompañado por el susurro de la joven del fabricante. «Muy bien», murmura Luria, cuantos menos delirios haya, más fácil le resultará a la mente fortalecer el cerebro disminuido. Lo fundamental es tener cuidado cuando vaya al volante. Porque si le retiran el permiso de conducir por algún error o alguna desgracia, podría perder el gusto por la vida. Así pues, para comprobar su pericia al volante acerca el coche suavemente a unos pocos centímetros de la pared. Luego da marcha atrás y retrocede pitando hacia el centro del garaje, hacia un coche aparcado enfrente. De repente, un haz de luz le da en la cara, y un coche que entra disparado en el garaje frena en seco para dejar que el vehículo rojo gire hacia la salida. Pero Luria no quiere salir, solo quiere comprobar su nivel de pericia al volante y a continuación regresar al lugar de partida. El

conductor, que aguarda en vano, parece que está empezando a preocuparse por las erráticas maniobras de Luria y, como buen vecino, se siente en la obligación de preguntar si el anciano conductor necesita ayuda.

—No, todo está controlado —le dice Luria al joven asomado por la ventanilla—, he olvidado algo en el coche y, de paso, estaba comprobando una cosa en el motor.

El joven dirige la mirada hacia la imagen del escáner cerebral que está al descubierto sobre el asiento y, a continuación, examina las viejas zapatillas de estar por casa que lleva puestas.

—Buenas noches —suelta Luria para quitarse de encima al curioso.

—Buenas noches —murmura el vecino, que de todas formas vuelve a preguntarle si está seguro de que no necesita ayuda.

Hay que tener cuidado en público, incluso en un garaje privado. Imágenes de escáneres a la vista, ropa descuidada y zapatillas de estar por casa pueden despertar sospechas de que la cabeza no rige bien. Aunque el neurólogo se niega a diagnosticar demencia y su mujer busca palabras más agradables, hay que procurar tener siempre un aspecto limpio e impecable. Así pues, antes de que llegue otro vecino, vuelve a meter la imagen del escáner en el sobre y regresa rápidamente a su casa. Entonces descubre que, con la agitación que tiene, la durmiente se ha destapado y ha tirado la manta al suelo, así que tiene que encender una luz pequeña, muy tenue, para restablecer el orden. Y Dina ya ha abierto los ojos.

—¿Dónde te habías metido?

—He bajado al garaje, porque me preocupaba la imagen del escáner que hemos olvidado en el coche.

—No hay por qué preocuparse, hay una copia de todas en el ordenador y, además, pronto te harán otro escáner para ver cómo evoluciona.

—Pero ¿cómo voy a saber cómo evoluciona si aún no entiendo lo que hay?

—No hay mucho que entender. Incluso lo que ha aparecido apenas existe.

—¿Cómo se llama el neurólogo? De repente se me ha ido su nombre.

—Doctor Laufer.

—No, su nombre propio.

—¿Para qué lo quieres saber?

—Él me ha dicho que no prescinda de los nombres propios.

—Creo que se llama Nadav, o Gad. Pero ¿qué importa eso ahora?

- Porque seguro que recuerdas lo que ha explicado sobre la pasión.
- Por supuesto.
- Que también es importante para la lucha.
- Importante o no, no renunciaremos a ella.
- ¿Ahora?
- No. Ahora no solo me costaría a mí, también a ti. Pero tranquilo, sabes que siempre estaré contigo.

OceanofPDF.com

Tomates

Por la mañana le dice a su mujer:

–Hoy el coche es tuyo. Faltan tantos productos básicos, de alimentación y de limpieza, que voy a tener que ponerme a organizar el pedido grande del supermercado. Aquí está la lista, mira a ver qué falta y qué sobra.

–¿No irás al mercado?

–Si voy, será solo por alguna fruta o alguna verdura especial.

–Pero que estén frescas y tengan buen aspecto. No pienses en el precio, solo en la calidad. Y cuando pases por la zona de las flores, pídele a Iris un ramo de anémonas.

–¿Iris?

–La mayor, no la joven, ella te reconocerá. Y también allí tienes que comprobar que las flores estén frescas.

–Pero si la casa está llena de flores.

–Están mustias y necesitan un plus de frescura. Así que acuérdate de traer solo anémonas. Es la época ahora, que no te engatusen para que compres otras.

–Entendido.

–Yo volveré como muy tarde a las dos. Contento y no comas sin mí.

–Hasta las dos aguantaré. Pero ¿no convendría mostrar el resultado del escáner a alguien de tu hospital? Sin decir de quién es, por supuesto.

–No hay nada que mostrar. Todo está claro. Y convendría que también tú te quitases de la cabeza tu cabeza. Lo que ha aparecido es tan pequeño y está tan borroso que alguien que no sea especialista en diagnóstico por imagen no distinguiría nada.

–Perdona, perdona, pero entonces, ¿por qué tú, que no eres una especialista de ese tipo, y menos en adultos, has confirmado tan deprisa el diagnóstico?

–Porque soy especialista en ti.

–Menuda ocurrencia.

–Espera, ¿es que no soy especialista en ti?

–En parte... solo en parte. Y cuando la demencia haga acto de presencia,

estarás perdida.

—Otra vez esa palabra.

—Pues propón otra y veremos si es apropiada.

El supermercado no está lejos y, a esa hora de la mañana, tampoco está abarrotado. Como la distancia es corta, Luria prefiere alargarla un poco yendo por los senderos del parque municipal, donde, a esas horas, hay una gran mezcolanza de perros jugando: unos brincan con sus correas alrededor de sus amos y otros corretean a su antojo. Luria los mira con cariño, intentando encontrar entre ellos a uno que se parezca al lobo gris, el perro fiel de la familia que, hace tres años, trasladó su residencia al norte para pasar el resto de su vida rodeado de la paz y la libertad que le proporcionarían su hijo y sus nietos en su nueva casa. Pero la libertad campestre avivó la nostalgia del perro, lo impulsó a volver al centro y, de camino a casa, desapareció. Quién sabe en qué carretera estará tendido su cuerpo. La retirada de animales —perros, zorros, lobos, ovejas y vacas que han sido atropellados mortalmente, o solo heridos, en las carreteras interurbanas— es responsabilidad de Netivei Israel, y Luria conocía al viejo veterinario que se encargaba de esa tarea, pero en la Autopista 6, que es de peaje, esa responsabilidad recae en la concesionaria que se lleva las ganancias. Y como el norte es una zona rica en animales salvajes cuyo hábitat era atravesado bruscamente por esa carretera ancha, repleta de enlaces viarios y alambradas, la Autoridad de la Naturaleza y Parques exigió que se horadara gran parte de la montaña y se soterrara una parte de la autopista con un túnel, no solo para proteger determinadas especies de plantas, sino sobre todo para posibilitar que el ganado y los jabalíes, los zorros y los chacales, y también los erizos y los conejos, pasaran de forma segura, especialmente por las noches, por encima de la ruidosa carretera. Ese es uno de los tres túneles en cuyo diseño participó Luria, y habría que recordarle a Dina, que por alguna razón alardeó de ellos, que su finalidad en origen fue ética, pero también limitada.

Conduce su carro con confianza por el inmenso supermercado, pero como camina siguiendo la lista que lleva en la mano y no según el orden de las estanterías, para no verse tentado a llenar el carro de productos innecesarios tiene que recorrer un pasillo tras otro y volver muchas veces sobre sus pasos, y según van pasando los minutos hay clientes, y sobre todo clientas, a los que su cara ya les resulta familiar y lo tratan como a un

empleado al que se le puede pedir orientación e incluso un buen consejo. Las frutas y verduras le parecen frescas, así que decide dejar lo de ir al mercado y añade algunas al pedido general. Rodea los montones de verduras y de frutas varias veces, las examina meticulosamente y carga el carro con generosidad. En el mostrador de la carne cree haberse expresado con claridad y precisión, pero en la cola para pagar se da cuenta a tiempo de que en vez de muslos de pollo ha elegido muslos de pato y, antes de que el pitido de la caja se los sume a la cuenta, coge el paquete y lo mete entre las chucherías destinadas a hacer callar a los niños que pierden la paciencia en la cola de la caja.

La dirección está escrita con claridad y, como el pedido va a salir dentro de una hora, se pueden incluir también los productos que necesitan refrigeración. Así pues, Luria sale ligero y libre del supermercado, llevando solo una caja de polos, ya que según las normas el supermercado no se hace responsable de su conservación. De nuevo está caminando por el hermoso parque, y los arriates de flores que adornan las parcelas de césped le recuerdan que debe llevarle a su mujer las anémonas que le alegrarán el alma, aunque, en su opinión, aún no se les ha sacado todo el provecho a las que hay en casa. Le encanta el mercado, pero desgraciadamente los polos no van a aguantar tanto, así que antes que tener que tirarlos, chupa uno y luego otro, y hasta les ofrece a los transeúntes, pero no a los niños ni a las niñas, ni siquiera a los adultos que puedan dudar de sus intenciones, solo a una filipina de gesto serio y a un sudanés alto, y también a un anciano y a una anciana que están ahí plantados, absortos e inmóviles. Por fin llega al puesto de las flores con las manos vacías y ligeras, pero lamentablemente las anémonas que le ofrece la veterana florista, que le llama por su nombre y apellido, le parecen mustias y extrañas, así que pese a las protestas de la vendedora se niega a comprarlas y, para no volver del mercado con las manos vacías, se dirige a los puestos de frutas y verduras.

El pedido se le ha adelantado y está bloqueando la entrada al piso, de modo que tiene que saltar con cuidado para no pisar los productos, que enseguida van entrando uno tras otro en la casa y buscando su sitio. A Luria le gusta ordenar y lo hace con la esperanza de que esa tarea le fortalezca el cerebro tanto o más que el empeño en recordar los nombres propios de las personas que pasan. Y de pronto descubre estupefacto que, involuntariamente, ha comprado tal cantidad de tomates, en el

supermercado y en el mercado, que la casa va a tardar muchos días en poder digerirlos.

¿Debe apresurarse a tirar a la basura parte de los tomates, para que la vergüenza por semejante despiste no sea tan grande? Es una posibilidad, pero dolorosa, porque los tomates son de categoría, de una gran calidad y de un aspecto excelente. Tiene que encontrar una solución creativa y osada, así que llama a su hermana, una conocida filóloga, para que lo aconseje.

—¿Cómo se os han acumulado de repente tantos tomates?

—No a nosotros —puntualiza Luria—, solo a mí. He estado en el supermercado y he comprado tomates y, desde allí, he ido al mercado a comprarle anémonas a Dina, pero me ha parecido que estaban mustias; por otra parte, los tomates eran muy hermosos.

Silencio. Su hermana ya había notado durante el último año la pérdida de memoria de su hermano, dos años mayor que ella, pero había evitado hacer alguna alusión que le resultara dolorosa a él y también a ella misma. Al final le pregunta:

—¿Cuántos tomates has comprado?

—En el mercado dos o tres kilos.

—¿Tantos? ¿Para qué?

—Bueno, he pensado...

—¿Qué has pensado?

Ahora en la voz de su hermana no hay pena, sino cierto tono de reprimenda.

—Al parecer no he pensado exactamente —reconoce—, tal vez porque las anémonas que me ofrecían estaban mustias, y los tomates eran tan hermosos que me he olvidado de que ya había comprado en el supermercado. He debido de pensar que eso fue hace una semana.

—¿Y cuántos has comprado en el supermercado?

—Algo por el estilo, dos o tres kilos. Pero ¿por qué te pones así? Puedo tirarlo todo, ¿cuánto ha costado? Unos céntimos... Si se te ocurre algo, dímelo. Si no, no es ninguna tragedia.

—Espera, no los tires... Veamos qué podrías hacer...

—Eso es lo que quiero. En vez de interrogarme, dame ideas. Una sopa o una salsa, por ejemplo.

—De todas formas, Zvi, ¿no quieres comprender lo que se te ha pasado exactamente por la cabeza?

¿Por qué ocultarle la verdad, cuando ella misma comparte todos sus males con ellos con tediosa sinceridad?

—La cosa es... No hay mucho que explicar. En mi cerebro ha aparecido un pequeño agujero, una especie de agujero negro que últimamente absorbe los nombres propios de la gente, quiero decir de conocidos sin importancia. Y cuando se los traga, al parecer queda un espacio libre.

—¿Libre para qué?

—Digamos que incluso para estos tomates.

—¿Qué tonterías estás diciendo?

—No, es en serio, completamente en serio, es que aún no he tenido ocasión de contarte que ayer por la tarde fuimos a un especialista, a un neurólogo, un tal doctor Leufer, un hombre serio que examinó la imagen de mi corteza cerebral, y resulta que, escucha bien, prepárate, porque pronto tu hermano se desvanecerá, desaparecerá, ja, ja, no físicamente sino mentalmente... No recordará que tiene una hermana... Ya te explicará Dina exactamente cómo ocurrirá. Pero de momento dame alguna idea gastronómica antes de tirar los tomates.

—Espera... —dice, gritando de pronto—, deja en paz los tomates, antes dime lo que piensa el médico exactamente.

—Lo que piensa el medico exactamente te lo explicará Dina. Yo, por supuesto, exagero solo para meter miedo y también para divertirme. Pero no te preocupes, no es contagioso, la verdad es que el neurólogo ese probó también por el lado de la genética. Preguntó si tenemos algo así en la familia, pero por mucho que intentamos encontrar débiles mentales en nuestra familia, no lo conseguimos, porque a ti, ja, ja, no quisimos delatarte... De verdad, en serio, tú también sabes que en general somos una familia lúcida. El mismo día de su muerte, mamá estuvo discutiendo conmigo acaloradamente por la mañana, e insistiendo en que aquí jamás habrá paz, y por la tarde se fue y nos dejó con las guerras.

—Muy propio de ella.

—Así que, personalmente, tú no tienes de qué preocuparte. De momento. Y las próximas generaciones, tus descendientes y los míos, si hubiese necesidad de ello, que se esfuercen por inventar nuevos medicamentos. Además, la genética es algo cuestionable. Únicamente porque el neurólogo insistió en encontrar a alguien de la familia que le proporcionase un hilo del

que tirar, me acordé de esa pariente de mamá, esa que llegó después de la guerra de los Seis Días. ¿Cómo se llamaba? ¿Mimi?

—Fibi. ¿Por qué alteras los nombres?

—Sí, Fibi, la que después de un año en Israel cayó en una depresión y se trasladó a aquella residencia, en Kfar Saba...

—Mishan.

—Exacto. Y una vez al mes o cada dos meses, por turnos, tú o yo llevábamos a mamá a visitarla. Pero nunca entendí cuál era exactamente el parentesco.

—Era una prima segunda o tercera de la que mamá, a pesar de todo, se sentía responsable.

—Si era solo prima segunda o tercera, el peligro no es muy grande, yo solo tengo un vago recuerdo de ella, porque normalmente prefería esperar fuera durante las visitas. ¿Y cuándo falleció? ¿Antes o después que mamá?

—¿Quién te ha dicho que ha fallecido?

—Un momento, si mamá falleció hace más de quince años, ¿por qué precisamente ella iba a resistir? ¿Y por qué nos estamos refiriendo a ella? Solo porque el neurólogo insistió en la genética, encontré para él ese fino hilo del que tirar. Pero no te preocupes, hermana, aún me queda bastante tiempo para andar lúcido por el mundo, no te librarás de mí fácilmente. Y olvídate de la historia de los tomates. Ya me ocuparé yo de ellos.

—Espera, no te apresures a tirarlos. Y conmigo no te avergüences para nada por tu despiste. Dame un minuto para ojear un libro de cocina y tal vez te encuentre alguna idea sencilla.

Pasa mucho tiempo hasta que su hermana vuelve al teléfono y le dicta una compleja receta de tomates asados al horno que Luria sabe al instante que le supera. Mientras él intenta zanjar la conversación, sin embargo, su hermana lanza una repentina noticia: la pariente lejana que cayó en la demencia al emigrar a Israel y cuyo nombre efectivamente es Mimi y no Fibi, aún resiste, y está en la misma residencia. Ya tiene noventa y cinco años, está sola y tranquila. Y quien quiera puede visitarla sin temor, pues a fin de cuentas no reconoce a nadie.

—Si es importante para ti, hermano, para planificar tu futuro —se burla su hermana—, podrías acercarte a verla.

—¿Para qué? —pregunta Luria angustiado.

Permíteme a mí también ver la imagen del escáner

El diminuto tamaño de la atrofia de Luria tranquiliza por el momento solamente a su hija, que, de todas formas, no ha conseguido encontrarle un sustituto a su padre en «el turno del martes» para recoger al nieto en la guardería. Pero el hijo mayor, Yoav, está angustiado. A pesar de la confianza que tiene en su madre, una veterana doctora, ese hombre racional, de cuarenta y siete años, cree que es la mente y no el cerebro lo que origina el estado de confusión y, una mañana de tormenta, informa de que irá desde el norte al centro para instar a la mente a que cumpla con su función.

–Pero esta mañana mamá está en el hospital y lamentará no verte.

–Al contrario, es importante que no se entrometa. Voy a verte a ti, solo a ti.

Y Luria, que conoce a su hijo y adivina su angustia, se siente satisfecho por ese temor, aunque vaya acompañado de una reprimenda. A pesar de que la casa ya está ordenada, sigue limpiándola, como para servir de ejemplo a su hijo, en cuya casa reina un caos crónico. Como el hijo llega siempre hambriento a casa de sus padres, venga de donde venga y vaya adonde vaya, y nada más entrar se lanza al frigorífico y abre las dos puertas como si fuesen las puertas del Arca de la Alianza, y rebusca como si quisiera encontrar el alimento del que no se sació en su infancia, su padre, en previsión de lo que se avecina, coloca sobre la mesa quesos, pastas de untar, pan, frutos secos y galletas, y pone sobre los fogones la gran cacerola de la *shakshuka*, un vestigio imperecedero del ataque de los tomates, con la esperanza de tener un socio activo que ayude a acabar con ese recuerdo de su despiste.

Y aquí llega, mojado y resolutivo, con un viejo impermeable militar. En el umbral de la casa abraza a su padre tan fuerte que parece que pretende hacerle daño, pero es solo para despertarle. Después de hablarle un poco de los nietos y de la empresa, que cuanto más próspera es, más esclaviza a su dueño, el visitante le dice a su padre:

–Un momento, antes de hablar del futuro, permíteme a mí también ver la

imagen del escáner cerebral.

Luria se ríe.

—¿Y qué vas a entender aunque la veas? Tampoco yo me he enterado aún de dónde está la novedad.

—¿Y mamá lo ha entendido?

—Eso dice.

—Pero ella también puede equivocarse.

—No olvides que es médica.

—¿Y qué? Una vez, en octavo, se empeñó en mandarme al colegio con una fuerte gripe.

—Eso fue porque siempre sospechábamos que querías escaquearte de las clases, pero en mi caso no se trata solo de la interpretación de una imagen, sino de la vida misma.

—¿O sea?

—Ya te lo he contado. No es solo que me desaparezcan de repente nombres de amigos, o de gente famosa, sino que también empiezo a confundir los tiempos.

—No es por un oscurecimiento en el cerebro, papá, sino por un entumecimiento de la mente.

—¿Oscurecimiento de la mente?

—Entumecimiento.

—Ah —se ríe Luria—, has venido con la pulla preparada. Es enternecedor.

—Por eso es mejor que mamá no esté, porque ella llevaría la voz cantante en la conversación y nos manejaría a su antojo.

—Pero tú sabes que no tengo secretos para ella.

—Cuéntale luego todo lo que quieras, pero al menos escúchame con paciencia.

—No solo con paciencia, sino también con amor y agradecimiento. Dices que has venido solo por mí, y en un día tan desapacible.

—Y pese a las advertencias de Osnat de que no te molestase. Yo, ya me conoces, no cedo fácilmente. Pero antes, por favor, dame la imagen del escáner cerebral.

—Primero tienes que probar la *shakshuka*, antes de que se enfríe.

—¿*Shakshuka* en una cacerola tan grande?

—Ahí tienes otro ejemplo. Ahora entenderás cómo hasta una *shakshuka* en una gran cacerola está relacionada con lo que te ha traído hasta aquí con

tanta urgencia. Pero no temas, la *shakshuka* está buena y, cada vez que la recaliento, tiene mejor sabor.

El padre sirve en dos platos blancos y hondos el guiso rojo en el que flotan yemas de huevo y, entre los platos y los quesos, hace sitio para la imagen de su corteza cerebral. Y como fuera arrecia la tormenta y el día se va oscureciendo, incorpora la luz de un flexo para que su hijo pueda escudriñar las formas retorcidas del cerebro de su padre como si fuesen las entrañas de un sofisticado ordenador. El hijo tiene cuidado de no tocar la imagen del escáner, como si fuese un cerebro vivo, y solo aguza más y más la vista. Al final suspira y concluye:

—Perdón por la insolencia, pero en mi humilde opinión este cerebro, quiero decir, el tuyo, al menos según lo entiendo yo por el resultado del escáner, es completamente normal. No es casual que ni siquiera tú hayas logrado distinguir en él ninguna anomalía.

Luria inclina la cabeza sonriendo.

—Gracias, tu opinión me reconforta, eres muy benevolente conmigo; sin embargo, ¿qué le vamos a hacer? El médico y mamá...

—Bueno, vale, pero incluso suponiendo que se oculte aquí una pequeña atrofia, ¿qué sugiere hacer el neurólogo ese?

Luria se siente tentado a hablar de la obligación de la pasión, pero en vez de hacerlo mete la imagen del escáner en el sobre y la aleja de la mesa.

—El consejo del neurólogo es sencillo, luchar por recordar. Por ejemplo, no prescindir de los nombres propios.

—Muy bien, pero ¿cómo?

—Con ayuda de la mente y la voluntad. Mira por dónde qué sorpresa, la opinión de ese neurólogo que tanto desprecias es parecida a la tuya.

—La mente —salta Yoav—, exacto, papá. ¿Y no es por eso por lo que estoy aquí? No es casual que se llame a la demencia «debilidad mental» y no «debilidad cerebral». Pues esto es lo que tengo que decir y, por favor, no te ofendas. Tú eres un veterano ingeniero, con una amplia experiencia tecnológica, y durante muchos años, como director, has estado construyendo y pavimentando con conocimiento y sabiduría. Por tanto, me rebelo contra el hecho de que toda esa capacidad, de la que yo también he recibido algo, se eche a perder, se reduzca ahora a unas sencillas e insignificantes tareas domésticas, como comprar, arreglar la casa o cocinar gigantescas shakshukas.

—Enseguida llegaremos también a la *shakshuka*. Pero continúa, te escucho.

—Porque da la impresión de que, tras despedir a la asistenta, has decidido ser tú la asistenta, la criada de mamá. Y por ahí empieza el empequeñecimiento mental.

—Otra vez estás con esa tontería de que hemos despedido a la asistenta.

—Pero la habéis despedido.

—No, no, cómo quieres que te lo diga, déjalo ya. Solo le hemos reducido la jornada.

—¿A cuánto?

—¿Qué es esto? —se rebela Luria—. ¿Es que estoy bajo interrogatorio?

—Exacto. Interrogatorio de un hijo que se preocupa por tu futuro y por el de todos nosotros. Así que, por favor, la verdad, dime la verdad: ¿a cuántas veces al mes habéis reducido la jornada de la asistenta?

—No es algo fijo. Digamos, una vez por semana.

—Eso no es suficiente. No es nada —dice Yoav, alzando la voz—. Mamá sigue trabajando en el hospital, e incluso cuando está en casa, como odia las tareas domésticas, toda la carga recae en ti.

—Primero, no es una gran carga, solo somos dos. Además, es una carga que me agrada.

—Claro, es agradable, muy agradable... Sobre todo para justificar la huida de la realidad que te hace empezar a estar...

—¡Sigue!

—Da igual.

—¿Empezar a estar qué?

—Nada. A huir de la realidad.

—¿De qué realidad exactamente?

—De la realidad de lo que has hecho durante toda tu vida y con gran éxito.

—Es de lo más raro. Estás hablando exactamente igual que mi neurólogo. Y vale que él, que no tiene ni idea de lo que hacía antes, se permita lanzar sugerencias delirantes, pero tú debes saber bien que los particulares no proyectan carreteras. Las carreteras son una labor gubernamental y nacional. Y en Netivei Israel hay una nueva generación de jóvenes muy preparados que no tienen posibilidad ni razón alguna para contratar, ni siquiera a tiempo parcial, a un viejo pensionista como yo.

—Sin embargo —se rebela el hijo—, aún existen empresas privadas de

ingeniería que proporcionan servicios al Estado, o a concejos locales, y allí necesitan a ingenieros con dilatada experiencia. Aunque solo sea a tiempo parcial, con un sueldo no muy alto y sin derechos especiales. Solo para que no estés todo el rato en casa cocinando *shakshuka*.

—Un momento, ya te explicaré lo de la *shakshuka*, porque también tiene que ver con eso que te atormenta, y con razón. Pero la posibilidad de conseguir trabajo en una empresa privada es completamente falaz. Porque en esas empresas ya hay pensionistas que no permitirán que un nuevo anciano les quite el sitio. Menos aún cuando allí está aguardando la segunda generación, y a veces hasta la tercera: hijos y nietos que van a suceder a sus padres. Y dime la verdad: ¿tú crees que sería honroso para mí sentarme al lado de un jovenzuelo y recibir instrucciones de él?

—¿Y todos los amigos que trabajaban contigo? ¿Acaso no están en tu misma situación? ¿Por qué evitar el contacto con ellos? Precisamente con amigos así podrías crear algo nuevo.

—Yoav, ¿qué es eso de «todos los amigos»? Los que trabajaban conmigo, por lo general no eran amigos y, aunque hubiese tenido amigos en otros sitios, ¿dónde quieres que me ponga a buscarlos ahora? Es cierto que a veces, en la oficina, se organizan conferencias o actos a los que se invita también a los jubilados para demostrar que no se han olvidado de ellos. Y, por supuesto, están también los fallecidos, a cuyos funerales asistimos para expresar nuestras condolencias a sus esposas, pero cuando comprendí que tengo un problema con los nombres propios de ingenieros con los que trabajé estrechamente durante años, empecé a entrar en pánico. Prefiero el cine, los conciertos o los restaurantes, allí estoy tranquilo. Y si hay que encontrarse con amigos, prefiero que sean médicos, quiero decir, colegas de mamá, cuyos nombres no tengo la obligación de recordar...

—Con ellos solo hay que recordar nombres de enfermedades...

—No de enfermedades, sobre todo de médicos rivales que se equivocaron en los diagnósticos y fracasaron en los tratamientos. Pero toda esa gente son personas a las que no les debo nada, así que puedo quedarme aparte, escuchando en silencio historias sobre muertes o resurrecciones de personas medio muertas, sin necesidad de ningún nombre.

—Un momento —insiste su hijo—, ¿por qué tienes que decir siempre el nombre propio? Confórmate con el apellido, o mejor, no digas ningún nombre.

—Realmente muchas veces me he escapado así, pero no siempre es posible: hay situaciones en las que el nombre propio es necesario, natural, te busca y te requiere y, cuando lo confundes, no despiertas ninguna piedad, tan solo recelo. Porque ¿por qué vas a olvidar el nombre de alguien con quien has trabajado durante años, no solo en una oficina, sino también inspeccionando y midiendo el terreno? «¿Por qué demonios ese tal Zvi Luria quiere ningunearme?», se pregunta indignada esa persona. Es cierto que aún quedan algunos veteranos cuyo apellido se ha convertido en su único nombre, tragándose su nombre propio. A esos todos los llaman por el apellido, a veces hasta sus esposas. Pero son muy pocos ya y, si por casualidad me encuentro con ellos, no tengo ningún problema porque aún retengo los apellidos. Pero hay algunos de mi generación, no del primer escalafón, sino del segundo, de los que nunca supe su apellido, solo su nombre propio, y, cuando me topo con ellos en una fiesta, me pongo tenso porque temo cometer algún error.

—Entonces —se enciende su hijo—, ¿por eso has decidido no ir nunca más a ninguna fiesta ni a ninguna conferencia organizada por la oficina? ¿Ni siquiera a la fiesta de despedida de Tzaji Divón, que fue tu mano derecha durante tantos años?

—Un momento... ¿Cómo te has enterado de lo de esa fiesta? Mamá, ¿no?

—Sí, mamá. ¿Qué pasa?

—¿Y también ha sido mamá la que te ha pedido que vengas desde Galilea a hablar conmigo?

—¿Y qué si fuese así? ¿Es que no puede hacerlo? Has dicho que no tienes secretos para ella...

—Pero, por lo que veo, ella sí tiene secretos para mí.

—¿Qué secreto? ¿Que me ha pedido que te convenza de que no huyas así de la gente? ¿De los amigos? ¿Ese es el gran secreto?

—Divón hace mucho que no es un amigo.

—Fue tu ayudante, tu mano derecha en los túneles que perforaste en la autopista.

—Ay, Yoav, ¿aún te sigues emocionando, como tu madre, con esos pobres túneles? No tuvimos que perforar esos túneles por necesidades topográficas de la autopista, sino para que los animales, a los que una carretera despista, pudiesen cruzar con seguridad de un lado a otro.

—¿Por qué no voy a emocionarme con esos túneles? —sonríe Yoav—. Cada

vez que paso por alguno de ellos, recuerdo aquella noche de luna llena en que me pediste que te acompañase para comprobar si realmente había ciervos o jabalíes que comprendían que ellos eran la razón por la que se había perforado el túnel.

—Realmente tengo serias dudas de que los animales del norte comprendan lo que la Sociedad Protectora de la Naturaleza les pide que comprendan.

—De todas formas, aquella noche, cuando tú te quedaste dormido, vi un ciervo, o un jabalí enorme, que trepó por encima del túnel y cruzó de este a oeste y unos minutos después, quién sabe por qué, regresó.

—Sí, recuerdo que me lo contaste, pero sigo sin estar seguro de que aquello no fuese solo una alucinación.

—Perdona, ¿es que yo también soy sospechoso de tener alucinaciones?

—No tenemos escapatoria, escucha al neurólogo: el material genético es una cadena que pasa de generación en generación.

—Ya veremos lo larga y fuerte que es esa cadena, pero de momento explícame de una vez por qué no vas a la fiesta de jubilación de quien fue tu mano derecha durante años.

—Es cierto, él fue un trabajador competente y leal, pero cuando me jubilé hace cinco años, en vez de ocupar mi puesto y seguir mis pasos, lo dejó todo para irse a Kenia a dirigir un proyecto a cambio de un elevado sueldo. Y resulta que ahora que ha terminado el trabajo en Kenia, o que le han dado la patada, se organiza a sí mismo una fiesta de despedida aquí, y no en África, donde se ha enriquecido.

—Pero ¿a ti qué más te da? Habrá otros compañeros allí, jubilados como tú. A lo mejor surgen ideas. Ve. Es una buena oportunidad para hacer nuevos contactos. Has sido una persona popular y querida, y nadie se va a venir abajo si olvidas su nombre.

—Termínate la *shakshuka*, que se está enfriando.

—Ya he comido bastante.

—Escucha, Yoav, eres un buen hijo, y valoro y aprecio tu preocupación. Pero tanto mamá como tú os negáis a comprender que si esto es un principio de demencia, la situación no se reduce al simple olvido de los nombres. Hasta la gran cacerola de *shakshuka* tiene que ver con lo que está empezando a ocurrir en mi interior.

Y Luria vuelve al día de compras. Primero a la compra grande en el

supermercado, luego al puesto de flores del mercado y, al final, a los seis kilos de tomates que no hubo más remedio que convertir en *shakshuka*.

—Pero ¿por qué? —refunfuña Yoav—. Sencillamente podrías haber tirado los tomates sobrantes antes de que mamá regresase del hospital.

—No, no, no —grita su padre—, no he tirado ni un solo tomate y ha sido a propósito. La *shakshuka* que ha durado varios días es una prueba, destinada a prevenirme a mí de mí mismo y a preveniros también a vosotros.

—¿De ti?

—Sí, de mis errores, e incluso de las tragedias que puedo traer a esta casa, a mí y a vosotros.

Yoav guarda silencio. Inclina la cabeza. Lo invade la pesadumbre. Y cuando finalmente levanta la cabeza, Luria reconoce en sus ojos el mismo brillo de terror de tiempos pasados, cuando, siendo un bebé, su padre le cambiaba los pañales.

—De todas formas, no te preocupes —lo anima Luria—, no has venido en vano. Iré a la fiesta de Kovi Divón, lo haré por ti.

—Tzaji —corrige el hijo en voz baja.

—Es verdad, Tzaji —sonríe Luria.

—Y mamá me ha prometido que te acompañará.

—No la necesito allí. No hay ninguna razón para que, después de una jornada de trabajo en el hospital, se pase un montón de tiempo con un vaso de zumo en la mano oyendo hablar a ingenieros de caminos de cosas aburridas. Me las arreglaré yo solo con el cambio en mi cerebro, y seguro que salgo bien parado. Si me apetece, a lo mejor hasta lanzo un breve discurso de despedida. Ya que me has corregido y has dicho Tzaji, no Kovi, de camino a la fiesta me anotaré el nombre en la palma de la mano para no ofender a nadie.

La línea genética

Tras la muerte de su madre hace más de quince años, Luria y su hermana dejaron de visitar a esa pariente de tercer grado que, en vez de trasladarse desde el norte de África a Francia, como hubiera sido lo natural, decidió, influida por la madre de Luria, emigrar a Israel y, en vez de alegrarse de estar en la antigua patria entre una mayoría judía, se hundió rápidamente en una fuerte depresión y empezó a encerrarse en sí misma.

La madre de Luria, que se sentía responsable de esa inmigración fallida, se impuso la obligación de visitar cada pocas semanas a la «inmigrante inadaptada» y de intentar animarla un poco hablándole en francés, el idioma materno de la inmigrante. Al principio, Luria acompañaba a su madre hasta dentro y, como no sabía francés, intentaba entablar una conversación trivial en hebreo con algunos ancianos seniles que mostraban interés en él. Pero enseguida se cansó de charlar con personas cuya identidad se había borrado y aún no habían encontrado fuerzas para crearse una identidad nueva, así que prefería esperar a su madre en el vestíbulo, o incluso en el coche, donde escuchaba música selecta interrumpida por titulares de noticias. Al principio, al terminar la visita, aún se interesaba por saber si había alguna mejoría o empeoramiento en el estado de la inmigrante, si se vislumbraba alguna esperanza, y su madre zanjaba el asunto con un gemido tras el cual volvía a repetir su frase favorita: «Si tu hermana o tú percibís que empiezo a perder la cabeza, por favor, echadme veneno en el café». «Pero ¿qué veneno? –la desafiaba Luria–, ¿dulce o amargo? Debes decidirlo, para que podamos prepararlo ya».

Y ahí está de nuevo, de camino a la residencia de ancianos, y esta vez no como acompañante sino con una misión propia: comprobar la realidad y la naturaleza de esa línea genética de la que el neurólogo se empeña en hablar. Como han pasado más de quince años desde la última visita, los caminos han cambiado y se han ensanchado, se han añadido bifurcaciones y desvíos, y las viejas señales han desaparecido, pero Luria no necesita la ayuda de ninguna aplicación de móvil, pues el sentido común, la lógica y su

conocimiento de los caminos y las carreteras le dirigen exactamente a su destino.

Y no solo el pavimento de la carretera se ha arreglado, también la vieja residencia Mishan se ha ampliado y se han añadido dos plantas más, y la entrada ha sido recubierta de mármol de buena calidad. También el mobiliario y el equipamiento, que en su día se obtuvo de los almacenes de la Agencia Judía, han sido sustituidos por mobiliario y equipamiento donado por un filántropo que ingresó allí a su mujer.

Aunque Luria aún duda de la afirmación de su hermana de que su pariente lejana sigue con vida, le lleva un pequeño obsequio, como solía hacer su madre: unos dátiles *medjoul* grandes y hermosos dispuestos en una caja marrón, con la esperanza de que endulcen un poco su demencia. Y si resulta que ya no está en este mundo, al menos disfrutará de ellos el equipo que la estuvo cuidando con gran entrega hasta el día de su muerte. Pero ¿dónde está ese equipo? ¿En qué planta? Esta vez él está seguro del nombre propio, pero no tiene ni idea de cuál es el apellido. Por tanto, va subiendo de planta en planta y dando vueltas, intentando acordarse de alguien que cuidara de ella en el pasado. Y no tiene que molestarse en seguir subiendo más, porque en la tercera planta reconoce a una enfermera guapa y agradable en la que ya se había fijado en el pasado: el tiempo transcurrido desde entonces la ha ascendido de categoría y le ha blanqueado la trenza.

Por supuesto, ella recibe con afecto al sorprendente visitante, y recuerda a su madre e incluso a su hermana, que, a diferencia de él, no temía andar de acá para allá entre los enfermos.

—No me daba miedo —se indigna Luria ante ese reproche tácito—, sencillamente no quería molestar. Y, como no sabía francés, no tenía sentido que estuviese presente en las visitas de mi madre.

—Incluso sin francés podría haberse quedado.

—Lleva toda la razón —reconoce el visitante—, por cierto, ¿cuál es su apellido?

Y entonces se entera de que a finales de los años sesenta ocurrió algo extraño: en vez de que el apellido, como es habitual, precediese al nombre propio, el nombre propio absorbió el apellido y no quedó rastro de él.

—Mimi, es todo lo que sabemos —confiesa la enfermera, que se ha convertido en la enfermera jefe de la planta—. No tenemos ninguna explicación de adónde fue a parar el apellido. Cuando su madre la ingresó

aquí, fue registrada solo con el nombre propio, y al número del carné de identidad le bastó con ese nombre y se agregó a él con absoluta armonía. Y aquí está, tranquila y estable, solo con el nombre propio. Veo que se ha acordado de traerle dátiles, igual que hacía su madre. Sí, se los comerá con mucho gusto, pero no hay ninguna posibilidad de que lo reconozca gracias a ellos.

—No tengo ninguna necesidad de que me reconozca —se apresura a discrepar Luria—. Simplemente me he acordado de ella últimamente, y estaba seguro de que había muerto hace tiempo, pero mi hermana ha insistido en que aún está viva, y he decidido venir a comprobar por qué insiste tanto mi hermana, y también si sigue estable. Nuestra madre se consideraba una especie de tutora legal de ella.

—No ha empeorado significativamente, pero tampoco ha mejorado —sonríe la enfermera con resplandeciente simpatía. A Luria le sorprende comprobar que las canas que salpican su trenza aportan un aire delicado a su belleza—. Puede acercarse y darle personalmente los dátiles que le ha traído.

—Dátiles *medjoul* —dice Luria, posando un dedo sobre el nombre impreso en la caja.

Para no tentar al diablo, Luria no revela la verdadera razón de su visita. Solo le faltaba que la fina línea genética resulte ser un cable de acero que, en un futuro próximo, lo convierta también a él en candidato a ser ingresado en ese lugar. Pero está ansioso por verla.

—Le llevaré los dátiles —dice en tono ceremonioso—, y tal vez así se acuerde al menos de mi madre, que jamás la abandonó.

La enfermera jefe lo conduce a una habitación no muy grande, pero limpia y luminosa, con dos camas amplias separadas por una mampara. Dos ancianas grandes y redondas toman asiento nada más entrar él, y Luria duda de cuál de las dos es la que tiene su línea genética. Una de ella lleva un delantal rojo, y a su lado hay una especie de flauta extraña, larga y negruzca, abierta por ambos extremos. A él le parece que la del delantal rojo lo reconoce vagamente, tal vez por el parecido con su madre, o por la caja de *medjoul* que lleva en la mano.

—Tenga, por favor, cójalos —dice Luria, ofreciéndole los dátiles con cariño y compasión.

Ella acepta el obsequio con agrado, pero parece que no sabe que tiene

que abrir la caja, así que la enfermera la coge y deja al descubierto las filas de dátiles brillantes, que despiertan en todos el deseo de probarlos. Por eso, antes de devolver la caja a la destinataria del obsequio, la enfermera coge tres dátiles: el primero para la compañera de habitación, que sonríe como si se hubiese encontrado con un viejo conocido, el segundo para el visitante, y el tercero se lo come ella misma. Se saca el hueso de la boca y extiende la mano para recoger también los huesos de los otros dos.

—¿Cuántos años tiene? —murmura Luria.

—Noventa y cinco.

—Está estupenda para su edad. Al parecer hay que perder la cabeza para mantenerse así.

En los bellos ojos de la enfermera brilla una ligera ironía.

—No siempre —dice, rechazando con cierto desprecio la precipitada afirmación.

Pero Luria no cede.

—¿Sabe que sigue estando en Israel o piensa que ya está en el otro mundo?

—Es difícil saberlo —sonríe la enfermera—, pero si cree que ya está en el otro mundo, tiene que estar contenta, pues usted le ha traído una prueba de que también en el otro mundo existe una vida agradable.

—Una vida... —se ríe Luria.

—No se burle de todo. Además de los buenos cuidados que le proporcionamos aquí, también disfruta de su música.

—¿Música?

—Sí, un año después de fallecer su madre, apareció por aquí un pariente suyo de Francia para dejar arreglados los asuntos económicos. Y antes de marcharse de nuevo a Francia, le compró esta gran flauta, que se llama *kaval*. Al principio no le hizo ningún caso, se negó incluso a rozarla con la mano, a pesar de nuestros ruegos. No es un instrumento fácil. Yo no he conseguido sacarle ni un sonido. Hay que insuflarle aire sin tocarla con la boca y dirigir el aire con los labios. Pero un día, de pronto, la cogió y nos quedamos atónitos al ver que la dominaba. Desde entonces suele tocarla a veces, sobre todo antes de las comidas, cuando tiene hambre. A lo mejor accede a tocarla en su honor, en agradecimiento por los dátiles que le ha traído.

La enfermera jefe coge la flauta, la pone en las manos de la anciana y le

acerca el extremo del tubo a los labios. En la habitación empieza a flotar una melodía monótona, tal vez de origen norteafricano, pero con una melancolía que ya es israelí.

OceanofPDF.com

Fiesta de jubilación

Casi todos los pisos del edificio de Netivei Israel están a oscuras, pero el recibidor que da al salón de actos en la planta baja está resplandeciente y bulle de invitados a la fiesta de jubilación que Divón se ha organizado a sí mismo. Luria aún no apaga el motor del coche rojo, pero se quita el cinturón de seguridad y posa una mano cariñosa sobre el hombro de su mujer.

–De verdad, de verdad que no hay necesidad ni motivo alguno para que me acompañes. Es mejor que estés con los nietos a la hora de acostarse. Hace ya cinco días que no has ido a verlos y se alegrarán de oír una historia real sobre una niña enferma que se ha curado en tu hospital. Si enviaste a Yoav para que me convenciera de asistir a esta fiesta, es preferible que me oriente en ella por mí mismo.

–Pero...

–Pero ¿qué? Si no temes que me ocurra algún percance cuando deambulo solo por el mercado o por el centro comercial, tampoco tienes que preocuparte ahora que voy a estar en un sitio donde he trabajado durante tantos años, entre compañeros y amigos. Y, por supuesto, tampoco tienes que molestarme.

–¿Con qué te iba a molestar yo?

–Con tu mera presencia, porque cuando te tengo a mi lado, estoy todo el rato pegado a ti, temeroso y pendiente de tu mirada. Y cuando amigos y conocidos se acercan a nosotros, solos o con sus parejas, se dirigen a ti y no a mí. Y como te da miedo que confunda los nombres y me falle la memoria, acaparas la conversación y la llevas hacia los hijos, los nuestros y los de los demás, para que después podamos derretirnos hablando de los nietos, y eso antes de las historias de médicos a las que la gente te arrastra. Y hoy pasará lo mismo, porque también habrá compañeros veteranos que se acuerden de que eres una doctora experimentada, y no desaprovecharán la oportunidad de sacarte algún consejo o el nombre de algún medicamento. Yoav y tú no me habéis enviado aquí esta tarde para eso. Oh, oh, mira, negros, negros. Por favor, negros auténticos, es decir, distinguidos africanos del equipo de

Divón en Kenia, o tal vez sean de su embajada, que han sido invitados para darle más boato a la fiesta. Si alguno de ellos pronuncia un discurso en su honor, es posible que también yo diga unas palabras para hablar un poco de sus fechorías. Al fin y al cabo fue mi ayudante y mano derecha casi durante siete años. No te preocupes, tengo su nombre preparado en la palma de la mano, mira...

—De todas formas, ten cuidado con la lengua —se ríe su mujer—, porque también habrá familiares suyos. Y por la afluencia de gente y la música, entiendo que también el aperitivo será de altura.

—Un aperitivo del que no disfrutarías, porque cuando estás rodeada de mucha gente, te pones nerviosa y te desagrada apretujarte junto al bufé.

—Y tú, en vez de traerme algo, te preocupas solo de ti mismo y a mí me dejas hambrienta... Vale, vale, esta vez come también por mí, pero con mesura, y acuérdate de contarme lo que estaba especialmente bueno. Si no encuentras algún proyecto de ingeniería, al menos trae alguna idea que te ayude a hacer comidas más variadas.

—Eso es injusto, sabes lo mucho que me esfuerzo.

—Te esfuerzas, pero no siempre lo consigues, aunque de verdad que no me quejo. No le demos a la comida más importancia de la que tiene. Solo vamos a concretar cuándo vengo a recogerte.

—¿Por qué vas a venir a recogerme? Habrá bastantes amigos que estarán encantados de llevarme. Quédate en casa de Abigail y ya iré yo. Solo ten cuidado, no te despistes por el camino ni vayas deprisa, porque la lluvia, que seguro que te parece inocente, ya ha dejado el asfalto como untado de mantequilla.

El gran salón de actos, decorado como nunca había visto Luria en tantos años trabajando en la empresa, y los sonidos del tambor y la flauta que salen de algún punto oculto lo convencen de que su mujer tenía razón. En esta ocasión se ofrece un aperitivo rico y variado, y a su alrededor ya se congregan ancianos y jóvenes. En vez de la típica mesa de los actos de despedida, con algunas bandejas de *burekas* y pizzas pequeñas, triángulos de queso y, alguna vez, pasta insípida, esa tarde se han colocado tres mesas con una amplia separación para facilitar el acceso sin empujones ni aglomeraciones. El montón de platos vacíos anuncia una comida en toda regla y no solo un aperitivo. A la entrada del salón, junto a una pequeña tarima, se encuentra el invitado de honor, con traje y corbata, presentando a

sus dos invitados africanos, vestidos con túnicas de colores, al equipo directivo de la institución de la que se marchó hace bastantes años. A pesar del tumulto, ve a Zvi Luria, el viejo patrón, y lo saluda desde lejos con la mano. Su mujer, con un traje bordado que resalta su silueta, se une al distante saludo.

Luria devuelve el saludo, pero evita acercarse antes de volver a comprobar su memoria. Aprieta con fuerza la mano derecha, murmura el nombre del feliz anfitrión y a continuación abre el puño para confirmar que el nombre que ha murmurado corresponde al que está escrito.

Pero ¿y la mujer de Divón?, vacila de repente. ¿Cómo se llama? Cierra los ojos e inclina la cabeza para extraer el nombre de su cerebro, pero no sale ningún nombre de la oscuridad. ¿Será la atrofia la que se ha tragado el nombre de esa mujer «trágica», o será la mente la responsable del olvido? Quiere evitar que un montón de posibles nombres empiecen a dar vueltas en su memoria para ver si el verdadero resplandece entre ellos. No, esta vez hay que tener cuidado. Si, como ocurre a veces, un nombre ilegítimo se hace pasar por el nombre auténtico, el daño a esa mujer puede ser especialmente doloroso.

A hurtadillas, de lejos, la alcanza con la mirada con la esperanza de que el nombre brote de su imagen. Pero hasta la primera letra se niega a aflorar. No va a quedar más remedio que sacarle el nombre a algún compañero veterano. Ahí está su grupo: algunos están calvos y torpones, pero arman jaleo y se ríen, y otros están tristes y demacrados; algunos están con sus mujeres, y otros solos; y todos se agolpan con platos alrededor de las bandejas de comida. Unos cuantos saludan desde lejos a Luria, que es una personalidad admirada, un ingeniero eficiente y cualificado, abierto a las ideas de los demás, pero Luria evita acercarse a sus compañeros, y ni siquiera coge un plato vacío. Primero quiere inspeccionar lo que hay en la mesa cercana, para probar solo lo más apetecible y exquisito. Y se sorprende al descubrir también pequeños platos con una refinada *shakshuka*, con una diminuta yema flotando en el centro, tal vez de huevo de codorniz, como un minúsculo sol al atardecer hundiéndose en un mar rojo. Y de pronto añora su gigantesca *shakshuka*, que se acabó definitivamente hace solo unos pocos días: los pequeños platos que tiene delante le parecen bebés nacidos de ella, así que coge uno con cariño, lo prueba y se sorprende al comprobar que, por su sabor y olor, realmente

parece salido del vientre de su gran madre. Ay, qué pena no poder llevarse a casa un platillo para demostrarle a su mujer que, pese a la monotonía, su cocina está a un nivel profesional.

Un camarero con una gran bandeja ofrece a Luria unos diminutos canapés en los que la mano de un artista ha fusionado diferentes sabores, incluso opuestos: dulces y picantes, de texturas crujientes y blandas. Y mientras Luria prueba un canapé y dirige ya la mano hacia el segundo, el camarero, que lo mira con afecto, señala con una sonrisa un tercer canapé, como diciendo, qué pena que este no acompañe a sus amigos. Así que Luria no pierde la ocasión y, mientras el canapé se le deshace en la boca, se limpia con una servilleta y dice con gran placer:

—Sí, están deliciosos, pero no me tientes más porque aquí hay otras bocas hambrientas.

Pero el camarero no desiste y señala uno de carne roja que hay que probar obligatoriamente. Luria suspira y se lo mete en la boca protestando.

—¿Por qué me mimas así?

Y solo en ese momento el camarero, con pajarita y chaqueta negra, revela su identidad: no es otro que Havilio, el veterano operador de la gran pala retroexcavadora que se jubiló a la vez que su maquinista. Y por los buenos tiempos pasados, Havilio le recomienda ahora un canapé más, y Luria se alegra de encontrarse con el veterano obrero que hace unos años, siguiendo sus indicaciones, acabó con una colina entera de basalto para allanar el cruce entre la autopista 85 y la carretera regional 866. Y con la alegría del reencuentro con el maquinista convertido en camarero improvisado, recuerda también su nombre, pero rechaza otro canapé: hay un límite, y más cuando en la mesa de enfrente aguardan otros manjares a los que sería una verdadera lástima no prestar atención.

—Es cierto —confirma Havilio—, y además hay que dejar hueco para los espléndidos postres que llegarán con bengalas.

—¿Postres con bengalas? —se sorprende Luria—. Madre mía, ya veo que Divón no quiere que su fiesta se olvide.

Se dirige hacia la mesa de enfrente a ver si descubre entre los comensales el rastro de algún proyecto de ingeniería que ayude a su mente a luchar para no perder la cabeza, pero en ese momento el joven y futuro presidente de Netivei Israel, que en breve va a ser nombrado oficialmente tras el despido

de algunos directores corruptos, lo agarra del brazo y le pide homenajear al jubilado, el invitado de honor, con unas palabras.

—¿Un discurso?

Pero corto, pues no van a faltar discursos. Los dos ingenieros africanos que trabajaron con él en Nairobi informarán de primera mano de las ideas y los proyectos que el israelí llevó a su país, y también apoyarán su testimonio con diapositivas. Un representante del Ministerio de Exteriores ha venido también de Jerusalén para decir unas palabras sobre la importancia de la ayuda israelí a países arruinados y con dificultades. Y también él mismo, el futuro presidente, pronunciará unas palabras. Y Divón responderá. Pero ha insinuado que es muy importante para él que también alguien de dentro, es decir, el director de la antigua brigada septentrional, recuerde algunas iniciativas importantes llevadas a cabo antes de marcharse a África. No es casual que Divón haya insistido en que su fiesta se haga precisamente allí, en la institución donde estuvo trabajando la mayor parte de su vida laboral.

Pero Luria, que ya suponía que le iban a pedir que pronunciase unas palabras, aún duda.

—Es cierto, ambos trabajamos en colaboración, y Tzaji Divón fue el alma de varios proyectos exitosos que realizamos en el norte. Por eso no solo me sentí decepcionado, sino que me enfadé cuando, tras mi jubilación, rechazó ocupar mi lugar y se marchó.

—Lamentarse, se entiende, pero ¿por qué enfadarse?

—¿Por qué? —se ríe Luria echando una ojeada a la palma de su mano, como si pensara que por arte de magia va tener escrito también el nombre del nuevo presidente—. Yo lo preparé para que fuese mi sucesor, y confié en que sería el líder cuando yo lo dejase. Y resulta que, por un suculento sueldo, desertó a África y dejó la brigada desorientada... Como si se hubiese apoderado de ella, no sé, una especie de demencia... Ni más ni menos.

Pero como el joven presidente fue quien accedió a la petición de Divón de realizar la fiesta de jubilación en la institución que había abandonado cinco años antes, intenta defenderlo. La marcha a África no se produjo simplemente por codicia, explica, sino por su hijo pequeño discapacitado, con daños cerebrales, al que había que asegurar un futuro digno tras la muerte de su padre y de su madre.

—Un momento —se entusiasma Luria—. ¿No sabrás por casualidad cuál es el nombre de la madre?

¿Su nombre? El presidente de facto acaba de conocerla esa misma tarde, pero si Luria quiere intercalar en su discurso los nombres de los familiares, enseguida se enterará.

—No, no, no, no le preguntes a nadie. Si necesito su nombre o el de algún otro, me saldrán solos. Lo único que tengo que hacer es darle a mi atrofía un café para que no me haga fallar.

—¿A tu qué?

—Nada, es solo una palabra que se me ha metido en la cabeza.

Entre tanto llega hasta ellos el invitado de honor con su familia. Y mientras Tzaji Divón abraza con fuerza a su antiguo jefe, también su mujer se acerca a Luria, lo aparta de su marido y, en silencio, sin sonreír, lo observa con mirada severa como queriendo comprobar si percibe el cambio que se ha producido en ella. Sí, ha adelgazado, el pelo rebelde y encrespado de mujer «trágica» ha sido cortado y remodelado por la mano de un artista que le ha dado algunos reflejos rojizos, las arrugas de su rostro se han alisado, y su traje azul bordado parece enamorado de su talle. Seguramente el generoso sueldo de su marido, y los sirvientes de los que se ha rodeado en el continente negro, han calmado un poco su melancolía. Luria se pregunta si su nombre saltará hacia él desde esos pequeños ojos de serpiente, pero entonces los dos hijos mayores son presentados al ingeniero que hace muchos años fue el guía y maestro de su padre en Netivei Israel. Y tras los dos hermanos, en una silla de ruedas, acompañado por un viejo africano, se dirige hacia él también el tercer hijo, alto, encorvado y con el rostro de un ángel caído. El joven agarra bruscamente la mano de Luria y la levanta como con la intención de besarla o de morderla. Cuando Luria la aparta aterrado, las luces se atenúan y una penumbra azulada se apodera del salón.

Video

Los africanos no han traído de Kenia diapositivas, sino todo un video de veinticinco minutos de duración durante los cuales se han proyectado en la pantalla carreteras, puentes y túneles, y hasta un pequeño enlace viario, aislado y sin sentido, que surgía de pronto en una llanura desértica. La mirada experta de Luria ha captado cierta similitud con el enlace viario que Divón y él diseñaron para la Alta Galilea, aunque el presupuesto no fue aprobado. Es un video espléndido, pero al parecer se ha realizado precipitadamente, de modo que carece de sonido y de subtítulos, y hasta el propio Divón, que aparecía de vez en cuando exultante junto a algún puente o algún túnel, estaba mudo de tanto entusiasmo. Para suplir esas carencias, uno de los ingenieros africanos se ha plantado junto a la pantalla y, en un inglés preciso y rico, ha ido acompañando las imágenes de explicaciones y alabanzas hacia el responsable de diseñar y liderar los proyectos, el hombre que los ha invitado a él y a sus compañeros a su fiesta de jubilación en Israel.

Terminada la proyección no vuelve la luz al salón, porque ahora se invita a los asistentes a continuar disfrutando, pero con contención, de magníficos postres coronados por bengalas que empiezan a afluir por todas partes. Luria, que está sentado cauteloso y tenso junto al presidente de facto, no muy lejos de la elegante familia, renuncia a los postres e intenta con todas sus fuerzas poner la oreja para captar el nombre de la mujer «trágica». Ese es el adjetivo que su marido le dijo una sola vez para calificarla, al parecer, de forma inconsciente.

Se invita al representante del Ministerio de Exteriores a pronunciar el saludo de bienvenida. Es un hombre joven, enjuto y de cabello ralo, de aspecto intelectual, que no teme leer un discurso escrito y lleno de reflexiones arriesgadas frente a un público desconocido:

—Como ciudadano israelí, y sobre todo como funcionario del Ministerio de Exteriores, lamento profundamente que la mayor parte de las exportaciones y de la ayuda israelíes, dirigidas en los últimos años a los países en desarrollo de África y Asia, estén relacionadas con sistemas de

armamento dotados de una ingeniosa tecnología militar. Los oficiales del ejército, que se jubilan relativamente jóvenes, no se conforman con la buena pensión que les proporciona el Estado y les vencen las ansias de ganar rápidamente sumas millonarias. Aprovechan el gran conocimiento adquirido durante sus años de servicio, y no precisamente arriesgando la vida en el campo de batalla, sino por lo general manejando tranquilamente ordenadores y recursos electrónicos secretos en búnkeres seguros, para asociarse con comerciantes poco fiables, traficantes internacionales de armas, que ofrecen a dictadores corruptos acrecentar su poder sobre sus pueblos y luchar despiadadamente contra sus enemigos utilizando la tecnología militar israelí.

»Y vosotros, queridos amigos, trabajadores y jubilados de Netivei Israel, sabéis mejor que nadie que, en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, en nuestro pequeño país había otros ideales, y el Estado de Israel, pobre pero ético, tendía otro tipo de mano, civil y no militar, a los jóvenes Estados africanos que se liberaron del yugo del colonialismo explotador. En aquellos maravillosos años no se exportaba de Israel el arte de la guerra, sino la formación en ámbitos como agricultura, transporte, sistemas de canalización y tratamiento de aguas desarrollados por la empresa Mekorot y del Grupo Tahal, y la compañía nacional precursora de Netivei Israel asfaltó carreteras en África, y construyó fábricas, y la empresa Solel Boneh incluso fundó una universidad en Etiopía para beneficio de todos los habitantes.

»Por tanto, señoras y señores, no he venido desde Jerusalén a la llanura costera en este lluvioso día representando a la Agencia de Cooperación Internacional. He venido a título personal, para participar en la fiesta de jubilación del señor Yitzhak Divón y mostrar mi afecto hacia un ingeniero polifacético que, por propia voluntad, abandonó un puesto muy destacado en Netivei Israel para ofrecer al pueblo de Kenia sus creativos y originales conocimientos de ingeniería. Y, para tan importante misión, también se llevó con él a toda su familia, a su mujer y a sus tres hijos, con la esperanza de que mitigasen su soledad en un país tan duro y le proporcionasen la calma necesaria para cumplir su tarea de la mejor forma posible.

»Y como ven, señoras y señores, no solamente yo he venido de lejos para homenajearle, también han venido personas de Kenia y representantes de su embajada en Tel Aviv para festejar con nosotros su jubilación. Ojalá, ese es mi deseo, que otros ingenieros jóvenes de Netivei Israel, o de otros sitios,

sigan los pasos de Yitzhak. Y aunque aún se me considera un principiante en el Ministerio de Exteriores israelí, prometo proporcionarles todo el apoyo material y moral que pueda.

—Si el chaval ese continúa hablando así, seguirá siendo muchos años más un principiante en el Ministerio de Exteriores —le dice el joven presidente a Luria al oído en tono burlón, mientras aplaude el discurso.

Luria se levanta y se acerca a felicitar al principiante por su alocución valiente y crítica y a pedirle la hoja con el discurso, con la vaga esperanza de que los nombres de los miembros de la familia Divón estén anotados en ella. Pero resulta que lo que está escrito es única y exclusivamente lo que se ha dicho.

A Luria solo le queda confiar en que durante el discurso del nuevo presidente surja el nombre desaparecido de la mujer, que no aparta de él la mirada. Pero el nuevo presidente se percata de que, de hecho, no tiene ninguna relación con el antiguo empleado, que dejó su puesto hace cinco años y no volverá a retomarlos nunca, de modo que, para no hacer el ridículo con elogios superficiales o detalles erróneos, decide en ese mismo momento no pronunciar su discurso e invita a Luria a homenajear ya al heredero que renunció a su herencia.

Lo que ocurre es que, entre tanto, el anfitrión ordena a los camareros que hagan otra ronda de bengalas que acompañen el café y el té y, para no estropear el brillo efervescente hasta que se consuma la última bengala, se mantiene el salón en una penumbra en la que flotan ya casi adormilados los viejos compañeros de Luria. Y precisamente esas siluetas tenues de colegas olvidados son las que despiertan ahora en el futuro orador el impulso de no conformarse con unas palabras triviales y superficiales, sino de atreverse a decir cosas personales sobre el competente ingeniero que desertó a un continente lejano antes de que le llegase la verdadera hora de la jubilación.

Lo primero que hace Luria es mirarse la palma de la mano para cerciorarse de que el nombre que ya está borroso sigue siendo el nombre correcto; a continuación, aún con la esperanza de que a lo largo de su discurso el nombre del marido logre sacar del abismo del olvido el nombre de la esposa, comienza a dirigirse a sus compañeros.

El discurso

Luria ya ha pronunciado varios discursos en este salón o, mejor dicho, unas modestas palabras de bienvenida, por lo general en presentaciones de proyectos realizados en colaboración con diferentes entidades gubernamentales: el Fondo Nacional Judío, la agencia para los asentamientos de la Organización Sionista Mundial, la policía de tráfico, la asociación por la seguridad vial Or Yarok y, por supuesto, consejos locales, sobre todo de las minorías del norte, que lograron, aunque en escasas ocasiones, asfaltar las carreteras de sus pueblos o una pequeña cantidad para arreglarlas. Pero algunas veces Luria también ha tenido que pronunciar unas breves palabras de despedida por la jubilación de trabajadores que eran subordinados suyos. Esos discursos los llevaba preparados por escrito, redactados en un hebreo perfecto por su mujer, que añadía, incluso sin conocer a los destinatarios, algunas metáforas hermosas para dar algo de calor y sentimiento a las palabras secas de su marido. En una ocasión, con motivo de la compleja ampliación de un gran cruce con semáforos, realizada en colaboración con la policía de tráfico, ella añadió a las palabras de su marido algunas estrofas de un poeta llamado Abraham Shlonsky, del que Luria no conocía ni su existencia.

Pero esta tarde Luria no lleva ningún papel preparado con metáforas ni versos refrescantes o calurosos. Es cierto que llevaba varios días sintiendo en su fuero interno que si acudía a la fiesta de despedida tendría que pronunciar un discurso, pero no se le pasó por la cabeza que también tendría que equiparse con el nombre de la mujer de Divón.

Esta vez, además, Luria tiene que hablar por primera vez siendo consciente de que la demencia que el neurólogo le ha diagnosticado es ya un componente ineludible su personalidad y, por tanto, debe maniobrar con cuidado entre su naturaleza cuerda y esa cosa nueva que se ha pegado a él. En el salón en penumbra, donde aún centellean las bengalas de los postres entre los ligeros sonidos de las tazas de café y té que se están distribuyendo por las mesas, Luria decide situarse en un punto incierto entre la familia y el público:

—Querido Tzaji, ayudante leal y eficiente durante unos diez años en la brigada septentrional, candidato natural a sustituirme como director, quiero transmitirte mis mejores deseos y también a tu esposa, compañera devota y fiel, y a vuestros tres hijos, cuyos nombres no he olvidado porque nunca los he sabido. Y vosotros, amigos y compañeros, tal vez os preguntéis cómo es posible que el director no supiera los nombres de los hijos de alguien con quien trabajó durante tantos años codo con codo, y no simplemente alguien, sino su mano derecha, la persona destinada a sustituirle llegado el momento. Y la explicación, que puede parecer extraña e incluso sorprendente a los más jóvenes de entre vosotros, es a mi entender una explicación adecuada, y creo que es la base de unas buenas relaciones laborales en cualquier parte, pero especialmente en instituciones públicas y gubernamentales como la nuestra. Queridos amigos, ya tengo setenta y tantos años, pero desde que empecé a trabajar aquí, como un joven ingeniero de caminos, decidí establecer unos límites claros en mis relaciones con los demás trabajadores, con mis superiores y, sobre todo, con mis subordinados. Decidí hacer todo lo posible para evitar mezclar asuntos personales, familiares, políticos o de cualquier otro tipo, con las relaciones laborales. Y eso, por supuesto, sin renunciar a una completa sinceridad y transparencia en todos los temas profesionales. Porque, seamos francos, siempre hay temor a que una relación íntima entre trabajadores, ideas políticas de derechas o de izquierdas y discrepancias entre creyentes y laicos, perjudiquen el buen criterio profesional y puedan provocar descuidos y errores en el trabajo, e incluso sirvan de estímulo para actos de corrupción, como concursos públicos a medida y nepotismo. En Netivei Israel se manejan millones, si no miles de millones, en proyectos de todo tipo. Por eso, aunque Tzaji Divón y yo estábamos muy unidos en temas laborales, ni en la oficina ni en los largos viajes para hacer reconocimientos conjuntos del terreno hablábamos de temas personales o familiares, solo sobre carreteras y enlaces viarios, ángulos correctos de entrada y salida en cruces, sistemas de iluminación nocturna y emplazamientos exactos de semáforos. Y también intercambiábamos opiniones sobre cómo meter mano, de forma ética y legal por supuesto, en las regulaciones presupuestarias para mejorar carreteras y caminos en lugares remotos. Y como mi relación con Tzaji Divón se basaba en intereses puramente profesionales, sin mezclar temas personales, ni buenos ni malos, no se

sorprendan, señores, de que jamás se me ocurriera invitarlo a la circuncisión de mi primer nieto, ni a él invitarme a mí al bar mitzvá de su segundo hijo. También evitamos contarnos el uno al otro desgracias familiares y enfermedades de parejas, hijos o parientes, que a veces son causa de absentismo laboral. Entre él y yo, y entre todos mis subordinados y yo, había desde el principio una absoluta confianza que suponía que quien no iba a trabajar por estar de baja no tenía que justificarlo con un certificado médico. Durante todos los años que trabajamos juntos, Tzaji jamás vino a mi casa, ni siquiera para una breve charla de trabajo. Y yo solo tuve ocasión de ir a su casa una vez, y fue ya después de que yo me jubilase y él se marchase a África, cuando me pidió que le llevase a su mujer, la querida señora Divón, que aún no se había ido, algunos proyectos y fotografías archivados que ya no tenían ningún valor.

Entre tanto, se han ido apagando las bengalas una tras otra, pero el encargado de las luces teme encenderlas de golpe y asustar al orador y a su público, de modo que deja que la penumbra acompañe lo que queda del discurso.

Pero Luria siente que no queda nada más, salvo lo fundamental, que aún no ha sido dicho.

Observa a la familia Divón, que está unida como un bloque compacto y oscuro, y da unos pasos hacia ellos para ver si el nombre de la mujer de Divón centellea como una última bengala. El murmullo de la lluvia envuelve ahora la agradable penumbra, de la que Luria saca fuerzas para dirigirse al invitado de honor en segunda persona:

—Sí, Tzaji Divón, a pesar de la libertad personal que nos dimos, y de que no nos entrometimos para nada en temas personales, reconozco que me enfadé cuando al jubilarme comunicaste que en vez de aceptar mi puesto habías decidido irte a África en una misión privada. Me enfadé porque sabía que con mi jubilación y tu marcha se irían al traste varios proyectos bonitos y arriesgados que ambos habíamos realizado para la carretera 754, y que no habría nadie que siguiera insistiendo en la necesidad de arreglar y ensanchar con otro carril la carretera 879. También sabía que quien fuese nombrado en mi lugar no lograría comprender siquiera las ideas que habíamos intercambiado sobre el enlace viario de la 96 con la 989, donde se producían tantísimos accidentes. Tenía muy claro que la marcha de ambos produciría confusión y parálisis, y aunque nunca te he dicho una palabra, he

seguido enfadado por tu marcha durante todos los años que has estado ausente. Incluso hasta el punto, sí, lo reconozco, de haber dudado si venir o no a la impresionante fiesta que tú mismo te has organizado.

»Pero, pero, pero, al oír ahora cómo ese joven, un representante osado y valiente de nuestro Ministerio de Exteriores, ha alabado la contribución humana, civil y no militar, que tú y otros israelíes habéis aportado a países pobres y convulsos; y cuando he visto que los ingenieros que han trabajado contigo en Kenia han venido de lejos para explicarnos y mostrarnos de forma fehaciente lo importante que ha sido tu trabajo para ellos; y cuando he comprendido que no fue fácil para tu familia, y sobre todo para tu esposa, mi querida señora, dejar Israel y vivir en un país africano tan extraño y lejano, el enfado que me acompañaba al entrar al salón se ha disipado e incluso ha desaparecido. Y estoy contento, Kovi, perdón, Tzaji, Tzaji, Tzaji, no solo de haber venido, sino también de haber aceptado la petición del joven y dinámico nuevo presidente, cuyo nombre aún no me he aprendido, de expresarte mis mejores deseos en mi nombre y en nombre de todos los jubilados a los que hoy te unes. Y como estoy seguro de que con tu capacidades y con la reforzada experiencia que has traído del continente negro no te quedarás desempleado en nuestra pequeña patria, me permito tener un gesto contigo e informarte de que, si me propusieses a mí, un veterano jubilado, que fuese tu ayudante o consejero en algún nuevo proyecto, privado o público, creo que no lo rechazaría.

Y sopesa si terminar así o improvisar algo más, pues tiene la sensación de que la penumbra del salón encaja muy bien con la oscuridad que se ha instalado en su cerebro. Pero los aplausos y el rápido abrazo de Tzaji Divón lo obligan a apartarse del lugar central en el que se encuentra.

Dime mi nombre y te dejaré en paz

Siguen sin volver las luces al salón, porque el organizador de la fiesta continúa sorprendiendo a sus invitados y, en vez de cansarlos con otro discurso, proyecta otro video, pero no es una muestra más de sus logros de ingeniería, sino un magnífico documental con abundantes paisajes y animales extraños, un documento gráfico del viaje que realizó con su familia desde Kenia a la vecina Uganda, la famosa Uganda que a principios del siglo pasado fue propuesta por unos ingenuos judíos, sin que ella lo supiese, como competidora de la tierra de nuestros ancestros. A los presentes ya no les cabe duda de que el recién jubilado está haciendo todo lo posible por superarse, para que la fiesta de jubilación que se ha organizado a sí mismo sea recordada no solo como una digna despedida, sino también como una redención por una prematura marcha. Por eso muestra a los israelíes lo que perdieron y quizás también lo que ganaron al descartar Uganda como posible patria.

Pero Zvi Luria no tiene ningún interés en sopesar unas pérdidas y ganancias puramente quiméricas, así que se aleja en silencio de la familia para intentar encontrar entre los jubilados a algún amigo o conocido que lo lleve de vuelta con su esposa. Pero una suave mano de mujer lo agarra ahora por la nuca y lo lleva hacia el rincón donde están las bebidas.

—Gracias por acceder a hablar —le susurra en tono íntimo— y más aún por olvidarte del enfado. Porque incluso en África, Tzaji seguía lamentando que no estuvieses con nosotros para ver la importancia y el alcance de su trabajo, y para que comprendieses por qué se negó a ocupar tu lugar tras tu jubilación.

—Sí —responde él con voz temblorosa—, he decidido olvidar ese terco e inútil enfado.

—Lo que pasa es que ese enfado ahora se dirige a mí.

—¿A ti? ¿Por qué?

—Porque en vez de mencionar sencillamente mi nombre junto con el suyo en tu discurso, te has enredado en un extraño formalismo. ¿A qué ha venido

eso de «compañera devota», «señora Divón», «mi querida señora», en vez de decir simplemente mi nombre?

Su mirada seria está clavada en él. Y Luria se pregunta si se la puede seguir calificando como «mujer trágica» también con ese renovado aspecto que le ha proporcionado la buena vida en África.

Con una leve y prudente sonrisa él intenta defenderse. ¿Por qué tenía que añadir el nombre propio de una mujer a quien la mayoría del público no conoce, sobre todo después de remarcar tantas veces en su discurso que el éxito profesional y la dilatada colaboración con su marido fueron posibles gracias a que ambos evitaron mezclar cuestiones laborales con temas personales y familiares?

Pero ella se mantiene firme: no ha sido casual lo de no mencionar su nombre, lo ha hecho a propósito.

—¿A propósito? ¿Por qué?

—Para demostrarme que lo has borrado de tu interior.

—¿Por qué iba a borrarlo?

—Si no hay ningún motivo, vamos, adelante, Zvi Luria, di mi nombre ahora.

—¿Decírselo a quién?

—¡A mí!

Él la observa con curiosidad y terror al mismo tiempo, esperando que el nombre perdido surja milagrosamente de su tristeza.

—¿Por qué te voy a decir algo que sabes perfectamente? —dice, intentando hacerse el listillo.

—Porque solo así podrás demostrarme que no has borrado mi nombre, digamos, debido a...

—¿Debido a qué?

—Tal vez a algún deseo repentino.

Luria se estremece.

—Si hubo algún deseo, fue reprimido al instante, refrenado.

—Pero ¿quién te ha pedido refrenarlo? —susurra ella en un tono extraño—, ¿quién quiere que lo reprimas?

Luria dirige la vista hacia la familia de la mujer: ¿estará su marido observando la conversación y vendrá a unirse a ella? Luria la agarra con delicadeza del brazo y la lleva hacia la puerta.

—¿No refrenar el deseo?, ¿en qué sentido? —pregunta en voz baja.

Ahora ella está enojada.

—El sentido o el sinsentido, Zvi Luria, dejémoslo para otro momento. Devuélveme mi nombre y te dejaré en paz.

¿Devolverle su nombre? Está perplejo, ¿de qué va esto? ¿Acaso África ha añadido también locura al carácter «trágico» israelí? ¿Cómo devolverle un nombre que se ha evaporado? Para aplacar la ira, tendría que confesar ahora lo de la diminuta atrofia que corroe los nombres propios, pero, si lo hace, ¿ella lo creerá? Y, si lo cree, acabará vengándose de él por el deseo refrenado y advertirá a su marido y a los demás de que no se dejen enredar por un viejo necio que está buscando ocupación.

Deja vagar la mirada en busca de alguien o de algo que la aparte de él, pero todos a su alrededor están fascinados con el viaje familiar por Uganda, y de pronto, oh, como por arte de magia, en ese mismo instante ella está en la pantalla, hermosa y atractiva con ropa de safari y sombrero de exploradora, dando de comer mazorcas de maíz a un animal, una especie de ciervo o de órix, que de hecho parece un nuevo camello local al que le ha salido una cornamenta dorada.

—Mira, mira —dice Luria, señalando hacia la pantalla—, ¡ahora eres tú! ¡Observa! Pero ¿cómo se llama ese extraordinario animal? ¿Cómo no te dio miedo darle de comer?

Y antes de que pueda responder, él murmura, como acariciándole suavemente el cabello: «Un momento, espérame aquí un momento, enseguida te devuelvo el nombre que te he quitado». Rápidamente se da media vuelta, desaparece por el pasillo, corre escaleras arriba y llega a la primera planta. Recuerda que allí hay unos lujosos servicios reservados para las visitas o los directivos. Y aunque la planta está a oscuras, no necesita ninguna luz para llegar a la puerta, que resulta que está cerrada por dentro, seguramente por algún viejo jubilado que conoce el sitio igual que él. Pero no tiene intención de esperar a que la puerta se abra, así que se dirige rápidamente hacia el ascensor y sube a la última planta, la de las oficinas de la brigada septentrional, donde estaban todos sus subordinados. También ahí reina la oscuridad, pero eso no va a poder detener a alguien que, después de tantos años trabajando allí, sabe reconocer cada puerta por la que pasa y cada baldosa que pisa. Ya de lejos distingue la fina franja de luz que sale por debajo de la última puerta, la de su antiguo despacho. ¿Qué pasa aquí?

Proyectos archivados

Unos años antes de jubilarse en Netivei Israel, a Luria le fue trasladada la petición del Ministerio de Defensa de diseñar una carretera de circunvalación en el norte de Samaria para aumentar la seguridad y la tranquilidad de los habitantes de un pequeño asentamiento, ya que la carretera que llegaba hasta allí pasaba muy cerca de un pueblo palestino. Él le cedió el proyecto a Divón y enseguida quedó claro que, debido a las condiciones topográficas, el coste de la carretera de circunvalación sería mayor que lo que costaría trasladar el asentamiento entero a otro lugar. Así que Divón se recorrió la zona para encontrar la forma de «sortear la circunvalación», es decir, en vez de construir una nueva carretera, renovar un antiguo camino de tierra que el arqueólogo de Netivei Israel sabía que existía desde la época del Segundo Templo. Ese camino no quedaba muy lejos del pueblo palestino, pero como estaba ubicado en la ladera de una montaña, podía proteger a los viajeros de posibles lanzamientos de piedras o cócteles molotov. Divón se tomó muchas molestias, fotografió, hizo mediciones, dibujó mapas y calculó costes, y entregó un proyecto original y barato al Ministerio de Defensa. Pero resultó que el camino pasaba por un cementerio antiguo, tal vez incluso de la época del Primer Templo, de modo que para no entrar en conflicto por cada hueso con la organización religiosa Chevra Kedisha, se decidió retirar el proyecto y, en su lugar, levantar un muro de piedra a lo largo de las casas del pueblo árabe cercanas a la carretera. De ese modo, se ocultaba a los palestinos de la vista de los judíos, y a los judíos de la vista de los palestinos, y cada una de las partes podía ahondar en su identidad sin temor a ser observada por la otra. El creativo proyecto de Divón, con sus fotografías, sus gráficos y mapas, quedó oculto en el archivo, aunque Divón no lo olvidó y, unas semanas después de irse a Kenia, sorprendió a Luria, que ya estaba en los días previos a la jubilación, pidiéndole que localizase el proyecto archivado y se lo enviase, quién sabe para qué. Y como su mujer aún estaba en Israel haciendo los últimos trámites para alquilar su casa, Divón pensó que la forma más rápida y

segura sería hacerle llegar a ella el proyecto a través de un mensajero de la oficina.

Lo cierto es que, cuando el muro que bloqueaba el pueblo palestino se fue elevando tanto que hasta el nombre del pueblo se borró de la memoria del asentamiento, que cada vez se extendía más, ya no había ninguna necesidad de guardar, ni siquiera en el archivo, un osado proyecto que pretendía resucitar un antiguo camino de tierra. Sin embargo, para evitar habladurías innecesarias sobre proyectos públicos que desaparecen en manos privadas, Luria prefirió cumplir en persona, y no mediante un mensajero charlatán de la oficina, el último deseo de alguien que había trabajado con él durante tantos años. «Tan solo confírmame la dirección exacta de tu casa –le pidió– y, si es posible, recuérdame también el nombre de tu mujer».

Y así, unos meses antes de jubilarse, Luria sacó con sus propias manos del archivo el proyecto y lo metió en un sobre grande, y una mañana nublada, según lo acordado, se plantó en la puerta de una casa en la que jamás había estado. Era una casa grande, más vieja de lo que se había imaginado, y tal vez porque iba a ser alquilada, también parecía abandonada y triste. Sobre el césped amarillento, y entre árboles frutales mustios, había cajas diseminadas y, en un rincón del patio, se amontonaban viejos utensilios de cocina y algunos muebles desvencijados. Pero junto a la puerta donde estaba colgado el anuncio de «se alquila» había una joven bellísima que, por los rasgos de su rostro y la forma de sus ojos, debía de ser de origen asiático. Su delicada mano reposaba sobre el hombro de un joven en silla de ruedas que estaba mirando fijamente al infinito con el rostro de un ángel atormentado. Era el hijo discapacitado de Divón, del que Luria había oído hablar. Llevaba un casco de cuero para que pudiese darse cabezazos contra la pared sin hacerse daño, pero en esos momentos, sin ninguna pared alrededor, daba de vez en cuando dos o tres palmadas para animarse. Y antes de que Luria preguntase nada, la joven lo sorprendió dirigiéndose a él por su nombre y apellido, para a continuación comunicarle amablemente que la puerta estaba abierta y que podía entrar.

–Ha pasado muy mala noche –explicó–, y ahora por fin se ha dormido, pero de todas formas no deje el sobre que ha traído en cualquier parte. Con el caos que hay en la casa, hasta un sobre grande puede perderse. Así que, por favor, no tema despertarla y entregarle en mano lo que ha traído.

La dulce belleza procedente de un oriente lejano, mezclada con un hebreo perfecto sin gota de acento extranjero, cautivó al mensajero. Como no le agradaba entrar en una casa extraña y caótica, y despertar a una mujer por la que nunca se había interesado, le sugirió a la niñera que ella misma cogiese el sobre, y así se aseguraba de que llegaría a su destinatario.

—Porque —añadió, con un ligero tono de amargura—, supongo que te llevarán con ellos a África.

—¿A África? —se sorprendió la joven—. ¿Por qué? Yo no dejo Israel. Además, allí tendrán suficientes sirvientes baratos que cuidarán de todo lo necesario e innecesario. No —repitió con determinación, y su rostro se desplegó como una magnífica bandera—, yo ya estoy fuera de escena, este es mi último día de trabajo. Su abuelo y su abuela vendrán ahora a recogerlo, y se quedará con ellos hasta que se vayan a comienzos de la semana que viene. Así que, señor Luria, no le queda más remedio que entregarle el sobre en persona, porque eso es lo que ella ha pedido, y ha avisado de antemano de que usted podía despertarla.

Pero la invitación personal a inmiscuirse en la intimidad de la mujer dormida de un colega que había trabajado a su lado durante tantos años seguía sin animarlo a entrar. Por el momento, perplejo como estaba por el hebreo perfecto y sin acento de la joven, quería saber cuándo había llegado a Israel. Pero resulta que la bella no había llegado, sino que había nacido allí, y con un gesto de victoria alzó la cabeza y le habló de sus padres, refugiados de Vietnam, que estuvieron vagando a la deriva en botes y fueron rescatados en medio del mar por un barco israelí. Ningún otro país estaba dispuesto a acogerlos, hasta que un generoso primer ministro los invitó a Israel para que obtuviesen la nacionalidad. Pero sus padres, que jamás pudieron superar la añoranza de su identidad, regresaron al cabo de unos años a su patria.

—¿Y tú? —preguntó Luria con ternura—, ¿no quisiste acompañarlos?

—Lo intenté, aunque solo fuese para comprender por qué estalló allí una guerra civil tan cruel y terrible.

—¿Y lo comprendiste?

Aún no quería prescindir de su belleza.

—No, no comprendí nada. —Se rio y las pupilas le brillaron como dos perlas—. Y créame, señor Luria, ni siquiera los propios vietnamitas, del norte y del sur, comprenden ahora por qué se mataron los unos a los otros

con tal crueldad. Pero no fue por eso por lo que regresé a Israel, que también se está volviendo bastante loco; regresé porque mis padres me concertaron un matrimonio con un pariente. Dígame, señor Luria, ¿por qué iba una ciudadana israelí como yo a casarse en un país lejano y pobre con un pariente bastante cuestionable, cuando aquí tengo un montón de pretendientes?

La sinceridad de la joven acrecentó el deseo de Luria de obtener más detalles sobre la casa en la que iba a entrar. De modo que, antes de que llegasen el abuelo y la abuela e interrumpiesen la conversación, se apresuró a enterarse de quiénes eran esos pretendientes y, con una atrevida vuelta de tuerca, incluso bromeó y le dijo que si no fuese un abuelo a punto de jubilarse, seguramente él mismo tendría la tentación de sumarse a ellos. La vietnamita israelí inclinó la cabeza con una profunda reverencia de gratitud, entre ceremoniosa y burlona, pero el joven de la silla de ruedas, que ya había perdido la paciencia, interrumpió la conversación con un gemido de desesperación. Con su pequeño pie, la niñera quitó el freno de la silla, pero Luria se apresuró a agarrar una rueda.

—Un momento, una preguntita más antes de despedirnos.

Con perspicacia, la joven intuyó que era mejor que el chico no oyera ni la pregunta ni la respuesta, aunque no comprendiera nada, así que apartó la silla y la empujó un poco para animar al chico a que empezara a rodar él solo. Mientras la silla se alejaba de ellos lentamente, Luria quiso enterarse de si sabía por casualidad, o incluso lo había oído ella misma, que Divón a veces llamaba a su esposa «mujer trágica».

—Así es —confirmó la niñera—, el señor llama así a su mujer algunas veces, incluso en presencia de extraños, pero sin mala intención: es porque así se califica ella a sí misma desde que la obligaron, contra su voluntad, a traer al mundo a este joven, su tercer hijo.

—¿La obligaron?

—Eso me ha dicho, y más de una vez.

—Pero ¿quién la obligó? —preguntó Luria espantado—. ¿Y por qué?

—De eso —soltó de repente la joven con impaciencia y una pizca de desprecio—, tendrá que enterarse usted mismo, señor Luria. Ya se lo he dicho, la puerta está abierta y, aunque ella aún esté en la cama, usted no desista, porque realmente lo está esperando.

La casa caótica

Aunque la puerta no está cerrada con llave, él llama al timbre una vez y otra vez con la esperanza de que los timbrazos lo libren de tener que levantar a una desconocida de la cama. Pero ni el más leve murmullo responde a la llamada. De modo que tiene que empujar la pesada puerta y entrar en la casa, donde reina un caos mucho mayor del que le habían dicho. Los muebles se han movido de su sitio y están apiñados en el centro de un gran salón, seguramente para despejar las paredes, que necesitan una mano de pintura. En un rincón se amontonan cajas de cartón repletas de objetos y libros en un estado lamentable, más para ser tirados a la basura que para ser trasladados. Mapas de carreteras desfasados de Netivei Israel se apilan en uno de los sillones, tal vez con la esperanza de que Luria los devuelva al archivo. Varios objetos de los arrendatarios, que al parecer ya estaban impacientes, han adelantado su llegada y se han agrupado en un rincón. Divón se ha marchado de Israel precipitadamente para no perder el codiciado puesto que le han ofrecido en Kenia, y se ha llevado con él a sus dos hijos sanos para que puedan incorporarse al curso escolar, que allí ha empezado ya, de modo que la tarea de alquilar la casa ha quedado en manos de la mujer encargada de cuidar a un hijo enfermo que trajo al mundo en contra de su voluntad.

Pero ¿dónde está ella ahora? Es una casa vieja y espaciosa, que al parecer ha extendido varias veces sus alas, y ahora también está casi completamente a oscuras, porque las cajas de cartón apiladas hasta las ventanas tapan la luz. Es cierto, Luria puede gritar su nombre para despertarla y hacerla venir, evitando así tener que verla en la cama e incluso zarandearla con la mano, pero ¿no sería ridículo plantarse en medio de ese caos y llamar por su nombre a una mujer que hasta ese momento ha evitado conocer? Esa misma mañana, su esposa se ha extrañado mucho al enterarse de que quería entregar el sobre en persona, con sus propias manos, pero es que ahora, justo antes de jubilarse, desea saber algo más íntimo de ese colega cercano y competente que ha rechazado el puesto que Luria tenía destinado para él.

Y en el fondo, a pesar de verse envuelto en el anárquico caos de una casa extraña, no se arrepiente de haber ido.

Sin embargo, al entrar en la gigantesca cocina desaparece todo el caos y, en su lugar, reina un doloroso vacío. Los armarios, con las puertas abiertas, están completamente vacíos, y en el frigorífico abierto y oscuro no queda nada salvo un cartón de leche. Lo que significa que el viaje es inminente. Se dirige hacia el pasillo que conduce a los dormitorios, pasa por delante de dos habitaciones vacías, donde tal vez vivían los dos hijos. Entra en la habitación del hijo pequeño, donde, junto a una cama deshecha, hay otra silla de ruedas, y sigue adelante por otro pasillo, que lo vuelve a arrojar al caos de un dormitorio en penumbra. Allí, entre un revoltijo de mantas y ropa, hay tres maletas abiertas, y en una cama amplia está acurrucada una mujer.

¿Realmente no ha oído el timbre ni el sonido de sus pasos por la casa? ¿O al entrar él en la habitación se ha hecho la dormida? Ya que la hora de la visita ha sido acordada de antemano, es posible que se trate de una puesta en escena para mostrar la profundidad y la naturaleza del carácter «trágico» que ella misma ha asumido. Pero Luria no es un mensajero casual que se dirigiría a ella con un «señora» o «doña». Y despertarla llamándola por su nombre, del que se enteró apenas anteayer, le parece demasiado íntimo. Y como tampoco sabe dónde está el interruptor de la luz, prefiere tocar ligeramente la cálida manta y decir:

—Lo siento, pero la niñera me ha pedido que le entregue el sobre en mano.

Por la facilidad con la que se despierta y la rapidez con la que sonríe, es muy posible que haya oído el timbre y sus pasos y, a pesar de todo, no solo ha permanecido acurrucada en la cama, sino que ahora también evita encender la luz. Tan solo alarga un brazo blanco para coger el sobre y dejarlo sobre la almohada que tiene al lado, donde debía reposar la cabeza de su marido, y con voz débil y ronca, en la que tal vez quedan restos de algún sueño, dice:

—Gracias, Zvi Luria, pero tal vez podría explicarme qué importancia tienen estos viejos proyectos para que Tzaji haya decidido volverle loco también a usted.

A Luria le resulta extraño conversar con una mujer completamente extraña, que se queja de su marido mientras sigue metida en la penumbra de

la cama. Aun así, se inclina un poco y le cuenta lo del viejo encargo de diseñar una carretera de circunvalación para reforzar la tranquilidad de un pequeño asentamiento, y le dice que, a pesar de que el proyecto está ya desfasado, es posible que haya en él algún destello de luz que inspire a su marido en algún proyecto africano.

—¿Un destello? ¿Otro destello? —suspira la mujer con desesperación. Ella conoce bien a ese hombre que está todo el rato buscando destellos de luz, sobre todo en sus viejos trabajos—. Mire, la casa está repleta de viejos proyectos como esos, pero, dígame —pregunta de pronto con cierta ironía—, ¿es posible que también allí, en África, pretendan levantar asentamientos?

—Espero que no —sonríe Luria.

Empieza a considerar con cierto temor si la mujer tiene intención de separarse de la cama, o si con ese apego le está indicando que debe despedirse y marcharse. Pero, con una especie de autoridad femenina, ella le ordena quitar la ropa de un sillón para que pueda sentarse delante y dejar de estar de pie.

—Destello o no destello —concluye con desdén—, gracias de todas formas, Zvi Luria, por no mandar a un mensajero y venir en persona. Así por fin he tenido ocasión de conocer al hombre al que Tzaji lleva tantos años alabando, no solo por su extraordinaria profesionalidad, sino también por su paciencia y generosidad. Y aunque es usted famoso entre sus compañeros por ser reacio a mezclar temas personales con asuntos laborales, ahora que Tzaji se ha marchado definitivamente de Netivei Israel, y usted está a punto de jubilarse, por qué no se permite sentarse unos minutos aquí, a mi lado, pues es muy posible que no volvamos a vernos jamás.

Parece que el carácter «trágico» que ha asumido ha aumentado su confianza en sí misma. Los ojos de Luria van descifrándola en la penumbra del dormitorio y descubre una máscara pálida y dura coronada por un pelo seco y revuelto. Con una temblorosa compasión que le sorprende incluso a sí mismo acepta la invitación, pero solo unos minutos, advierte, porque su niñera ya le ha contado que ha pasado muy mala noche. Respetuosamente, se hace un hueco entre la ropa tirada sobre el sillón, mientras ella coge el sobre de la almohada de su marido y lo mete debajo de la suya, para que su mirada esté a la altura del invitado que se ha sentado frente a ella.

—Ya veo —le dice— que nuestra cuidadora le ha dado un informe detallado antes de entrar.

–Sí, ha sido muy amable.

–Amable no es exactamente el adjetivo que más le pega –dice con cierto sarcasmo–. Es cierto que atrae a los hombres con su belleza, pero no llegará lejos, porque no quiere estudiar, solo quiere encontrar un marido que estudie por ella.

–Pero a mí me parece que su hijo está muy unido a ella –dice Luria, que insiste en defender a la vietnamita israelí.

–No, se equivoca, ese chico no está unido a nadie, tal vez un poco a su abuelo y a su abuela, y ahora su padre, sin piedad alguna, también quiere separarlo de ellos.

Luria mueve levemente la cabeza intentando mostrar empatía y preocupación, y se sorprende de sí mismo. ¿Cómo es posible que él, un hombre que siempre ha evitado las relaciones personales con sus compañeros de trabajo, esté atrapado ahora en una conversación íntima con la mujer de un colega, que permanece acostada delante de él, en un dormitorio caótico y en penumbra, con los hombros desnudos resplandeciendo sobre el borde de la manta?

–A pesar de todo –dice, tratando ahora de defender al chico–, me parece que ese niño está unido al mundo. He observado su rostro y me parece tan puro como el rostro de un ángel, tal vez un ángel atormentado que mira fijamente al infinito, pero un ángel en cualquier caso.

–No, se equivoca, no es un ángel, y menos aún atormentado, es tan inconsciente del estado en el que se encuentra que a veces sospecho que hasta disfruta con su discapacidad. No, Zvi, ¿puedo llamarte por tu nombre? Aquí el atormentado no es el niño, solo yo, su madre, porque ya antes de que naciera presentí la tragedia que se avecinaba. No quería traerlo al mundo. A mi edad y en mi situación me bastaba con dos hijos sanos y estupendos, y quise interrumpir el embarazo. Pero tu amigo, el hombre que ha trabajado contigo durante tantos años, se empeñó en tener un hijo más, porque imaginaba que iba a tener una encantadora muñequita, y en vez de eso se nos vino encima una tragedia. Me equivoqué, no luché lo suficiente por protegerme.

Su mujer tenía toda la razón, piensa Luria, los proyectos archivados hay que mandarlos por medio de un mensajero de la oficina y no por medio de un veterano ingeniero a punto de jubilarse. Y, para facilitar la retirada, adopta un cariñoso tono paternal y dice:

—No te levantes, no es necesario, no te preocupes, ya informaré yo a Tzaji de que los viejos proyectos están ya en tu poder. Tú sigue durmiendo, necesitarás fuerzas para hacer frente al caos que te rodea.

Pero ella se rebela contra una despedida tan repentina.

—No, un momento, espera —le ruega—, no te vayas. Hay que ofrecerte algo, pero ¿me creerías si te digo que el frigorífico está vacío?

—Claro que te creo —afirma riéndose—, ya he visto que no hay nada dentro. No importa, vuelve a dormirte.

Pero ella se retuerce en la cama.

—Si no quieres tomar nada, al menos acepta un regalo, algún objeto bonito. Tzaji me dijo que, después de tantos años trabajando juntos, tuviste que preguntar cuál era nuestra dirección y cuál era mi nombre.

—Es cierto.

Luria extiende los brazos como diciendo «qué se le va a hacer, así soy yo».

—Entonces —se enciende ella—, ya que no te ha quedado más remedio que venir hasta aquí y saber cómo me llamo, ahora tengo derecho a acompañarte hasta la puerta, y tal vez también a darte algo por las molestias.

Con enérgica determinación, aparta la manta y se pone en pie completamente desnuda. Su desnudez resplandece en la penumbra, es más redondeada que la de su mujer, pero también más joven, e irradia calor y potencia. Él inclina la cabeza con amigable desconcierto. Así pretende vengarse ahora de su marido, que la obligó a traer al mundo a un niño al que no quería, o simplemente es tan ingenua que no es capaz de imaginar el potente deseo que puede entrarle a un hombre que está a punto de jubilarse. A pesar de todo su desconcierto, sigue con la mirada clavada en ella, aunque esforzándose por mostrarse indiferente. Y ella casi lo está adulando.

—Si no puedo ofrecerte nada, al menos llévate algún recuerdo para ti o para tu mujer, estoy tirando muchas cosas.

—No, no —dice él, manteniéndose firme—, no necesito ningún recuerdo, solo saber que te cuidarás hasta que llegues sana y salva junto a aquel que te está esperando.

Ella arranca la sábana de la cama, se cubre con ella y, como una momia descalza, lo acompaña por el desbarajuste de la casa hasta la puerta de salida. Él sigue evitando tocarla ni siquiera con un dedo, se conforma con

una profunda reverencia de despedida, como la que acaba de aprender de la niñera de su hijo, y para asegurarle que en adelante guardará su nombre en la memoria, lo dice una vez y lo repite una vez más.

OceanofPDF.com

El antiguo despacho

Se dirige hacia la franja de luz amarillenta que sale por debajo de la puerta de su antiguo despacho y, justo en ese momento, de repente, la atrofia le devuelve el nombre de la mujer, el mismo nombre sencillo y claro que le fue transmitido antes de ir a verla por encargo de su marido. El nombre está en su poder, pero se previene: aunque durante los años que ha estado en Kenia el viejo carácter «trágico» se haya diluido hasta convertirse en una molesta rareza, en su nuevo estado sigue siendo peligroso volver a rozarse con ella. Y es que últimamente, cuando su memoria rebusca en aquella casa en la que una momia descalza lo condujo entre el caos hacia el vacío, ha empezado a pensar que tal vez fue entonces, aquella misma mañana nublada, cuando la semilla de la demencia comenzó a germinar en su cerebro.

Pero ahora, aunque el rumor de la lluvia está arreciando, por qué va a dejar de echar un vistazo al despacho que fue suyo durante tantos años, aunque solo sea para saber si han olvidado apagar la luz, o si a esas horas aún hay alguien trabajado en sus planos. Sorprendentemente, la puerta se abre con un ligero roce y, junto a su mesa, ve a un atractivo joven, con una graciosa barba, iluminado por la luz de una inmensa pantalla de ordenador. A simple vista parece que el despacho no ha cambiado mucho, pues hasta el retrato del segundo presidente de Israel sigue colgado en la pared.

—¿Zvi Luria? —se sorprende el joven—. ¿A qué debemos este honor?

—No ha sido a propósito, en absoluto —dice Luria, que se alegra de que lo haya reconocido—. Me pidieron que pronunciase un discurso en la fiesta de jubilación de un viejo compañero, y no he podido resistir la tentación de subir a echar un vistazo al lugar en el que he pasado tantos años buenos y productivos. Por suerte la puerta se ha abierto sin problemas y, encima, encuentro junto a mi mesa a un agradable joven que hasta sabe quién soy y me reconoce. La cuestión es si también yo soy capaz de reconocerle a él.

—A él no, pero a su padre sí —dice el joven, con una amplia sonrisa—, es decir, al consejero jurídico que trabajó con usted durante muchos años.

—¿Maymoni? ¿Eres el hijo de Yosef?

–Yohanan.

–Sí, claro, Yohanan, Yohanan Maymoni. Pero antes de explicarme qué haces en mi viejo despacho a estas horas, cuéntame cómo está tu padre.

–Está enfermo, señor Luria, entrando y saliendo del hospital. Pero estoy seguro de que ya le contó él mismo lo de su enfermedad, porque es lo único de lo que se ocupa todo el rato.

–¿Me contó? ¿Cuándo? No sabía nada.

–Pero si hace solo unas semanas se encontraron por la calle y es imposible que no hablara de la enfermedad que tanto lo asusta. ¿Puede ser que no lo reconociera usted?

–¿A Maymoni? Imposible.

–Es que, por lo que me dijo, le pareció que usted no sabía realmente quién era.

–No es posible.

–¿Tal vez por la enfermedad?

–¿La enfermedad de quién? –pregunta Luria asustado.

–Mi padre ha adelgazado mucho, se le ha caído el pelo...

–Aun así es imposible que no lo reconozca. Durante años su despacho estuvo aquí, en la séptima planta, y a veces también nos acompañaba en los viajes, para ver con sus propios ojos los campos y las casas que le pedíamos expropiar a favor del Estado.

–Es verdad –se emociona el joven–, esos viajes le gustaban mucho. Así podía librarse de los papeles y estar sobre el terreno para enfrentarse a personas reales, aunque resultara difícil. Señor Luria, ¿se acuerda de que a veces, cuando era un chaval, también yo les acompañaba?

–¿Tú? ¿Por qué?

–Porque cuando mi madre nos dejó a mi padre y a mí, a veces me llevaba a esos viajes para que no estuviese deambulando por las calles.

–¿La mujer de Maymoni lo dejó? Qué raro, jamás me hizo ni una alusión al respecto.

–Porque mi padre, como todos los que lo rodeaban a usted, sabía que no quería conocer la vida privada de sus subordinados.

–Ni de la de mis jefes –se apresura a añadir Luria–, porque solo así, como jefe de la brigada, podía protegerme y evitar verme envuelto en problemas que escapaban a mi control y a mi influencia.

–Pero ahora –dice el hijo, haciéndose el inocente– que ninguno de

ustedes es subordinado de nadie, ¿aún le complico la vida si le cuento que mi padre está enfermo, muy enfermo?

—No. Ahora, como hombre libre, sin poder ni responsabilidades, me interesa saber cómo están los compañeros que trabajaron a mi lado durante tantos años. Así que, al contrario, dime cómo puedo encontrar a tu padre.

—La mejor forma de encontrarle es en el hospital. Pronto volverá a ser ingresado, durante un largo periodo. Y si alguien a quien quería y respetaba en el pasado estuviera sentado junto a su cama, aunque solo fuera un rato, él se animaría.

—Estupendo, eso haremos, por favor, no me olvides.

—¿Olvidarlo? Es imposible olvidarlo. Este despacho aún está lleno de los diplomas que le dieron los consejos locales por las carreteras que pavimentó y ensanchó, y la compañía eléctrica, y la policía de tráfico. Hasta la Sociedad Protectora de la Naturaleza sigue enviando cada año a su nombre un calendario con una foto de una bella mujer amante de la naturaleza. No, cómo iba a olvidarlo, si hasta el presidente del país que ocupaba el cargo en su época aún sigue colgado de la pared.

—Ahí te equivocas, joven. El presidente Ben Zvi ya no estaba vivo cuando me asignaron este despacho. Pero como yo sabía que no solo había perdido a su hijo, sino que también era un hombre modesto y honrado, cuya residencia presidencial de Jerusalén solo era de hecho una ampliación de su sencilla vivienda, dejé su retrato para que me sirviera de ejemplo y, sobre todo, como advertencia contra la corrupción que sentía que estaba empezando a surgir a mi alrededor.

—Pues yo tampoco lo he quitado de la pared ni lo he sustituido por ningún otro presidente, sobre todo porque me enteré de que de joven, a comienzos del sionismo, él y su buen amigo Ben Gurión consideraban que los campesinos árabes y los beduinos eran descendientes de judíos que se mantuvieron fieles a esta tierra, a pesar de ser obligados durante generaciones a abandonar su religión.

—Eso no lo había oído nunca —bromea Luria—, pero recuerdo que también a tu padre le atraían ese tipo de historias extrañas y descabelladas.

—Tal vez sean extrañas, tal vez sean descabelladas, pero al menos dan esperanza.

—¿Esperanza de qué?

—Si todos los que están a nuestro alrededor no son más que judíos cuya

identidad ha sido olvidada, entonces nosotros, sin ningún esfuerzo especial, ya somos una mayoría natural y sólida en esta tierra confusa.

Luria le clava la mirada para comprobar si el joven le está tomando el pelo, y a la luz de su hermoso rostro comprende que aquel ser acabado que, unas semanas atrás, lo detuvo por la calle y lo obligó a tratarle con afecto, no era, como había supuesto entonces, un capataz olvidado, o el conductor de una vieja apisonadora, sino su consejero jurídico, al que, pese a los muchos años que habían trabajado juntos, le costó reconocer.

A pesar de las gotas de lluvia que serpentean en las ventanas y que le urgen a bajar en busca de algún jubilado que lo lleve de vuelta con su mujer, quiere reparar la ofensa de no haber reconocido al padre tratando de forma cordial al hijo, que no es consejero jurídico como su padre, sino un enérgico ingeniero de caminos al que le han encomendado la misión de diseñar una carretera oculta para uso militar.

—¿Una carretera oculta? ¿Existe tal cosa?

—Oculta al menos en la primera fase.

—¿Dónde? Conozco muy bien la red de carreteras del norte, y ya te digo yo que no podrás ocultar allí ninguna carretera.

Pero no se trata del norte, sino del sur, del lejano sur. Y el joven ingeniero invita al jubilado a observar en la pantalla los alrededores del cráter de Mitzpe Ramon, entre la autopista 40 y la carretera 171, un desierto sin ninguna población, ni ninguna granja, ni siquiera un pequeño asentamiento ilegal, solo colinas y cráteres desolados y ríos secos que presumen de nombres primitivos: Saharonim y Harerim, Ardon y Harut, Darga y Neqarot, Mahmal y Kipa, Mishchor, Ra`af y Geled. Y como las serpientes en el juego de escaleras infantil, se enredan y retuercen allí caminos de tierra y barrancos, y entre ellos, como una visita imprevista, irrumpe también una carretera muy corta del Mandato británico, que tras dos o tres kilómetros muere sin objetivo. Un espacio árido en el que el único signo de vida es una figura diminuta, simbólica, de un decidido excursionista que camina por la línea zigzagueante del sendero nacional de Israel. Y ante los ojos del anciano ingeniero, que se pregunta desde dónde y hacia dónde se trazará la carretera secreta, el joven sitúa en el centro de la pantalla el cursor, que al principio se agita como un mosquito aturdido hasta que se detiene en alguna parte y empieza a expulsar por la cola una línea azul, gruesa e intensa: la posible ruta de la futura carretera.

Luria no había visto nunca un mapa tan desolado, pero el joven, que supera a su padre en pasión al hablar, parece entusiasmado con el proyecto que le han encargado.

—Hace muchos años que no bajo al Néguev —confiesa Luria—, y desde el punto de vista profesional nunca me ha atraído. Tampoco tu padre tenía nada que expropiar allí, porque todo pertenece al Estado.

—Eso hay que comprobarlo —murmura el joven como para sí mismo.

Con el ratón encerrado en la mano, empieza a jugar con el mapa, ensanchando y estrechando el desierto a su antojo.

Pasa un tiempo hasta que Luria se recupera de los trucos del ordenador y, antes de despedirse de su viejo despacho, le pregunta al nuevo inquilino su nombre.

—Asahel.

Luria está contento. Es un nombre que a la atrofía le resultará difícil devorar. Y al despedirse del tal Asahel, le recuerda que no se olvide de avisarlo cuando Maymoni padre vuelva a ser ingresado.

Pero cuando baja a buscar a un amigo o conocido que lo lleve de vuelta con su esposa, se topa con un profundo silencio, como si hubiese estado setenta años durmiendo desde que huyera de la mujer que le demandó su nombre. El salón está a oscuras, la pantalla de proyección ha sido enrollada, los platos y cuencos han sido recogidos, los manteles se han quitado, las sillas están amontonadas en un rincón y de los espléndidos manjares no quedan ni unas migajas. También la puerta principal está cerrada y el guardia de seguridad ha desaparecido. Pero el jubilado aún recuerda dónde está la salida al aparcamiento, que ahora está desierto, salvo por un único coche que, en la penumbra de la noche, yace como un extraño animal gris. ¿Es que la demencia está triturando ya no solo los nombres propios sino también los granos de tiempo? Teme llamar a su mujer para pedirle que venga a recogerlo. Es una conductora prudente, es cierto, pero con los navegadores necesita que él le dé instrucciones y, con la brumosa lluvia, se expone a perderse. Además, es sorprendente que aún no haya llamado ella. ¿Tan poco le inquieta su estado, o es que le resulta cómodo y agradable librarse un rato de su presencia? Ahora comprende que se ha equivocado al impedirle que lo acompañase. Estar solo en la fiesta no lo ha hecho conseguir ningún proyecto y, además, la presencia de su mujer habría disuadido a la momia de demandarle su nombre.

Sí, un deseo que fue refrenado, un recuerdo febril lo atrapa mientras se apresura hacia el ascensor que lo lleva de vuelta a su viejo despacho. Entra con ímpetu, sin llamar a la puerta, y, seguro del nombre del joven, dice:

–Escucha, Asahel, me he liado un poco, ¿podrías sacarme de aquí?

Y el joven ingeniero, que entre tanto ha dejado la mesa de trabajo, se ha quitado los zapatos, se ha tapado con una manta y ha empezado a buscar tranquilidad en un viejo sillón que Luria encontró tirado junto a la sede del consejo local de Horfeis, aparta enseguida la manta y se pone firme como un soldado.

–Sacarle de aquí, señor Luria, por supuesto. Pero ¿adónde?

OceanofPDF.com

Ayudante sin sueldo

La lluvia ha amainado, y la luna, liberada de las cortinas de agua, salta ahora ligera de desvío en desvío, pero Luria está contento de no haber avisado a su mujer. Relajado y tranquilo en un viejo coche americano, grande y silencioso, parecido al que le sirvió a él en el pasado, disfruta de la conducción hábil y precisa del joven ingeniero, que lo lleva hasta su coche rojo, donde ya lo están esperando su mujer y su hija, y también un niño que aguarda el beso de buenas noches de su abuelo.

—Adivina quién me ha sacado de la fiesta, que acabó de repente sin que me diese cuenta —le dice a su mujer mientras coge en el regazo al nieto adormilado, para darle un beso y sentir su olor y su sabor.

Dina se muestra amable con el joven rescatador, que no se conforma con saludar desde el coche, sino que apaga el motor y sale para estrecharle la mano.

—¿Te acuerdas de Yaakov Maymoni? Pues este es su hijo, Asahel, pero no es consejero jurídico, sino ingeniero de caminos. Me lo he encontrado trabajando a estas horas en mi viejo despacho, porque está diseñando junto a Mitzpe Ramon una carretera secreta para el ejército.

—Yohanan Maymoni —lo corrige Dina, mientras estrecha con cariño la mano del atractivo joven, y se sorprende de que su padre no vuelva también con ellos de la fiesta.

—Mi padre está enfermo, doctora Luria, ya no es capaz de participar en fiestas de ese tipo.

—¿Enfermo? ¿Qué tiene?

—Cáncer —dice el hijo simplemente.

—¿Cáncer de qué? —ella no desiste.

—De páncreas...

—Oh —suspira ligeramente y añade—: Ya me imagino que algunos médicos le dirán a tu padre que abandone toda esperanza.

—Exacto —se altera el joven, que se nota que está muy unido a su padre—, pero él sigue luchando, como siempre.

—Así tiene que ser —dice la pediatra, que apoya la lucha del anciano

enfermo—. Algunas veces también hay esperanza para el cáncer de páncreas. Por favor, trásmítele eso de mi parte a tu padre.

—Por supuesto, así lo haré. Mi padre siempre hablaba de usted con gran estima, aunque no se atreviera a dirigirse a usted directamente.

—¿A dirigirse para qué? —pregunta Luria, pero el joven sigue hablándole a su mujer.

—Por ejemplo cuando, después de que mi madre nos dejase, me salió una fuerte erupción con picores que me volvían loco. Y mi padre, que sabía que usted era una buena pediatra, quería pedirle consejo, consultarle, pero en la oficina era bien sabido que a su marido no le gustaba mezclar temas personales con asuntos laborales.

—Sí, ya lo sabía —dice la mujer, frunciendo el ceño—, y quiero decirte que Zvi exageraba mucho con eso de la separación de poderes.

—¿Exageraba? —salta Luria, y el niño adormilado le va pesando cada vez más en los brazos—. Supongamos que te equivocaras en un diagnóstico, o que recetaras un medicamento nocivo, ¿por qué un ingeniero de caminos como yo tendría que asumir la responsabilidad, aunque fuera indirectamente, de asuntos de los que no tiene ni idea?

—Nadie te está pidiendo asumir la responsabilidad de un diagnóstico o de un medicamento —le dice su mujer en tono enojado—. Tu precaución y tu miedo te convertían a veces en alguien hermético a las desgracias de los demás.

Tal vez por la reprimenda que le está echando a su marido, no deja que el joven se despidiera aún de ella.

—Un momento, ¿una carretera secreta? —se acuerda de repente—. ¿Es eso posible?

—Es en el desierto.

—Ah, en el desierto —se tranquiliza. Y continúa con el interrogatorio como suele hacer con sus pacientes, incluso con los enfermos más leves, sin parar de preguntar ni de indagar—: ¿Y por ese secretismo trabajas por las noches?

—No —se ríe Maymoni—, es solo porque tengo una agenda muy apretada.

—¿Y esa carretera secreta la estás diseñando tú solo?

Luria quiere zanjar la conversación, pero el nieto que tiene en brazos ya ha dejado caer su pesada cabeza sobre el pecho de su abuelo en busca de la almohada perdida.

—De momento, yo solo.

—¿No querías que alguien te ayudase?

—¿Ayudarme? ¿Cómo?

—Muy sencillo: otro ingeniero, cualificado, que estuviese a tu lado y pudieses utilizarlo para tu carretera.

—¿Quién no quiere un ayudante? —se ríe el joven—. Pero solo a condición de que otro le pague.

Ahora le lanza una sonrisa furtiva a su marido.

—Me refiero a alguien que no pida un sueldo, que no lo necesite, alguien que solo quiera ayudar.

—¿Existe algo así?

—Aquí delante lo tienes —dice. Y con un amplio y gracioso gesto señala a su marido—: Un ingeniero veterano, exjefe de brigada, que no solo está dispuesto sino que incluso añora unirse a un nuevo proyecto, carretera, enlace viario, puente, túnel, lo que sea, secreto o no secreto, en el desierto o fuera del desierto, una ayuda con los mapas, los gráficos, los cálculos, y hasta sobre el terreno si es necesario. Un ayudante sin sueldo, pero con una amplia experiencia. ¿Estás dispuesto a rechazar una oferta así?

Maymoni se gira sorprendido hacia Luria, que evita su mirada y, con mucho cuidado, le devuelve el niño dormido a su madre. Solo cuando se ha asegurado de que el traslado de unos brazos a otros no ha desvelado a su nieto, dirige una sonrisa a su futuro patrón, un joven atractivo con una barba bohemia cuyo significado aún no está muy claro.

—¿Usted? —murmura Maymoni con asombro.

—Yo —dice el jubilado—. Pero a tiempo parcial. Sin sueldo, pero solo a tiempo parcial.

¿Qué has comido en la fiesta?

Coloca el asiento del conductor, volviéndolo a poner como estaba al inicio de la tarde, se abrocha el cinturón de seguridad y, sin esperar a que su mujer termine de despedirse de su hija y de su nieto, teclea las cifras del código de arranque y aprieta el botón, pero el motor permanece en silencio. Repite la operación, pero el coche se rebela ante el repetido error y el panel de control protesta parpadeando. Enciende una luz interior para comprobar la correcta colocación de cada cifra y, lentamente, repite la operación, pero el motor sigue sin hacerle ningún caso. Su mujer, que mientras tanto ha entrado en el coche y se ha abrochado el cinturón, lo mira con preocupación.

–No me digas nada –la advierte–, debo acordarme yo solo. –Ahora, el rebelde motor lanza unos furiosos rugidos–. Espero que no me hayas cambiado el código mientras estaba en la fiesta –bromea con acritud y, al tiempo que ella se queda atónita ante una acusación tan absurda, el susurro brumoso de la joven del fabricante vuelve a mezclarse con el rugido del motor, puesto en marcha sin pretenderlo por los dedos tercos y ciegos de Luria.

Al instante, su forma de conducir se vuelve segura y precisa, animada por la cara radiante de la mujer amada, a la que esa tarde su nieto ha devuelto el gusto por la vida. Y antes de que ella diga una palabra sobre la posibilidad de que una carretera militar, en algún lugar del desierto, ayude a su marido a luchar contra su debilidad mental, le pide la descripción detallada de los aperitivos que se han servido en la fiesta.

–¿Qué importa eso? –dice él, intentando escabullirse.

Pero Dina no cede y no solo para poner a prueba su memoria. Ya que prefirió que no lo acompañase, al menos que le permita compartir esos placeres con la imaginación. Pero sus placeres fueron escasos y pobres, se defiende Luria, debido a los nervios por el discurso. Se tuvo que conformar con unos cuantos canapés, de una textura excelente, es cierto, pero diminutos.

–¿Por qué te pusiste nervioso? Ya sabías que no podrías librarte de decir

unas palabras, hasta te preocupaste de llevar su nombre preparado en la palma de la mano.

—De todas formas, esperaba librarme. Pero nada más entrar al salón, el nuevo presidente se acercó a decirme que Divón insistía en que yo también hablase. Era importante para él que, a pesar del enfado y la decepción, yo alabase sus logros durante una colaboración de tantos años. Así que desde el instante en que supe que él no quería prescindir de mi discurso, me concentré en un solo pensamiento: cómo podía, con honestidad, moverme entre la alabanza y la decepción.

—Y por eso te conformaste con canapés y no probaste los platos principales.

—Platos que, por la aglomeración que había en torno a ellos, debían de ser exquisitos.

—Pues al menos descríbeme los postres, seguro que llegaron después de tu discurso.

—Espera, ¿no quieres saber qué dije en el discurso?

—Enseguida, pero antes cuéntame qué había de postre.

—Eran unos postres sofisticados para los que hasta se dejó el salón a oscuras, porque estaban coronados con bengalas.

—Pero ¿de qué eran los postres? Haz un esfuerzo. Trabajar la memoria es importante para ti.

—Tampoco los probé.

—¿Por qué?

—No lo sé. No quise. También llegaron antes de mi discurso, y otros los sirvieron durante este, así que tuve que pronunciarlo medio a oscuras. ¿No quieres saber lo que dije?

—¿Y después del discurso ya no quedaba nada?

—A lo mejor quedaban algunos postres, pero entonces la mujer de Divón empezó a atosigarme porque en el discurso la había llamado señora Divón, en vez de llamarla por su nombre.

—¿No te acordaste de que se llama Raquel?

—Es verdad, Raquel. ¿Cómo lo sabes? Qué raro, nunca la has visto. Parece que tu memoria le está robando nombres a la mía.

—Pues protégela mejor —se ríe—. En resumen, te enviamos a una fiesta espléndida y has vuelto hambriento.

—No te preocupes, he tenido bastante con los canapés.

—Has dicho que eran diminutos.

—Pero exquisitos, y me zampé siete u ocho de golpe, y también dos *shakshukas*.

—¿Qué? ¿*Shakshukas*? —lanza un débil grito—. No me lo puedo creer...

—Créetelo, por qué no te lo vas a creer —se ríe—, *shakshukas* en pequeños platos, con un diminuto y gracioso sol en el centro, una yema de huevo de codorniz al parecer.

—Estás empezando a asustarme.

—¿Por qué?

—¡Renunciar a un exquisito ágape por dos pequeñas *shakshukas*!

—Qué le vamos a hacer, querida, parece que mi cerebro se siente atraído ahora por cosas parecidas a las que ocurren en mi interior.

—No hables así, no hables así, no hables así.

—¿Por qué no? Acabas de ver tú misma cómo me he confundido tres veces con el código del coche. Y aun así quieres enviarme al desierto. Si olvido el código, me quedaré allí para siempre.

—Nadie te envía al desierto y, por supuesto, no con este coche. Además, yo jamás permitiría que estuvieses allí tú solo. Y yo también me he equivocado con el código del coche algunas veces. Pero si sigues liándote, anótalo en un papel.

—¿Un papel? —reacciona con desdén—. Si olvido el código, también olvidaré dónde he dejado el papel.

—Pues anótate el código en la palma de la mano, como...

—En la palma de la mano no aguantará.

—Pues tatúatelo.

—¿Tatuármelo?

—¿Por qué no? No son más que cuatro cifras; si tanto te gusta conducir, no querrás renunciar a ello.

—Ni a ello ni a ti. Solo que, de momento, contigo es más fácil, porque el código de la pasión está en la mente y no en el cerebro.

Ya están en el garaje, y es tarde. En el ascensor, ella por fin se interesa por su discurso, pero él la abraza, la besa y le dice:

—Déjalo, ya se me ha olvidado. Como era de esperar, cuando vi a su hijo pequeño en una silla de ruedas, el enfado y la decepción se diluyeron en alabanzas y elogios.

El código de la pasión

Cuando ella dirige la mano hacia el interruptor del pasillo, él la refrena. No, no permitirá que la luz enfríe la pasión, se lo debe a sí mismo y también a su médico. Si con gran picardía ella le acaba de encontrar un proyecto en el desierto que estimule su mente, ¿por qué no acompañarlo también con la pasión que tanto se ha descuidado hasta ahora? La atrae hacia él y la abraza con delicadeza, y en la penumbra, con luces de torres y paisajes lejanos que lloran con la renovada lluvia, le aparta un poco el cabello y la besa en la nuca, el lugar donde el beso de un hombre aún puede interpretarse solamente como amistoso.

Por eso ella no se apresura a apartarlo. Al contrario, con un tierno gesto, inclina más la cabeza para que el calor de sus labios le llegue también hasta los hombros. Solo cuando cree que los besos han podido saciar su apetito, ella intenta liberarse con delicadeza de sus caricias.

—Perdona —le susurra a su marido—, estoy agotada y ya es tarde, y hoy no he tenido tiempo ni de ducharme.

Pero, por la experiencia de tantos años de matrimonio, él sabe que si ella entra en el cuarto de baño y, como de costumbre, se pasa horas bajo el chorro de agua, saldrá de allí tan inmersa en su pureza que será imposible intentar tocarla siquiera. Así que se niega a permitir que se le escape y, mientras sigue sujetándola con una mano, con la otra le quita con habilidad la gabardina que le ha dejado su hija y, con ciega pero firme maestría, le desabrocha los botones de la chaqueta y de la camisa.

—No, querido, no —murmura, mientras lucha inútilmente con los botones—, ahora no. Además, no saldrá bien, mejor mañana, te lo prometo.

Pero Luria no está luchando ahora por un placer personal, sino por un placer terapéutico que el neurólogo les ha ordenado a los dos. Y con una determinación nada habitual en él, no la suelta, y aún de pie, en el salón, sorprendiéndose incluso a sí mismo, descubre sus pechos, que ahora se muestran más puros y maravillosos que a la luz del día, y, para que no se asusten con su repentina desnudez, se inclina para calmarlos con la punta de la lengua, y dice:

—¿Mañana?, quién sabe si mañana recordaré quién eres. —Y suspira.

En vez de rebelarse, e incluso despreciarle por sus artimañas, la resistencia de ella decae y se queda petrificada, como si el suspiro de su marido hubiese dado legitimidad al absurdo que acaba de escuchar. Y como en los primeros días, hace cuarenta años, cuando ella aún era estudiante de tercero de medicina, también ahora, pese a un amor de tantos años, él vuelve a temer que algo pueda dañarla o sorprenderla. En aquellos primeros días, cuando ella iba a verlo a veces desde las clases de patología, en las que aprendía a enfrentarse con un cuerpo humano donado a la ciencia, él atribuía sus temores no a que sintiese rechazo de su alma, sino a que tenía miedo de su cuerpo, y por tanto intentaba suavizar y domesticar su pasión antes de cualquier relación amorosa. Pero ahora que con los años el cuerpo ha aprendido a expresar y a materializar sus deseos, él sabe que no será el cuerpo el origen de su reticencia, sino el cerebro, y, con palabras cautelosas, razonables y auténticas, envuelto en un amor antiguo, la lleva con cuidado al dormitorio. Y para demostrarle que la pasión terapéutica no será más dolorosa que la pasión normal, le quita con cuidado la ropa y enciende una pequeña luz junto a la cama, para que la oscuridad no enturbie la seriedad del amor. Ahora que su mujer, que a sus años aún conserva el deseo en su forma original, está desnuda delante de él, y que parece que sus esperanzas se van a materializar con una facilidad y rapidez inesperadas, él siente que aún no tiene el ardor necesario para entregarse a la pasión que lo reclama, y con desesperación, para sobreponerse a la debilidad que se ha apoderado de él, se apresura a regresar a la fiesta de la que salió hambriento y a la momia que le exigió que le devolviese su nombre, y, mientras besa y acaricia el cuerpo de su esposa, él camina entre el caos y el vacío por las habitaciones de una casa abandonada donde una mujer desnuda sale de su cama y se dirige hacia él resplandeciendo en la oscuridad. Y a la incipiente pasión cortada de raíz él suma ahora la pasión que se inflama con gemidos ascendentes hasta llegar a un grito de satisfacción. Y en la agitación de su propio orgasmo piensa «bueno, después de todo también soy un enfermo disciplinado», y apaga la luz, arropa a su mujer y se acurruca para un largo y profundo sueño.

Al cabo de un rato vuelve la luz y le da de lleno en los ojos. Y ahí está su mujer, a su lado, limpia y perfumada, con una novela que lleva ya varias semanas leyendo.

–¿No es una lástima torturarse tanto con una aburrida novela?

–A veces lo aburrido también es importante.

–¿Qué pasará cuando ya no sea capaz de leer?

–Yo te leeré.

–¿Y si no entiendo lo que lees?

–Te lo explicaré.

–¿Y si no entiendo lo que me explicas?

–Pues haremos el amor, que eso siempre lo entiendes.

Él busca su mano por debajo de la manta, la atrae hacia él y le planta un beso. Ella le acaricia la cabeza y dice:

–Sobre lo del desierto, no te preocupes, jamás te permitiré estar allí solo.

–Tonterías. Es imposible que ese joven me necesite realmente. ¿Para qué va a querer a un veterano encima de él? También yo dudaría en agenciarme un ayudante así. Tiene un programa en el ordenador que le hace todo el trabajo, y no me necesita para nada.

–De todas formas, tú puedes agilizarle muchos procesos. Una firma tuya en un proyecto suyo le ahorraría muchas deliberaciones en el Consejo de Planificación Urbanística y Territorial.

–¿Qué? –se sorprende–, ¿cómo sabes lo del Consejo de Planificación Urbanística y Territorial?

–Me lo dijiste tú, y nadie más que tú. Yo siempre te escucho, por eso también soy una gran experta en ti.

OceanofPDF.com

Dos niños

El martes al mediodía, cuando Luria llega como de costumbre a recoger a su nieto, la maestra le dice:

–Abuelo de Noam, hoy se llevará a dos niños en vez de a uno.

–¿Qué? ¿No fue suficiente que me liara hace dos semanas, que queréis organizarme otro lío más?

–No, esta vez sin enredos, todo lo contrario, con agradecimiento. ¿Se acuerda del niño al que se llevó por error hace dos semanas?

–El que, de hecho, se pegó a mí...

–Puede ser.

–Nevó.

–Estupendo. Hasta recuerda su nombre.

–Porque para esos nombres raros tengo un rincón especial en el cerebro.

–Estupendo. Pues la madre de Nevó ha pedido que hoy se lo lleve con Noam a casa, y dentro de una hora, máximo dos, irá a recogerlo. Ha quedado en eso con Abigail, que también le ha dado su dirección.

–Pero ¿por qué yo?

–Porque Nevó y Noam son buenos amigos y se llevan muy bien. Y creo que hasta se han quedado a veces a dormir el uno en casa del otro.

–¿Y qué pasa con la filipina que salió corriendo a gritos detrás de mí?

–Ahora está en el Ministerio del Interior, peleándose por su visado, y la madre de Nevó tiene ensayo.

–¿Ensayo de qué?

–Ensayo de la orquesta.

–Así que Nevó también tendrá que quedarse a comer en mi casa.

–Por supuesto. Pero nada de carne.

–¿Por qué?

–Porque es un niño vegetariano.

–¿Qué estás diciendo? ¡Tan pequeño y ya es vegetariano!

–Es una nueva generación, muy resuelta –explica la maestra–. Hay que acostumbrarse a que hasta estos pequeñajos tengan principios que hay que respetar.

–¿Y también tiene principios contra los huevos?

–¿Huevos? Sin problema.

–Pues a lo mejor le hago una estupenda *shakshuka*. ¿Qué opinas?

–Pregúnteselo. Es un niño listo y tranquilo.

Mientras tanto, la ayudante trae a los dos pequeños, bien vestidos y peinados, con gorras de béisbol en la cabeza y pequeñas mochilas a la espalda.

–Daos la mano –ordena la maestra–, y marchaos en silencio y educadamente con el abuelo de Noam.

«Hace dos semanas –piensa Luria–, sospecharon que había venido a robar un niño, y ahora resulta que me dan dos, así sin más». Y camina tras los dos amigos, que siguen cogidos de la mano incluso al entrar en el ascensor.

Después de quitarles las mochilas y mandarles a lavarse la cara y las manos, los sienta junto a la mesa de la cocina y anuncia:

–Ahora, niños, habéis llegado al restaurante de Luria, ¿qué queréis pedir?

Se alegra al comprobar que el pequeño invitado no solo sabe lo que es la *shakshuka*, sino que también está dispuesto a probarla. Mientras termina de calentarla, les da a los niños papel y lápices y los anima a dibujar, y después, cuando la *shakshuka* está servida y Nevó se la come con sospechosa lentitud, Luria vuelve a examinar bien al que le hizo cometer aquel error hace dos semanas. ¿Es posible que realmente ese pequeño se pegara a él porque quería zafarse de su filipina?

–¿Cómo se llama la chica que te recoge siempre en la guardería?

–Yolanda.

–¿Y tú la quieres?

El niño suelta el tenedor y mira a su alrededor con suspicacia, como queriendo saber dónde está la trampa. Como seguramente no quiere mentir, permanece completamente callado. Pero Luria insiste. A cada momento que pasa tiene una mayor certeza de que no se confundió con ese pequeño por casualidad. Hay algo en sus facciones, en la dulzura de sus hoyuelos, que no solo le resulta familiar, sino que también lo fascinó hace muchos años.

–¿Cómo se llama tu papá? –pregunta en voz baja.

El niño se queda petrificado.

–Abuelo –se apresura a advertirle Noam–, Nevó no tiene papá. –Y para

que el abuelo no siga enredándose con el interrogatorio, se levanta, se acerca a su abuelo y le susurra al oído—: Nevó es un niño monoparental.

Pero el monoparental capta el susurro y se encoge de dolor, y las primeras lágrimas de humillación brillan en sus ojos.

—No es cierto, no es cierto —protesta para quitarse de encima el estigma que le ha puesto su amigo—. Sí que tengo papá, no soy monoparental.

—Entonces, ¿dónde está tu papá? —insiste Noam, y su sonrisa malvada inquieta a su abuelo.

Ante una pregunta que no tiene respuesta, sale el aullido de un animal herido, el tenedor vuela por los aires y la *shakshuka* se derrama sobre la mesa. El niño se desploma de golpe como un epiléptico y golpea el suelo con los puños.

—No es cierto, no es cierto, sí que tengo papá.

Luria se apresura a tapar con mano firme la boca de su nieto para evitar otra pelea. Luego se inclina hacia el pequeño invitado e intenta levantarlo del suelo. Pero el niño se resiste, y con ambos brazos se aferra con fuerza a una pata de la mesa, hasta que de repente, sin ningún motivo, afloja, alarga los finos brazos hacia el anciano, se cuelga de él y se agarra a su cuello, y entonces contiene su humillación en el pecho del hombre que una vez pensó que era su nieto. A Luria le urge ahora aplacar ese sentimiento de humillación o de lo que sea.

—Sí —regaña a su nieto—, Nevó tiene razón y tú te equivocas. Sí que tiene papá. —Se ve arrastrado a reforzar su argumento—. Sí que tiene papá, yo lo sé, incluso lo conozco. Lo que pasa es que su papá se fue a un lejano país, pero estoy seguro de que regresará.

Dubitativo, Nevó alza lentamente la cabeza para mirar directamente al anciano que le ha encontrado un padre. Los minúsculos hombros aún le tiemblan por el llanto, pero en sus grandes ojos ya brilla la esperanza.

—Sí —dice Luria, que sigue animando a su pequeño invitado ante su atónito y avergonzado nieto—. Sí, querido Noam, tu amigo también tiene papá, igual que tú, solo que él se fue lejos, puede que a África, pero dentro de unos años regresará.

Con cuidado, vuelve a sentar al pequeño en su silla, le da la vuelta al plato, arrastra hacia dentro un poco de la *shakshuka* que se ha derramado sobre la mesa e intenta encontrar el tenedor que ha salido volando por los

aires. Y Noam, arrepentido ya de su maldad, intenta contribuir a la reconciliación general:

–Nevó tiene en casa un arpa.

–¿Un arpa?

–Auténtica.

Nevó, con el tenedor otra vez en la mano, lo confirma: esta vez Noam tiene razón, en su casa hay un arpa grande, con cuarenta y siete cuerdas azules y rojas.

–¿Y quién la toca?

–Mamá. Solo mamá –dice Nevó, y añade–: Pero en la orquesta tiene otra.

Ahora que le han encontrado un padre, aunque su nombre sigue desaparecido, y también le espera un arpa cuando vuelva, se le puede preguntar con cuidado cómo se llama la madre.

–Noga* –dicen los dos niños a la vez.

–Un nombre muy bonito –dice Luria–, como el de un planeta.

–Como Marte y Saturno –añade Noam.

–Sí, como Marte y Saturno –confirma el abuelo–. Bueno, antes de que vayáis a ver la tele y yo a descansar un poco en el dormitorio, tú, Nevó, téminate lo que ha quedado de la *shakshuka*, para que tu mamá, Noga, no se enfade conmigo por no haberme ocupado de ti.

–Mamá no se enfadará contigo –informa el pequeño, ya recuperado–, porque mamá quiere que coma solo lo que me gusta de verdad.

Así que el dueño de la casa no tiene más remedio que recoger los cacharos, tirar las sobras y obligar a sus dos invitados a lavarse otra vez las manos y a sentarse muy cerca del televisor, porque el volumen debe estar bajo. De común acuerdo eligen el canal infantil especializado en monstruos con forma de muñecos y, como le han prometido que lo despertarán cuando llegue la mamá de Nevó, se permite desconectar el teléfono.

Pero antes de dejar que el sopor lo atrape, se pregunta si no se habrá precipitado al confirmar la existencia de un padre que jamás ha existido. De todas formas, se tranquiliza a sí mismo, si también el propio niño ha insistido en que no es monoparental, tal vez él sepa algo que los demás desconocen. Como anfitrión de un niño que no es de la familia, su obligación no solo era alimentarlo, sino también tranquilizarlo y compadecerlo. Desde el salón llega ahora hasta el dormitorio la risa fresca de los dos chiquillos, que están disfrutando de las travesuras de los

monstruos amorosos. Así pues, el prometido padre ya ha cumplido su función. Poco a poco, la penumbra va dejando paso a la oscuridad a su alrededor. ¿Se habrá dormido también la demencia, o se estará colando en su sueño para burlarse de él? Porque ahora ya camina por una tierra luminosa, pero claramente no israelí, tal vez sea un país africano en el que se está asfaltando una carretera. ¿Y los peones son africanos, o es el alquitrán lo que los ennegrece? Y la antigua apisonadora verde, la estúpida apisonadora de las canciones infantiles, va y viene allanando las carreteras. Pero ¿quién es el conductor al que un ancho sombrero colonial tapa la cara? ¿Es Divón, que rechazó dirigir una brigada de Netivei Israel para llevar en África una pequeña y vieja apisonadora? No, no, es otra persona, con el rostro duro y triste. Y, en el terror de la demencia, Luria reconoce al padre que él mismo ha enviado a un país lejano. «Le he prometido a tu hijo que regresarás», le grita el soñador con amargura, pero el operario solo aumenta el estruendo de la apisonadora, mientras los dos niños zarandean a Luria con fuerza.

–Abuelo, abuelo –grita Noam.

–Abuelo, abuelo –brama también Nevó, que gracias al padre que ha recibido de Luria durante la comida ya se considera un nieto más–. Levanta abuelo, mamá ha llegado, mamá ya está aquí.

En la bruma del sueño, en el rectángulo de luz que llega desde el salón y enmarca la puerta del dormitorio, aparece la figura de su mujer, aunque bastantes años más joven, con los zapatos de tacón alto olvidados últimamente y la cola de caballo afinada con los años. Pero la misma sonrisa alegre le ilumina los ojos, en los que solo ha cambiado el color. Sí, ahora entiende por qué su hijo hizo que se confundiera en la guardería.

–Les he pedido –se disculpa con voz suave–, que lo dejasen descansar y no lo despertasen, pero los dos han insistido en que usted les pidió que lo despertaran.

Luria aparta la manta fina y se incorpora sobresaltado hacia la fascinante figura que ha aparecido en la entrada de su dormitorio.

–Es cierto –dice, mientras una chispa de picardía le brilla en los ojos–, quería que me despertasen para asegurarme de que te llevabas al niño correcto.

Y su exultante risa le parece ahora como la de su esposa. ¿Será la

demencia la que está mezclando a las dos mujeres, o es que se parecen realmente?

—No se preocupe por lo que pasó hace dos semanas —dice Noga, tranquilizando al anciano—. No es la primera vez que Nevó intenta pegarse a un desconocido, sobre todo si es como usted, quiero decir, algo mayor. Mi padre falleció antes de que yo pensara incluso en ser madre y no puede tener abuelo por la otra parte, que es solo abstracta. Por eso el niño no solo busca un padre sino también un abuelo.

Y antes de que el niño, que está escuchando la conversación, pueda decir algo sobre el padre que le acaban de encontrar frente a un plato de *shakshuka*, Luria se apresura a cambiar de tema.

—Sí —murmura con cierta incomodidad—, es comprensible, incluso me gustó cómo se vino detrás de mí. Pero, dime, ¿eso de ser vegetariano? ¿De dónde le viene? ¿De ti?

—¿Eso? —dice ella, asumiendo el cambio de tema—, realmente no tengo ni idea de cómo se le ha ocurrido. Es un niño al que no le atraen los animales; al contrario, les tiene mucho miedo.

—Entonces, quién sabe —dice Luria, que contribuye al tema con una reflexión original—, a lo mejor es que se imagina que los animales se vengarán de él si se los come.

—¿Se vengarán de él?

Noga rechaza la descabellada idea del jubilado, que al parecer aún no ha exprimido del todo sus ganas de dormir, y manda a su hijo a por la mochila y la gorra.

—Un momento, una preguntita más, si me permites. Nunca me he encontrado con el nombre de Nevó como nombre propio, solo como apellido.

—Es verdad, como nombre propio es raro, pero como lo tuve sin compañero, la elección del nombre fue exclusivamente mía.

—¿Fue pensando en el monte?

—¿El monte Nevó?

—Exacto.

—¿Acaso sabe usted dónde se encuentra ese monte?

—¿No está en el desierto del Sinaí?

—No, ahí se equivocan muchos. El monte Nevó está en Transjordania, a unos pocos kilómetros al este de Jericó. Cuando Nevó crezca, antes de su

bar mitzvá, los dos subiremos a la cima, en la que hay una pequeña iglesia, y desde allí contemplaremos esta tierra para saber si es realmente la tierra correcta, o si nos equivocamos.

—Como Josué.... —murmura Luria emocionado.

—¿Josué? —se sorprende la arpista—, ¿por qué Josué? En todo caso Moisés. Esperé hasta el último momento para tener a este niño, así que deberá ser capaz de tener una visión propia de la realidad cuando yo ya no esté a su lado. Tal vez el simbolismo de su nombre le permita tener una visión en perspectiva.

—Una visión en perspectiva —repite el pequeño Nevó en tono guasón.

Ya está listo para marcharse, con la mochila a la espalda y la gorra en la cabeza.

OceanofPDF.com

Insomnio

Luria se sorprende al ver que la madre se lleva también a su nieto, tal y como le ha pedido Abigail, que según parece aún desconfía de la capacidad de su padre para controlar su demencia. Ahora puede seguir durmiendo la siesta, pero sabe que, después del encuentro con la arpista, no solo el padre imaginario puede volver a aparecer en su sueño, sino también la propia arpista, que se enfadará con él, así que es preferible no dormir. Se va al salón y se sienta delante del televisor, donde aún están los monstruos amorosos maltratándose el uno al otro, pero como no consigue saber cuál es el bueno y cuál es el malo, se pierde el suspense y vuelve a quedarse adormilado, hasta que una mano le acaricia la cabeza y oscurece a los monstruos.

–Has dormido demasiado al mediodía –le reprende su mujer–, luego no te sorprendas si por la noche te tortura el insomnio.

–El orden es al revés: debido al insomnio, caigo rendido por el día.

–De todas formas, hay que salir de este círculo vicioso. Y, además, no es sano para nadie, y menos para ti, dormirse frente a un televisor plagado de personajes surrealistas.

–Y también inmorales.

–Pues podrías intentar mantenerte despierto hasta que yo vuelvo del hospital. Así, después de cenar, podrías dormir conmigo como una persona normal.

–Si esa es la definición de una persona normal...

–Basta –le interrumpe–, haz lo que quieras. Pero ¿por qué Abigail ha recogido a Noam tan pronto?

–Abigail no ha venido hoy a recogerlo, ha sido la madre del niño ese que se me pegó hace dos semanas, y al que hoy me han dado oficialmente.

–Entonces, ¿hoy has tenido a dos niños?

–Y el segundo encima es vegetariano.

–No me digas que también has intentado que se comiese tu *shakshuka*.

–¿Para qué te voy a decir lo que ya sabes?

Ahora se pone seria:

—No te hagas el listo. Me vas a decir, a contar, no solo lo que no sé, sino también lo que ya sé. Ten cuidado, Zvi —dice, arrastrando las palabras—, no empieces a irte por las ramas. Debo saber y entender todo lo que te pasa, antes de que caigas en el abismo.

Él palidece, se muerde los labios, como si el abismo, una palabra nueva en esa casa, hubiese salido de sus labios y no de los de su mujer. También ella comprende que ha ido demasiado lejos, pero su orgullo no le permite desdecirse, de modo que se queda plantada frente a él en silencio, sufriendo, y a él no le queda más remedio que apretarla contra su pecho.

—Sí, llevas razón, realmente llevas toda la razón, no debo irme por las ramas. Y tú, mantente en guardia y no me dejes, porque no hay nadie más a mi lado. Ahora ya puedes reconocer que ni siquiera necesito ese proyecto tan cuestionable en el desierto.

—Espera... espera...

—¿Esperar a qué? Está claro que ese joven tan atractivo ya ha adivinado que hay algo sospechoso en el viejo jubilado que intentaste endosarle gratuitamente, porque ni siquiera ha cumplido su promesa de invitarme a visitar a su padre. A lo mejor teme que la presencia de alguien a quien le aguarda el abismo no haga más que perjudicarlo.

—No seas ridículo, sí que te llamará. Y ahora no empieces a aferrarte a una palabra que ha sido solo eso, una palabra. Espera.

—Está bien, voy a esperar.

Al ver que su marido quiere deambular a placer alrededor del abismo que ha salido de sus labios, vuelve a preguntar quién es la mujer que se ha llevado a Noam a su casa con su hijo.

—Su hijo se llama Nevó —responde Luria a la pregunta de quién es esa mujer.

—No, ella. ¿Cómo se llama ella?

—Algo así como Noa o Yona, una madre soltera, ya no muy joven. ¿Abigail no la ha mencionado nunca?

—Jamás.

—Es músico, quiero decir, toca el arpa. Parece que tiene una fuerte personalidad, me recuerda un poco... no importa... Le he preguntado qué significa el extraño nombre que le ha endosado a su hijo, si es por el monte de la Biblia, y resulta que he acertado, es por eso. Y hasta pretende, imagínate, subir al niño antes de su bar mitzvá a la cima del monte, que está

en Transjordania, no muy lejos de Jericó, para que contemple desde allí esta tierra como... Jo...

—Moisés.

—Exacto, para que vea si la tierra donde ha vivido hasta su bar mitzvá es adecuada para él también después del bar mitzvá, o si tal vez es mejor trasladarse a Berlín.

—¿Todo eso te ha dicho?

—Lo de Berlín lo he añadido yo. De todas formas, imagínate qué idea tan descabellada, volver a observar esta tierra precisamente desde Transjordania, es decir, desde el principio. Así que, después de llevarse también a Noam, me ha aterrado que se lo haya llevado sin permiso, tal vez para subirlo también a algún monte. Pero cómo saber lo que está pasando realmente, si Abigail está en un curso de formación y tiene el móvil apagado.

—Es cierto.

—¿Y qué?

—Nada. Ella no se habría llevado a Noam sin haber quedado en eso con Abigail. ¿Qué es lo que te preocupa?

—No lo sé, simplemente me apetece preocuparme un poco...

—De todas formas, ¿cómo se llama?

—Noa o Yona, algo así. Parece que tiene una fuerte personalidad.

—¿Una mujer guapa?

—No exactamente... tal vez agraciada... y un poco, pero solo un poco, me recuerda a ti cuando eras joven.

—Si te recuerda a mí, ¿qué es lo que te preocupa?

Por la noche, frente al televisor del dormitorio, el sopor ya revolotea por encima de ella hacia el final del programa de noticias. Pero como está convencida de que también dormida es capaz de seguir los acontecimientos, e incluso de incorporarlos a sus sueños, no deja que su marido lo apague y solo le permite bajar el volumen. Así que él espera hasta que ella deja de tener conciencia de su ser para apagar el televisor y unirse poco a poco al sueño de su mujer. Pero el hecho de haberle adjudicado un padre a su invitado lo mantiene intranquilo. Y es que, más tarde o más temprano, el chiquillo le exigirá a su madre que el padre prometido se haga realidad y, cuando todo eso llegue a oídos de su hija, disminuirá aún más su confianza en él. Pensando en la reprimenda que lo aguarda, se levanta de la cama y, en

la casa a oscuras, sigue devanándose la cabeza. ¿Debe defenderse apelando a su incipiente demencia o conformarse con la compasión que despertó en él el atormentado niño? Se sirve una copa de coñac para atontar un poco la angustia. Al otro lado de la puerta de la gran terraza, la ciudad sigue atenuando sus luces. Una fina luna sale por el este y vaga con su rebaño de estrellas por un firmamento limpio y abierto de un lado a otro del horizonte. Las lluvias han sido buenas, pero está bien que ahora den una tregua. A Luria le basta con la luz de las estrellas para fregar los cacharros de la cena, y también para encender el ordenador y revisar la exigua cosecha de su correo electrónico. Antes de separarse de la pantalla, navega por internet buscando más imágenes de Uganda, donde Divón estuvo con su familia. ¿Por qué ha tenido que complicarle la vida a la madre de Nevó con un hombre al que no necesita para nada? Por un instante piensa en llamarla y explicarle la tontería que ha hecho, antes de que el niño le exija algo que ella no podrá darle. Lo que ocurre es que no sabe su apellido. Y, de hecho, ¿cómo se llama? Si le pide los datos a Abigail, tendrá que explicarle el motivo. Vuelve a la cama e intenta conciliar el sueño, pero no lo consigue.

—Podrías tomarte la pastilla —murmura Dina entre sueños—, te ayudará a relajarte.

Él se levanta y se toma la pastilla de eficacia asegurada según el neurólogo, luego se queda completamente inmóvil en la cama, dejando que la pastilla haga su trabajo, pero la angustia por el padre imaginario no hace más que aumentar.

Ya es más de medianoche. No importa, como jubilado puede pasarse incluso dos noches en vela. Se envuelve en la manta y sale a la terraza a disfrutar de las estrellas. El neurólogo ya señaló la posibilidad de que el día y la noche se fuesen confundiendo a medida que avanzase la demencia, pero ese es un problema sobre todo para los dementes que aún trabajan, no para los dementes jubilados. Por el parque que rodea su bloque de viviendas camina un hombre solo con un pequeño perro que corretea a su alrededor. Antes de que le pongan a un filipino para asegurarse de que no se pierde, él intentará adiestrar a un perro inteligente para que perciba cuándo quiere volver a casa y lo guíe. No hay duda, sonrío Luria, de que un perro no solo es más barato que un filipino, sino también menos humillante. Pero hasta que llegue ese momento, es mejor alzar la vista hacia el firmamento, hacia la profusión de estrellas que van brillando más a medida que la oscuridad de

la ciudad se va haciendo más intensa. Antes de que su hijo Yoav se hundiera profundamente en los asuntos de su exitosa empresa, era un gran aficionado a la astronomía. De joven estaba en el grupo de fomento de la ciencia de la Universidad de Tel Aviv, y viajaba al observatorio situado junto a Mitzpe Ramon. Por su bar mitzvá, sus padres le regalaron un telescopio muy caro, y él comunicaba a sus padres y a sus amigos lo que ocurría en el sistema solar. Si fuera una hora más decente, no hay duda de que Yoav estaría encantado de darle ahora a su padre un discurso sobre el barullo de estrellas del firmamento. Pero a esas horas no va a molestar a su hijo, aunque a veces se quede en la empresa hasta después de la medianoche. De todas formas, se dice Luria, para que sepa que me acuerdo de él y de sus estrellas incluso a estas horas, le voy a mandar un mensaje de texto: «Querido Yoav, si por casualidad aún estás despierto, tengo una pregunta sobre las estrellas que casualmente estoy observando ahora mismo».

Enseguida suena una respuesta. Yoav, que acaba de salir del despacho y va de camino a casa, está encantado de guiar a su padre. «¿También allí, en el norte, el cielo brilla tanto?» «No me he fijado –responde el hijo–, pero ahora paro en la cuneta para mirarlo. Papá, ¿qué quieres saber?»

–Lo primero, vuelve a recordarme los nombres de los grandes planetas.

Yoav los nombra uno a uno, y Luria se acuerda del nombre que estaba buscando.

–Entonces, ¿puedo identificar ahora, por ejemplo, dónde está Marte?

Yoav explica a su padre como ubicar el planeta al este de la luna.

–¿Y Júpiter?

Yoav no cree que su padre pueda encontrar Júpiter ahora.

–¿Y Venus? –continúa Luria–, ¿dónde lo encuentro ahora?

–Venus solo podrás verlo al amanecer y al anochecer, porque ese planeta está muy cerca del sol.

–Está bien, ya vale. Siento estar entreteniéndote, que llegues bien a casa, ya es muy tarde.

–¿Y tú, papá?

–De momento estoy muy bien.

–¿Te cuesta conciliar el sueño?

–¿Y qué si así fuese? Yo puedo dormir todo lo que quiera durante el día.

–Mamá me ha contado que, al final, diste un discurso muy bonito en la fiesta de Divón.

–Lo de bonito es un añadido suyo.

– Pero ¿qué dijiste?

–No, cariño, ahora no –dice Luria, pues la pastilla de Xanax ya le está haciendo efecto–. Realmente trabajas demasiado. Ha llegado el momento de que ganes menos y dediques el tiempo a dormir más, porque cuando llegues a mi edad, no siempre podrás convencer al sueño de que te acompañe a la cama.

Cuando el sol le da de lleno en los ojos, y la radio se oye a lo lejos, su mujer ya está plantada delante de él, vestida y lista para salir. ¿Por qué tan pronto? Resulta que hoy la doctora no tiene que ir pronto a la unidad de pediatría, sino al quirófano, para estar presente en una complicada y larga operación de una niña de cinco años, y convencer así a los padres de la niña de la necesidad de la intervención.

–Haces bien –le dice su marido, envolviendo a su mujer con una amorosa mirada.

–¿Y tú? ¿Qué pasa contigo? Has caído como un tronco. La próxima vez, por favor, tómate media pastilla y no una entera.

Media pastilla no era suficiente para su terror.

–¿Terror a qué?

Tonterías, se lo explicará por la noche, no ahora que tiene prisa.

Aun así, resumiendo:

–Ayer me quedé destrozado con ese niño monoparental, después de que nuestro Noam, con bastante malicia, empezase a fastidiarlo diciendo que no tenía padre. Y ese tal Nevó, que al parecer ya es un experto en ponerse histérico, se arrojó al suelo y empezó a convulsionar como si le hubiese dado un ataque de epilepsia. Entonces, para calmarlo, me inventé para él un padre que, de momento, está muy lejos, en África, por ejemplo.

–¿Te inventaste un padre?

–Pero solo por compasión, no por la demencia. No pude callarme al ver cuánta malicia salía de pronto de un niño que parece ingenuo y dulce. Quién sabe si el origen de esa malicia está solo en sus padres, o también en la generación anterior, es decir, en ti y en mí. Por cierto, el nombre de la madre del tal Nevó es Noga, y no Noa o Yona. En mitad de la noche me acordé del nombre correcto.

–¿Y qué?

–¿Cómo que y qué?

–¿Qué quieres hacer con ella?

–He pensado pedirle a Abigail su número de teléfono para explicarle...

–No, no, no la llames ni le expliques nada. Con tus explicaciones solo complicarás aún más las cosas. Déjalo, tu padre imaginario acabará siendo olvidado, si no insistes demasiado en él. Pero en el futuro intenta inventar algo que esté más en consonancia con tu estado.

OceanofPDF.com

El guardián del lecho de su padre

«Aunque ese joven tema incorporarme a su proyecto desértico, incluso sin sueldo –se indigna Luria–, no tiene derecho a privarme de visitar a su padre. Precisamente ahora que también yo empiezo a deteriorarme, no solo debo animar a otros, sino también animarme por las enfermedades de los demás».

Él no tiene necesidad que pasar por ninguna centralita para llegar directamente a su antiguo despacho, que sigue manteniendo el mismo número, un número que ninguna atrofia podrá destruir hasta el día de su muerte. Pero como durante el día parece que el joven está inspeccionando el terreno, o correteando por los despachos, Luria lo atrapa a última hora de la tarde.

Por supuesto, dice Maymoni exultante, claro que se acuerda, también su padre se emocionó al oír que su jefe de brigada se preocupa por él. Y más cuando, después del breve encuentro que tuvieron por la calle, parecía que a Luria le costaba reconocerlo debido al deterioro de su estado.

–¿El estado de quién?

–De mi padre, claro.

Pero como el consejero jurídico teme invitar a quien fuera siempre tan respetable e importante para él a una casa en la que la enfermedad y la soledad han hecho que impere un humillante caos, él vuelve a proponer que la visita sea en el hospital, el día que Maymoni recibe su tratamiento mensual. En una habitación aislada y tranquila le ponen un gotero con medicamentos tóxicos y, mientras tanto, ambos podrán intercambiar recuerdos de esos tiempos en los que hacían cosas más importantes.

La sugerencia de acompañar a Maymoni durante el tratamiento oncológico le parece acertada y oportuna también a Dina, que hasta sopesa la idea de ir con él, pero Luria la refrena.

–Si estás con nosotros, solo hablaremos de enfermedades y medicinas, y yo pretendo entretenerlo con recuerdos sobre las casas y los campos que él logró expropiar para hacer las autopistas y los enlaces viarios del norte.

Tras fijar la fecha de la visita, Luria se procura una diminuta libreta que se disimula fácilmente en la cartera entre los billetes. En esa libreta llamada

Antidemencia anota el código de arranque del coche, el número de teléfono de casa, los números de móvil de su mujer y de sus hijos, y añade también el número del móvil de Asahel Maymoni, que se une temporalmente a sus familiares. Justo antes de la visita, Luria anota en ella el nombre del filántropo que aportó su nombre y su donación al centro oncológico y, al lado, el número de la planta y de la habitación donde le pondrán a Yohanan Maymoni el gotero. Y al estacionar en el aparcamiento subterráneo, enseguida añade también en la Antidemencia el número de planta y de plaza donde el coche rojo estará aguardando a su dueño.

La Antidemencia se pone a prueba, y Luria va de un edificio a otro del enorme hospital siguiendo el orden correcto, sube de planta en planta siguiendo las indicaciones y al final llega a la unidad ambulatoria a última hora de la tarde. Al salir del ascensor, mientras la puesta de sol empieza a duplicarse en las ventanas, compra una tableta de chocolate de la marca alemana Merci y, con cierto temor, gira hacia un pasillo silencioso y un poco oscuro. Como no encuentra a ninguna enfermera o enfermero que le indique el camino, avanza contando las habitaciones, ya que algunas no están numeradas, hasta que llega a la habitación donde, según lo que pone en la Antidemencia, debe realizar la buena obra de visitar a los enfermos.

Es una habitación no muy grande. En una cama con la cabecera algo levantada yace el enfermo, que tiene por encima un carrusel con varias bolsas colgadas: algunas están ya vacías y otras aún están llenas de un líquido transparente, excepto una bolsa que destaca por su color amarillento. El enfermo tiene los ojos cerrados y sobre su frente se extiende un pañuelo de seda blanco, que le cae por las sienes hasta los hombros, con una cenefa roja bordada. Sobre la cama se ve un brazo escuálido, digno de compasión, con una aguja clavada por la que llega el medicamento a la vena. Por un instante, Luria cree que se ha equivocado, que ese no es el enfermo al que ha quedado en visitar, y sale al pasillo a comprobar de nuevo el número de la habitación, que efectivamente es el mismo que le han dado por la mañana. En el pasillo desierto no hay nadie que pueda indicarle lo contrario. ¿Tanto se ha deteriorado su consejero jurídico? ¿O es que uno de los agujeros negros de su memoria se ha tragado definitivamente la figura original? Lo cierto es que Maymoni es varios años mayor que Luria y que se jubiló antes de tiempo, por lo que, salvo en aquel encuentro casual por la calle hace varias semanas, han estado muchos años sin verse. Y si

una persona sana cambia con la vejez, se arruga, se encoge, o al revés, se hincha, mucho más una persona con una grave enfermedad que quiere modelarle de nuevo. Por tanto, para un encuentro así no debe haber miedo ni pánico, hay que agudizar la vista y ser más comprensivo a fin de descender hasta lo más profundo del ser humano al que el sufrimiento está cambiando. Y con la absoluta determinación de dar lo mejor de sí mismo, Luria entra de nuevo en la habitación.

—Maymoni —susurra, mientras vuelve a echar un vistazo a la diminuta libreta para no equivocarse con el nombre—. Yohanan —dice—, Yohanan Maymoni, soy yo, Zvi Luria, he venido a decirte que no te preocupes, que hay esperanza.

Pero en la cama no hay ninguna reacción, y el nombre preciso pasa por encima del enfermo como una sombra fugaz, no como la llamada de un viejo compañero de trabajo. Maymoni no abre los ojos, y parece que su profundo sueño es bendecido con los medicamentos que luchan contra su enfermedad y colorean sus sueños. «Pues esperaremos a que se despierte, tengo tiempo, hay varias bolsas más aguardando su turno». Sobre la mesilla situada junto a la cama hay un viejo ejemplar del periódico *Israel hoy* que ya se ha convertido en *Israel* de anteayer, así que Luria lo tira a la papelera con la seguridad de que las mentiras de ayer no se van a convertir hoy en verdades, y en el lugar del periódico deja la dorada tableta de Merci, entrelaza las manos, cierra los ojos y se sumerge en el profundo silencio. Pero poco a poco se va dando cuenta de que el silencio no es total, porque de la pequeña radio situada junto al Merci sale una suave melodía con tintes mediterráneos. ¿Será que al final de sus días Maymoni intenta profundizar en sus raíces?

¿Visitar a un enfermo dormido cuenta como visita a un enfermo? Sigue con la mirada las gotas de medicamento que caen por la vía intravenosa. El ritmo es tan lento que una gota decide caer, duda, titubea y, por un instante, hasta parece que quiere regresar a la bolsa de donde ha salido. Hace muchos años, cuando el padre de Luria tenía hospitalizaciones ambulatorias parecidas, Luria hacía todo lo posible por llevar a su padre del hospital a casa al final del tratamiento, para evitarle el traqueteo del transporte público. Y como tenía poco tiempo entre reunión y reunión, aumentaba a escondidas el ritmo del goteo intravenoso de su padre para acelerar un poco el tratamiento. Por un instante siente el impulso de volver a hacerlo ahora,

pero como la bolsa del carrusel está a punto de agotarse y la enfermera sin duda llegará enseguida para cambiarla, es prudente, y menos mal que es prudente, porque la puerta se abre bruscamente y entra en la habitación un oficial con uniforme de la Guardia de Fronteras, un hombre fornido con la cara enrojecida, armado con una metralleta y con una pequeña sandía bajo el brazo. Y sin contemplaciones despierta al enfermo con alborozo:

–*Baba... baba.*

Y el enfermo abre unos ojos azules que jamás ha tenido Maymoni, y le responde, también en árabe, con un profundo suspiro.

–*Aiwa, ibni, aiwa*, sí, hijo.

Así que no es Maymoni. Luria agacha la cabeza ante la realidad. De todas formas, por qué va a disculparse ante un oficial druso armado que, de momento, no parece molesto por la presencia de un desconocido junto a la cama de su padre, sino que deja la metralleta sobre la cama, cambia la tableta de Merci al estante inferior y, con agilidad y eficacia, empieza a cortar la pequeña sandía para darle de comer al padre su jugosa carne. Antes de que se le invite a compartirla, Luria inicia una retirada precavida y silenciosa, como si fuese alguien del equipo de enfermería que ha ido a comprobar si el gotero funciona como es debido. Con una sonrisa compungida por el grave estado del hombre del que él mismo es consciente, se despide sin decir ni una palabra, sale, cierra la puerta y sigue andando por el pasillo hacia la ventana lejana, hacia el sol que continúa duplicándose, y resulta que sí que hay una sala de enfermeras. Ve a una enfermera riéndose con su móvil. Pregunta por Maymoni, y la enfermera, sin hablar, le señala con el dedo la sala de espera, donde aguardan impacientes el padre y el hijo. Pero, mientras el padre está hundido en un sillón, débil y calvo, demacrado y pálido, balanceando entre las piernas un bastón, el hijo exige saber el motivo de la tardanza.

–El tratamiento de mi padre ha terminado hace media hora –dice con el rostro sombrío–, ya pensábamos que no vendría.

–Sí, soy un desastre –confirma Luria nervioso, conmovido por los signos de muerte que muestra el padre–, soy un auténtico desastre, porque no solo me he equivocado de habitación, sino también de enfermo.

–¿También de enfermo?

–Sí, sí, incluso de enfermo.

Y con gran entereza decide confesar lo de su enfermedad. Sí, esta es la

verdad oculta. No todo el que parece sano está realmente sano. También él está enfermo, no físicamente, ni siquiera mentalmente, solo cerebralmente. Su diagnóstico es degeneración del lóbulo frontal, por eso se le borran los nombres y, últimamente, hasta las personas se le intercambian. Él ha llegado a la hora convenida, y creía que estaba yendo a la habitación correcta, pero al final resulta que se ha sentado junto a la cama de un enfermo equivocado.

Una sonrisa placentera recorre en ese momento el atormentado rostro de Yohanan Maymoni. Se nota que se divierte con el despiste de su antiguo jefe de brigada. Hay muchas variantes de la tragedia humana. ¿Estaría dispuesto a cambiar su cáncer de páncreas por mi degeneración cerebral? Es cierto que tendría un alivio inmediato del sufrimiento, pero qué pasaría si su querido hijo se convirtiera ante sus ojos en una persona extraña.

—Bueno, ¿y cómo estás? —dice Luria, con una sensación de alivio por la confesión que ha hecho sin errores ni confusiones.

Se inclina hacia el verdadero enfermo, mirándolo fijamente. Maymoni le acaricia la mano con cariño.

—Zvi, ¿qué te voy a decir? Ya lo ves. Me estoy muriendo.

—No, no. —Luria pasa de la inminente muerte a la historia de la franja de luz que salía por la noche por debajo de la puerta de su despacho de la séptima planta, donde descubrió junto a su vieja mesa de trabajo a un joven ingeniero que trabaja por las noches en un proyecto en el desierto—. Así es la vida, Yohanan, una generación se va y otra llega.

Y el padre, que conoce la historia, asiente con la cabeza y dirige la vista hacia su hijo, que está observando a Luria con una penetrante mirada, como descubriendo algo nuevo.

—Imagínate, amigo —continúa Luria en tono guasón—. Mi mujer, con el descaro o la ingenuidad de una pediatra, se ha atrevido a proponerme a mí, un jubilado demente, como ayudante para el proyecto de tu Asahel. Es decir, a proponer a alguien que se sienta sin más junto a un druso desconocido como si fuese un viejo amigo, para ayudarlo a diseñar una carretera secreta en el desierto.

El padre mueve la cabeza. Es evidente que está agotado, no solo por el tratamiento, sino también por haber estado esperando al confuso visitante, que ahora también está intentando despistar al cáncer. Pero, en vez de

despachar a Luria, levantar al padre y llevarlo a su casa, el hijo irrumpe en la conversación con sorprendente vehemencia.

—No, Luria, no, su mujer no es descarada y, por supuesto, tampoco es ingenua. Si, como médica que conoce su estado, le propone a usted como socio o como ayudante para mi proyecto, eso significa que confía en usted y también en mí.

—¿Es decir?

—Es decir que, a pesar del estado de confusión, unos más y otros menos, aún construimos y asfaltamos en este país y, si nos equivocamos, tenemos la posibilidad de arreglarlo.

—¿O sea? —dice Luria, temblando.

—O sea, en resumen, que usted no me preocupa, Zvi Luria. La demencia de un ingeniero veterano y con gran experiencia puede ser un factor liberador, creativo. Y su mujer dijo que usted renuncia al sueldo...

—Claro, sin sueldo —dice Luria, dejándose llevar—, mi pensión está muy bien y mi mujer gana bastante en el hospital.

El padre cierra los ojos, como si un dolor repentino lo atravesase. El estado del druso, que en esos momentos se reconforta con la sandía que ha partido su hijo, es muchísimo mejor que el de su consejero jurídico. Las palabras de ánimo de unos charlatanes zalameros jamás podrán compararse con el consuelo de una jugosa raja de sandía.

—¿Entonces?

—¿Entonces? —dice Luria, sacudiéndose los pensamientos—, ¿entonces? Pues sí. Sin sueldo, pero ayudante a tiempo parcial, solo a tiempo parcial.

El enlace viario de Beit Kama

–Un momento, antes de marcharos escúchame un momento, mi joven amigo. Tal vez aún no lo entiendas, pero enseguida comprobarás que has conseguido, y en cierto modo de forma merecida, un ayudante excepcional, un ingeniero con gran experiencia que ha diseñado muchos enlaces viarios y puentes, ha horadado túneles y pavimentado carreteras, y todo con buen ánimo y guardando el secreto profesional. Es un hombre tranquilo por naturaleza, alguien que tiene la inteligencia suficiente para encontrar siempre, y son muchos los que pueden atestiguarlo, soluciones de ingeniería sencillas y no muy caras a problemas que parecían bastante complejos. En el pasado, le ha ahorrado a este país mucho dinero, que después ha sido destinado a corruptelas de todo tipo.

–Dina, ¿qué estás diciendo?

Pero su mujer continúa con su monólogo, que se nota que también la divierte.

–Tienes a tu cargo a un hombre fuerte y estable para su edad. Y en estos tiempos, los hombres como él, a los setenta y dos años, pueden incluso mantener una amistad con mujeres inteligentes. No tiene ningún problema en subir a una colina, bajar a un barranco o incluso a un pequeño cráter, pero como él mismo te ha reconocido que últimamente tiene algunos fallos de memoria y de orientación, de todas formas tendrás que vigilarlo para que, de puro entusiasmo, no se nos pierda en el desierto. Así que no te conformes con hablar con él por el móvil o a gritos, cuida siempre de mantener el contacto visual con él, porque si desaparece en algún barranco, en algún cráter o detrás de una colina, no tengo fuerzas ni esperanzas de encontrar a alguien que se apiade de mí por su ausencia.

–Basta, Dina –la interrumpe su marido–. Ya ha entendido la idea.

–¿Lo has entendido? ¿Estás seguro? –dice, taladrando con mirada maternal al joven atractivo, que lleva un viejo anorak militar y en cuyos ojos baila una sonrisa de sorpresa ante la estrecha y apasionada relación que aún mantiene la pareja.

–Todo irá bien, doctora Luria, lo cuidaré como si fuese mi padre. Pero es

conveniente que Zvi lleve ropa de abrigo, porque allí, en el desierto, al atardecer y por la noche puede hacer mucho frío.

—¿Atardecer? ¿Noche? —salta Dina—. ¿Cuándo piensas devolvérmelo? Quedamos en que solo sería ayudante a tiempo parcial.

—Claro, solo a tiempo parcial. Pero si bajamos al cráter de Mitzpe Ramon para establecer el punto de partida de la nueva carretera, puede que la cosa se alargue un poco.

—Entonces —dice Zvi—, subiré a coger mi viejo anorak.

—No vas a encontrarlo, porque Yoav se lo llevó hace un año. ¿Qué tal el viejo jersey azul?

—Un momento —se le ocurre de pronto a Maymoni—, para qué un jersey azul o cualquier otro jersey, si en el maletero del coche sigue estando el anorak de mi padre. También le servirá a su marido.

—¿Estás seguro de que le servirá?

Pero a Luria le parece exagerado, y hasta ofensivo, el debate que ha establecido su mujer con Maymoni, así que zanja el asunto.

—Vamos, hombre, saca el anorak de una vez y pongámonos en camino.

Le da un beso a su mujer con energía, para que lo deje tranquilo, se mete en el coche y con buen humor repite hasta tres veces ese vamos que se le ha pegado: vamos, vamos, vamos, basta de holgazanear, el desierto aguarda.

Tras tantos años dedicado a las carreteras del norte, se alegra de poder ver cómo han renovado sus colegas los enlaces viarios y los puentes de las carreteras del sur, pero a Maymoni le entran las prisas, así que elige la vía rápida y monótona de la autopista 6. Al principio Luria está perplejo, y hasta asustado, por la velocidad del viejo coche americano, pero como el tamaño y los amortiguadores de la carrocería suavizan las sacudidas, se acostumbra enseguida a la velocidad y solo vigila en silencio que se cumplan estrictamente las normas de circulación.

—Tu padre resulta conmovedor —dice con voz queda.

—Sí, ahora conmueve a muchos. Es una pena que se confundiera con otro enfermo, porque lo esperaba a usted con impaciencia, y estaba orgulloso de que, después de tantos años, aún se interesase por él. Pero cuando usted llegó, él ya estaba débil y apagado, y no pudo expresarle su alegría.

—Pues iré otra vez, y tendré más cuidado para no equivocarme.

—Luria, tal vez no haya una próxima vez: los médicos le dan unos meses como mucho, pero yo solo le doy unas cuantas semanas, y es lo mejor para

él. Está decidido a hacerle la vida imposible al ángel de la muerte, pero el sufrimiento físico purifica el alma solo en los libros de filosofía o en las novelas mediocres. En la vida real es humillante e innecesario.

Luria asiente, y el conductor observa a su ayudante a tiempo parcial con afecto.

—Luria, ¿es usted consciente de que tiene una mujer muy dulce?

—¿Dulce? —se sorprende Luria—, ¿qué significa dulce? ¿Por qué precisamente dulce? Sencillamente es una mujer inteligente y leal. A los sesenta y cuatro años la dulzura de la mujer está solo en su amor y su preocupación.

—Y eso es justo lo que le ha faltado a mi padre desde que mi madre nos abandonó. Desde entonces se ha ido deteriorando.

—Ya te lo he dicho, yo no sabía nada de su mujer. Y tampoco quería saberlo.

—Y mejor que así fuese —sonríe el hijo—, fue inteligente por su parte no querer saber ni investigar, porque si no habría descubierto que su serio y leal consejero jurídico no es un hombre ingenuo, y tampoco una víctima. Es un hombre que no buscaba amor y preocupación, sino dulzura. Y como yo vivía con él en la misma casa, la buscaba en lugares apartados de mí, incluido su despacho por las noches y los fines de semana. Imagínese, Luria, con su llave maestra tenía a su disposición toda la séptima planta de la brigada septentrional. Y cada vez elegía un despacho diferente para probar esa dulzura.

—Jamás lo sospeché —murmura Luria con cierto espanto.

—Y mejor que así fuese —repite Maymoni—, fue inteligente por su parte. Muy inteligente.

Luria intenta colocar el parasol para evitar que le den los rayos de sol. También el dudoso cumplido «fue inteligente por su parte» empieza a enervarlo. Resulta que, en vez de andar por el centro comercial buscando algo que lo inspire para cocinar algo nuevo, el neurólogo y su mujer se han puesto de acuerdo con un ingeniero principiante para mandarlo al desierto, al mismísimo foco del sol. La autopista 6 se ha acabado hace bastante rato y ahora van por la carretera 40.

—A lo mejor quiere pasarse al asiento de atrás —le sugiere Maymoni, que se da cuenta de la lucha que mantiene el jubilado con el sol—. En el maletero también hay una manta con la que taparse.

–Lo de taparme es mejor dejarlo para esta tarde, durante el camino de vuelta –le explica Luria, y mientras tanto se protege de los rayos de sol con un mapa de carreteras que ha encontrado en la guantera. Tras considerarlo un instante, le pide a Maymoni que se desvíe para hacer una visita rápida al enlace viario que se está construyendo cerca de Beit Kama. Hace unos días salieron en las noticias unas imágenes y ahora tiene curiosidad por ver de cerca los trabajos que se están realizando. Y pese al retraso que supone desviarse unos cuatro kilómetros de la carretera 40, y que aún les falta mucho para llegar a su destino, Maymoni accede a la petición. Por un camino de tierra lleno de baches se acercan a una construcción en forma de tela de araña, bajo la cual será introducida la cabeza de serpiente de la autopista 6. El deseo de comprobar cómo van los trabajos es tan ardiente que Luria se apresura a bajar del coche para poder acompañar a la gigantesca apisonadora que se va arrastrando hacia el gran puente. El joven observa ahora entusiasmado al jubilado, que está saltando entre hierros y vigas en lo alto de un puente sin barandilla, como un buen profesional para el que aún es importante aprender del trabajo de los demás. Y mientras dobla el mapa y mete papeles viejos y botellas vacías en una bolsa, Maymoni recuerda de pronto la advertencia de la pediatra de no quitarle ojo de encima al insustituible marido, y se apresura a salir del coche para centrar en él toda su atención. Pero, sin previo aviso, el jubilado ha desaparecido sin dejar rastro. ¿Ha emprendido ya el camino de vuelta en algún punto, o se ha confundido y ha bajado por el otro lado? De pronto, alarmado por si el ayudante a tiempo parcial, que no está asegurado, no se ha dado cuenta de que falta la barandilla y ha salido volando por los aires, Maymoni sube rápidamente al puente, pero no se atreve a mirar lo que hay abajo, solo continua corriendo hacia el otro extremo. Y allí, a la sombra de un viejo eucalipto, junto a un grupo de capataces y obreros judíos y árabes, está sentado Luria con un casco en la cabeza y una pequeña taza de café en la mano.

Maymoni no encuentra las palabras apropiadas, solo permanece en lúgubre silencio frente a su jubilado, que sigue bebiendo tranquilamente su café y, por su mirada atónita, parece que no reconoce al hombre que está de pie delante de él.

–Ya pensaba que no se había dado cuenta de que el puente no tiene

barandilla y se había caído a la autopista 6 –dice al final Maymoni con una sonrisa forzada.

–¿El puente no tenía barandilla? –pregunta Luria mirando a los compañeros, que asienten con cariño.

Y ahora Maymoni ya no puede reprimir su ira.

–¿Cómo ha podido desaparecer así? ¿Es que ha olvidado la promesa que le hice a su mujer?

Luria pide perdón de inmediato, se levanta, se quita el casco y señala al grupo que observa la escena con una ligera sonrisa.

–Lo siento, Maymoni, lo siento, Asahel, es que me he encontrado con unos viejos amigos. Mira, te presento a Yosef Barzani, el ingeniero jefe de todo este enlace viario.

–Yaakov –murmura Barzani.

–Sí, perdón, Yaakov. Imagínate, en el pasado también él tenía relación conmigo.

–¿Solo relación? –dice Barzani–. Yo fui discípulo de Luria, lo aprendí todo de él... Cómo decirlo, fue mi gran maestro.

–Pues, Yaakov, aquí tienes a otro ingeniero de caminos, un hacha, un joven que está diseñando en el desierto una carretera secreta. Y esta vez él no es el discípulo, sino el jefe, y yo soy su ayudante voluntario. Lo que pasa es que se preocupa demasiado. Sí, amigo –dice, dirigiéndose a Maymoni–, tus temores son exagerados. ¿Y por qué crees que mi mujer se enfadará contigo si me pierdes? ¿Tú qué sabes? A lo mejor hasta te lo agradece.

La tumba de Ben Gurión

Antes de seguir por la carretera 40 para rodear Beer Sheva, Maymoni le pregunta a Luria si le gustaría entrar en la ciudad para almorzar, o si puede esperar hasta llegar al hotel Bereshit en Mitzpe Ramon, donde Maymoni ha conseguido organizar unas exquisitas comidas a coste cero. Y como el café lo ha despertado y la charla con Barzani lo ha animado, Luria está dispuesto a tragarse otros ochenta kilómetros de desolada carretera para sentarse como invitado de honor a una mesa con vistas a un impresionante paisaje desértico.

Y, mientras tanto, le habla al joven de cuando conoció a Barzani. Inmediatamente después de la guerra de los Seis Días, rehabilitaron juntos la carretera 443, conocida como «la carretera sangrienta», en la zona de Latrún, para hacer más fluido el tráfico hacia Jerusalén. Y pese a las palabras afectuosas que le dedica, no evita hacer alguna crítica. Cuando estaba encima del puente, enseguida ha observado que la curva de la salida hacia el este es demasiado pronunciada, y que habrá que poner dos señales de advertencia para los conductores, e incluso colocar una banda de frenado para que los coches no se salgan de la carretera.

—Qué le vamos a hacer —sonríe al joven que lo escucha con asombro—, así soy yo, hasta con todo ese lío de mi atrofia me esfuerzo por seguir siendo profesional, así que si pensabas contar conmigo para ocultar alguna desviación extraña que tengas en mente, mejor que volvamos ahora mismo.

Maymoni sonríe. No, Luria no tendrá ningún motivo para volver sobre sus pasos. Cuando giran hacia el sur en el cruce de Halukim, descubren unas grandes señales que invitan a los viajeros a desviarse de la carretera principal hacia la izquierda y visitar la tumba de Ben Gurión.

—¿Y por qué no? —dice Luria entusiasmado—. Dina y yo la visitamos hace muchos años, y nos emocionó mucho leer las palabras grabadas en su lápida. No pone primer primer ministro, ni fundador del Estado, ni único líder de su generación, tan solo: David Ben Gurión, del año tal al año tal, inmigró a Israel el año tal. Eso es todo. Pero no me fijé en lo que estaba grabado en la lápida de su mujer, que falleció antes que él. Y precisamente

a ella, figúrate, la recuerdo de mi infancia. La casa del primer ministro en los años cincuenta no estaba en Jerusalén en la calle Balfour, sino en el bulevar Ben Maimón, y cuando yo iba al colegio pasaba por delante de esa sencilla y vieja casa y saludaba al policía. Imagínate, por aquel entonces bastaba con un policía, uno solo, y algunas veces ese uno se quedaba adormilado o se ponía a leer el periódico. Al parecer a nadie se le ocurría asesinar a Ben Gurión, solo querían ir a marearlo con todo tipo de propuestas, y para cerrarles el paso bastaba con un solo policía. Y su mujer, la tal Paula, salía a veces en bata y lo mandaba a comprar leche o pan al ultramarinos y, mientras tanto, ella se quedaba vigilando la casa hasta que el policía regresaba, y entonces yo le daba a ella los buenos días. Sí, hubo épocas así, ¿te lo puedes creer?

–Si usted lo dice, ¿por qué no le voy a creer? Mientras usted se acuerde de la mujer de Ben Gurión, yo tendré la certeza de que este país nació alguna vez.

–Entonces, Asahel, ¿qué opinas? ¿Nos da tiempo a una visita rápida?

–Rapidísima.

Y Maymoni se dirige hacia Midreshet Ben Gurión, desde donde sale un camino de tierra bordeado por plantas del desierto que conduce a la tumba. Ambos descienden del coche y comienzan a caminar por un espectacular sendero desértico desde donde se ve el profundo desfiladero de Nahal Zin y Ein Avdat. Por el fondo del desfiladero avanza una larga fila de soldados hacia el nacimiento del manantial. Hay una intensa claridad, seca pero agradable. Es la época ideal para recorrer el desierto, afirma Maymoni, el clima es perfecto. Y ahí están las tumbas, unas lápidas grandes y sencillas rodeadas por una cadena de hierro negra. En silencio leen las palabras y las fechas grabadas en las lápidas. Ben Gurión tuvo dos nacimientos: el primero, el imaginario, en la diáspora; y el segundo, el verdadero, cuando emigró a Eretz Israel. También en la lápida de su mujer, Paula, que falleció antes que él, hizo escribir la misma versión de dos nacimientos y una muerte, y no permitió añadir ningún tipo de alabanzas sobre su fidelidad y su amor. Todos los cantos rodados que colocaron los visitantes sobre la lápida, para hacerle saber al primer primer ministro que no lo han olvidado, están concentrados en la parte baja de la tumba para no tapar la inscripción. Sin embargo, Maymoni decide dejar su piedra junto al nombre, David, y Luria, a continuación, deja la suya junto al nombre de Paula. Luego se

quedan en absoluto silencio, contemplando las cabras, las gacelas y los cervatillos que pastan por los alrededores de la tumba. Esos animales son oriundos del lugar desde siempre, y su pertenencia al desierto es mayor que la de Ben Gurión y su mujer. Por eso, cuando alguno de los visitantes intenta hacerse amigo de ellos, desconfían y se apartan con ligeros y elegantes movimientos.

Al final, Maymoni sale de su mutismo y dice:

–He oído contar que la tal Paula no era una mujer fácil.

–No hay ninguna mujer fácil –le responde Luria categóricamente–. ¿Cómo va a ser fácil una mujer si tiene que estar todo el rato cuidando de su marido?

–Pero si usted vivía cerca de su casa de Jerusalén –dice Maymoni, poniéndolo en un aprieto–, ¿cómo es posible que la viese solo a ella y no a él?

–¿A él? Solo una vez. La oficina del primer ministro estaba por aquel entonces en el centro del barrio de Rehavia, en la esquina de Keren Kayemet con Ibn Gabirol. Y Ben Gurión iba andando desde la oficina a su casa, una distancia no muy grande, de apenas un kilómetro, que al parecer no satisfacía sus ganas de caminar. Por eso le agradó trasladarse a este desierto, donde podía caminar hasta el infinito. Y una vez, un viernes ya bastante tarde, yo regresaba a casa por la calle Alharizi, y de pronto sentí que me tocaban en el hombro, indicándome que dejase paso. Yo giré la cabeza y vi a Ben Gurión, con una ligera sonrisa en la cara, como avergonzándose un poco de su grandeza. Enseguida le dejé paso, porque caminaba a un ritmo más rápido que el mío. No pidió perdón, tampoco dijo gracias, solo pasó deprisa mientras me daba en la cara el ligero soplo de su blanca melena, y desapareció en la oscuridad.

Bereshit

Ya no queda mucho para llegar al hotel Bereshit. Maymoni pretende estar en ese hotel, desde donde se ve el cráter que da nombre a la ciudad, poco antes de que acaben los desayunos. Cuando empezó a recorrer la zona se dio cuenta de que hacia el mediodía, cuando se retira el bufé del fantástico desayuno, se abre toda una ventana de posibilidades en la que alguien que no es un auténtico huésped, pero es conocido y apreciado por los empleados del hotel, también puede, aunque deprisa y con la excusa de ir a por un café, hacer acopio de los alimentos que por su naturaleza perecedera acaban en el cubo de basura. A esa ventana se dirige Maymoni: el comedor se está vaciando de los últimos comensales, los camareros están retirando los restos del desayuno, la portera encargada de identificar a los que entran ya ha abandonado su puesto, y él entra en silencio en el comedor, como un huésped que ha olvidado algo, coge un plato grande y lo llena con todo lo mejor que ha quedado. Luego se sirve una taza de café y baja con su botín al jardín a contemplar las profundidades del cráter.

Una empleada de mediana edad del hotel, a quien la belleza del joven ingeniero no le resultó indiferente, fue quien dio su consentimiento no explícito a esa entrada a hurtadillas, que a veces incluía echar una cabezada en una habitación deshecha, es decir, una habitación cuyos huéspedes ya se habían marchado, pero que las camareras aún no habían tenido tiempo de arreglar. El hecho de que Maymoni continuase con la conquista del desierto por la zona, le dio a esa señora la justificación para relajar un poco las normas, confiando en que incluso una carretera militar secreta por los alrededores pudiese atraer a nuevos huéspedes al hotel.

Evidentemente, Maymoni recibe dietas de Netivei Israel para los días que pasa en el desierto, por lo que no tiene ningún motivo económico real para colarse en el comedor del Bereshit y prepararse un almuerzo a base de alimentos sentenciados a la basura. La verdadera razón de sus visitas es cultivar la relación familiar que le permite descansar en una habitación deshecha y, tal vez, hasta pasar allí una noche entera en el futuro. Pero hoy, que está acompañado de un ayudante sin sueldo que además no tiene dietas,

la necesidad de un desayuno robado está justificada también por motivos de ahorro. Como no se le puede pedir a un jubilado que se haga pasar por un auténtico huésped que vuelve al comedor solo a por un café, Maymoni decide presentarle primero a Luria a esa señora de mediana edad, su benefactora aquí, y lo describe como uno de los mejores ingenieros de caminos de Israel, un ingeniero que se ha ofrecido a ser consejero sin sueldo en el proyecto de la nueva carretera secreta. Es un ingeniero que ha trabajado toda la vida en el norte y que hace muchos años que no ha bajado al sur, así que hay que proporcionarle una visión panorámica previa del cráter. Y no existe mirador más apropiado que la terraza del comedor del hotel. Desde allí, con un café y unas pastas, tendrá una imagen clara y precisa.

Es evidente que las pastas son solo una metáfora de algo más consistente y sabroso, así que los dos ingenieros están sentados ahora en la terraza, mientras un camarero sudanés, que aún no se ha quitado la pajarita, les ofrece no solo una selección de las sobras que van a echarse a perder, sino también algo más que les permita aguantar hasta el desayuno del día siguiente. Y mientras Maymoni come con avidez, presa de un hambre feroz, Luria lo hace con gran moderación. Una nube azulada que ha quedado atrapada dentro del oscuro y gigantesco cráter lo tiene fascinado. ¿Alguna vez en sus largos años de vida, en alguna excursión del movimiento juvenil o en algunas prácticas militares, ha bajado al interior de ese cráter, o todo lo que sabe de él es por una mirada fugaz al mapa? Inclina la cabeza, cierra los ojos e intenta concentrarse. ¿Acaso una demencia que deshace nombres y hechos va a respetar precisamente el recuerdo de una excursión o de una misión militar? Sus pensamientos se ven atrapados por la nube que sale lentamente del cráter y quiere despegar, pero el cráter aún no renuncia a ella y, con todo lo grande y profundo que es, empieza a ser atrapado por la nube y a intentar ascender y flotar también él en el espacio. «¿Qué hora es?», pregunta Luria asustado, frotándose los ojos para deshacerse de ese espejismo. «Pronto serán las doce», responde el joven. «¿Las doce de qué?». «Las doce del mediodía», sonríe Maymoni, y quiere saber si se puede comer el cruasán que queda en el plato de Luria. «Cógelo, es tuyo –dice Luria–. He comido demasiado». Observa con cariño al joven mientras devora el cruasán como temiendo que Luria se arrepienta. «¿Qué es lo que sé de este hombre al que me ha endosado Dina para que desafíe a

mi cerebro?». Y cuando ve que la nube desaparece y el cráter vuelve a su sitio, se dirige al joven ingeniero haciendo una especie de declaración:

—Escucha, Maymoni, escucha, Asahel. A diferencia de lo que yo tenía con tu padre, o con otras personas que trabajaban conmigo en Netivei Israel, entre tú y yo no hay ni habrá nunca una relación de subordinación. Yo no soy tu subordinado y tú no eres mi subordinado, yo no soy responsable de tus actos y tú no eres responsable de mis actos. Ambos somos ingenieros libres que colaboramos como mejor nos parece. Hoy estoy aquí, a tu lado, pero mañana tal vez me niegue a venir. Hoy necesitas mi ayuda, pero mañana tal vez digas que no soy de ninguna utilidad. Por eso precisamente, a diferencia de lo que hice en el pasado, esta vez no quiero dejar de lado tu vida privada: me interesa saber algo de ella, para que no me pille por sorpresa como la historia de la separación de tu madre y tu padre. Así que, antes de empezar a trabajar, cuéntame, por favor, algunos detalles básicos sobre ti. Por ejemplo, ¿estás casado y tienes hijos?

Resulta que Maymoni tiene una esposa dos años mayor que él, que es economista en un ministerio, y tienen mellizos, un niño y una niña, que ya están en segundo, pero no en la misma clase.

—Estupendo —dice Luria—, ahora ya me quedo tranquilo.

—¿Tranquilo respecto a qué? —pregunta Maymoni.

—Tranquilo de que tengas un entorno familiar estable, así no te buscarás aventuras que me compliquen también a mí.

—¿Realmente está tan seguro de que el matrimonio es un entorno estable que evita tener aventuras?

—No hay normas absolutas para nada —dice Luria, matizando un poco sus palabras—, pero una mujer y unos hijos normalmente le exigen al hombre una responsabilidad básica y, por tanto, lo refrenan.

—Luria, eso es porque usted compara mi matrimonio con el suyo. Quiero decir, con la relación entre su mujer y usted.

—¿Entre mi mujer y yo? —dice Luria, mientras se reclina y se echa a reír—. ¿Qué puedes saber tú de esa relación?

—Saber no puedo —reconoce Maymoni—, pero sentir sí.

—¿Sentir el qué?

—El amor, la dependencia, la preocupación. Diga la verdad, Luria, ¿hay algún momento en que su mujer no esté en sus pensamientos?

—¿Qué dices? —Luria se alarma y se endereza en la silla—. ¿De dónde te

sacas eso?

—¿Es que me equivoco?

—Te equivoques o no —dice Luria, que se va por las ramas—, esa no es la cuestión. La cuestión ahora es la superioridad que le otorgas a esa sensación suya. La seguridad que tienes en ella. Dime una cosa, ¿la carretera militar también pretendes diseñarla siguiendo sensaciones?

—¿Por qué no? ¿Por qué voy a prescindir de una sensación si esta confirma mi opinión? Más aún —añade—, cuando ahora la ratifica su propia opinión.

La nube que se disipó en las alturas vuelve a vagar por el cráter. La claridad de la luz del mediodía se enturbia un poco. El comedor está desierto, los camareros han desaparecido, y todas las mesas del bufé están vacías, a excepción de algunos panes que quedaron ocultos por un mantel rojo. Silencio en el mundo desértico. La piscina está lejos, y casi todos los huéspedes ya se han ido a echar la siesta en elegantes bungalós de piedra. El anciano observa con mirada penetrante al joven, que tiene un cigarro entre los labios y duda si encenderlo o no, aunque no hay ni un alma alrededor.

—¿Y la demencia? —murmura Luria con dolor.

—Esa será su sensación —dice Maymoni mientras enciende una cerilla.

OceanofPDF.com

Shibolet

Antes de marcharse del Bereshit, tienen que informar de su presencia al inspector local de la Autoridad de la Naturaleza y Parques.

—¿La Autoridad de la Naturaleza y Parques? —se sorprende Luria—. ¿Es que en los gigantescos espacios del cráter una carretera militar, estrecha y sencilla, puede perjudicar el hábitat de los animales, o dañar la vegetación autóctona?

—Siempre y en todo lugar —dice Maymoni—, hay animales, grandes o minúsculos, a los que se puede provocar algún perjuicio. Pero es que aquí hay algo más, algo humano que es importante ypreciado para ese inspector, y por lo que él teme el trazado de mi carretera, que desde este momento es también la de usted. Por cierto, ni siquiera yo sé si es un inspector oficial de la Autoridad de la Naturaleza, o solo un voluntario. Es un antiguo oficial del ejército, una persona complicada que vive en el centro del país, pero que tiene un piso alquilado en Mitzpe Ramon al que va su mujer cuando empeora del asma.

—¿Cómo se llama?

—Shibolet.

—¿Shibolet? Shibolet, ¿qué?

—Shibolet. Nada más. Son un mismo nombre y apellido fundidos en uno solo.

—Realmente hay casos así —confirma Luria con cierto temor.

—Un hombre muy complicado —prosigue Maymoni con extraño nerviosismo—, alguien que en el pasado daba miedo, sobre todo a mí.

—¿Y eso?

—Cuando yo era un recluta, imagínese, él era mi jefe de batallón. Y desde el primer momento que le vi, me dio un miedo irracional.

—Cuando yo era recluta a finales de los años cincuenta —recuerda Luria—, no podías tener miedo de tu jefe de batallón, porque casi ni lo reconocías. Por aquellos años los batallones eran gigantescos, así que no era un jefe de batallón, ni siquiera un jefe de pelotón, sino un simple jefe de escuadrón, normalmente un inmigrante recién llegado, el que podía machacarte a

voluntad, sobre todo para avisarte de que no te burlaras de su ridículo hebreo.

—No, Zvi, Shibolet es un nativo de gran abolengo, y su hebreo, ya lo oirás, perfecto. Además, se trata de un miedo personal irracional, no de un miedo colectivo. Mis compañeros de batallón se extrañaban, y hasta se compadecían de mí: «¿Qué te pasa?», me decían, «¿por qué palideces cuando entra en la tienda o te hace una pregunta? No es más cruel que otros». Y aún no he conseguido explicarme el porqué de ese terror, del que no conseguí librarme mientras fui recluta. Sí, terror. Mi padre, en un intento desesperado por calmarme un poco, decía que eso no era miedo, sino un terror metafísico.

—¿Metafísico? —se burla Luria—. ¿Eso decía? ¿Terror metafísico a un jefe de batallón?

—Fue simplemente una palabra elegante que sacó de un periódico, solo para no decirme que era un miedo estúpido e infantil.

—Sí, tu padre era siempre delicado con las palabras, por eso tenía tanto éxito con la gente a la que expropiaba.

—Pero debido a ese miedo infantil, al menos logré ser un soldado esforzado y obediente, del que nadie tenía queja. Aunque antes de cada charla, misión o pase de revista de los viernes, me hundía en una fuerte depresión.

—¿Y él lo notaba? ¿Cómo reaccionaba?

—Paulatinamente mi miedo se fue volviendo justificado. Aunque yo era uno de tantos en el batallón, él se daba cuenta de mi reacción y eso avivaba su ira. Imagínese que hasta mi nombre, Asahel, empezó a irritarle, y lo pronunciaba como para ridiculizarme, al tiempo que le indicaba al jefe de pelotón que me asignara más tareas.

—Qué mezquindad.

—Una gran mezquindad. Y entonces sucedió algo que aún no he olvidado. Una lluviosa noche de guardia, con frío y niebla, Shibolet se puso a deambular él solo en silencio para comprobar el estado de alerta de los vigilantes. Y yo, que estaba de guardia en un extremo del cuartel, al parecer me dormí y no me percaté de que se acercaba hasta que me agarró del cuello y me tiró al suelo con una rápida y eficaz técnica de derribo. Yo, sin ni siquiera soltar un grito, perdí de inmediato el conocimiento y estuve tanto

rato sin quererme despertar que, hasta que recuperé la conciencia, casi le da un patatús.

—¿Y no te enviaron a que te viera un neurólogo?

—¿Un neurólogo? —se sorprende Maymoni—. ¿Por qué un neurólogo? Querrá decir un psicólogo.

—Eso, tal vez un psicólogo.

—Pero, ¿de qué habría servido un psicólogo? Hasta que hubiéramos hurgado en mi infancia para reconstruir el origen de ese extraño miedo, mi etapa de cadete habría acabado, y el miedo que le tenía habría quedado solo como un recuerdo.

—Pero el recuerdo también es importante —murmura Luria.

—Por supuesto, por eso seguí sus pasos después. Me enteré de que lo habían ascendido, de jefe de batallón a jefe de pelotón, y lo habían trasladado a la unidad de información del norte. Unos años después lo vi durante un instante en un reportaje de la televisión y me di cuenta de que ya era teniente general, y en ese rango se quedó. Lo aparcaron en la Administración Civil del Mando Central de Cisjordania. Eso ya me lo contó él mismo.

—¿Y cómo es que os visteis?

—Nos encontramos hace tres meses aquí, en la autopista 40, después de Maale Haatzmaut. Yo estaba empezando a localizar el sitio desde donde partiría la carretera, él salió de repente hacia mí desde alguna colina, y estaba exactamente igual que hace veinte años, ágil y ligero de piernas, solo que con el pelo completamente blanco. Tenía la esperanza de que no me reconociese, por el tiempo que había pasado o, al menos, por mi nueva barba. Pero él debió de olérselo y no se conformó solo con el apellido, también se empeñó en decir mi nombre y, al instante, se encendió su sarcástica sonrisa: ah, eres tú, el recluta que se desmayó solo con tocarlo. Pero no añadió una palabra más.

—Claro, Asahel es un nombre poco común, y hasta mi atrofia, que ya ha destrozado muchos nombres, trata el tuyo con respeto, porque sabe que no será fácil hacerlo añicos.

Maymoni observa con cariño al anciano ingeniero.

—Es bueno saber que su memoria no hará de las suyas con mi nombre, porque le tengo mucho cariño. Fue mi madre quien me lo puso pese a la oposición de mi padre. Puede que esa fuese la primera señal del espacio que

se estaba abriendo entre ellos, porque ella le dijo a mi padre: «Este niño me lo ha hecho Dios, no tú».

–¿Ella creía realmente en Dios?

–Solo cuando le apetecía. Era de esas personas que sacan a Dios como un pañuelo para secarse las lágrimas o el sudor. No un pañuelo de tela, sino de papel, que vuela con el viento cuando ya se ha usado.

OceanofPDF.com

La bifurcación

El mediodía ha pasado y el joven ingeniero aún duda si telefonear a Shibolet antes de bajar al cráter. «Pero ¿qué autoridad tiene ese hombre? –refunfuña Luria, quien, al haber sido privado de la siesta, está más impaciente de lo habitual–. ¿No será que ha vuelto ahora el miedo del recluta a su jefe de batallón?». Maymoni no se asusta por el dardo que le lanza su ayudante. Su psicólogo le enseñó que en lo relativo a la mente, toda interpretación, aunque parezca inverosímil, merece un segundo análisis. Pero más allá del viejo miedo, ya fuera real o imaginario, entre Shibolet y él ahora hay un asunto real, humano.

¿Humano? Luria tenía muchos conflictos con los verdes y, aunque ellos se preocupaban por los animales en peligro de extinción y por las plantas protegidas, él sabía trazarles un límite claro entre la naturaleza y las personas.

Por supuesto, las personas, Maymoni discute con Shibolet solo por las personas. No se sabe si en ese cráter hay animales, y las plantas son escuálidas y míseras. Pero no muy lejos del punto estimado para la bifurcación deambulan personas a las que Shibolet ha tomado bajo su amparo. El problema es que son personas algo secretas, errantes, que vienen y desaparecen, y ni siquiera hay forma de saber si se encuentran hoy allí.

–¿Secretas? ¿Errantes? –salta Luria–. Escucha, joven, me he unido a un proyecto de ingeniería, y no a un plan de búsqueda de errantes que es imposible saber dónde están. Así que decídete ahora: nos ponemos en camino o yo vuelvo a casa. Incluso en este desierto, el sol acabará por ponerse, y el camino de vuelta es largo. Por favor, vamos, y las preguntas y las aclaraciones las haremos sobre el terreno.

–Por supuesto, nos vamos. Pero allí, en el lugar de destino, hay una especie de vacío electromagnético, e incluso cuando uno cree que se ha establecido comunicación, no entiende nada, y cuando habla, resulta que lo hace consigo mismo. Por eso, tal vez sea conveniente que llame ahora a su mujer, para que, si lo busca, no piense que se le ha perdido por culpa de esa zona sin cobertura.

El jubilado asiente con amabilidad. La preocupación del joven ingeniero por su mujer le agrada, lo que pasa es que la doctora aún está en el hospital y allí, en principio, el móvil está apagado. Pero no hay de qué preocuparse, porque como ha sido ella quien los ha emparejado, estará tranquila y confiada en que Maymoni sabrá manejar la demencia de su marido.

Por fin se ponen en marcha. Con elegante mutismo, el coche serpentea por Maale Haatzmaut y en pocos minutos se encuentra detrás de una gigantesca hormigonera.

—No, por favor, no adelantes a ese monstruo —le ruega Luria al conductor, que ya ha empezado a maniobrar para hacer un adelantamiento rápido—. No adelantes, porque cuando observo la carretera desde detrás de una hormigonera gigantesca como esta, mientras va cogiendo las curvas, comprendo mejor cuál es la naturaleza y el carácter de los trabajos de perforación y pavimentación que se han realizado. Soy un hombre del norte, y hace años que no he tenido ocasión de estar en páramos como estos; déjame sentir, yendo despacio, el temperamento de esta carretera, en la que pronto tendremos que encontrar el lugar apropiado para la nueva bifurcación. Y no pasa nada si eso nos lleva unos minutos más.

Poco a poco se va formando una pequeña caravana detrás de ellos. Los conductores pitan, protestan y se preguntan por qué el coche americano no se decide a adelantar al camión.

—¿De qué se quejan? Si tienen tanta prisa, que nos adelanten, déjales espacio —dice Luria. Pero las curvas son cerradas y la visibilidad limitada, y no se sabe cuántos vehículos vienen de frente ni a qué velocidad, de modo que la caravana sigue sin decidirse, hasta que de repente un coche rojo, pequeño y furioso, los adelanta a ellos y a la gran hormigonera entre insultos y fuertes pitidos y se dirige hacia la ansiada libertad que le aguarda en el fondo del inmenso cráter, del que ahora Luria empieza a ver un aperitivo que aún conserva algunas huellas de la excavación de Maale Haatzmaut. Rocas blancas se alternan con otras grises, verdosas y rosas, la luz se oscurece un poco a la sombra de los riscos, y un viento nuevo, interior, empieza a formar pequeños remolinos de arena.

—Aquí es —anuncia Maymoni, mientras empieza a desviarse a la derecha, hacia una amplia zona de tierra situada a un lado de la carretera, y le indica con el brazo a la caravana que lleva detrás que tiene vía libre. Con pitidos de alivio, la caravana se apresura a adelantar a la hormigonera, que también

ha aumentado la velocidad de repente, mientras que Maymoni apaga el motor, sale del coche y observa con agrado el lugar elegido. Luego saca del coche un gran mapa de carreteras a escala de 1:10000, que ya está marcado con líneas rojas y azules, y lo extiende sobre el capó para que también Luria pueda certificar que la elección es la correcta.

Pero Luria no quiere elegir el lugar de la bifurcación siguiendo un mapa. Él desea observar el terreno y, tras echar un vistazo al mapa, se dirige en silencio otra vez hacia la autopista 40, la cruza y comienza a alejarse para examinar el lugar elegido con perspectiva. De cuando en cuando se oye el pitido lejano de un vehículo que avisa al solitario caminante, pero Maymoni, sin levantar la cabeza del papel, confía en que el veterano ingeniero, que ha sabido mantenerse con vida en las tumultuosas carreteras del norte, sabrá cuidarse también en una desolada carretera del desierto. Solo cuando traza en el mapa otra línea roja y alza la vista, se encuentra con que su jubilado ha vuelto a desaparecer.

Esta vez el pánico no es como el que le entró frente al puente del enlace viario de Beit Kama, porque el espacio desértico le permite localizar enseguida la figura que, en esos momentos, va caminando con decisión hacia una colina con forma de cono achatado que se eleva no muy lejos de la carretera.

Maymoni grita, pero la imponente pared del cráter parece desviar su grito, de modo que echa a correr, y ve que el jubilado, que no ha oído el grito, se ha detenido para intentar escribir un mensaje de texto. «No, Zvi, no. Un mensaje tampoco llegará –le dice Maymoni tuteándolo ya–. Te lo he advertido, aquí hay un espacio muerto, no hay señal, pero si te has acordado de pronto de algo urgente o importante, te llevaré medio kilómetro más allá, a un lugar donde resucita la conexión». «Ni urgente ni importante –dice Luria–, solo algo práctico de lo que me he acordado». «Pero si tu mujer ha encendido ya el móvil, no lo dejes –insiste el joven–. Ya han pasado más de diez horas desde que te despediste de ella y conviene que des señales de vida».

–Ya te lo he dicho, ella no se preocupa porque confía en ti. El mensaje no es para decirle nada de mí, sino algo que la atañe a ella.

–¿De qué se trata?

–Algo insignificante, no importa...

–De todas formas –insiste el joven–, explícamelo, deja que participe.

Antes has dicho que esta vez no somos subordinados el uno del otro, y por eso te has atrevido a preguntarme por mi situación personal, por mi mujer y mis hijos, y también es importante para mí saber algo más de ti. Si hablas más de ti, también yo hablaré con sinceridad de mí.

Luria mira directamente al hombre, que es más joven que su hijo, y luego lo agarra del brazo con cariño.

—Es algo insignificante e irrelevante —dice—, ni te creerías lo irrelevante que es. Casi me da vergüenza hasta hablar de ello.

—Aun así.

—Como Dina sabía que hoy no le prepararía la comida, decidió hacerse una quiche siguiendo la receta que le dio alguien del hospital, y dejó la quiche sobre la mesa de la cocina y se fue a dormir sabiendo que yo, que tengo un sueño ligero, la metería en el frigorífico cuando se enfriase. Pero en vez de en el frigorífico la metí en el congelador, y eso no es bueno. Porque conociendo a mi mujer como la conozco, no se le ocurrirá mirar en el congelador, y será capaz de pensar que me he llevado la quiche al sur, o que ni siquiera la hizo.

—¿Que no la hizo? No hablas en serio.

—La demencia de alguien cercano, de alguien querido, puede ser contagiosa... Tú también ten cuidado, amigo, no vaya a ser que mi demencia eche raíces en ti, sobre todo ahora que estamos solos en esta especie de páramo.

—Estás de broma.

—Sí, un poco.

—¿Y qué pasará con la quiche?

—Olvídalo, a lo mejor la encuentra. Entre tanto, hablemos del lugar que has elegido para la bifurcación. Y esta vez, joven, escúchame, estoy hablando desde una profunda experiencia y no desde la demencia.

—Te escucho con atención.

—El lugar que has elegido no es correcto desde el punto de vista de la seguridad, y el Ministerio de Transportes no lo aprobará. Lo primero, me preocupa que no haya cobertura. En los cruces y las bifurcaciones ocurren la mayoría de los accidentes y... ¿cómo se va a poder pedir ayuda rápidamente, sobre todo cuando el tráfico aquí es tan escaso?

—Podremos exigir que pongan una antena más.

—Se puede exigir, pero que te lo concedan ya es otra historia, sobre todo

si hay aquí otra cosa fundamental, algo que bloquea la señal. No van a mover por ti una montaña o una pared rocosa para que tu antena la reciba.

—Pero...

—Pero eso no es todo. La bifurcación que has elegido está demasiado cerca de la última curva de Maale Haatzmaut. Precisamente allí, cuando los coches empiezan a tomar velocidad, la señal que indique que la bifurcación está cerca pasará desapercibida. No olvides que aquí no hay policía de tráfico, que el tráfico es escaso y que la forma de conducir es agresiva. Y los que llegan del sur tampoco podrán ver de lejos el tráfico que se incorpore desde tu carretera. No tienen suficiente campo de visión. Y los que salgan desde tu carretera hacia la autopista 40, tanto si giran hacia el sur como si suben hacia el norte, también tendrán un campo de visión reducido. Y así, Asahel, sin pretenderlo crearás un lugar destinado a la catástrofe, y más cuando es una carretera militar, y los conductores militares son inexpertos, o unos perturbados. Por todo esto, escúchame: mueve tu bifurcación trescientos metros hacia el sur y así habrá campo de visión para todos.

—Pero, Luria, un momento, tú has visto en el mapa el viejo camino nabateo que encontré más adelante, un camino que facilitará el trabajo y abaratará los costes. Si me pides que aleje hacia el sur el punto de partida de la carretera, no nos quedará más remedio que rodear la colina que tenemos delante, y eso supondría casi cuatrocientos metros más de carretera...

—No —lo interrumpe Luria—, no tienes que rodear la colina, solamente tienes que demolerla. En el norte, yo demolí colinas mucho más altas y duras, colinas de piedra basáltica. Yo tenía un kurdo, Havilio, que manejaba una gigantesca excavadora: la tarde que me encontré contigo en mi antiguo despacho, me encontré también con él en la fiesta, pero estaba allí de camarero. Un hombre concienzudo que, en un mes o dos, demolía él solo una colina. Tenía una especie de habilidad para encontrar el punto débil de la colina, entrar con su gigantesca pala, y a veces también con pequeñas cargas de dinamita, hasta que se resquebrajaba y se desplomaba. Y entonces llegaban las excavadoras pequeñas a retirar la tierra.

—¿Estás proponiendo demoler esa colina?

—¿Qué problema hay?

Luria coge dos piedras y empieza a chocarlas una contra otra para mostrar lo blandos y frágiles que son los materiales del desierto.

—¿Hablas en serio?

—Pues claro. Aún no he olvidado mi oficio, ¿te cabe alguna duda de ello?

—No tengo ninguna duda de que se puede demoler esta colina, el problema es que viven personas en ella.

—¿Personas? ¿Y qué? Que se vayan a otra colina, ¿es que faltan colinas en el desierto?

—Si los movemos de aquí, le desaparecerán.

—¿A quién?

—Al que están ligados. Es la gente de Shibolet. Su gente secreta.

—¿Secreta en qué sentido?

—Vamos a subir. A lo mejor están allí. Así entenderás de qué se trata.

—Escucha, Maymoni, no he venido hasta aquí para ocuparme de personas sino de caminos, desvíos y bifurcaciones.

—Está claro.

—Entonces, ¿qué decides? ¿Demolemos la colina?

—Tienes razón, Luria, se puede y, al parecer, también se debe hacer. No creas que no he pensado en eso.

—Me alegra que hayas llegado a la conclusión acertada por ti mismo. Porque la ubicación correcta de la bifurcación no es una decisión topográfica, sino de seguridad. Así que no te compadezcas de la colina.

—Y aun así, es posible una solución intermedia.

—¿Y es?

—No demoler la colina, sino horadarla con un túnel. Ya lo he calculado, un túnel de ciento cincuenta metros, no más.

—Maymoni, no te autorizarán a hacer aquí un túnel. ¿Por qué horadar cuando se puede demoler? Piensa en los costes, la entibación y sostenimiento, y también en los sistemas de iluminación y de ventilación. Existe una ordenanza clara para los túneles.

—Pero si tú recomiendas un túnel, a lo mejor lo aprueban.

—¿Yo?

—Con tu autoridad y tu experiencia, los convencerías.

—¿Y la demencia?

—Al contrario, eso dará más legitimidad a tu postura. Como la demencia de un primer ministro, que no hace más que reforzar su autoridad.

Luria observa con mirada penetrante al atractivo ingeniero. Ahora

comprende por qué se entusiasmó tanto con la idea de un ayudante sin sueldo.

–Dime una cosa, Asahel –dice, al tiempo que acerca la mano y toca la cara del joven–. Tu barba es graciosa, ¿desde cuándo la llevas? Tengo un hijo mayor que tú, y también él intentó dejarse una barba de ese estilo, lo que pasa es que la barba se negó a brotar y se le quedó pegada como alquitrán en las mejillas. Hasta tal punto llegó la cosa que su mujer tuvo que amenazarlo con echarlo de casa si no se afeitaba. Pero tu barba es bonita, y sobre todo estética.

–Es una barba joven. Empecé a dejármela hace unos meses, cuando me dieron el proyecto del desierto.

–¿Y tu mujer está contenta con ella?

–Mi mujer no es consciente de ella hasta que no la roza.

OceanofPDF.com

La colina

La colina no es alta, pero, desde abajo, a Luria le cuesta distinguir el contorno de la cima. ¿Será que ha quedado allí algún resto de la nube turbia que lo ha engañado durante el desayuno, o es que es una colina de doble joroba, como la de la rebelde camella mongol de la película *La historia del camello que llora*, que solo tras oír una antigua melodía tradicional derramó lágrimas y le permitió a su cría albina mamar de su teta? «¿Qué altura tiene? –pregunta, y se apresura a sugerir su propia estimación–: Ochenta, como mucho noventa metros». «Clavado. –El joven alaba el buen ojo del jubilado–. Ochenta y cinco metros según la medición electrónica, que son treinta o treinta y cinco minutos caminando a un paso normal. Pero, Zvi, si te cuesta subir, obligaremos a mi viejo coche a que nos lleve hasta el último sitio donde pueda dar la vuelta para regresar». Pero Luria se apiada del antiguo coche gubernamental que, si bien en una autopista consigue superarse a sí mismo, con los baches de los caminos de tierra pierde tornillos y amortiguadores para los que no se encuentran repuestos en ningún taller.

–Pues, adelante –dice Maymoni.

Los dos ingenieros se dirigen al camino de tierra donde no hay signos de vida, ni cardos ni zarzas, ni saltamontes ni lagartijas, solo algunas huellas de un *quad*. Y Luria, que no imaginaba que ya desde el primer momento la subida sería tan escarpada, quiere saber por qué tienen que hacer semejante esfuerzo si allí, donde «la gente de Maymoni», hay un *quad* que podría facilitarles el ascenso. Pero Maymoni precisa que el *quad* no es de ellos, sino de Shibolet, bueno, de hecho es de la Sociedad Protectora de la Naturaleza, y solo lo ponen a su disposición para que localice animales que le permitan ocuparse de ellos.

La respiración de Luria se va acelerando por ese camino cada vez más escarpado y, además, el agradable viento del desierto, que antes le daba en la cara, ha desaparecido, de modo que se enfada con Maymoni por seguir sin desvelar la identidad de esa gente, más aún cuando tal vez ni siquiera

estén en la colina. ¿A qué viene tanto secretismo? ¿Acaso Maymoni cree que su demencia no es capaz de asimilar una historia algo compleja?

—¿Por qué me hablas con indirectas?

—¿Qué tienen que ver las indirectas con tu demencia? —se defiende Maymoni—. A lo mejor es justo lo contrario.

—¿Lo contrario de qué?

—A lo mejor tu demencia me da mayor libertad.

Enseguida se da cuenta de que ha ido demasiado lejos con la «libertad» que ha salido de sus labios, y por eso se apresura a matizarla:

—Un momento, Zvi, antes de que sigas protestando, vamos a aclarar qué es esa demencia que tú, solo tú, sacas a colación una y otra vez. ¿Es real o es una especie de truco que te has inventado? Porque desde que nos hemos puesto en marcha esta mañana, no he percibido ninguna señal de despiste o confusión en ti. Piensas con total lucidez y claridad, y eres muy agudo en tus dictámenes profesionales, como en la época de mi padre, que no hacía más que alabarte. Por tanto, creo que la demencia de la que hablas es solo una palabra, tal vez un deseo, o de hecho, sí, una broma macabra, y yo, con humor, créeme, solo con humor, intento seguirte el juego.

—¿Una broma?

—Una broma que tu mujer o tú os habéis inventado para, quién sabe, confundirme, burlaros de mí o engatusarme.

—¿Engatusarte? ¿Para qué?

—Digamos que para incorporarte al proyecto como ayudante sin sueldo.

—Por favor, Maymoni, no intentes tergiversar la realidad. Mi demencia es un asunto real y serio, mi neurólogo la vio en la imagen del escáner y también nos indicó dónde estaba.

—¿En la imagen del escáner? —Maymoni se queda consternado—. ¿Qué aspecto tiene?

—Esa es la cosa, no tiene ningún aspecto, porque es solo una pequeña mancha negra en la corteza cerebral, una atrofia que se traga los nombres propios.

—Todos nos confundimos con los nombres.

—Pero yo me confundo también con otras muchas cosas: con los tiempos, por ejemplo, incluso con los días.

—¿Quieres decir que es posible que no sepas, por ejemplo, qué día es hoy?

—¿Hoy? —duda Luria.

—Por ejemplo.

—Hoy ya es sábado.

—¿Sábado? —se ríe Maymoni—. ¿Por qué sábado? ¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Porque si ayer era martes, entonces hoy es sábado. ¿No?

—No... no exactamente...

—Es que hay tanto silencio alrededor. Tanta tranquilidad.

—Porque estamos en el desierto.

—Ah. —Luria se golpea en la frente, con una sonrisa pícar—. Es verdad... es solo el desierto. Entonces, ¿qué día es hoy?

—¿Hoy? Un día normal, miércoles.

—Es verdad —afirma Luria—, sí, ahora lo identifico. Miércoles. Qué bien que me preguntes y me corrijas. A eso se refería también mi mujer, que yo vigile que no hagas tonterías en asuntos de ingeniería o de seguridad, y tú me ejercites con los nombres y los tiempos, para que a mi cerebro le resulte más difícil destruir la realidad.

El joven observa al anciano con triste mutismo, quiere explicarse o disculparse, pero se conforma con murmurar:

—Vamos, Zvi, continuemos por este aburrido camino, pero no te preocupes, poco antes de la cima nos aguardan unos escalones, rotos y deformados, pero también cómodos y agradables.

Residentes sin identidad

Y cuando dejan el camino de tierra y ascienden por los escalones excavados en la roca, que efectivamente están rotos y deformados, pero que también son cómodos y agradables, el sol pega con algo menos de fuerza y el viento resurge trayendo en sus alas aroma a humo y voces humanas. Y Maymoni, que vigila que la demencia no haga tropezar al enfermo por los escalones, grita de pronto:

—¡Sí, Luria, están aquí, están aquí! Ahora podrás comprender mejor por qué esta colina necesita un túnel y no una demolición.

La experta mirada de Luria no erró con el símil de las dos jorobas, porque ahora descubre sobre la cima dos montículos, una mezcla de rocas y tierra, que a primera vista no hay forma de saber si están hechos por la mano del hombre o son fruto de un grotesco capricho de la naturaleza. Y entre los dos, situados a unos treinta metros de distancia, ve tendida una vieja red de camuflaje militar que cubre unos restos arqueológicos, una vivienda o una casa de baños, o incluso los restos de algún templo. En el pequeño patio, alrededor de una mesa de piedra, está la «gente»: solo son tres, un joven y una joven y, en medio, un hombre con barba, de unos cincuenta años.

—Oh —grita la joven al ver que un extraño acompaña a Maymoni.

Su grito es como una ráfaga de disparos para los dos hombres, que rápidamente agachan la cabeza, se meten debajo de la mesa y, como por una madriguera preparada de antemano, desaparecen. Maymoni, que observa que la joven está sopesando si desaparecer tras ellos, y comprende la razón de tanto pánico, se apresura a agarrarla.

—No, no, no huyas, solo es un ingeniero como yo, otro ingeniero que no sabe nada de vosotros y tampoco lo desea, así que llámalos para que vuelvan.

Luria se acerca a la joven, a la que Maymoni aún tiene sujeta pese a que ya ha decidido no desaparecer. Y por qué iba a soltar a una joven tan encantadora y veloz, cuyos ojos faraónicos esconden la dulzura de una civilización perdida. Luria le tiende la mano. Esa anciana mano le permite

librarse del joven, y con la sonrisa que ilumina su cara aparece un hoyuelo, como aquel que hace muchos años hizo que prendiera el amor por su mujer antes de que intercambiasen una sola palabra.

–Zvi Luria –dice, entregándole con generosidad su nombre completo.

–Ayalá –le responde ella, acentuando la última sílaba, solo con su nombre propio, que significa gacela.

Y la suavidad y la perfección de su acento evocan en su memoria una mañana gris y una cuidadora de ojos rasgados situada detrás de una silla de ruedas, donde estaba sentado un joven con un casco de cuero, que en un hebreo perfecto y con buen acento lo animó a entrar en una casa caótica donde germinó su demencia.

Por detrás de uno de los montículos aparecen dubitativos los dos hombres, sacudiéndose de la ropa el polvo de la huida. El joven es el hermano de Ayalá, un hombre alto cuyo nombre por el momento es Ofer, pero que pronto tendrá otro nombre, más apropiado.

–*Inshallah* –murmura el hermano.

Y no solo tendrá un nuevo nombre, sino también un carné de identidad. «Y este es su padre», dice Maymoni mientras posa una mano amigable en el hombro del hombre con barba, y él mismo tiene que decir su nombre para practicarlo. Con una sonrisa triste en la que brilla un diente de oro, el padre balbucea el nombre, y su hija le pide que lo repita y lo pronuncie correctamente, es decir, agudo. Al principio, el padre hace un gesto de desdén ante tan forzada pronunciación, mientras su mirada vaga alrededor para ubicarla bien. Yeruham, Yeruham, gruñe al final con los ojos cerrados, inclinando dos veces la cabeza para ilustrar la correcta pronunciación aguda. Cuando su hija confirma con una sonrisa que es correcto, una chispa traviesa se enciende en sus ojos abiertos ya y, para sorpresa de todos, añade al nombre también un apellido. «Yasur –proclama ceremoniosamente el apellido desconocido para sus hijos–. Yeruham Yasur». «¿Yasur? –se sorprenden sus hijos–. ¿De dónde te lo has sacado?».

–Me ha venido de repente. Yasur –confirma tajantemente–, así se quedará.

Los nombres hebreos con su correcta pronunciación y el apellido que acaba de ser añadido hacen que al ayudante sin sueldo le dé vueltas la cabeza y necesite con urgencia un punto de apoyo, así que se sienta junto a la mesa de piedra, donde hay tres vasos de té abandonados durante la

estampida y, en medio, unos trozos parduzcos de pan de pita. Se sujeta la cabeza con la mano como para aligerar su peso y, con cuidado y en voz baja, intenta encajar la realidad.

–Perdón, ¿vosotros sois judíos o no?

–¿Judíos? –se sorprende la joven–. ¿Para qué?

–Entonces, ¿sois palestinos? –sentencia Luria.

–Lo éramos –responde ella con tristeza–. Una vez lo fuimos, pero ya no.

–¿Y ahora qué sois? ¿Israelíes?

–Aún no, pero tal vez lo seamos, tal vez...

–Y entonces –insiste, pero en tono suave–, entre tanto, ¿qué sois?

La joven se encoge de hombros: entre tanto, su mirada se pierde y su voz agoniza.

Pero la curiosidad del visitante le gusta al padre, que le quita a su hija la palabra agonizante para insuflarle vida. Y para ello se acerca a la mesa de piedra, se sienta junto a él, saca del bolsillo de su camisa un paquete de tabaco y le ofrece un cigarro. Pero Luria, que no se ha privado en el pasado de los placeres del tabaco, evita cargar con más humo su débil cerebro, de modo que el cigarro rechazado se dirige a la boca de su propietario, que lo enciende y le da una calada con placer. Solo entonces repite la pregunta, con algo de tos, para precisar la respuesta.

–¿Entre tanto? Entre tanto, señor, somos nabateos, hemos vuelto a ser nabateos.

Y con un amplio movimiento de la mano intenta mostrarle a su huésped la potencia de su ancestral identidad, de cuya grandeza y vitalidad no solo dan muestra los restos de la casa, sino toda la colina, e incluso el cráter.

Pero Maymoni se apresura a zanzar el asunto.

–Entre tanto, querido Luria, ellos no son nabateos, sino residentes sin identidad, simplemente eso.

–Querrás decir residentes ilegales –corrige Luria.

–No, ilegales no, sin identidad, y por eso necesitan el túnel.

La fotografía

–Sí, él tiene razón –le reprocha el hijo al padre–. De tus nabateos no obtendremos nada, porque aunque realmente hubiesen estado aquí, jamás regresarán. Así que realmente somos residentes sin identidad a los que el oficial debe dar una solución.

–El oficial ya no es oficial –murmura el padre.

–Pero fue él quien empezó esta historia.

–No importa lo que fuera en el pasado –interviene Maymoni–, y ni siquiera lo que sea ahora, lo importante es dónde está ahora. Hace cinco días quedamos aquí, en la cima, para una reunión de trabajo, y por eso he traído a otro ingeniero de caminos.

–Parece ser –dice la joven, intentando defender al ausente– que su mujer aún no se ha recuperado del asma.

–¿Asma? –se sorprende su padre.

–Sí, papá, es el nombre de su enfermedad, algo que dificulta la respiración de las personas. Hace un par de días me llamó a la facultad para decirme que su mujer casi se le asfixia en Tel Aviv, así que se fue rápidamente a su piso de Mitzpe Ramon para cambiar la contaminación de la ciudad por el aire limpio del cráter, para que ella no... –La joven se contiene.

–¿Para que ella no qué?

Pero la joven guarda silencio.

–¿Para que ella no qué? –insiste el padre.

–Tal vez... para que ella no...

–¿No qué?

–Que no se le muriese.

Un silencio tenebroso los envuelve a todos. A lo lejos, en el cráter, se oye el gemido del viento, que parece lamentar la muerte de la mujer de Shibolet. Luria balancea la cabeza debido al cansancio. La luz del desierto le arde en los ojos y entre los párpados le bailan manchas de sangre. Desde Maale Haatzmout llega el rugido doloroso de un gigantesco camión cuyo conductor se niega a cambiar de marcha. A esas horas del mediodía, en su

casa, en su dormitorio, una cortina oscura oculta la luz del sol, el teléfono está desconectado, y la doctora, que ha regresado del hospital, disfruta del sueño.

—Con todos los respetos —se indigna Maymoni—, por qué Shibolet te informa a ti y no a mí de la enfermedad de su mujer, y encima os urge a que os quedéis con vuestro padre, cuando sabe perfectamente que desde esta colina no hay comunicación con nadie.

—Es a propósito, no hay comunicación a propósito —dice el hermano uniéndose a la conversación—, porque solo un lugar donde no hay comunicación es adecuado para alguien que se esconde.

—¿Se esconde de qué? —dice Luria abriendo los ojos.

—No, no —Maymoni lo corta en seco—, por favor, no empecéis a contar esa historia que ni siquiera yo he acabado de entender del todo. El señor Luria ha venido conmigo solo como profesional, es un importante ingeniero de caminos, y fue jefe y también amigo de mi padre. Por eso aceptó voluntariamente ayudarme a encontrar una solución que no obligue a vuestro padre a irse. Si lo he hecho subir hasta aquí, a pesar de lo duro que es el camino para él, no ha sido para oír vuestra complicada historia, sino para que pudiese ver desde lo alto adónde quiere dirigirse mi carretera. Pero si Shibolet ha decidido no venir, también nosotros podemos despedirnos ahora y marcharnos.

—Un momento —dice el padre, incorporándose en el asiento—, ya que el ingeniero ha hecho el esfuerzo de subir hasta aquí, que al menos vea la fotografía, aunque sea sin su historia.

—¿La fotografía de qué? —pregunta Maymoni, poniéndose tenso.

—La fotografía de mamá —explica la joven—, esa fotografía que tanto te gustó a ti también.

—Pero ¿por qué va a ver la fotografía? ¿Qué le va a aportar?

—Ahora nada, pero en el futuro tal vez le dé alguna idea.

—¿Qué idea le puede dar la fotografía de vuestra madre? —salta Maymoni—. No, no, os conozco, queréis enseñarle la fotografía para poder contarle también la historia. Pero vuelvo a deciros que el señor Luria no tiene ningún interés en vuestra historia, ni ninguna necesidad de conocerla, y creo que tampoco conseguiría entenderla.

—¿Por qué no iba a entenderla?

—Porque sí. Porque si a mí me ha costado entenderla hasta ahora, a él le

costará mucho más.

–Vale –dice la hija–, sin la historia. Solo la fotografía, mi padre sabe enseñarla también sin su historia.

–Pero ¿para qué? –dice Maymoni, que está que arde–, ¿para qué? ¿Para que tu padre llore también delante de él? ¿Por qué tenéis que hacerlo llorar ahora, y encima delante de un extraño, ajeno a todo este asunto?

–No lloraré –asegura el padre.

–Aunque llores, no pasa nada –lo anima su hija–, porque tu llanto no solo es producto de la nostalgia por mamá, sino que también busca lograr la simpatía de los judíos por una muerte de la que esta vez ellos no tienen la culpa. Así que, por favor, Asahel, cede, porque el señor Luria no volverá más aquí, así que, por lo menos que vea la fotografía y se compadezca de nosotros por lo que nos sucedió. Quién sabe, tal vez la pena de un ingeniero, incluso sin la historia, pueda conseguir que llegue antes una solución para esta colina.

Sin más dilación, como una gacela confiada, se cuela por debajo de la mesa y desaparece por unos escalones de madera que conducen a una habitación subterránea, una especie de sótano o de antiguo silo. Cuando vuelve a subir, parece que no lleva contra su pecho una fotografía, sino a un bebé envuelto en una tela que el padre coge con cuidado y deja encima de la mesa. Entonces retira la tela, limpia con la mano el polvo imaginario y deja caer una primera lágrima.

–Aquí está –dice, dirigiéndose al anciano ingeniero–, solo la fotografía, sin la historia.

Es una fotografía en blanco y negro de una mujer de unos cincuenta años, seria y pálida, con un semblante puro y bien delineado. Y en sus ojos faraónicos, que legó a su hija, se vuelven a ver, con doble potencia, los vestigios de una antigua civilización. Luria asiente con tristeza para mostrar su pena y compasión por esa belleza perdida para siempre. Pero en la nebulosa de su cerebro, él empieza a pensar que esa mujer hermosa y desconocida es una pariente lejana que fue ingresada en una residencia de ancianos.

–¿De cuándo es? –susurra.

–Ya han pasado tres años.

–Y aún llora por ella.

–Y otros cien años...

—¿De qué fue? —dice Luria, que no se olvida de la mujer muerta.

—No —interviene Maymoni—, se acabó, me lo habéis prometido.

—Es cierto —afirma el padre—, la historia no, solo el resumen. Pues resulta, señor, que en el ejército, en el Gobierno, ya sabían por el hospital de Israel que su corazón no resistiría más, y por eso nos enviaron a ese oficial, a ese teniente general, para ofrecernos sustituirlo en Israel por un corazón nuevo, pero solo a condición de...

—Trasplantarlo —corrige su hija.

—Correcto, trasplantarlo, pero a condición de...

—De ninguna condición —salta Maymoni.

—Un momento, solo a condición de...

Pero Maymoni detiene tajantemente la condición.

—Basta, eso ya no es el resumen, sino toda la historia. ¿Qué os pasa? Al verlo llegar, habéis salido despavoridos a esconderos, y ahora queréis contárselo todo. Es suficiente con que yo haya sido arrastrado a esta historia, a él dejadlo en paz. Él no tiene necesidad ni tampoco interés en conocer un embrollo imposible de resolver.

Se acerca a la fotografía y vuelve a cubrirla con la tela, en señal de que la conversación ha terminado.

—Vamos —dice tocando a Luria, que parece petrificado—. Y vosotros decidle a Shibolet que he estado aquí y que, si se ha olvidado de mí, empiece a olvidarse también de todo lo que le prometí.

Y con el mismo frenesí se dirige a la hija.

—Y tú, joven, ¿a qué estás esperando? ¿Aún no has comprendido que hoy ya no vendrá nadie a sacarte de aquí? Así que, si aún quieres llegar esta tarde a la facultad, empieza a organizarte.

—¿Qué? —se asusta el padre—, ¿va a irse sola contigo otra vez?

—¿Sola? ¿Es que no ves que esta vez tendrá un respetable acompañante?

Shibolet o Shibolet

Pero el respetable acompañante, un jubilado de setenta y dos años, baja lentamente y hasta con miedo por los antiguos y rotos escalones, que al subir resultan cómodos y agradables, pero que en el descenso se vuelven inseguros. Por eso el joven no le quita ojo de encima y, de vez en cuando, le tiende la mano, pues el ayudante sin sueldo también es ayudante sin seguro y, si se cayese, ninguna institución lo compensaría por los daños sufridos. Mientras ellos descienden con precaución, la joven, que conoce perfectamente los entresijos de la colina, no se mantiene a su lado, sino que, como inspirada por el nombre que ella misma ha elegido, se desliza con agilidad con la mochila a la espalda por los atajos que solo ella conoce. De vez en cuando, mientras espera a que los dos ingenieros la alcancen, se sube a una roca o un montículo para poder captar desde distintos ángulos con su sofisticada cámara a los hombres, que a veces son conscientes y otras no de la lente que los está inmortalizando.

Ahí está de nuevo la autopista 40, negra y firme como siempre, y Ayalá se apresura hacia el coche que aguarda en una pequeña explanada. Pero cuando se dispone a abrir la puerta trasera, Maymoni le sugiere a Luria que en el camino de vuelta se tumbe en el asiento de atrás, donde, si quiere, también podrá olvidarse del cinturón de seguridad e incluso taparse con una manta.

Las tres y media de la tarde y, aunque el ocaso aún no está próximo, el espacio ya se ha cubierto de una suave oscuridad y el tono amarillento de las paredes del cráter ha empezado a volverse rojizo. «¿No tendrás algo para el dolor de cabeza? –le pregunta Luria a Maymoni–. Tu gente de ahí arriba me ha mareado y aturdido aún más de lo que estaba». Pero Maymoni los exime: «No los culpes a ellos, culpa a la sequedad del desierto, a la que tú, un ingeniero del norte, no estás acostumbrado». Y como en el anticuado coche gubernamental no se puede esperar que haya analgésicos ni botiquín de primeros auxilios, sino solamente viejos libros de instrucciones sobre cómo cambiar una rueda o apagar un incendio, Maymoni le promete parar en el hotel Bereshit y pedir allí una aspirina.

En Maale Haatzmaut el móvil de Luria resucita y un mensaje que estaba flotando en el espacio cae con un ligero pitido. «¿Qué pasa? ¿Estás bien?», ha escrito Dina una hora antes. Y añade: «Si aún no te has perdido, da señales de vida». Y el marido se apresura a dar muestras de ello, no por escrito sino de viva voz: «Aquí estoy, entero y lúcido, y hasta he iniciado el camino de vuelta. Tenías razón, en un páramo así hasta alguien sin demencia puede perderse. Pero no te he llamado hasta ahora porque acabamos de bajar de una colina nabatea donde las ondas electromagnéticas están boicoteadas. Desde el punto de vista profesional solo estamos tanteando, pero desde el punto de vista humano, Dina, prepárate para grandes sorpresas, pero no ahora, porque una de ellas está sentada delante de mí, junto al conductor, y enseguida entenderemos también por qué está tan alterada».

En un coche americano grande y espacioso como ese, la luna delantera se extiende generosamente, y a un alma preocupada le resulta fácil ampliar mucho su campo de visión. Entre los vehículos que aparecen y desaparecen por las curvas del otro carril, Ayalá logra captar por un breve instante un pequeño *quad*, y de inmediato le pide a Maymoni que lo espere en la primera zona de frenada que aparezca. Aun así, teme que Shibolet pueda pasar por delante de ellos sin verlos, así que sale del coche, cruza la carretera y se detiene frente al tráfico que fluye hacia abajo para asegurarse de que Shibolet no se va sin ella. Y en efecto, al salir de la curva, la reconoce, aminora la velocidad y detiene el *quad* en el arcén. Luego se planta con autoridad en medio de la carretera y hace señales a los vehículos que suben y a los que bajan para que se detengan: solo cuando el tráfico se detiene en ambos sentidos, regresa a su vehículo y realiza rápidamente un giro en U para pegarse al morro del veterano coche americano.

«Así que este es Shibolet», se dice Luria, pero como aún no se le ha pasado el dolor de cabeza, no sale del coche, tan solo baja una ventanilla para examinarlo bien. Aunque Shibolet ya ha cumplido hace tiempo los sesenta, conserva un cuerpo esbelto y joven, pero tiene el pelo blanco y las primeras arrugas de la cara están demasiado marcadas. Shibolet se acerca a la ventanilla bajada.

—Asahel me está diciendo que tú también piensas que el túnel es posible.

—Todo es posible —responde Luria—, pero es imposible que alguien apruebe un gasto tan grande.

–De todas formas, ¿se puede borrar del mapa, solo por una carretera militar, una colina que cuenta con importantes restos arqueológicos?

–Depende de quién sean los restos. Si son restos de otros pueblos, tenemos funcionarios que hasta disfrutarían arrasándolos. Sí, señor Shibolet, ya he tenido casos así en el pasado.

–Puedes llamarme Shibolet, sin señor.

–Gracias, pero aún no tengo claro si Shibolet es el nombre o el apellido.

–Shibolet es una palabra que existe también en otros idiomas. Si quieres, puedes comprobar en internet su amplia repercusión. Tal vez también por eso el nombre y el apellido se han unido.

–Pero internet no podrá explicarme –dice Luria, haciéndose el listo– por qué Maymoni te tenía tanto pánico.

Shibolet sonríe con satisfacción.

–Ya veo que también te ha contado esa historia. Ni de internet ni de mí podrás obtener una explicación de por qué el recluta Maymoni tenía tanto miedo de mí. Y lo reconozco, su miedo también me llevó a maltratarlo, para que tuviese una razón real para temerme.

–Bravo, Shibolet –dice Maymoni, que se entusiasma ante tal confesión.

–Sin embargo –dice Luria, aferrándose al tema–, al menos en tu nombre hay calma y amabilidad. Qué hay más tranquilizador que una fina espiga dorada en el campo...

–Perdona –se indigna el antiguo oficial–, «espiga» no es el único significado que tiene mi nombre. Vuelve a buscar en internet, Shibolet no es solo una bonita inflorescencia, sino también un remolino, una corriente fuerte y brusca de agua.

–¿Sabías eso? –dice Luria, dirigiéndose a Maymoni.

Pero es imposible oír la respuesta, porque un gigantesco camión cisterna doble, cuyo rugido retumbaba ya desde el inicio de la conversación, hace temblar ahora la carretera y silencia el mundo.

–Cuidado –grita Shibolet–, es un monstruo irresponsable.

Entonces agarra a la joven con las dos manos y la coloca detrás del coche para protegerla. Y, en efecto, cuando el camión sale de la curva y se muestra con todo su peso y longitud, realmente es un monstruo con decenas de faros encendidos coronando la carrocería. El conductor, un gigante peludo con el torso desnudo y puede que el resto del cuerpo también, se ve sorprendido por el pequeño grupo que le está fastidiando la elegante precisión de la

curva. Entonces activa las tres bocinas con violencia, al tiempo que grita «estáis locos, estáis locos», y desaparece.

–Lleva razón –dice Shibolet– es una locura detenerse así en medio de la autopista.

–Pero, si no, ¿cómo te habría pillado?

–¿Por qué tenías que pillarme, si precisamente iba en tu busca con el sobre para ti preparado? ¿Me he olvidado de ti alguna vez? Qué le vamos a hacer, vuestro dinero solo puede estar en mi poder, porque ningún banco puede aceptaros como clientes.

Luria continúa en el coche. La ventanilla está bajada, y el dolor de cabeza sigue golpeándolo con fuerza. ¿Un espacio vacío en la cabeza también puede doler, o es un dolor normal de la parte que permanece sana y cuerda? Y sigue los movimientos de Shibolet, que abre una bolsa, saca un sobre marrón y se lo entrega a la joven residente sin identidad, que se lo agradece con un fuerte abrazo. Maymoni entra en el coche, arranca y llama a Ayalá para que lo acompañe. Shibolet los observa con rostro serio, pero no se da prisa en mover el *quad* para dejarles paso.

–Perdona, Shibolet –lo llama Luria–, perdona, ¿no tendrás por casualidad algo para el dolor de cabeza?

–Sí, sí –responde el oficial–, y no por casualidad. Alguien como yo que anda por el desierto debe tener un botiquín de primeros auxilios. –Entonces coge una gran caja metálica sin etiqueta ni pegatina, la pone a contraluz, hurga, rebusca y, al final, pregunta–: ¿Qué prefieres, paracetamol o piramidón?

Le tiende la mano abierta a Luria con dos pastillas blancas de idéntica forma y tamaño.

–¿Qué me recomiendas?

–Depende de la intensidad del dolor.

–¿Y no de la ubicación?

–Solo si sabes localizarlo. Pero ¿por qué andar dudando? Tienes por delante un largo camino, así que te sugiero que te tomes la más fuerte, el piramidón. Lo que pasa es que no tengo agua para darte, el agua que llevo en el *quad* solo es buena para los conejos o las liebres.

–¿Así que realmente hay animales en este cráter? ¿No hay que imaginárselos?

–Por supuesto que hay.

—Genial. Pero no necesito agua, Shibolet, a mi edad sabemos tragar pastillas también sin agua. Siguiendo tu consejo, me tomaré la más fuerte.

Shibolet coge una pastilla que parece exacta a la otra y se la da a Luria, este se la pone en la boca e inclina la cabeza hacia atrás para que la pastilla se le deslice por la garganta. Así, con la cabeza hacia atrás, vuelve a observar la misma nube turbia que al mediodía intentó llevarse con ella por los aires el cráter entero. Un nuevo y desconocido pesar se instala en su interior y, de repente, se compadece del antiguo oficial que está aguardando a que la pastilla llegue a su destino.

—Te acompaño en el sentimiento —le dice Luria de repente—, aunque yo no la conocí.

—¿De qué estás hablando?

—De la pérdida de tu mujer, que falleció en las montañas.

—¿Mi mujer? —Shibolet se queda atónito—. ¿Mi mujer? ¿De qué estás hablando? ¿En qué montañas? ¿De qué está hablando? —se dirige enfadado hacia Maymoni, que no se ha percatado de la conversación—. ¿De qué está hablando?

—Si nadie ha muerto —se sobresalta Luria—, mucho mejor.

Sube la ventanilla para zanjar el tema y se abrocha rápidamente el cinturón de seguridad.

OceanofPDF.com

Dos soles

Cuando Maale Haatzmaut se va olvidando y el coche inicia una agradable carrera, Luria se quita los zapatos, se desabrocha el cinturón de seguridad y se acomoda en el asiento.

–Si quieres taparte –dice Maymoni, que está pendiente de su ayudante sin sueldo–, solo grita y te doy una manta.

La joven, que va de copiloto, vuelve la cabeza hacia atrás y le lanza al anciano una sonrisa jovial, generosa. El hoyuelo de su hermoso rostro vuelve a recordarle a Luria la chispa de su amor hacia su mujer.

–Aún no es momento de mantas –dice–, antes hay que comprobar si la pastilla de Shibolet logra hacer efecto.

–Pero ¿qué le has dicho para que de pronto pareciese tan enfadado? –quiere saber Maymoni.

–Algo sobre la muerte –dice Luria, haciéndose el inocente.

–¿La muerte de quién?

Pero ahora Luria es precavido.

–La muerte de nadie, la muerte en general, la muerte como idea.

Ya son las cuatro y cuarto, y no se sabe si Maymoni tiene intención de parar por el camino para recuperar fuerzas, o si el agradable viaje le hace olvidar el cansancio. Mientras tanto, por las lunas polvorientas del coche se ve que el invierno se aferra con fuerza al mundo. De vez en cuando se levantan remolinos de arena y el tono grisáceo que rodea Midreshet Sde Boker aumenta aún más su soledad. Ahí está de nuevo el letrero que invita a visitar la tumba de Ben Gurión. «Menos mal que ya los hemos visitado, a él y a su mujer, –piensa el jubilado–, porque la pastilla que me he tomado está diluyendo el dolor y convirtiéndolo en una especie de dulce mareo. ¿Es posible que ese tal Shibolet pretendiera drogarme? En vez de enredarme en la supuesta muerte de su mujer, tendría que haber hablado con él de la indiscutible muerte de Ben Gurión. De todas formas, en su furiosa reacción parecía brillar también un rayo de esperanza. ¿A partir de ahora tendré que temerle, igual que Maymoni? ¿Pero quién ha dicho que nos volveremos a ver?». ».

El viejo motor de ocho cilindros, que traga gasolina con ganas, produce un envolvente murmullo que hace que al pasajero del asiento de atrás le entre un suave sopor. Pero cuando el coche se detiene y se calla, también el sopor se interrumpe y, mientras el coche reposta, un joven beduino que está limpiando su ventanilla con una bayeta mojada le sonríe. «Chico, ¿sabes también comprobar el aire?», le pregunta Maymoni. «Claro, no hay problema, solo tiene que decirme cuánto las infla». «Ahora veremos», dice Maymoni, y conduce el coche hacia la bomba de aire situada en un lateral de la gasolinera. Lo que ocurre es que el viejo coche americano, que desde hace tiempo ya no está en el mercado, no aparece en la tabla de presión de neumáticos, así que Maymoni discute un poco con el beduino sobre la presión recomendable delante y detrás y, cuando este le da la cuenta, le entrega una buena propina y le sugiere a Luria que reponga fuerzas en la pequeña tienda de la gasolinera.

Pero el viento que esparce algunas gotas de lluvia polvorientas disuade al jubilado.

—Me basta con que me traigáis un capuchino grande —dice, y por la ventanilla, que vuelve a estar sucia, sigue con la vista al hombre que rodea con el brazo los hombros de la joven y, juntos, como padre e hija, o como una pareja que está iniciando su relación, echan a correr.

Es cierto, Luria siempre ha sido estricto guardando las distancias con el mundo privado de sus subordinados, y mucho más de aquellos que estaban por encima de él. Pero ahora se pregunta si las distancias que eran de utilidad en el pasado siguen teniendo sus ventajas también en el presente, en su estado de confusión. Porque si, tal y como le aconsejó el neurólogo, obliga a la mente a luchar con la oscuridad que repta por su cerebro, tal vez hurgar en la vida oculta de los demás lo ayude a agudizarla. Mientras alza la vista buscando el sol, que de pronto ha desaparecido, Ayalá sale de la tienda con una taza humeante entre las manos. El joven beduino, que se está afanando en sacar la rueda de repuesto del maletero, se queda petrificado y mira como hipnotizado a la joven, que ya tiene abierta la puerta trasera del coche. El jubilado coge con cuidado el espumoso café a punto de rebosar y, como pago por las molestias, le entrega a la joven la onza de chocolate que acompaña a la taza. Las pocas gotas de lluvia que la han alcanzado por el camino han añadido una frescura aromática a su tierna femineidad y, por eso, hasta que el conductor regrese, la invita a sentarse a su lado. Al

principio está desconcertada, dubitativa, pero cuando Luria muestra deseos de saber cuál es su verdadero nombre, ella accede.

—Hanadi —le revela su nombre en voz baja.

—¿Hanadi? —Luria repite despacio ese nombre tan cautivador—. ¿Y qué significa?

—Es el nombre de una flor —responde ella.

—¿Qué flor?

—Una flor violeta.

—Por cierto, tu hebreo... —empieza a decir Luria.

Sí, sí, ella ya sabe que habla hebreo sin ningún acento extranjero, para conseguirlo ha estado durante varios años en un colegio israelí.

—¿Junto con tu hermano?

—No, a él lo metió Shibolet en otros colegios, para que no hablásemos árabe entre nosotros.

—Pero ¿por qué no?

—¿Que por qué no? —salta ella, mientras se le enciende el rostro—. ¿Que por qué no? Esa es justo la historia que Maymoni ha interrumpido. Porque nosotros, señor, no tenemos documentos de identidad, ni unos ni otros, ni estos ni aquellos.

Y mientras Luria intenta adivinar cuáles son los cuatro países que se niegan a darles documentos de identidad, Maymoni, cargado con bolsas de la compra, golpea la ventanilla. Ella se traga la onza de chocolate rápidamente, sale disparada y regresa al asiento del copiloto, y Maymoni deja las bolsas a los pies de la joven y se pregunta por qué en la tienda de una gasolinera perdida en el desierto tienen esos precios tan escandalosos.

—Porque no tienen muchos clientes —explica Hanadi, pero Maymoni opina lo contrario, que precisamente porque no hay muchos clientes los precios deberían ser bajos.

—Pero, entonces, ¿por qué has comprado tantas cosas? —le pregunta ella para chincharlo. ¿Por qué? Porque cuando vuelve tarde a casa siempre tiene que llevarles algo a sus mellizos, un chico y una chica, y evidentemente tiene que llevarles a los dos exactamente lo mismo, junto con algo más que sea especial para cada uno.

—¿Así que todo eso es solo para tus hijos? —murmura ella.

—No, también hay algo para el señor Luria.

—¿Y para mí? —dice en tono mimoso.

–Casi todo, lo fundamental –anuncia con solemnidad–, para que tengas algo que comer esta noche en la nueva habitación.

Se dirige al ayudante sin sueldo y le pide permiso para dejar la autopista, a fin de llevar a la señorita directamente a su facultad, solo serán unos treinta minutos más.

–¿O tu mujer estará ya impaciente esperándote? –pregunta.

–Ella siempre me espera a mí, y yo siempre la espero a ella. –Luria describe así el tipo de relación que tienen–. Pero esta vez, como me ha puesto en tus manos sin sueldo y sin derechos sociales, no es a mí a quien espera, sino a ti, a que me devuelvas sano y salvo. Ella tiene mucha paciencia, pero de todas formas conviene decirle cuándo llegaremos.

–Dentro de una hora y cuarto –se ríe Maymoni mientras acelera.

Tras pasar el desvío de Beer Sheva acelera aún más y, como conoce a la perfección las carreteras del sur, ya que ha participado en el diseño de algunas de ellas, toma sin problemas la salida correcta para continuar hacia la Universidad Sapir, ubicada muy cerca de la ciudad de Sderot.

–¿Qué estudias ahí? –pregunta Luria.

–Estudiará cine y, por el momento, está haciendo prácticas de fotografía –responde Maymoni en su lugar–. Shibolet le compró una cámara muy sofisticada, y practica también con fotografías de la fauna y la flora del desierto.

–Y también con fotografías del sol –dice la joven–, porque, a veces, en el cráter de Mitzpe Ramon salen dos soles separados.

–¿Dos soles? ¿Cómo es posible?

–Sí, claro que es posible –dice, mientras saca de su mochila una fotografía en color bastante grande donde aparecen dos soles en el extremo de una pared del cráter, iguales en tamaño e intensidad, pero separados el uno del otro.

–¿Y no es simplemente un truco de tu sofisticada cámara? –se sonríe Luria.

–No, el truco está en el propio mundo.

Luria inclina la cabeza con afecto.

La muerte

Al no haber sitio libre en el pequeño aparcamiento situado junto a la residencia de estudiantes, Maymoni aparca el coche en una plaza de minusválidos de la calle, recoge varias de las bolsas que están a los pies de la estudiante y sale para ayudarla a instalarse en su habitación.

–Si no te importa –le dice a Luria–, espérame en el coche, te dejo la llave puesta. Así, si viene algún minusválido y pierde los nervios, podrás mover el coche, yo vuelvo en diez minutos, un cuarto de hora como mucho, y te llevo a casa. También te dejo encendida la luz interior del coche, para que no te sientas demasiado solo.

Luria llama inmediatamente a su mujer para informarla.

–No te lo vas a creer, a pesar de todo ya estoy de camino a casa. Pero me has convertido no solo en ayudante sin sueldo, sino también en ayudante sin derechos, porque no acordaste con el empleador el número de horas de trabajo, así que estoy en sus manos, sometido al ritmo que él imponga. Es verdad, es un chico simpático e inteligente, y al parecer también es atractivo, y por eso, además de la carretera militar, también tiene otros intereses, románticos sobre todo, que yo intento seguir con atención para ejercitar la mente con temas delicados, tal y como pidió el neurólogo.

–Estupendo –afirma su mujer–. Como médica te digo que la mente puede ralentizar la enfermedad. Pero es una lástima que esa mente tuya no se diese cuenta de que metiste en el congelador en vez de en el frigorífico la quiche que preparé ayer.

–Supuse –suspira él–, que te costaría encontrarla, porque hay zonas del frigorífico que te son completamente desconocidas.

–Entonces, ¿por qué la escondiste en un lugar donde no se podía ver?

–Se puede ver todo si uno quiere, pero no fui yo quien la metió allí, sino el diablo que anda dentro de mí.

–¿El diablo? –se ríe ella–. ¿Ahora es un diablo? Bueno, ¿y qué más le daba al diablo ponerla en el frigorífico y no en el congelador?

–Es que ese diablo también te quiere mucho y pensó que, si después de tanto tiempo decidiste volver a cocinar algo, había que conservarlo.

—Entonces —afirma ella—, es un diablo estúpido.

—¿Qué le vamos a hacer? Es el que hay, no hay otro. Pero, espera un momento, Dina, hay algo sonando aquí, debe de ser el móvil de Maymoni, que se lo ha dejado en el coche. Así que cuelgo y en una hora nos vemos en casa.

No le resulta fácil localizar el aparato que ha caído al suelo del coche, tiene que salir del vehículo, inclinarse y buscar por la parte delantera, pero como el sonido es insistente, le da tiempo a responder a la voz enérgica de una mujer mayor que pregunta por Asahel.

—No está aquí en estos momentos —dice Luria—, pero regresará en unos minutos.

— ¿Y usted quién es?

—Soy un ingeniero de caminos que lo está ayudando.

— Pero ¿cómo se llama?

— Me llamo Zvi Luria.

—Ah —dice ella—, oí ese nombre hace muchos años. Bueno, Zvi Luria, dígame a Asahel que su padre ha muerto, y que se dé prisa en llegar.

—Lamento oír eso, pero ¿quién es usted? Oiga, ¿está aún allí?

—No, yo ya no tengo nada que ver con esa casa, tampoco lo he visto, pero una vecina que entró por casualidad y lo encontró muerto me ha telefoneado. Asahel sabe de qué vecina se trata, y puede llamarla a ella para conocer más detalles. Pero que no me devuelva la llamada, estoy a punto de entrar en un concierto y voy a apagar el móvil. Simplemente, que vaya enseguida a casa de su padre, porque está allí muerto él solo. Eso es todo.

La comunicación se corta, y Luria, inquieto y agitado, sale corriendo en busca de Maymoni. Resulta que la muerte imaginaria de la mujer de Shibolet se ha convertido en una muerte real, se dice. Pero ¿dónde puede encontrar a Maymoni? ¿De dónde va a sacar fuerzas para darle la noticia? Los estudiantes pasan a su lado, pero salvo el nombre de Ayalá no puede darles nada. «Bueno, no tiene sentido buscarlo, y ya no hay prisa, al fin y al cabo el muerto, muerto está. Cuando Maymoni llegue, se lo diré, pero con mucha delicadeza y poco a poco». Se mete en el coche y piensa: «Si su padre ha fallecido, también el túnel tendrá que esperar, al fin y al cabo quién sabe si es factible».

Un vigilante golpea la ventanilla.

—Señor, si usted no es minusválido, mueva el coche de aquí.

Y sin más remedio, Luria se cambia al asiento del conductor y pone la mano sobre la llave que está metida en el contacto. Pero ¿dónde se dan las luces? ¿Y cómo se cambian las marchas? El coche es viejo y además no es automático. Luria bucea ahora en su pasado. Hace muchos años le dieron un coche parecido. Acerca el asiento al volante, arranca, recuerda que también había un embrague, así que lo busca con el pie izquierdo, y el coche empieza a moverse lentamente a trompicones, sin luces. Con mucho cuidado, casi por sí mismo, el vehículo se dirige hacia un pasadizo y se detiene frente a unos grandes contenedores de basura. La responsabilidad de salir de ahí ya no es suya. Luria apoya la cabeza en el volante y cierra los ojos.

Al cabo de más de media hora regresa Maymoni y, cuando localiza el coche y también al anciano ayudante, parece feliz y contento, se felicita a sí mismo por haberse acordado de dejar la llave puesta y, con un guiño cariñoso, le propone al jubilado que siga conduciendo el resto del camino.

Pero Luria no contesta, solo le tiende el móvil sin decir nada y deja el asiento libre.

—Cuando no estabas, alguien ha intentado localizarte, alguien te estaba buscando.

—¿No era mi padre?

—No, a tu padre lo habría reconocido.

—Por supuesto —dice Maymoni—, y él también te habría reconocido a ti, porque le dije que me ibas a acompañar y se puso muy contento.

—Claro, ¿por qué no iba a hacerlo? —dice Luria—. Pero, espera un momento, creo que era una mujer.

—¿Una mujer? —se sorprende Maymoni—. ¿Qué mujer?

—No lo sé.

—Pero ¿qué ha dicho?

—Ha dicho que no le devolvieses la llamada, que estaba entrando en un concierto y que iba a apagar el móvil.

—Entonces puede que me llame después del concierto. Si iba a un concierto, no era mi mujer, tenía que ser otra.

—Sí, otra —confirma Luria.

—Pues seguro que vuelve a llamar —concluye Maymoni.

—Sí, seguro que vuelve a llamar —asegura Luria, más a sí mismo que a Maymoni, pero está angustiado, porque no es capaz de darle a Maymoni la

terrible noticia, que flota en su cerebro como un pez negro que no puede escapar y se estrella contra las paredes.

Observa a Maymoni, que conduce el coche casi rozando la ilegalidad, y se dice: «Hasta que me saque de dentro ese pez negro, es una buena ocasión para saber algo concreto sobre la tal Ayalá». Maymoni le cuenta que la ha ayudado a cambiarse de habitación, es más pequeña que la otra, pero no tendrá compañera de cuarto y podrá protegerse mejor.

—Sí —dice Luria—, si no tiene carné de identidad, no debe hablar ni siquiera en sueños.

Maymoni se sorprende.

—¿Quién te ha contado que no tiene carné de identidad?

—Ella misma —dice Luria.

—Es increíble —dice Maymoni—, que te hayas ganado su confianza con tanta rapidez. Eso no es bueno, debe tener más cuidado y mantener la boca cerrada.

Luria guarda silencio. La carretera está mojada y hay algo de niebla. Sí, ha sido un día largo, sin siesta, pero profesionalmente poco fructífero. Luria se agarra con fuerza la cabeza con ambas manos e intenta recordar la voz de la mujer, pero la alegre melodía que está tarareando Maymoni acalla sus palabras.

Se están acercando a la casa de Luria, pero Luria tiene claro que no puede separarse del joven hasta que no logre liberar la noticia que está atrapada en su cerebro, así que llama a su mujer y le dice:

—¿Te puedo llevar un invitado? Ha oído lo de la quiche que hiciste y le apetece probarla.

—Que venga —dice Dina—, pero que sepa que lo de probarla queda solo bajo su responsabilidad.

—Sube —le dice Luria a Maymoni, que sigue feliz y contento—. Sube un momento y dale a mi mujer un informe detallado sobre tu ayudante sin sueldo.

—¿Estás seguro? —dice Maymoni—, ¿no estás cansado?

—No, es extraño, me siento fresco como una rosa después de todo el día, hasta la demencia se ha vuelto joven. Prueba la quiche que Dina aprendió a hacer gracias a la madre de uno de sus niños enfermos. Es una quiche de tallarines pegados unos a otros como un cerebro humano.

—¿Un cerebro humano? —se sobresalta Maymoni.

–Sí –insiste Luria–, al menos como en la imagen de mi cerebro que nos enseñó el neurólogo.

–Pero será un cerebro sabroso, espero –dice Maymoni.

–Sí, prueba y verás.

OceanofPDF.com

La quiche

La curiosa quiche de tallarines aguarda al señor de la casa y a su invitado sobre la mesa de la cocina, y solo una imaginación perturbada puede compararla con un cerebro humano. Dina está orgullosa e inquieta al mismo tiempo y por eso aún no le ha clavado el cuchillo. Recibe con mucho cariño al atractivo ingeniero y lo manda también a él, y no solo a su marido, a que se lave la cara y las manos y se desprenda del polvo del desierto.

–¿Qué tal el ayudante que te he proporcionado? –le pregunta a Maymoni, que aún tiene gotas de agua en la barba.

–Demasiado bueno –responde Maymoni–. Lo quiere saber todo, incluso cosas que no necesita saber.

–Entonces –sonríe Dina–, a lo mejor tienes que darle un sueldo.

Maymoni se ríe, pero Luria sigue sombrío. La noticia que ha quedado aprisionada en su interior lo hace sufrir. Observa la quiche que su mujer está cortando y el símil del cerebro no le deja tranquilo.

–Zvi, ¿por qué no comes? –pregunta su mujer–, Asahel va a acabar con todo.

Y, en efecto, Maymoni le vuelve a tender el plato, sin vergüenza alguna. Pero el nombre de Asahel, dicho ahora con voz de mujer, hace que a Luria le recorra un escalofrío, y le dice a Maymoni.

–Por cierto, me he acordado de que la mujer mayor que llamó a tu móvil preguntó por Asahel, no por Maymoni, y sonaba como alguien que te conoce muy bien, como de la familia: dígale a Asahel, dijo, dónde está Asahel, no olvide decirle a Asahel, todo el rato repetía Asahel, Asahel.

Entonces Maymoni se pone tenso.

–Debía de ser mi madre, que sigue alardeando del extraño nombre bíblico que me encasquetó, mientras que todo el mundo, incluida mi mujer, me llama siempre Maymoni. Pero ¿qué quería? Cuando llama, siempre es por algo malo que la fastidia. No es capaz simplemente de interesarse por cómo estoy. –Mira el móvil para comprobar las últimas llamadas recibidas, pero el número le resulta desconocido–. No, no es su móvil. Ella siempre olvida cargarlo, y por eso necesita el del hombre que esté a su lado en ese

momento. No pasa nada, llamaré a mi padre a ver si él sabe qué le pasa esta vez. Ya llevan muchos años separados, pero de algún modo él está al día de lo que le ocurre y hasta es capaz de presentir lo que le pasa por la cabeza.

Luria se estremece. El pez negro que está en las profundidades de su cerebro empieza a salir a la superficie. Agarra con fuerza la mano de Maymoni, que va a llamar a su padre, y grita:

—Espera, no, no lo llares. Escucha, ahora me acuerdo, recuerdo que esa mujer dijo que la vecina la había llamado.

—¿La vecina? ¿Qué vecina?

—No dijo su nombre, pero ahora estoy seguro de que dijo que una vecina la había llamado, una vecina que entró por casualidad en vuestra casa, quiero decir, en casa de tu padre, y lo encontró, al parecer, al parecer, eso es lo que dijo, es decir, la vecina, y dijo que Asahel sabía de qué vecina se trataba y que ella podría darle detalles.

—¿La vecina de mi padre? —Maymoni se sobresalta.

—Sí, eso dijo, ahora lo recuerdo. Es decir, de momento todo lo que hay es lo que le dijo a ella la vecina. Pero, un momento, ¿por qué esa vecina no te llamaría directamente a ti?

—Porque le dio miedo decírmelo —grita Maymoni, con gemidos entrecortados por el dolor—. Porque ella sabe cuánto lo quiero, lo duro que me resultará estar sin él. Y por eso le dio miedo decírmelo, ay, es una buena mujer. Y por eso llamó a mi madre, porque sabe que a esa la muerte de papá le resbala.

—No es posible.

—Sí que lo es, claro que lo es. Es muy propio de ella dar una noticia así a través de un extraño, meterse en un concierto y no volver a llamar. Pero, tú, tú —dice, dirigiéndose a Luria con ira—, ¿por qué no has dicho nada? ¿Cómo puedes quedarte callado? ¿Por qué has dejado que me sentase aquí tranquilamente, que bromease, llevando dentro una noticia así?

—No te enfades con él —dice Dina, defendiendo a su marido—, no lo hace de mala fe, ahora le ocurren estas cosas.

—No soy yo, es la demencia —murmura Luria—. Te lo dije, ten cuidado conmigo, a veces se me borran cosas que me acaban de decir. Así, sin más.

—Vale, no importa, perdón. Ya está. Se acabó.

Maymoni se pone a dar vueltas por la habitación y, con un extraño gesto, empieza a mesarse la barba.

—Pero me dijiste por el camino —dice Luria, compadeciéndolo— que sabías que su muerte era inminente.

—Lo dije, lo sabía, es cierto, incluso me había preparado, pero ahora que es real, que es definitivo, es tan doloroso. ¿Cómo puedes olvidarte de decirme que está muerto? ¿Cómo eres capaz de olvidar algo así? Y yo aquí de cháchara con vosotros mientras él está muerto allí solo...

—¿Solo? ¿Cómo que solo?

—Sí, solo. Me voy, perdonad. Ya hablaremos.

—Ten cuidado —dice Dina, cogiéndole la mano—. ¿Quieres que vayamos contigo?

—No, no es necesario. Iré yo solo.

—Por lo menos llama cuando sepas la fecha del funeral.

—No habrá funeral, no habrá ningún funeral —sentencia Maymoni enfadado—, el ingenuo donó su cuerpo a la ciencia. Pensó que así la ciencia lo salvaría. No habrá ningún funeral. Pero la tradicional semana de duelo tal vez sí, ¿por qué no? —Empapado en lágrimas, abraza a Dina con gran cariño y también toca ligeramente a Luria—. Sí, haremos la semana de duelo, y también vosotros vendréis a darme las condolencias.

Luego abre la puerta y desaparece por las escaleras.

El resto de la quiche queda abandonado sobre la mesa, y Dina observa a su marido, que baja la vista. Al final se dirige a él.

—Zvi, ¿cómo y por qué te has acordado de repente?

—Tu quiche.

—¿La quiche?

—Ayer, cuando me levanté por la noche y aún estaba enfriándose aquí, sobre la mesa de la cocina, a la luz de la luna me pareció un cerebro, un cerebro humano. Por eso debí de meterla en el congelador, para que se conservase bien.

—¿De qué estás hablando? ¿De la quiche?

—Da igual, una locura, porque recordé algo parecido en la imagen del escáner que nos mostró el neurólogo. Y ahora, cuando has empezado a partirla, me he dicho, eso es también lo que yo necesito, que me partan el cerebro para encontrar lo que está olvidado allí, algo que sabía que era muy importante y no recordaba lo que era.

El duelo

Maymoni pudo publicar la esquila por la muerte de su padre en el periódico del día siguiente y, como el difunto había donado su cuerpo a la ciencia y no habría funeral, decidió con cierta precipitación comenzar la semana de duelo de inmediato, e indicó la dirección sin especificar las horas de visita. Luria confiaba en que los encargados de recoger al difunto pudiesen hacerlo a primera hora de la mañana, porque, si no, los que acudiesen pronto a dar las condolencias al hijo tendrían que despedirse personalmente también del padre. Luria no compartió con su mujer ese temor. Ella es médica, es cierto, pero reniega de la muerte y se niega a hablar de ella, e incluso a pensar en ella, seguramente por eso eligió pediatría y no geriatría.

Por la tarde los aguarda la ópera *Romeo y Julieta* de Gounod, y deciden ir antes a dar sus condolencias, porque temen que, hasta que los familiares y amigos asimilen la noticia de la esquila y vayan a hacer la visita de condolencias, Maymoni esté solo en casa de su padre. Ya que Maymoni se ha enterado del fallecimiento en su propia casa, no sin ciertas dificultades, lo propio es que sean ellos los primeros en acudir al duelo.

No se equivocaban. Cuando llegan a la casa de Hod Hasharon, una zona que Luria recuerda de cuando llevó el proyecto archivado, encuentran una casa vacía en la que no hay visitas y ni siquiera está el propio doliente, que al menos ha dejado la puerta de entrada abierta. Entran dubitativos en el salón y, desde allí, se dividen. Dina se dirige hacia la terraza para buscar a Maymoni en el jardín, mientras que Luria continúa hacia el dormitorio del difunto. «Trabajé muchos años con este consejero jurídico –se dice–, pasamos horas y horas en agotadoras reuniones, y a veces hasta viajamos justos para planificar las expropiaciones, pero jamás estuve en su casa, y me negué a interesarme por su vida privada. Y resulta que ahora, que ya no está entre nosotros, hasta inspecciono su dormitorio, examino su cama revuelta, los pantalones del pijama tirados en el suelo, un testimonio de su última batalla por la vida, y con mirada penetrante me entrometo en sus últimos momentos de intimidad e intento que surjan en mi cerebro nuevos pensamientos humanos». Y al otro lado de la ventana, tal vez como él

mismo lo vio en sus últimos días, un sol va incendiando un horizonte lejano y parece duplicarse y triplicarse como último homenaje a una reciente muerte.

Se sobresalta cuando su mujer le toca en el hombro.

—No, Zvi, no está bien husmear así en su dormitorio. Vamos a esperar en el salón, he encontrado a la asistenta y me ha dicho que Maymoni ha salido a comprar y que volverá enseguida.

Cierra con determinación la puerta del dormitorio y conduce a su marido hacia el salón. La asistenta, una joven descalza con una redecilla negra en la cabeza, sale ahora de la cocina portando una bandeja con dos vasos de té y galletas de sésamo. Luria inclina la cabeza en señal de agradecimiento y coge un vaso y una galleta, y, cuando vuelve a levantar la vista, le da vueltas la cabeza. ¿Acaso su demencia está otra vez haciendo de las suyas? ¿Esa asistenta religiosa es una doble de la estudiante de fotografía, de la joven sin identidad? En sus ojos faraónicos descubre un destello amigable. En efecto, es ella, se sobrecoge Luria, Maymoni la ha llamado para que lo ayude con la semana de duelo y tal vez también con otras cosas. Mientras sopesa cómo explicárselo a su mujer, Maymoni entra como un vendaval, cargado de productos que la residente sin identidad se apresura a quitarle de las manos.

—Qué bien que hayáis llegado —les dice con la voz temblorosa todavía, y los abraza muy emocionado—. Me temo que serán pocos los que vean la esquila que he publicado hoy, pero aun así he traído comida y también he pedido ayuda. Mi mujer sigue a la carrera de reunión en reunión y, de todas formas, en lo de cocinar está completamente perdida, pero le ha pedido a su madre que traiga a los mellizos, así que al menos podréis conocerlos.

—¿Por qué molestarse en cocinar? ¿Y para quién? —se sorprende Luria.

—¿Por qué no? —se enfada Maymoni—. ¿Es que aquellos que hagan el esfuerzo de venir a darme sus condolencias no merecen que se les dé algo caliente que los reconforte también?

—¿Algo caliente? —se asombra Luria—. Basta con algo simbólico, unas pastas, unas galletas saladas, frutos secos, refrescos, no hay ninguna necesidad de preparar una comida en toda regla, y menos de hacer venir para eso a la jovencita de la universidad.

—Perdona, Zvi —reprende Dina a su marido—, has olvidado que este duelo es suyo y no tuyo. Lo gestionará como mejor le parezca a él, no a ti.

—Exactamente, Zvi —dice Maymoni—, escucha a tu mujer —añade, acariciando con la mirada a la mujer que bien podría ser su madre—. Es la primera vez, y espero que sea también la última, que organizo un duelo, porque el de mi madre que lo organice el último hombre que esté a su lado.

Y se va rápidamente hacia la cocina a ver qué se ha caído y se ha roto allí.

—En cualquier caso —continúa Luria con cierta animadversión—, la barba como muestra de respeto por la muerte de su padre ya la tenía preparada de antemano.

Por la puerta que sigue abierta van entrando a cuentagotas los primeros dolientes, que después van multiplicándose. Entre ellos hay lectores habituales de las esquelas, que también sabían que la muerte estaba próxima, y otros que tal vez han llegado pronto porque temían que la ciencia, que les había privado del funeral, también acortara los días de duelo. También llegan Divón y su esposa y, antes de buscar a Maymoni para darle sus condolencias, se acercan a Luria y a su mujer, que están hojeando los álbumes de fotos.

—Zvi, ¿cómo es que desapareciste después de tu discurso? —le reprocha Divón a su antiguo jefe—. No me diste la oportunidad de agradecértelo ni de manifestarte mi asombro.

—¿Asombro por qué?

—Por el hecho de que no mostrases ni una pizca de enfado ni resentimiento hacia mí. Porque, si ya no estás enfadado conmigo, eso quiere decir que no te importo.

—El enfado ha quedado atrás —responde Luria—, pero no la decepción. Cuántos proyectos preciosos que diseñamos juntos se fueron al traste por culpa de esa África tuya. Pero en la fiesta, cuando vi por primera vez a tu hijo pequeño en la silla de ruedas, comprendí que necesitabas un sueldo mayor del que te daban incluso como jefe de brigada. Por eso, sin olvidar la decepción que me causaste, cedí y te perdoné.

La mujer de Divón, que hasta ese momento ha estado observando a Luria con gesto serio, no puede contenerse más.

—Perdona, ¿por qué dices «por primera vez»? Antes de irnos a Kenia, cuando la casa estaba ya desmantelada y por alguna razón decidiste llevarme tú mismo los proyectos que Tzaji te pidió, en vez de mandarlo con un mensajero, y me levantaste de la cama para entregármelos, ya entonces

viste al niño en la silla de ruedas en el jardín, lo tocaste y lo observaste, e interrogaste a su cuidadora sobre su estado. Pero incluso después de verlo, nos llegaron hasta África los ecos de tu enfado con Tzaji. ¿Qué le ocurre a tu marido? –dice, dirigiéndose a Dina–. ¿Es esa su táctica, falsearlo todo y hacer como que se olvida, con una especie de indiferente desprecio? También eliminó mi nombre de su discurso y, con una formalidad nada amistosa, habló de «la señora Divón», como si yo no tuviese nombre, luego huyó de mí cuando le exigí que me devolviese mi nombre. ¿Es su nuevo estilo? ¿Una especie de juego o de impostura? ¿O es que, Dios no lo quiera, tiene algo en la cabeza?

–Las dos cosas –responde Dina con una sonrisa.

–¿Las dos cosas?

Luria asiente.

–Sí, también algo en la cabeza, ¡qué le vamos a hacer!

Al percatarse de su angustia, Dina saca a relucir con sutileza el nombre perdido.

–Sí, Raquel, no te enfades con él, a veces ni siquiera yo consigo distinguir cuándo sus olvidos son reales y cuándo son fingidos.

–De todas formas –interviene Divón–, todo eso no es impedimento para que ayude a Maymoni en su nuevo proyecto militar.

–Pero sin sueldo –añade Maymoni, que repentinamente se ha unido a ellos con una dulce niña a la espalda como si fuese un saco.

La niña y su hermano mellizo acaban de llegar con la suegra de Maymoni, una mujer mayor que se deja caer en el sofá frente a un cuenco de frutos secos, de donde empieza a picotear como un frágil pajarillo.

El salón se va llenando. Parece que la gente estaba esperando la muerte de Maymoni para ir enseguida a dar las condolencias a su hijo.

–¿Quiénes son todos esos? ¿Los conoces? –pregunta Luria en voz baja al que fuera su mano derecha.

–Deben de ser los propietarios de los terrenos a los que Maymoni aseguró generosas indemnizaciones por las expropiaciones –dice Divón guiñando el ojo.

–¿De verdad, o estás de guasa?

–Las dos cosas –sonríe Divón, mientras roba un puñado de frutos secos del cuenco de la abuela.

El sol está a punto de despedirse del mundo acompañado por una ligera

llovizna. El tráfico desde Hod Hasharon hacia el centro de Tel Aviv es intenso, y Luria no quiere ver la ópera desde el exilio de los rezagados. Como han sido los primeros en llegar, ya pueden marcharse.

–Bueno, es una lástima que no hayamos visto a tu mujer –le dice Dina a Maymoni.

–No pasa nada –dice él, haciendo un gesto de desdén–. A cambio habéis visto a viejos amigos.

De camino hacia la salida, pasan por delante de la cocina, donde Ayalá está dando de cenar a los mellizos. Están sentados a la mesa, bien erguidos y con pequeñas servilletas atadas al cuello. La joven se ha quitado la redecilla negra y tiene el pelo suelto, pero aún camina descalza. Parece la joven madre de los educados mellizos. Cada vez que quieren algo, levantan la mano, como si en vez de en la cocina de su difunto abuelo, estuviesen en clase. Dina, como es habitual en ella, quiere entrar en la cocina y examinar de cerca a la chica, pero Luria teme presentarle a una joven que no tiene una identidad clara.

El fantasma de la ópera

El aparcamiento Golda está lleno.

–No hay más remedio que invadir una plaza de minusválidos –afirma Luria–, y tú, como médica, declararás que puedo hacerlo, porque soy un poco minusválido.

–Un minusválido –dice ella con gesto serio– que pronto tendrá prohibido conducir.

Pese a la infracción de la ley, están a punto de ser enviados a la galería de los rezagados porque, al entrar en el recibidor, el gong ya ha sonado por tercera vez, aunque, como la sala está en penumbra, consiguen colarse hasta sus localidades habituales tras obligar a sus vecinos a levantarse. No les ha dado tiempo de comprar el programa, y Dina lo lamenta.

–No pasa nada –dice su marido–, los programas de las óperas normalmente estropean la belleza de la música con estúpidos y absurdos resúmenes de las tramas, pero esta vez, Dina, se trata de Romeo y Julieta, a los que conocemos bien, y no habrá ningún problema en comprender por qué se suicidan al final. De todos modos, en el intermedio intentaremos conseguir un programa.

La música de Gounod fluye con agradable clasicismo, aunque sin famosas melodías que la gente puede cantar mientras se enjabona en la ducha. Luria sigue con entusiasmo las luchas a espada entre las dos familias veronesas rivales que se libran en un escenario redondo levemente inclinado hacia el público. ¿De qué están hechas las espadas de la ópera? De lejos parecen finas y fuertes, y es sorprendente que en el ardor de las batallas no se le corte la nariz o se le saque un ojo a algún cantante. ¿Es la música y la letra que acompañan a las batallas las que hacen que los cantantes no cometan errores? La idea le gusta y quiere susurrársela a su mujer, pero, precisamente ahora que la música se anima, Dina está adormilada, y solo mueve rítmicamente la cabeza. Le acaricia la mano y, como ve que no sirve de nada, la zarandea.

–Qué pena, qué pena –se compadece de la ópera.

–Pero si la estoy escuchando –murmura ella sin abrir los ojos.

–Eso no basta, también hay que verla.

–Es cierto –reconoce ella, y abre los ojos cuando Romeo le clava la espada a su rival.

Como el duelo ha dejado a la doctora sin siesta, repone fuerzas con algo de comer y de beber en el entreacto mientras contempla con amor a su marido. Ya se ha olvidado de que le falta el programa y, para demostrarle que a veces su memoria es mejor que la de ella, él se lo recuerda.

–Ah, es verdad, al menos podré leer lo que no he visto en el primer acto.

Como el gong da ya el primer aviso, quedan en encontrarse en la sala.

El mostrador de venta de programas está junto a la tienda de discos, pero los programas que no se han vendido han sido devueltos ya a la oficina, y solo el dependiente, un estudiante de historia del arte que lee con devoción los programas que vende, sigue aún junto al mostrador. Está decidido a no dejar con las manos vacías al rezagado comprador, aunque solo sea por un artículo que aparece en el programa sobre las transformaciones que ha sufrido el motivo del amor entre un hombre y una mujer que pertenecen a bandos rivales. «Romeo y Julieta son solo un pequeño ejemplo –sentencia el estudiante–. Shakespeare no inventó aquí nada nuevo, ni siquiera el veneno de corto efecto que Julieta se toma persuadida por el sacerdote». Por tanto, le ruega a Luria que lo espere hasta que le traiga un programa. «Pero no te va a dar tiempo –dice Luria dubitativo–. El gong ya ha anunciado el segundo acto».

–No se preocupe, los conozco muy bien, tenemos un montón de tiempo, es solo para intimidar al público. Por cierto, señor, ¿a qué se dedica?

–Soy ingeniero –responde Luria–, pero el programa no es tanto para mí como para mi mujer.

–¿Y a qué se dedica ella?

–Es médica.

–Está bien –dice el estudiante, en tono un tanto condescendiente–, ambos podrán entender el artículo e impresionarse con la riqueza de los ejemplos.

Pasan varios minutos y el gong da un claro aviso, tres minutos para el segundo acto. Poco a poco se van levantando de sus sitios los más rezagados y amontonándose en las entradas. Llega un conserje al mostrador vacío y lo desmonta. «No –piensa Luria–, es excesivo aguardar aquí por un programa», pero el deseo de ganarse una sonrisa de gratitud de su mujer frena sus pasos.

Apenas pasa un minuto, y no tres, y ya se oye el definitivo anuncio de que la representación se reanudará en un minuto. El silencio se va haciendo cada vez más profundo. Basta, todo tiene un límite. Si tantas ansias tiene ese estudiante de traer el programa, seguramente es porque él mismo ha escrito el artículo. Y aunque el aviso de un minuto sea solo intimidatorio, tendrá que levantar de sus asientos a muchos espectadores para llegar hasta su esposa, que seguramente ya estará sospechando que la demencia lo ha llevado a sentarse en el segundo acto junto a otra mujer. Y, mientras echa a correr hacia la entrada, que se está tragando a los últimos espectadores, el estudiante lo alcanza agitando el programa, que ya está abierto por la página del artículo. «Gracias, amigo. –Luria coge el programa–. Lo leeremos esta noche y nos acordaremos de ti. Por cierto, ¿cómo te llamas?». «Mire, aquí está». Y el estudiante muestra con orgullo su nombre al final del artículo. Sí, era lo que pensaba. «Es un artículo mío, pero todo lo que aparece en él está comprobado y acreditado». Antes de que Luria pueda deshacerse de él, el joven le pide delicadamente que le pague veinte shekels por el programa, y entonces descubre que le impiden acceder a la sala.

Un acomodador intolerante ha decidido acabar con la anarquía y enviar a los rezagados a una galería destinada para ellos en el extremo de la última planta. Por el momento, Luria es el primer y único candidato. Y mientras duda si aceptar la sentencia o implorar que le deje pasar, ve llegar a una mujer, balanceándose sobre sus tacones, que va elegantemente vestida y que, en vez de unirse a su lucha, sigue adelante y golpea tres veces con fuerza la pared recubierta de madera oscura. Y resulta que no es una mujer con una demencia más grave que la suya, porque desde detrás de la pared le responde un zumbido y una puertecilla oculta se va abriendo lentamente. Entonces la mujer se cuela dentro rápidamente, y Luria, que se apresura a meter el programa entre la puerta y el marco para impedir que se cierre, también logra deslizarse hacia dentro tras ella.

Tenía razón el estudiante autor del artículo. Por el jaleo que le llega desde la sala, la dirección se apresura demasiado en reunir al público. La representación aún no va a reanudarse y los músicos todavía están afinando sus instrumentos. Al principio, Luria cree que podría escabullirse hacia la sala a través del foso de la orquesta, tal vez entrando en silencio justo detrás del director, pero resulta que la orquesta se encuentra en el nivel más bajo, desde el que se puede salir fuera, pero no entrar en la sala. Y para escapar

hacia fuera es demasiado tarde, porque en la sala ya resuenan los aplausos para recibir al director. Debe encontrar otra forma de mostrarle a su mujer que no se le ha perdido.

Ahí, entre bambalinas, los sonidos se oyen tenues, como si la música y la letra se convirtiesen en un ser vivo solo para los espectadores de la sala. El foro circular, algo inclinado desde el primer acto, está oculto con cortinas negras para apartar de la vista de los espectadores no solo a los tramoyistas, sino también a los cantantes y a los figurantes que van a entrar en escena. Ahí está el coro, un grupo de espadachines que parecen algo incómodos con sus uniformes azules. «Ahora tienes la oportunidad de tocar de verdad una espada operística para saber si realmente es afilada y dura», se dice Luria mientras camina con precaución detrás del coro. A los espadachines no les molesta que haya un civil anciano metido entre ellos, porque a su alrededor se mueven constantemente técnicos de iluminación y utileros, y una señora entrada en carnes que va con un carrito secándoles el sudor y retocándoles el maquillaje. También el director del coro, un joven pelirrojo con pantalones vaqueros, se sube ahora a una silla e indica al coro que comience a cantar y a caminar lentamente hacia la escena. Y ahí está también la mismísima Julieta, una novia vestida de blanco, manteniendo una conversación banal con el sacerdote que le va a hacer beber el veneno de corto efecto que solo será interpretado como mortal por su amado. Luria siente pena por la joven cuya insensatez la conduce a la perdición y, antes de que la música la obligue a cantar su propia tragedia, la maquilladora se apresura a secarle el sudor del rostro y del cuello, a perfilarle las cejas con un lápiz negro y a añadir sangre a sus labios.

Uno de los directores de escena levanta con cuidado la cortina negra e invita a Julieta a entrar en escena, y Luria se asombra de la sencillez del escenario. El suelo está hecho con bastos tabloncillos pintados con colores desvaídos y grises, y el lujoso altar parece hecho de cartón. ¿Es que todo el esplendor y la magia que se muestra a los espectadores de la sala proceden solo de las luces del escenario? Julieta desaparece de su vista, pero su lastimoso canto por Romeo, que con su impetuosa venganza provoca la tragedia, le estremece el corazón. Y como la traducción al hebreo proyectada en esos momentos en la sala está fuera de su vista, Luria siente un repentino deseo de ir tras la cantante para comprender mejor su lamento. Coge una esponja rojiza del carrito del maquillaje, medio para secarse el

sudor medio para maquillarse un poco la cara, y su pelo canoso ya despunta durante una décima de segundo por la cortina negra, pero una mano decidida lo arrastra bruscamente hacia dentro.

—¿Adónde va? ¿Está loco? ¿Quién es usted?

—¿Que quién soy? —se enfada Luria al escuchar la pregunta.

Es un abonado de la ópera israelí que ha ido en el intermedio a buscar un programa y, entre tanto, le han cerrado la puerta de la sala en las narices.

—¿Y por qué ha subido al escenario?

—Por obligación, para ver el final de la representación.

—Desde aquí no verá nada, señor, y además, no puede estar aquí. Salga inmediatamente y suba a la galería de arriba, allí encontrará a un acomodador que le buscará un asiento. El escenario no es lugar para usted.

Pero Luria no se mueve.

—No —suplica con voz llorosa.

Se liará por los pasillos vacíos buscando la galería de los rezagados y, entre tanto, se perderá casi todo el segundo acto. Tiene asiento de primera categoría en la sala, al lado de su mujer, pero le han cerrado la puerta en las narices y, si no puede ver el final de la ópera desde la sala, al menos que le permitan verla desde lo alto, desde el inmenso espacio por el que sube y baja el decorado, está seguro de que hay allí algún balcón pequeño desde el que será posible entender cómo termina la tragedia. Es un veterano ingeniero capaz de orientarse por complejas estructuras.

El utilero observa al veterano abonado con una sonrisa pícaro y mira la hora en su reloj.

—Bueno, de todas formas la ópera terminará dentro de media hora. —Bajo su responsabilidad, señor. —Y señala una escalera de hierro en un lateral—. Suba hasta el primer rellano, diez escalones, no más, a ver si ve algo desde allí, pero, cuando empiecen los aplausos al final, baje enseguida y desaparezca del escenario, si no, esta noche puede convertirse en el Fantasma de la Ópera israelí.

—¿Fantasma? —se ríe Luria—. ¿Por qué? Mi mujer, que seguro que ya se ha dado cuenta de que me he liado por culpa del maldito programa, me estará esperando a la salida.

Y otra vez con el neurólogo

—Antes de que veamos lo que nos cuenta el nuevo escáner cerebral — comienza a decir el neurólogo en tono afable y con la mano encima del sobre aún sin abrir—, cuéntenme, por favor, lo que ha ocurrido desde la última visita. Y tal vez —añade, mientras le indica a Luria con el dedo que se calle—, podríamos comenzar por usted, doctora Luria. Pero, de hecho, ¿por qué no?, sería interesante oír primero lo que tiene que decir, desde su punto de vista, el hijo, que ya se me ha olvidado cómo se llama.

—¿Yo? Yoav.

—Bueno, Yoav, estoy seguro de que no has acompañado esta tarde a tus padres solo para escuchar, sino también para hablar.

—Para preguntar.

—Por supuesto, para preguntar y también para obtener respuestas. Pero, de todas formas, empieza tú. ¿Cómo describirías el comportamiento de tu padre durante los últimos meses?

—Estoy preocupado.

—Demasiado —grita Luria—, y por eso ha querido acompañarnos.

—Un momento, papá.

—Sí, un momento, claro que sí, un momento, antes debo explicarle al doctor que Yoav no vive cerca de nosotros en el centro, sino en el norte, porque tiene una próspera empresa de microprocesadores.

—Pero...

—Es decir —continúa Luria—, que su punto de vista es muy parcial. Es cierto que llama casi todos los días a su madre o a mí para enterarse de cómo evoluciona mi deterioro, pero de lejos, solo de lejos.

—Deterioro, no, papá, perdona...

Pero Luria se va por las ramas. Lo que ocurre en la imaginación de su hijo es mucho más grave de lo que ocurre realmente.

—Hasta tal punto es así, doctor, sí, recuerdo perfectamente su nombre, doctor Laufer, que tal vez, je, je, habría que escanear también el cerebro de mi hijo.

—Zvi, exageras, deja que se explique.

—Sí, mi padre exagera. Yo no afirmo que ahora haya deterioro, pero quiero comprender cómo ve usted como médico, como neurólogo, el proceso. Quiero saber el futuro para estar preparado. Soy una persona racional, práctica, que quiere mirar siempre hacia delante con los ojos bien abiertos, sin falsas esperanzas, y sobre todo quiero estar seguro de que hacemos todo lo necesario para ralentizar el proceso.

—¿Hacemos?

—En un sentido simple, terapéutico. Quiero saber, y por eso he acompañado a mis padres, si usted, doctor, realmente pretende, como me han informado mi madre y mi padre, centrar todo el tratamiento solo en la mente de mi padre, o si tiene pensado un algo más concreto.

—¿Más concreto? —dice el neurólogo, mientras se coloca la kipá y se inclina un poco—. ¿A qué te refieres?

—Digamos un tratamiento químico, o fisioterapéutico, o tal vez, si existe algo así, eléctrico. Dicen que hay ejercicios específicos para enfermos así. Desde que esto empezó, él también intenta estudiar la enfermedad, comprender su naturaleza interna. En internet la descripción de la enfermedad es confusa. Es como si la demencia, o la enajenación, allí tiene dos nombres, se hubiesen apoderado también de la red. Pero una cosa está clara, no se le puede dejar todo a la mente.

Se detiene un instante, desconcertado, incluso dolido, pero, con la preocupación que lo ha impulsado esta tarde desde Galilea, sigue decidido a exigirle al médico que le muestre en la nueva imagen el cambio que ha experimentado el cerebro de su padre desde que le hicieron el anterior escáner.

Ahora Dina aprieta el hombro de su hijo para refrenarlo. Pero Luria solo inclina la cabeza y mantiene la boca cerrada. El fuerte temperamento y la profunda preocupación de su hijo lo conmueven y le producen una gran satisfacción.

Se nota que también el neurólogo siente afecto por el hijo que ha venido desde el norte para compartir el temor de sus padres, pero la mano colocada encima del sobre sigue inmóvil. Tampoco él ha abierto aún el sobre, que le ha llegado por la mañana. Antes de ver los resultados de las pruebas, hay que escuchar lo que tiene que decir el paciente y los que le rodean, pues más allá de las imágenes cerebrales, cada cabeza, con lo que tiene y lo que

le falta, es única y especial. Ahora le pide a la doctora que cuente si ha habido algún cambio en el comportamiento de su marido.

—En general su comportamiento es estable. No ha mostrado ningún síntoma preocupante que se pueda destacar.

—Muy bien, ¿pero?

—Es cierto que hay una creciente confusión con el código de arranque del coche, pero luego la conducción es segura y estable.

—También yo me confundo a veces con el código de arranque —sonríe el médico.

—Entonces, doctor Laufer —se burla ella con descaro—, quizás no le vendría mal hacerse también usted un escáner cerebral de vez en cuando.

—No le vendría mal a nadie, pero prosiga.

—Hace unos días tuvo un olvido grave, extraño e incluso inaudito, en un asunto de capital importancia, pero lo arregló por sí mismo. Y de vez en cuando se confunde con las puertas, como en la ópera, por ejemplo. Pero todos esos contratiempos son muy pequeños, doctor Laufer, comparados con la buena noticia de que Zvi, siguiendo su consejo, ha retomado su actividad profesional, aunque sea de forma parcial y temporal.

—Bravo —exclama el médico con júbilo—, y ustedes que decían que eso era imposible.

—Resulta que había un camino.

—Maravilloso. Entonces, señor Luria, ¿vuelve a perforar un túnel?

—Tal vez también haya allí un túnel —dice Luria, asombrado por la memoria del médico—, pero de momento solo estoy ayudando en el proyecto de una nueva carretera en el desierto.

—¿En el desierto? —el neurólogo se sobresalta un poco—, espero que no ande por allí solo.

—No, solo no, voy pegado a un joven ingeniero que me vigila como si fuese su padre.

—Estupendo. Porque bajo ningún concepto —el médico previene a todos— puede andar solo por el desierto.

—Por supuesto.

—Porque un error en el desierto para alguien en su estado no es como un error con la puerta de la sala de la ópera.

—Y es más peligroso que deambular entre bambalinas e intentar salir a escena —murmura Yoav furioso.

–¿Qué? –dice el neurólogo, que lo encuentra gracioso–. ¿Llegó usted al escenario?

–Sí, la demencia que me endosó me impulsó a salir a escena, pero entiendo por qué fue.

–Al menos entiende...

–Con la demencia, doctor, creo que no solo hay confusión, sino también un creciente dolor de corazón, una tendencia a una profunda pena. Y yo sabía que Julieta iba a salir a escena y a cometer un error fatal, y me apiadé de ella e intenté seguir a la cantante para avisarla.

Se nota que el neurólogo está disfrutando.

–¿Para avisar a Julieta o a la cantante?

–¿A las dos?

Pero Yoav no está contento con ese placer que muestra el neurólogo y, con su tono furioso, añade:

–¿Se puede creer, doctor, que mi padre hasta se maquilló antes de intentar irrumpir en el escenario?

Dina dirige una mirada airada a su hijo, pero Luria no se alarma.

–Es cierto –confirma con júbilo.

Hasta ahora realmente estaba sorprendido de haberse maquillado. Eso significa que, después de todo, la demencia tiene su lógica. Y el utilero que lo metió para dentro en el último momento lo hizo con delicadeza y sin enfadarse, y hasta le permitió seguir viendo la ópera desde arriba. Allí, en la oscuridad, contempló la muerte de Romeo y Julieta desde el balcón, como el Fantasma de la Ópera.

–¿El Fantasma de la Ópera? –dice el médico, emocionado–. Era una película en blanco y negro que vi de pequeño, y me pasé noches enteras dando vueltas en la cama por miedo a que ese fantasma, al que habían arrojado ácido en la cara, viniera a visitarme.

Se levanta con buen ánimo, saca del sobre la nueva imagen del escáner, la coloca en la pantalla que está colgada de la pared y la ilumina, pero, como su ancha espalda tapa la pantalla, el resto de los presentes no pueden verla y, aunque la hubiesen visto, es poco probable que hubiesen sabido interpretarla.

Luego coge la primera imagen, hecha unos meses antes, y la introduce en la pantalla para compararlas. Al final, invita a la doctora a que se acerque a ver la evolución que se ha producido en el cerebro de su marido.

—Hay un ligero cambio, justo en el mismo sitio. —El médico lo señala y lo interpreta—. La atrofia del lóbulo frontal derecho se ha extendido un poco, y da la impresión de que pueden haberse dañado un poco las conexiones, o una conexión, con el lóbulo izquierdo. Pero no se puede hacer nada, salvo darle quizás treinta miligramos de Sirokal una vez al día, por la mañana, antes de irse al desierto. Hay quienes prefieren partir la pastilla por la mitad y tomarla por la mañana y por la noche, pero yo soy partidario de hacerlo una vez al día, y por la mañana. Salvo eso, nada más. Verlo y escucharlo me da ánimos. El proceso es lento, aún tenemos un largo camino por delante.

Luria se levanta y se acerca para intentar ver con sus propios ojos los cambios que ha habido en su cerebro. Yoav duda al principio, pero, finalmente se acerca también. Los cuatro juntos observan en silencio la pantalla iluminada. Si no hubiesen llevado a su hijo con ellos, es muy probable que el neurólogo hubiese vuelto a hablar de las virtudes de la pasión, pero como su hijo está al lado, el médico le pone la mano en el hombro y le dice:

—Amigo, no te preocupes tanto, hay mucho tiempo por delante.

Apaga la luz de la pantalla. Luego quita las dos imágenes, las mete en un sobre, se lo entrega a Luria, lo conduce hacia la puerta de salida con delicadeza, igual que la vez anterior, y enciende la luz de los pequeños focos diseminados por el jardín.

En la calle, entre los dos coches, sopesan dónde comentar los nuevos resultados, en casa o en una cafetería.

—No —dice Luria—, ni en un sitio ni en otro, es tarde y a Yoav aún le queda un largo camino. —Ya hablaremos por teléfono, si es que hay algo de qué hablar.

Dina está callada, pero su marido y su hijo presienten su ira contenida.

—¿Qué pasa? —dice Luria, abrazándola.

—Nada —murmura ella, pero entonces, sin mirar a su hijo, le lanza sus quejas a su marido—. No puedo comprender qué prisas tiene este hijo tuyo en soltar todo lo que se le cuenta.

Y Yoav se defiende:

—Mamá, ¿qué es lo que he soltado ahora? Ya sé que estás enfadada porque he contado que papá se maquilló antes de intentar entrar en escena, pero ¿a quién se lo he contado? Únicamente a su neurólogo. ¿Es que el neurólogo que trata a papá no debe saberlo todo?

—No —dice su madre, en tono tajante—. No. El neurólogo de papá tampoco debe saberlo todo. Yo misma soy médica, Yoav, y te informo de que no quiero saberlo todo de mis pacientes, me basta con que me digan lo fundamental. Ya has visto que he informado al médico de todo lo que tenía que saber, y he evitado decirle aquello que era innecesario, ¿por qué tenías que avergonzar así a tu padre?

—Él no me ha avergonzado —interviene Luria—, simplemente me ha sorprendido que tú le contases esa tontería.

—Se la conté —se defiende Dina—, porque está todo el rato llamándome, a escondidas, incluso al hospital, para saber todo lo que te pasa. Y así consigue sonsacarme detalles que no quiero contar.

—Pero, Dina, él lo hace solo porque me quiere y se preocupa.

—Exacto —dice Yoav, que está que arde.

—Lo sé, es solo porque te quiere y se preocupa, pero ese es precisamente el sufrimiento que tengo con él, se preocupa demasiado, está demasiado aterrado. El pánico no nos llevará a ninguna parte.

OceanofPDF.com

Preparativos

Luria opina que deben visitar de nuevo a Maymoni antes de que termine la semana de duelo, aunque solo sea para presentarse ante los demás, especialmente ante la esposa de Maymoni, y tal vez también ante su madre, y de ese modo conocerlo en profundidad. Pero Dina no le encuentra sentido a hacer otra visita. El neurólogo está contento con que Zvi tenga una ocupación, pero es una ocupación que, hasta el momento, ha durado un solo día, y quién sabe cómo evolucionará en el futuro a la luz del nuevo diagnóstico. Por tanto, ¿a quién hay que conocer en profundidad?

—Pero ¿qué había en ese diagnóstico? —dice Luria—. No me parece que el médico sonara especialmente preocupado.

—No, no especialmente, al fin y al cabo se trata de tu cabeza, no de la suya, y tal vez también porque la ligera expansión de la mancha oscura puede deberse a la edad. En cualquier caso, Zvi, no olvides que para ese joven tú eres un ayudante temporal, así que, para qué agobiarlo.

—¿Agobiarlo? ¿Con qué? Es verdad, no soy socio, pero siento que me va a necesitar más de lo que tú imaginas, y más cuando, tras la muerte de su padre, sus sentimientos hacia mí se irán intensificando.

—¿Sus sentimientos? —se asombra ella—. ¿De pronto también necesitas sus sentimientos?

—Yo no necesito más sentimientos, me basta con el amor que tengo aquí, pero, si he empezado con algo, algo que tú misma planeaste para ayudarme en mi situación, ¿por qué voy a dejarlo solo porque el desierto haya empezado a preocuparte?

—¿A qué viene el desierto ahora?

—El neurólogo te ha asustado diciendo que puedo perderme en el desierto.

—¿Por qué vas a perderte si Maymoni está contigo?

—Exacto. Pero, para que no me quite la vista de encima quiero que nuestra relación sea más fuerte, porque tampoco yo tengo ningunas ganas de perderme en el desierto. Y tampoco quiero que, por haber olvidado o demorado comunicarle la noticia de la muerte de su padre, él empiece a dudar de mi capacidad profesional. Me siento lúcido y estable. Conozco

bien el camino a casa de su padre, y no me apetece que otro jubilado, alguno de mis viejos compañeros o de su padre, se ofrezca en mi lugar.

—¿En tu lugar? —dice ella, con un tono en el que se percibe cierta guasa—. ¿Como ayudante sin sueldo?

—Incluso así. Todo jubilado busca darle un sentido a su vida.

—En ese caso, ve a verle, pero, por favor, queda antes con él, no vaya a ser que hagas el viaje en balde.

Pero Luria evita comunicar de antemano su visita, para que Maymoni no intente escabullirse. Y el último día de la semana de duelo, una clara mañana invernal, se dirige a Hod Hasharon y, aunque conoce y recuerda el camino, se lía un poco, tal vez porque tiene demasiado cuidado de no meterse por error en la calle de la familia Divón. Y de nuevo, una puerta abierta en una casa silenciosa. En la cocina no hay nadie, y no se ven indicios de actividad culinaria alguna. Pero en el gran salón hay cajas de cartón diseminadas y, en medio, una gran manta extendida con un montón de fotografías que han sido descolgadas de las paredes. A Luria le recorre un ligero escalofrío, como si de pronto hubiese caído otra vez en la casa caótica de hace cinco años donde germinó su demencia. Por un momento sopesa darse media vuelta, pero sale al jardín y se da cuenta de algo que le pasó desapercibido en la visita anterior: es un jardín estrecho y separado por una valla del amplio jardín de la leal vecina. Ahora comprende que, en origen, la casa de Maymoni era grande, seguramente vendió la mitad para costearse el divorcio.

Un ligero temor se apodera de él al regresar a la casa y ver que en la cama del difunto padre está el hijo dormido, con viejos informes gubernamentales desperdigados a su alrededor y el flexo aún encendido a plena luz del día. ¿Al menos habrá cambiado la ropa de cama? ¿O es que el amor por su padre lo impulsa a meterse entre sus sábanas?

—Asahel —dice Luria, pronunciando en voz baja el nombre que le puso su madre.

Maymoni se agita asustado, pero, cuando ve que es solo su ayudante sin sueldo, se estira y se acurruca, y una sonrisa le ilumina el rostro.

—Qué bien que hayas vuelto, porque desde ayer no ha aparecido nadie, así que he empezado con los primeros preparativos para la venta. Te sorprendería la anarquía interna que se oculta en esta casa. Es cierto, podría

tirlo todo sin examinarlo, y nadie se daría cuenta ni se lamentaría por la pérdida, pero hasta el caos que deja un padre amado merece compasión.

—¿Compasión?

—Sí, compasión.

—¿Qué conforma exactamente este legado? —pregunta Luria con precaución.

Maymoni no podía imaginar que su padre fuese un mecanógrafo compulsivo que se preocupaba en anotar todos los procesos judiciales que llevaba, describiendo a las personas implicadas y las sesiones de los tribunales, tal vez porque temía que le viniesen con quejas por las altas indemnizaciones que concedió.

—Interesante.

—Incluso a ti, Luria, se te menciona a veces en sus anotaciones, porque también hay detalles de la época en que fue tu consejero jurídico. Y que sepas que se queja de que te excedías en las expropiaciones que le mandabas realizar. «El ingeniero jefe, Luria, quiere convertir el país entero en una carretera recta y segura», eso pone en uno de los informes.

—Tanto, el país entero... —dice Luria, mientras se acerca a la cama.

—Pero no te enfades con él, tiene notas de ese mismo estilo sobre otros ingenieros y directores.

—Por qué me iba a enfadar, yo también le tenía cariño. Y realmente me parece muy bien que no tires nada sin saber lo que tiras, y que lo mires y examines. Ciertamente eres un buen hijo. Por cierto, yo también tengo un hijo así, solo que él vive en el norte y posee una empresa tan próspera que lo tiene completamente esclavizado. Pero sé que él también me quiere, aunque últimamente se ha vuelto un poco loco por el miedo tan exagerado que tiene a la mancha negra de mi cerebro.

—La verdad —dice Maymoni— es que yo también estoy algo preocupado por ti después de ver cómo olvidaste informarme de la muerte de mi padre.

—Pero, a pesar de todo, me acordé al poco tiempo.

—Es cierto, pero podrías haber alargado más y más ese olvido, y mi padre se habría quedado aquí solo una noche entera.

—«Solo» no es exactamente una definición apropiada para un muerto. Y, además, si la vecina hubiese visto que no llegabas, creo que te habría buscado para comunicártelo personalmente. Pero de verdad, Maymoni, quiero que sepas que valoro mucho tu amor por tu padre. Y veo que

tampoco tienes reparos en acostarte en la cama donde lo encontró la muerte ni en taparte con su manta. Pero espero que al menos hayas cambiado las sábanas.

—¿Las sábanas? —dice Maymoni, mientras se levanta perezosamente de la cama y examina las sábanas—. Le dije a Ayalá que cambiase la ropa de cama, pero no sé si le dio tiempo, porque se marchó el segundo día. Aunque sean las mismas sábanas, qué podría pasarme, el cáncer no es una enfermedad contagiosa.

—Es cierto. ¿Y por qué se dio tanta prisa en marcharse?

—Shibolet apareció el segundo día, le prohibió quedarse aquí y se la llevó.

—¿Le prohibió? ¿Se la llevó? ¿Qué es esto? ¿Por qué tiene tanta autoridad?

—Porque es responsable de esa familia. Como él los enredó, él también tiene que ocuparse de ellos.

—¿En qué los enredó?

Maymoni observa al jubilado con recelo.

—Escucha, Zvi Luria, me haces demasiadas preguntas, y no sé dónde guardas las respuestas, ni qué haces con ellas.

—¿Qué puedo hacer con ellas? Olvidarlas.

—Yo no estoy tan seguro.

—Y si por casualidad no olvido, es solo para ayudarte a obtener el permiso para el túnel en la carretera, de la que hasta ahora puede que sepa dónde empezará, pero no tengo ni idea de por dónde continuará ni dónde acabará.

—Es cierto.

—Entonces, ¿qué?

—Al final lo sabrás todo. Primero deja que ponga orden en todo este caos.

—Pero no lo olvides, mi capacidad de raciocinio tiene los días contados.

—Tienes a tu disposición a una doctora que se ocupará de ti.

—Solo es pediatra.

—Al final tú también volverás a ser un niño.

OceanofPDF.com

Invierno

Y desde el corazón de un invierno titubeante, amigable, que parece otro otoño llegado solo para hacer olvidar con agradables vientos y una llovizna acariciante el ardor del largo verano, irrumpe con crudeza un invierno épico, con abundantes lluvias y granizo, y el frío que estremece la tierra comienza a llevar enfermos, mayores y pequeños, a las urgencias. Por tanto, la pediatra debe alargar con frecuencia su jornada laboral hasta el anochecer, y su única comida es un bocadillo y una ensalada que le envían desde la cocina, así que Luria, además de pasarse toda la mañana solo, tiene que comer también en soledad, y su afán por sorprender a su mujer con originales comidas compradas en tiendas de *delicatessen*, o preparadas siguiendo alguna receta, ha perdido su gracia. Aún sigue encargado de ir los martes a recoger a su nieto a la guardería, es cierto, pero la maestra supervisa que no se le pegue ningún otro niño, ni monoparental ni biparental. ¿Es que han acabado los ensayos de la hermosa arpista? ¿O tal vez ha llegado a sus oídos que un abuelo despistado ha creado un padre imaginario para su hijo y ella teme que también intente demostrar su existencia?

Desde la última visita al neurólogo, su familia desconfía más de Luria y ha reforzado su vigilancia. A pesar del intenso trabajo en el hospital, Dina lo llama de vez en cuando para saber dónde está y adónde se le ha ocurrido ir. También Yoav llama desde el norte y entabla con su padre una conversación sobre política, para comprobar si la demencia lo ha apartado de sus viejas convicciones. Incluso Abigail se escapa un momento de su sagrado curso de formación para enterarse con mucha sutileza de si su padre ha recogido al niño correcto y lo ha llevado a la casa correcta.

—Sí —suspira Luria por el teléfono—, todo correcto, y también te manda saludos el escalope correcto que está delante del niño al que tú has traído al mundo.

Por eso no es de extrañar que, durante las tormentas que lo dejan encerrado en casa, ante la creciente preocupación por lo que hace y lo que piensa, sus fantasías zarpen hacia el azul plomizo del cielo del desierto, e

incluso hacia las gacelas que pastan alrededor de la tumba de Ben Gurión. Y se le encoge el corazón al recordar el vasto espacio del cráter de Mitzpe Ramon que se ve desde el comedor del Bereshit, y despliega con pena un sencillo mapa de carreteras que va recorriendo hasta llegar a una colina que no está señalada en el mapa, desde donde va a partir la nueva carretera. Y, mientras el zumbido de los gigantescos camiones cisterna que recorren el cráter rojizo retumba en su mente, él traza con un lápiz fino la ruta aproximada de la futura carretera, pese a que aún no tiene ni idea de a qué está destinada y, sobre todo, de dónde va a acabar. No puede ser que Maymoni le siga ocultando el lugar donde acabará la carretera, aunque aún no le diga qué finalidad tiene.

Protestando por la incertidumbre que lo corroe, se prepara un grueso bocadillo de queso con pepino encurtido, se lo lleva al dormitorio, corre la cortina, se mete en la cama, se acurruca debajo de la manta y allí, a oscuras, se lo come despacio para que le aguante hasta que vuelva su mujer. A veces, en un duermevela, titila entre la almohada y la manta la imagen de una mujer para la que no había en Israel un corazón nuevo, y su marido, que aún llora su pérdida, surge de entre las ruinas de un antiguo pueblo nabateo.

Pero ¿dónde está Maymoni? Desde que Luria lo dejó hurgando en los papeles de su padre, no ha dado señales de vida. ¿Son solo los asuntos de la herencia los que lo han hecho olvidar la carretera? ¿O es que el joven ingeniero ya ha empezado a sentir el peso de la responsabilidad de vigilar a un jubilado que puede volver a ser un niño, y encima en el desierto?

También Dina ha empezado a sentirse angustiada ante la idea de otro viaje al desierto y, con firmeza, le ruega a su marido que se contenga.

—Toma distancias y mantén la dignidad —lo advierte—. Si ese joven realmente te necesita, te llamará. No vayas corriendo tras él. Tú ya has hecho lo que debías al explicarle dónde conviene hacer la bifurcación de la nueva carretera desde la autopista 40. Y esa debe ser tu principal contribución. El final de la carretera ya solo le concierne al ejército que la ha encargado.

—¿Y el túnel?

—El túnel es una fantasía de Maymoni, y nadie lo va a aprobar. Eso ya lo sabes tú. ¿No te parece ridículo creer que tú, en tu estado, podrás convencer a otros de que autoricen esa fantasía, que además costaría muchísimo dinero?

—¿Cuál es mi estado?

—No, nada.

—Si yo hablase con tanta seguridad de tus asuntos médicos, no te gustaría.

—¿Quién te ha dicho eso? Al contrario.

—Yo no hablaré de tus asuntos médicos, pero hablaré de ti. Estás pálida, se te ve completamente agotada. En vez de hurgar en mi cerebro y preocuparte por lo que me pase a mí, intenta bajar tú un poco el ritmo. No conviene que a tu edad, a punto de terminar tu vida laboral, cojas una bacteria agresiva de uno de tus niños enfermos. Porque, en mi situación, ¿cómo podría cuidarte?

—Podrías cuidarme en cualquier situación, confío en ti.

—Estupendo. Entonces confía también en mí si me voy al desierto.

—Vete, pero con la condición de que una persona de verdad esté contigo. Así que deja que él marque el ritmo y no lo presiones. Y, lo más importante, mantén la dignidad, porque tu dignidad es también la mía.

—Estupendo.

—¿Me lo prometes?

—Ya he dicho que sí. No me martirices.

Por un momento, Luria quiere añadir unas palabras sobre las personas que se encuentran en la colina, pero teme que con eso solo conseguirá acrecentar la angustia de su mujer. Tal vez pensaría que la falta de identidad de esa gente podría hacer que disminuyera la identidad de su marido. Y además, ¿qué podría contar sobre ellos si él mismo aún está tanteando en la oscuridad?

No solo por mantener la dignidad de los dos, algo que tanto preocupa a su mujer, sino también porque está empezando a tener miedo de sí mismo, Luria consigue refrenarse y no llamar a Maymoni, aunque de vez en cuando tenga la tentación de hacerlo. De modo que, cuando amaina la lluvia, Luria decide forjar su independencia y salir a dar un paseo por el Parque Nacional de Ramat Gan o por el Parque Hayarkon de Tel Aviv. A veces también camina por la playa, entre el puerto de Tel Aviv y el puerto de Jaffa. Así les demuestra a su mujer y a sus hijos que no se va a perder porque esté solo. Se preocupa de cargar el móvil y llevarlo consigo, pero como mientras pasea escucha conciertos por la radio, las llamadas de su mujer y de su hijo a veces se pierden en la tormenta de trompetas y tambores, y eso provoca alarmismo.

—¿A qué viene tanto alarmismo? —se defiende él—. Siempre paseo entre un público israelí sensato, que habla hebreo, por una zona segura y conocida, así que, si por casualidad no contesto, no hay por qué imaginar que me he raptado a mí mismo. Es mejor que me mandéis mensajes de texto, ya veréis cómo respondo a todos.

Por eso, cuando una mañana llega un mensaje de texto que dice «Querido ayudante sin sueldo, ¿dónde te has metido?», se lo enseña a su mujer antes de contestar y le dice:

—Mira, Dina, tu dignidad está a salvo, pero ¿qué hago si, pese a tu opinión profesional, la idea del túnel sigue en pie?

Ha pasado un mes desde el último encuentro entre ambos ingenieros y, aunque el joven no está obligado a informar sobre sus actos, se explaya por teléfono contando lo que ha estado haciendo y justifica su silencio. Resulta que se ha vuelto loco rebuscando entre los papeles y los documentos, no solo por la historia de las expropiaciones de Netivei Israel, sino también para encontrar el acuerdo de divorcio entre su padre y su madre, para poder demostrar sin ninguna duda que la casa de su padre es por entero propiedad suya y evitar que su madre intente sacar tajada de la herencia.

—¿Llegó a aparecer durante la semana de duelo?

—Sí, incluso varias veces, para encontrarse con viejos conocidos y hacer nuevos contactos.

—Nunca te he preguntado si tienes hermanos o hermanas.

—Porque, por principios, tú no husmeas en los temas personales de aquellos que tienes a tu cargo, o que son tus superiores.

—Pero ¿qué pasa con los superiores que no pagan un sueldo?

—Entonces puedes exigir una respuesta. Así que, Zvi, no tengo hermanos ni hermanas y, por tanto, la casa de mi padre ha pasado a ser enteramente mía.

—¿Ha pasado ya?

—Oficial y legalmente, y en todos los sentidos. He sacado casi todos los trastos, he tirado muebles, le he dado a mi madre un sillón que según ella se le olvidó llevarse, y además varias lámparas y tres manteles, y con eso se acabó su parte.

—¿Qué vas a hacer? ¿Venderla? ¿Alquilarla?

—De momento, no. Se quedará como una especie de segunda vivienda hasta que tenga más claro a qué y a quién destinarla. Pero ¿te das cuentas de

con qué rapidez y eficacia he hecho el traspaso? Por eso no has sabido nada de mí en todo el mes.

—Y yo que pensaba que te habías olvidado de mí, o mejor dicho, del túnel.

—¿Por qué iba a olvidarme de ti?

—Porque te has convencido de que la demencia es real.

—Es cierto, es real, y por eso encaja con alguien que crea que el túnel es imprescindible.

—Pero ¿cómo voy a diseñar un túnel sabiendo tan poco sobre la carretera a la que va a prestar servicio?

—¿Cómo que poco? Hemos acordado el punto de partida.

—Pero no dónde termina.

—Tú no te tienes que ocupar de eso, es asunto de las autoridades militares. Nosotros no tenemos nada que decir ahí.

—Aun así, es extraño diseñar una carretera sin saber dónde termina.

—Terminará en el extremo occidental del cráter.

—Entonces quiero ir allí.

—No es un viaje sencillo.

—A lo largo de mi vida he hecho viajes más complicados. Todo depende del vehículo que te lleve, cualquiera menos el americano, que se desmayará en el primer kilómetro.

—Ya no está, Luria, se despidió de mí tras la muerte de mi padre. En el taller gubernamental se pusieron hechos una furia cuando lo llevé a la revisión: el radiador estaba rajado y oxidado, y el seguro había caducado hacía un año; hemos estado viajando en la más absoluta ilegalidad. Lo requisaron de inmediato y lo enviaron a la franja de Gaza.

—¿A la franja de Gaza?

—Sí, no te lo vas a creer. Precisamente allí, en medio del caos, hay un taller de restauración de viejos coches americanos, que luego son distribuidos por el mundo árabe. Así que si sigues pensando en llegar hasta el extremo del cráter, ya no podrás ir cómodamente en un asiento trasero blando y amplio, tendrás que soportar la tortura de un todoterreno rígido.

Viaje al final de la carretera

Pero se trata solo de un nuevo modelo del mismo vehículo todoterreno con tracción en las cuatro ruedas con el que Luria recorría los tortuosos caminos de Galilea aún antes de que el Departamento de obras públicas se convirtiese en Netivei Israel. «No estoy tan agotado como para ir buscando comodidades», afirma el jubilado, dando una patada a las grandes ruedas como para comprobar su resistencia. Es posible que los baches y el traqueteo ayuden a que se forme en su cerebro una materia nueva en el lugar de esa que está desapareciendo, y ya le han entrado ganas de coger el volante, pero teme poner al joven en el brete de tener que negarse.

Por la mañana, Luria ha intentado obligar a su mujer a quedarse en la cama. «Créeme, nadie te conoce mejor que yo, así que entérate bien, no estás a punto de ponerte enferma, sino que ya has caído de lleno, y no tienes autoridad moral para no exigirte a ti misma lo que les exiges a tus pacientes». Pero la doctora no puede dejar de ir a trabajar, se han manifestado los primeros síntomas de una pequeña epidemia en el país, y ya han caído dos enfermeras y un médico de su equipo. No obstante promete acortar la jornada, regresar pronto a casa y meterse en la cama, y si también Luria intenta no alargar su viaje, podrá dedicar unas dulces horas a cuidarla.

Otra vez la aburrida autopista 6 y, hasta la entrada de Beer Sheva, la lluvia es engañosa, aparece y desaparece. De vez en cuando se extiende en el horizonte una fina cortina de lluvia tras la cual tiembla un sol gris, pero, cuando llegan allí, el sol ya se ha liberado de su captora y el cielo se ha despejado. Sin embargo, la lluvia continúa tamborileando sobre el coche, como si en el sur no necesitase nubes para hacer acto de presencia.

Hasta ahora el joven ingeniero no ha estudiado la carretera en el mundo real, solo la ha estado moviendo de un lado a otro en la pantalla de su ordenador. El viaje en la práctica por el camino del cráter se va a realizar con mucha lentitud, con un constante conflicto entre el terreno y el mapa, así que no hay tiempo ni para un expreso rápido en Beer Sheva, y la capital del Néguev, pálida y borrosa, queda atrás. Al entrar en el desierto los recibe un fuerte viento cargado de gotas de lluvia sueltas, pero inmensas.

–Dicen que los religiosos inventaron la semana de duelo para atenuar el dolor por la pérdida –refunfuña Maymoni–, pero a mí no me ha hecho olvidar la pena, tan solo me ha dejado aturdido.

–Entonces –dice Luria–, desde ahora habrá entre nosotros un auténtico compañerismo.

Maymoni no buscaba esa clase de compañerismo durante la semana de duelo. Después de que Shibolet le quitara a la joven que iba a ayudarlo, como su mujer apenas puso un pie en la casa de su padre, se quedó él solo. Y puesto que no se le había ocurrido concretar de antemano unas horas de visita, desde primera hora de la mañana hasta última hora de la tarde empezaron a llegar todo tipo de dolientes: conocidos y desconocidos, esperados e inesperados, cercanos y lejanos, verdaderos y supuestos, y no pocos oportunistas, como algunos vecinos del barrio, que decidieron cruzar el umbral de la puerta, que permanecía abierta, para husmear por la casa. Y como no hay problemas de aparcamiento en el barrio y en los alrededores también hay un parque que tiene un pequeño lago con patos, algunas visitas llegaron con sus hijos para dar el pésame y, de paso, hacer una pequeña excursión familiar. Y también su madre, que no parecía necesitar ningún consuelo, apareció por allí varias veces y se sentó largo rato a su lado, seguramente para refrescar sus relaciones con algunos amigos de la infancia, entre ellos algunos que ni siquiera sabían que se había separado hace tiempo de su marido. Y lo que más le sorprendió fue la visita de varias mujeres desconocidas y solas, mayores e incluso muy ancianas, que llegaban a horas intempestivas, muy pronto por la mañana o a última hora de la tarde, como si quisiesen estar a solas con el huérfano para contarle cosas que él no podía ni imaginar sobre su padre.

Poco a poco se fue cansando de hablar de la vida de su padre y de dar detalles sobre su enfermedad, así que agradeció que la vecina de al lado, la misma que había descubierto lo de la muerte de su padre, ocupase su lugar. Cuando ella oía a través de la pared que había mucho barullo de visitas, salía a su jardín, cruzaba la valla separadora por un sitio donde estaba rota, entraba en la casa por la terraza y, como si fuese su pariente o su representante, empezaba a hablar de la vida de su viejo vecino, a describir el proceso de su enfermedad y a contar cómo había descubierto ella sola lo de su muerte. A veces aderezaba sus palabras con extraños y curiosos episodios que Maymoni, aunque dudaba de su veracidad, no intentaba

desmentir. En esos momentos lo que hacía era echarse un rato en la cama del difunto, y dejar a la verdad a su suerte.

—¿Y la encantadora jovencita de la colina, la tal Hanadi, ya no volvió para ayudarte?

—¿Quién?

—La fotógrafa, la estudiante, la que estaba en la cocina dando de cenar a tus mellizos cuando fuimos a verte el primer día.

—Pero ¿cómo la has llamado?

—Hanadi. Hanadi.

—Maldita sea, Zvi Luria, ¿de dónde te has sacado ese nombre?

—Ella misma me lo dijo.

—¿Ella? ¿Cuándo?

—En la gasolinera, cuando la mandaste a que me trajera un café. Me pareció agitada, así que le dije que se sentara a mi lado, y para calmarla le pregunté cosas sobre ella. Por ejemplo, cuál era su verdadero nombre antes de convertirse en Ayalá, y me dijo que Hanadi y también lo que significa.

—¿Y qué es?

—Una flor violeta.

—¿Una flor violeta?

—Eso dijo. Estoy seguro.

—No es posible, la demencia te está jugando una mala pasada.

—¿Por qué? —se ofende Luria—. ¿Quieres decir que es otro tipo de flor?

—No es una flor ni un color y, además, Luria, ¿cómo te acuerdas de repente de un nombre así, después de afirmar que los nombres propios son los primeros que se te borran de la cabeza?

—Los nombres en hebreo son los primeros que desaparecen, sobre todo si son nombres normales y corrientes. Pero los nombres raros, como el tuyo, Asahel, o los nombres en árabe, se me quedan bien, se me graban.

—Me dejas pasmado.

—También yo me quedo pasmado. De todas formas, Maymoni, si has querido contar conmigo para que convenza a tus superiores de que hay que horadar la colina y hacer un túnel, no puedes seguir ocultándome por qué estáis luchando Shibolet o tú, y explícame, por favor, por qué me dijo una flor violeta en vez de, en vez de...

—Una espada.

—¿Una espada? ¿Simplemente una espada?

–Una espada sofisticada.

–¿Y cómo se ha convertido la espada en una flor violeta?

–Al parecer la demencia intenta no asustarte demasiado.

OceanofPDF.com

Todavía en el viaje al final de la carretera

Luria está herido. Hasta este momento la demencia ha estado flotando entre ellos como una suave y agradable bola de pelusa, y resulta que ahora le ha salido un clavo dañino. Guarda silencio, mueve el asiento para estirar las piernas, echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Por qué se ha metido en este lío, maldita sea. Siente una creciente angustia: ninguna carretera del mundo va a frenar la nueva degeneración que ha visto el neurólogo, y en vez de obligar a su mujer a que se meta en la cama para cuidarse, se está alejando de ella. «Oye –le exige al conductor–, comprueba si en este vehículo gubernamental hay algo de música clásica, y si es así, pónmela, pero bajito, que quiero dormirme un poco con ella». Pero Maymoni no logra sacar nada de música clásica del todoterreno, solo el suave lamento de una cantante que no se sabe si aún es israelí, o ya es egipcia o jordana. Pero ese tenue lamento encaja bien con el cansancio y la angustia de Luria. «No pasa nada, déjala –le ordena al conductor–, pero más bajita». Y con una pericia ancestral, el veterano ingeniero consigue manejar la palanca del asiento para inclinarlo más, hasta que casi parece una cama de la clase business de un avión, y entre sus párpados empiezan a flotar uno tras otro el Campamento Ariel Sharon, el kibutz Mashabei Sadeh, el desvío de Tlalim y el desvío de Halukim. Ni siquiera la invitación a acercarse a la tumba del fundador del país consigue que los abra. Solo cuando el vehículo se detiene junto a la construcción de piedra del hotel Bereshit, sacude la cabeza, sube el respaldo y mira con cariño a Maymoni, que dice:

–Pararemos aquí un rato. Si necesitas ir al servicio, es tu oportunidad, aunque el cráter recibirá de buen grado todo lo que le llueva encima.

Es muy pronto para colarse en el comedor, así que Maymoni ha pedido de antemano en el hotel que preparen dos almuerzos para llevar que se comerán en el cráter. Para determinar el camino exacto, les aguarda un sendero virgen que los obligará a parar de vez en cuando y los retrasará. Y si el reconocimiento del terreno no concluye esta tarde, podrán continuar

mañana, porque Maymoni ya se ha ocupado de asegurarse una habitación en el Bereshit.

—¿Una habitación? No, querido amigo, mi mujer está enferma, yo debo regresar antes del anochecer.

—Pero ¿por qué no me has avisado antes? Todo este reconocimiento del terreno hasta el final de la carretera ha sido petición tuya, y ahora lamento haber hecho que dejases sola a tu mujer.

—Aún no está sola, esta mañana ha ido a trabajar al hospital.

—Entonces no está realmente enferma.

—Sí que lo está. Llevo ya cuarenta y ocho años a su lado y, tal vez precisamente porque soy ingeniero y no médico, sé reconocer mejor que ella cualquier cambio en su estado, por pequeño que sea. Y esta mañana he visto claro que la enfermedad se irá agravando de cara a la noche. Así que no hables de ninguna habitación en el Bereshit, deshecha o no deshecha: nos daremos prisa y regresaremos al norte antes del anochecer.

Maymoni acelera el paso y trae de la cocina del Bereshit un bonito paquete con dos almuerzos, y comienza a deslizarse por las curvas de Maale Haatzmaut. Pasa sin aminorar junto a la colina cuyo destino oscila entre demolición y túnel, y en el punto de la autopista 40 que los dos ingenieros han acordado que no es apropiado para la bifurcación de la nueva carretera irrumpen en la desolación del cráter. Entre chirridos y traqueteos, dejan a un lado la colina dando un gran rodeo y, como medio kilómetro más adelante, empiezan a sentir, por el ruido y la estabilidad de las ruedas, la antiquísima franja nabatea que ayudará a la nueva carretera a avanzar hacia su meta, que hasta ahora solo estaba marcada con una pequeña cruz en la pantalla del ordenador. Entonces llega el momento de bajar del vehículo, extender el mapa en el capó caliente y localizar el lugar en el que están.

Silencio. El viento arrecia a su alrededor. Por detrás de ellos, a lo lejos, entre las dos jorobas de la colina que se ha vuelto diminuta, camina como flotando un enorme ciervo. Luria lo señala con emoción, pero el joven ingeniero mueve la cabeza como diciendo «son solo imaginaciones tuyas».

—Esos residentes sin identidad tuyos, ¿aún están allí?

Maymoni se encoge de hombros. El dolor del duelo los ha alejado de su pensamiento, pero cree que el joven, que adoptó la identidad de un soldado druso desaparecido, está empezando a asimilar el carácter israelí, y que también la joven, gracias a su belleza, a su intelecto y a la matrícula pagada

para un curso completo, logrará convencer a la secretaria de la universidad de que espere hasta que se solucione lo del carné de identidad que le falta.

—¿Mantienes el contacto con ella?

—Cuando ella llama.

—¿Y el viejo?

—¿El viejo? —se sorprende Maymoni—. ¿Por qué dices viejo? Tú, Zvi Luria, tienes bastantes más años que él.

—Bueno, ¿qué pasa con él?

—Él está en manos de Shibolet, o puede que Shibolet esté en las suyas. Basta, Zvi, ¿por qué quieres saberlo todo?

—Porque, ¿cómo voy a convencer a alguien de perforar un túnel en una colina desierta sin conocer la raíz de la historia del viejo que se esconde en ella?

—Otra vez, «viejo».

—Pues viejo no, una persona como yo. Pero dame algo tangible a lo que agarrarme. Dame la historia desde el principio, y no la lances con alusiones ambiguas. Mi cerebro se va encogiendo y muy pronto, por mucho que quieras, no podré comprenderla.

El joven ingeniero mira con buenos ojos al jubilado.

—Tienes razón. Ha llegado el momento de intentar contarte la historia. Dentro de un rato, cuando calentemos la comida que nos han preparado en el Bereshit, la aderezaremos un poco con esa extraña historia. Entre tanto, Zvi, si no has olvidado cómo se conduce este vehículo, ponte al volante y avanza lentamente, yo iré a tu lado a pie para sentir el carácter del terreno, y de vez en cuando también intentaremos explosionar alguna piedra para conocer su calidad y su resistencia. Pues, adelante.

Luria se sienta encantado en el asiento del conductor, pero el motor se ahoga y se para y, cuando logra estabilizarlo, el vehículo se mueve a trompicones y no está nada claro si la doble tracción funciona o no. Pero Maymoni se comporta gentilmente con él, no hace comentarios ni da consejos, solo continúa caminando y le permite al jubilado rememorar sus días de gloria. Y así van avanzando el uno junto al otro unos dos o tres kilómetros, y de vez en cuando el joven entrega al veterano alguna piedra desprendida del suelo para que le diga qué opina de ella, y Luria, que está encantado por lo bien que controla un vehículo tan alto y pesado, cuando

alguna vez deja atrás a Maymoni, se detiene, apaga el motor y se queda sumido en el silencio.

Así continúan, avanzando lentamente, debatiendo y haciendo marcas en el mapa. De cuando en cuando Maymoni se sienta para descansar junto al conductor y supervisa el posible trazado desde la ventanilla bajada. Sorprendentemente, se topan también con los restos de un terreno asfaltado que Luria supone que es un intento del Mandato británico, durante la Segunda Guerra Mundial, de hacer en el cráter de Mitzpe Ramon una pista de aterrizaje para aviones ligeros.

También tienen que marcar en el mapa algún drenaje subterráneo allí donde el terreno se ha hundido, o incluso resquebrajado, debido a las pequeñas canteras de arcilla que había en el cráter hace años, hasta que fue declarado oficialmente reserva natural. Lo que parecía plano desde el comedor del hotel Bereshit, se muestra durante el viaje con tantos pliegues retorcidos y extrañas protuberancias que, muchas veces, el vehículo se salva de volcar solo gracias a la tenaz adherencia de las ruedas.

En el norte llueve, mientras que aquí el aire es fresco y las nubes ligeras, y de vez en cuando salen de entre las rocas unos animales rubicundos y peludos a los que Maymoni se empeña en llamar zorros comunes.

Tras unas cinco horas de viaje lento y agotador, mientras se acercan a la pared occidental del cráter, que es más baja que la oriental, Maymoni anuncia el final de la carretera.

—Entonces, ¿qué se construirá aquí al final? —exige saber el jubilado—. ¿Una base militar o solo una instalación?

—En mi opinión, una instalación de escucha —sonríe el ingeniero a través de la barba que le creció durante la semana de duelo—. Una instalación de última generación que no se verá, sino que estará oculta bajo tierra. La próxima guerra —añade—, será sobre todo de escuchas al enemigo, para saber que lo único que hace él es escuchar también. Pero todo eso, Zvi, ya no es asunto nuestro. Nosotros trazamos la ruta, y la responsabilidad de darle un sentido recae sobre otros. A nosotros solo nos queda calentar la comida.

Levanta el asiento trasero y saca un pequeño microondas, lo conecta a la batería del vehículo, retira los envoltorios y mete la comida para calentarla. Luego extiende dos manteles de papel sobre una gran roca, coloca los platos y los cubiertos y trae un sacacorchos y una botella de vino tinto.

—Mira, Zvi, para que luego no te quejes de que este país te tiene

abandonado.

Por detrás de una roca sale una joven zorra, que ya tiene una larga cola, y con ojos inteligentes observa recelosa a los dos ingenieros que han aparecido de repente en sus tierras. Luria empieza a hablarle para animarla a que se acerque y, cuando se da cuenta de que hablar no sirve para mitigar su recelo, le arroja unos pedazos de pan.

—Que sepas —lo advierte Maymoni—, que la Autoridad de la Naturaleza prohíbe dar de comer a los animales del cráter.

—¿Por qué? —se rebela Luria—. Mira con qué ganas devora esta joven todo lo que le lanzo.

—¿Qué sabes tú de ella? —dice Maymoni—. A lo mejor luego le duele la tripa por culpa de tu pan.

—El pan no le hace daño a ningún ser vivo —sentencia Luria.

—Allá tú —desiste Maymoni—, porque yo, salvo de la carretera militar, no me hago responsable de nada.

OceanofPDF.com

La enfermedad palestina

—¿Has oído hablar alguna vez de una organización israelí llamada con el prometedor nombre de La Vía de la Curación? —pregunta Maymoni mientras sirve café del termo—. Seguro que no —responde al instante él mismo—. En este país normalmente solo se oye hablar de actos despreciables y crueles que se cometen con los palestinos, y no de actos que salvan vidas y se hacen de corazón. Estoy seguro de que no sabes nada sobre unos voluntarios israelíes que van a los controles fronterizos para trasladar a palestinos enfermos, sobre todo niños, a clínicas y hospitales de Israel. Enfermos graves, enfermos de cáncer, enfermos de riñón que necesitan diálisis, y también con otras enfermedades graves que precisan un tratamiento realizado por especialistas. Al amanecer, salen decenas de coches a recoger a los palestinos enfermos y, al atardecer, llegan otros voluntarios israelíes para llevar a los pacientes de vuelta a los controles fronterizos. Es un sistema complejo que funciona desde hace ya varios años y que necesita coordinación entre los voluntarios israelíes y los palestinos, y también con el personal médico. En resumen, una obra de caridad.

—De verdad que no lo sabía —murmura Luria—, o tal vez no me acordaba, hay muchas cosas que se hacen en secreto en este país.

—Eso es, en secreto, esa es la palabra apropiada. Porque la enfermedad palestina no solo afecta a los israelíes de buen corazón, que quieren compensar con algo las injusticias cometidas por los colonos y los soldados. La enfermedad palestina interesa también a los servicios de seguridad, porque cuando conoces las enfermedades y las penalidades de un palestino, más fácil es obtener de él y de sus familiares información e historias útiles.

—Qué le vamos a hacer —dice Luria—, es lógico, pero también existe el secreto profesional de los médicos.

—¿El secreto profesional? Qué ingenuo eres. No es necesario mandar espías a rebuscar en las historias médicas, los propios palestinos hablan de sus enfermedades, y siempre hay gente de seguridad que sabe cómo hacerles hablar. Y ese hombre, al que tú llamas «el viejo», aunque por lo que yo sé es más de quince años más joven que tú...

–Nahman –murmura Luria.

–No, Nahman no. Yeruham, el que también se puso de repente un apellido.

–Yasur –recuerda Luria.

–Exacto, ese hombre que tiene un nombre real, anterior, que solo conoce Shibolet, vivía hace años en la gobernación de Yenín, en un pueblo que ni siquiera Ayalá, o Hanadi, o como quieras llamarla, te dirá cómo se llama. Ese hombre, maestro en un colegio público, maestro de árabe para niños, y también maestro de hebreo para adultos, en la medida de sus posibilidades, sobre todo para aquellos que trabajan en Israel, es el marido de la mujer que falleció, esa de la que te enseñó una fotografía.

–Una mujer hermosa, es decir, por la fotografía.

–Es cierto, al parecer era una mujer muy especial, a la que su marido quería mucho, una enferma del corazón que llevaba ya varios años recibiendo tratamiento en uno de los grandes hospitales de Israel, e imagínate, Shibolet no está dispuesto a desvelar tampoco el nombre de ese hospital. Y esa mujer era conducida una y otra vez al Instituto del Corazón, y en la Administración Civil o en el Gobierno, como tú quieras, seguían su evolución, y entre ellos estaba también el teniente general Shibolet, durante sus últimos años de servicio, después de que el ejército lo alejara del servicio activo en combate.

–No solo a él –dice Luria, que por alguna razón defiende a Shibolet–, la mayoría de nuestros soldados se hacen policías.

–También policías secretos –dice Maymoni, sin perder el hilo de la historia–, porque, entre tanto, a pesar de los tratamientos, el estado del corazón va agravándose tanto que resulta que la única solución para un corazón roto como ese es un trasplante, una intervención complicada y difícil. Escasean mucho los corazones para trasplantes, y naturalmente están destinados a los ciudadanos israelíes. Y además, ¿cómo podría una palestina de la gobernación de Yenín recibir un corazón israelí si no tiene ningún seguro médico ni fuentes de ingresos para sufragar el alto coste del trasplante?

Al oírlo hablar, a Luria le embarga un repentino temor por su mujer y pide hacer una breve pausa para comprobar si ha cumplido la promesa de acortar su jornada laboral. Y resulta que incluso en un lugar desértico, en un extremo de un cráter tan grande cercano a la frontera con Egipto, hay

cobertura, y Dina responde a su marido, aunque su voz es débil y turbia, quién sabe si por la distancia o por la grave enfermedad. Sí, ya regresa a casa, las enfermeras la obligan a que lo haga.

–Menos mal que, además de mí –dice Luria–, hay otras personas que te quieren.

–Es cierto –afirma en tono reflexivo–. ¿Y tú? ¿Cuándo vuelves?

Luria no quiere decir dónde se encuentra, pero sin duda ella percibe la desolación que lo rodea, así que pregunta por el túnel, ¿qué se ha decidido?, ¿sí o no?

–Aún lo estamos pensando –responde su marido–, aún lo estamos analizando.

–¿Qué más hay que analizar? –lo reprende ella con voz ronca–, aprobadlo y empezad a perforar, es tu última oportunidad, Zvi. –Y cuelga.

Para no escuchar la conversación privada de una pareja de enamorados, Maymoni se aleja para orinar y también para leer un mensaje que le ha llegado al móvil. Pero, cuando vuelve, continúa justo en el punto donde lo ha dejado.

–Así pues, hay que conseguir dinero para costear un corazón israelí nuevo para la mujer de un maestro de pueblo palestino, y aquí entra en escena nuestro oficial de la Administración Civil, mi antiguo jefe de batallón, tal vez por iniciativa propia, tal vez siguiendo una política que aprovecha una desgracia personal en bien del interés nacional, o tal vez también, y de eso intento convencerme a mí mismo últimamente, por compasión hacia una mujer tan hermosa y delicada; por empatía, debido a su propio sufrimiento.

–¿Su propio sufrimiento?

–Por la enfermedad de su mujer. Pero, poco a poco, Luria, de momento es solo una suposición descabellada que cada día cobra más fuerza.

–¿Y cuál es?

–Paciencia. Primero recojamos todo lo de la comida para no dejar basura, y a Shibolet intentaremos entenderlo en el viaje de vuelta.

Hace un pequeño montón con los platos y vasos de usar y tirar y con los envoltorios, saca del vehículo una pala plegable, hace un pequeño hoyo, entierra el montón y declara con solemnidad:

–Aquí está la primera instalación secreta.

En el coche, tras silenciar el lamento al que entre tanto se han unido un

tambor y una flauta, prosigue con la historia, rizando el rizo.

—Para lograr financiación, Shibolet le propone al maestro que consiga las escrituras de una parcela situada en un extremo del pueblo, una parcela donde hay una tumba antigua que los judíos querrían apropiarse. Y solo con el amor y la devoción de un marido por su esposa, hasta un sencillo maestro de pueblo logra hacerse con unos viejos títulos de propiedad, otomanos, y recibir a cambio, por mediación de Shibolet, una cantidad considerable, toda en efectivo, para poder sustituir un corazón que se iba debilitando por un corazón nuevo. Pero mientras tanto, el corazón de la mujer no resiste y, cuando el marido ha enterrado ya a su esposa, resulta que los documentos son bastante dudosos y que la parcela, que aparentemente se ha vendido, no es privada, sino tierra sagrada musulmana, y que el imán enterrado en ella es un musulmán intachable que se revolvería en su tumba si intentasen convertirlo a otra religión después de muerto. Y aunque la transacción se ha anulado, la gente del pueblo está furiosa por lo que ha hecho su maestro a sus espaldas, y han empezado a proferir amenazas de muerte contra él. De modo que no le queda más remedio que huir con su hijo y su hija a Israel. Y con la desesperación y la soledad que pesan sobre él, se niega a devolver el dinero que ha recibido.

—¿Y Shibolet?

—Eso es lo fundamental. Shibolet no lo ha abandonado. Se ha licenciado del ejército, pero no ha eludido su responsabilidad. El dinero que no se ha devuelto ha quedado en sus manos, porque ningún banco le abriría una cuenta corriente a alguien que oculta su identidad, y movido por un sentimiento de culpa por el embrollo que ha armado, y también porque el asma de su mujer lo obligaba a permanecer con ella de vez en cuando en un pequeño apartamento alquilado en Mitzpe Ramon, ya que el aire seco y puro del desierto es beneficioso para ella, les ha encontrado al padre y a los dos hijos una especie de refugio temporal en unas ruinas nabateas olvidadas sobre esa colina que en vez de demoler se va a horadar gracias a que tú vas a ayudarme a convencer a Netivei Israel para construir un túnel.

—Entonces —afirma Luria—, el hombre que te aterraba cuando eras cadete ha resultado ser, al final, una persona con conciencia que se hace responsable de sus actos, aunque con ello se complique la vida.

—Tienes razón, no solo se complica la vida, sino que incluso se inculpa a

sí mismo. Pero últimamente he empezado a rumiar otra explicación para sus actos, una explicación descabellada que no me deja dormir.

—¿Y es?

—Paciencia.

OceanofPDF.com

Segunda esposa

Al regresar por el camino que está marcado en el mapa como la ruta más aconsejable para la carretera militar, tienen la posibilidad y también el tiempo de alzar la vista hacia el paisaje del cráter, que se está preparando para el atardecer. Son casi las cinco, Dina seguramente está ya en la cama, ahora puede quedarse tranquilo, piensa Luria mientras observa atónito los trazos rojizos del sol proyectados en las lejanas paredes del cráter. Maymoni aún está callado. «La explicación descabellada que no lo deja dormir» aún bulle en su cabeza antes de atreverse a verbalizarla ante un extraño, aunque sea alguien con demencia. Y, entre tanto, el espacio se va enfriando y Luria vuelve a entretenerse contemplando el cráter, como si este quisiera ser impulsado hacia arriba y mezclarse con las nubes que flotan encima. Vuelve a temer por la salud de Dina, como si su mujer se agitase en su interior. Las lágrimas le enturbian los ojos y se las seca con la mano. Entonces el joven ingeniero saca de la guantera unos suaves pañuelos de papel, y repite:

–Zvi Luria, luego no digas que este país no se preocupa por ti.

A lo lejos se marca el contorno de la colina que habrá que demoler si no se perfora un túnel. Maymoni conduce con prudencia y, mientras tanto, ensalza el cráter de Mitzpe Ramon, que no solo es el mayor cráter del mundo, sino también de los únicos que no se crearon por el impacto de un meteorito, sino por un proceso de erosión. En origen aquí había una montaña que se convirtió en un cráter por ese proceso de erosión. Y la palabra *makhtesh*, «cráter» en hebreo, ha penetrado en todos los idiomas. Si le dices *makhtesh* a un geólogo japonés, sabrá de qué se trata.

–Sin embargo no corre agua por aquí –dice Luria, intentando rebajar el valor del cráter.

–Solo porque los numerosos ríos de los alrededores no logran penetrar en él, porque está situado en una cordillera, y las lluvias que a veces se acumulan en él son rápidamente drenadas por el propio cráter. Hasta lo que oriné mientras estabas hablando con tu mujer ya va de camino al mar Muerto y, por eso, la pobre acacia que está delante de ti tiene que enviar sus

raíces a una profundidad de ciento cincuenta metros para chupar una gota de humedad.

La luz se va deshaciendo y se empieza a acercar a ellos la colina sobre la que saltan las ondas electromagnéticas, de modo que Luria interrumpe el canto de alabanza geológico y exige llegar al final de la historia humana, es decir, a la idea descabellada que tal vez refuerce la necesidad del túnel. El ingeniero observa con cariño al viejo ayudante.

—Mira, Zvi, me vas a decir que me he contagiado de tu demencia.

—¿Y qué? —se ríe Luria—. Si la demencia es un sentimiento confuso, alégrate por el sentimiento que yo te doy como jubilado, a cambio del que tu padre ya no podrá darte.

—Tal vez tengas razón, porque en mis sospechas se entremezcla también un sentimiento personal. Cuando busco una explicación de por qué ese hombre, Shibolet, sigue dando cobijo a esa familia, tengo la impresión de que aquí hay otra razón, tal vez oculta. Por ejemplo, la intención de que la joven hija se convierta para él en una segunda esposa.

—¿Hanadi? —salta Luria.

—Ayalá —corrige Maymoni.

—Hanadi —insiste Luria.

—Vale, Hanadi, ¿pero no me dirás que no es una idea descabellada?

—Todo es descabellado.

—De todas formas, ¿de dónde habré sacado una idea tan extraña?

—De ti mismo —afirma Luria—, por un deseo de vengarte de tu jefe de batallón, o de identificarte con él.

Mete la mano en el bolsillo derecho de sus pantalones para sacar el móvil, pero el aparato no está. También el bolsillo izquierdo está vacío. Rebusca nervioso en los bolsillos de su anorak, pero el aparato tampoco está, se agacha para buscarlo entre las piernas, pero en vano.

—Un momento —grita aterrado—, para ahora mismo.

Ambos se bajan del vehículo y levantan los asientos para buscar entre las herramientas, entre las que hay una brújula, unos prismáticos y un compás de otra época. Maymoni marca también con su móvil el número del desaparecido para que descubra su escondite, pero el silencio del desierto es lo único que le responde.

—¿Y si el móvil ha salido volando durante los últimos traqueteos del vehículo?

Luria lanza esa hipótesis, y desesperado, bajo la luz del ocaso, empieza a volver sobre sus pasos, camina cien, doscientos metros, incluso trescientos hacia atrás, siguiendo las marcas de las ruedas.

—¿Por qué me ha abandonado? ¿Cómo es posible? —se lamenta el jubilado—. He hablado con Dina cuando estábamos comiendo. ¿No lo habrás tirado con la basura que has enterrado? —le pregunta de repente al joven ingeniero.

—¿Cómo iba a hacer tal cosa? —se sonríe Maymoni sorprendido—. ¿Es que crees que yo también estoy ya medio loco? A lo mejor ha sido al revés a lo mejor tú mismo, Zvi, se lo has dado a la pequeña zorra de la que intentaste hacerte amigo.

—No —grita Luria—, no te burles, todo mi cerebro está allí, todos los contactos.

—¿Y qué? Los recuperarás. Si, tal y como dijiste, tu hijo fabrica microprocesadores, sin duda sabrá cómo recuperar todos tus contactos.

—¿Y hasta entonces? ¡Hasta entonces, qué! ¿Cómo voy a llamar ahora a casa para saber cómo está mi mujer?

—Dame su número y yo os pondré en contacto.

—Pero mi mujer hace tiempo que está solo en favoritos. Su número se me ha borrado de la memoria.

—¿Y el de casa?

—También está en favoritos.

—Pero —dice Maymoni, perdiendo la paciencia—, aún debe de sobrevivir en algún lugar de tu cerebro. Haz un esfuerzo, hombre, no te rindas. Si no, pensaré que te dejas llevar por tu demencia a propósito.

—Es cierto, me dejó llevar un poco —reconoce Luria—, y a lo mejor también me agrada. Pero tienes razón, el teléfono de casa no se puede olvidar, lo que ocurre es que ella suele desconectar el fijo antes de dormirse y deja solo el móvil encendido. Y ahora que está enferma, con mayor motivo.

Cuando Luria se acuerda por fin del número, y Maymoni llama a su casa, solo el contestador automático invita al dueño de la casa a dejar un mensaje informando con tristeza de que el cráter se ha tragado su móvil, pero que no hay que preocuparse por él, porque ya está de vuelta.

—¿El cráter se lo ha tragado? —dice Maymoni, enfureciéndose—. ¿Por qué

la tomas con él? Hoy día todo el mundo olvida o pierde alguna vez el móvil.

Pero Luria insiste. Aunque volviese al lugar donde se ha perdido, no lo encontraría, porque el cráter ya se lo ha llevado. Desde ahora tiene que atarse el móvil con una correa, como un perro, para que no huya.

—Sí, átatelo, ¿por qué no? —se muestra de acuerdo Maymoni—. Pero ¿a qué viene tanta desesperación? Te lo aseguro, se puede recuperar todo.

—No se puede recuperar todo —interrumpe Luria con ira—, porque nadie sabe lo que realmente era ese todo. Así que, si Shibolet y también tú tramáis convertir a la joven palestina en vuestra segunda esposa, yo también me agenciaré desde ahora otro móvil, para tener dos.

Maymoni retrocede, se ruboriza y se echa a reír.

—¿Que también yo planeo tener una segunda esposa? ¿De dónde te has sacado esa idea?

Pero Luria no reacciona. Sombrío y ensimismado regresa a su asiento, se abrocha el cinturón de seguridad y murmura para sí:

Vamos, el sol se está poniendo y mi casa está lejos.

OceanofPDF.com

La habitación deshecha

Los personajes que flotaban en la historia de Maymoni ahora son de carne y hueso y están a los pies de la colina. A la luz de los faros del vehículo gubernamental, se ve al maestro de pueblo y, a su lado, al antiguo oficial de la Administración Civil, flaco y alto, y la hija, Ayalá, está a un lado, junto al *quad*, con la cabeza y los hombros cubiertos por un fino pañuelo tradicional, y ahora al jubilado le parece más alta y mayor de lo que recordaba.

—¿Nos están esperando a nosotros? —pregunta sorprendido—. ¿Es que les has informado de que veníamos?

Resulta que Maymoni, que detiene el coche a cierta distancia del grupo y apaga el motor y las luces, sabía de ese encuentro y ha acudido a él. Shibolet le ha pedido ayuda.

El maestro de pueblo, y no es la primera vez, se ha hartado de su escondite y quiere entregarse a las autoridades israelíes, con la esperanza de que la pena que se le imponga le devuelva su identidad perdida. El oficial que le ha dado cobijo se ha apresurado a detenerlo y le ha pedido ayuda también a la hija. Y en ese momento, mientras en el firmamento se congregan estrellas que le otorgan su brillo únicamente a ese cráter, el israelí vuelve a aclararle al palestino que, aunque la considerable suma que queda del dinero de la transacción que no llegó a materializarse sea devuelta en su totalidad a la asociación religiosa que quería convertir al judaísmo a un imán musulmán olvidado, no habrá ningún castigo que resulte aceptable ni para los israelíes, ni para los palestinos, y que le asegure al maestro que engañó a todos que con él podrá quedar rehabilitado. Y para reforzar su argumento, ha acudido también el ingeniero de Netivei Israel, que va a comprometerse a mantener intacta la colina.

Pero en el vehículo parado hay un segundo ingeniero, anciano, sin sueldo, que todavía se está lamentando por el móvil que en ese instante está parpadeando, abandonado en un páramo, indiferente a las llamadas de su mujer y de sus hijos. Quién sabe, puede que incluso la pequeña zorra que ha vuelto a por unas migajas olvidadas lo esté olisqueando ahora y, llevada por

la nostalgia hacia el anciano que fue bueno con ella, le clave unos dientes afilados. Luria está muy triste, y la preocupación lo aleja de cualquier otro pensamiento. Si los médicos y las enfermeras han obligado a la testaruda a volver a casa en mitad de la jornada laboral, quiere decir que la enfermedad se ha agravado, y ahora ella lo necesita solo a él, porque él es el único que sabe cómo cuidarla. Así que hay que darse prisa en dejar el desierto y regresar a casa, maldita sea, ¿por qué sigue Maymoni perdiendo el tiempo allí con la segunda esposa?

Para zanjar el asunto y acelerar la partida, se pasa al asiento del conductor y gira la llave con mano certera. El vehículo gubernamental responde al instante, pero como no tiene tiempo de localizar el mando de la luz, que en el nuevo modelo al parecer ha cambiado de sitio, quita el freno de mano y pone el vehículo en punto muerto para que se deslice por la pendiente hacia los personajes narrativos, a ver si así llegan antes al final de la historia. Pero la amarga historia no es consciente de la mole oscura que se desliza hacia ella hasta que casi la tiene encima.

—¿Te has vuelto loco? —grita Maymoni, mientras se agarra al vehículo que avanza lentamente y saca a Luria del asiento del conductor.

Y el jubilado, que ha sido arrancado a la fuerza, cae a los pies de los dos residentes sin identidad, el padre y la hija, que se apresuran a levantarlo y no se apartan de él hasta comprobar que no se ha lastimado.

—No es nada —dice Luria, sacudiéndose el polvo—, no ha pasado nada, solo quería meteros prisa, porque mi mujer está enferma y debo ir enseguida a casa. Adiós, Rahman Yasur, adiós, Hanadi.

—Yeruham —corrige el residente sin identidad en voz baja—. Pero ¿qué tiene su mujer?

—Solo es un virus —responde el marido—, puede que una bacteria, pero, aunque ella es médica, no sabe cuidar de sí misma. Por eso tengo que estar a su lado.

—Sí, siempre hay que estar al lado de una mujer enferma —confirma el viudo—, pero ¿qué va a pasar con mi túnel?

—Habrà túnel. No se preocupe.

—Habrà túnel, no se preocupe —dice Maymoni, confirmando la promesa de su ayudante—. Será fácil y sencillo perforarlo.

—Pero Shibolet dice —insiste el palestino— que aún no se lo han aprobado.

—Lo aprobarán, lo aprobarán. Para eso hemos traído aquí al señor Luria.

–¿Lo oyes? –dice Shibolet–. Escucha lo que dicen los ingenieros. Puedes volver a subir sin miedo. La colina aún es tuya.

–Pero si subo será con tu pequeño tractor, porque también he bajado mis cosas.

–Claro, lo cargaremos todo. ¿Y tú? –se dirige amablemente a la joven–. ¿Qué quieres? ¿Pasar la noche arriba con tu padre, o dormir con nosotros en el piso?

–Ya es suficiente, basta ya de molestarla –lo interrumpe Maymoni con ira–, basta ya de importunarla. ¿Por qué va a subir ahora a la colina, o a deambular hasta tu pequeño piso? Por favor, déjala tranquila, yo me ocuparé de llevarla de vuelta.

–¿Adónde? ¿A la universidad?

–Lo que ella diga, lo que ella quiera. Incluso a una habitación deshecha en el Bereshit, si es que conseguimos algo a estas horas.

OceanofPDF.com

El minibús

La hija se dirige hacia su padre e inclina la cabeza con dulzura. El padre le pone la mano en la cabeza y le acaricia el cabello, y ella besa la mano que la acaba de acariciar. Maymoni la aparta de su padre con delicadeza, y no la manda al asiento de atrás del vehículo gubernamental, sino al de delante, entre Luria y él. Su joven cuerpo irradia calor a los dos ingenieros. La oscuridad se va apoderando lentamente del cráter y a lo lejos, en Mitzpe Ramon, centellean algunas luces dispersas. Pero el hotel Bereshit, que está integrado entre las piedras en lo alto de la pared del cráter para que parezca su remate natural, todavía no deja ver sus luces. Solo cuando comienzan a subir por Maale Haatzmaut, y el hotel lanza un primer destello, la joven residente sin identidad se quita el pañuelo y se suelta el pelo. Entonces Luria piensa en el padre que acaba de acariciarla y le pregunta si no le resulta triste pasarse días y noches allí solo en la colina.

—No siempre está solo —explica la hija—. Tiene un buen amigo, un pariente, un palestino que es oficial de policía en Jordania, y mi padre habla mucho con él por el móvil. De vez en cuando se ven en el valle de Aravá, cada vez en un sitio distinto para que no los reconozcan.

Y Luria, a quien se le parte el alma al oír la palabra «móvil», advierte que hablar por el móvil no siempre es seguro para él.

—¿Por qué no va a ser seguro? —pregunta Ayalá sorprendida—. El aparato de mi padre es jordano y la línea también, y el pago se hace en Jordania. ¿Cómo van a escuchar en Israel sus conversaciones con Jordania?

—Solo te parece a ti que no pueden hacerlo —interviene Maymoni, mientras dirige el vehículo hacia el hotel iluminado—. El Estado de Israel escucha todo lo que quiere escuchar, lo que pasa es que tu padre no es lo bastante importante como para que alguien quiera escuchar sus conversaciones con su primo.

El vehículo se detiene muy cerca de la puerta giratoria de la entrada y, sin apagar el motor, Maymoni baja y hace que la joven pasajera lo siga. Entonces, agarrándola ligeramente por el hombro, la conduce hacia la entrada, pasan juntos en la misma hoja y, durante el giro, él le da

instrucciones y vuelve a salir, mientras ella atraviesa el vestíbulo iluminado a paso ligero.

Cuando vuelve, Maymoni parece nervioso y tenso. Sin decirle una palabra a Luria, da la vuelta al coche y, en vez de dirigirse hacia el norte, por la autopista 40, se encamina hacia Mitzpe Ramon. Cuando el sorprendido Luria protesta: «¿Adónde vas?, ya tendrías que estar en casa», él responde: «Enseguida lo verás», y recorre unas calles pequeñas hasta entrar en un aparcamiento municipal donde hay vehículos de diferentes tamaños, entre ellos un minibús con las luces interiores encendidas.

—Bueno, Zvi Luria, este agradable minibús te llevará de vuelta con tu mujer enferma mucho más rápido que yo, y yo le pagaré al conductor, no solo por el viaje, sino también para que se ocupe de llevarte hasta la misma puerta de tu casa, para que no te quejes de que este país te tiene abandonado.

—¿Cuándo me he quejado yo de este país? ¿A qué quejas te refieres todo el rato? —refunfuña Luria molesto, pero también sorprendido de que el joven ingeniero lo tenga todo tan bien calculado.

Entonces sube al minibús, pasa por delante de tres hombres que parecen disgustados y se sienta en el amplio asiento trasero, con la intención de convertirlo en una cama. Por la ventanilla ve a Maymoni hablando con el conductor, que se está fumando un cigarro, también lo ve sacar la cartera del bolsillo y pagarle. Cuando el conductor sube al vehículo, invita a Luria a sentarse a su lado, pero Luria se niega; está bien en el asiento de atrás. «¿Es que se esperan más viajeros?». «Ahora no, en Mitzpe Ramon, no, pero en Sde Boker subirán tres pasajeros más». Entonces no hay motivo para no quedarse en el asiento trasero y, si por casualidad el conductor tuviese una pequeña almohada, sería muy bien recibida. Efectivamente, hay una almohada apelmazada y sucia, pero almohada al fin y al cabo, y el conductor no puede quejarse del pasajero, que se quita los zapatos, se tumba en el asiento, apoya la cabeza en la almohada y, aun así, se sujeta con uno de los cinturones de seguridad.

Después de un día entero en un todoterreno gubernamental, duro, de ruedas altas, con doble tracción y amortiguadores militares, el viaje en minibús resulta mullido y suave, y el murmullo rítmico parece casi una triste melodía. Tumbado de espaldas, Luria no ve la carretera, solo el firmamento, que ha dejado en el cráter sus maravillosas estrellas y ahora se

conforma con una luna insulsa y curvada que va hacia el norte del país solo por obligación. A casa, deprisa, a casa, Luria está muy inquieto, tiene la esperanza de que Dina haya escuchado su mensaje en el contestador y no esté intentando llamarlo en vano. Han pasado solo doce horas desde que se separaron por la mañana y ya la añora, y desea guardar en la memoria todos los acontecimientos del día para contárselos y que comprenda que, con su entusiasmo infantil por los túneles perforados hace tantos años, ha sido ella quien lo ha emparejado con un joven y enérgico ingeniero cuyas intenciones van más allá del ámbito profesional.

Se despierta alarmado y se incorpora cuando alguien introduce ruidosamente en el maletero una silla de ruedas plegada y sube al minibús una filipina delgada, pero fuerte, que mete a un personaje bajito, con una melena blanca en torno a la calva. Es algo así como un hombre que parece una mujer que parece un hombre. Luria se pregunta si Ben Gurión ha resucitado y se dirige desde Sde Boker al centro del país para reestablecer el Estado. Pero, por sus torpes movimientos y la ayuda que necesita de otro filipino que lo sujeta por detrás, parece que el antiguo dirigente se encuentra en un estado de profunda enajenación, y la mirada apagada que dirige a su alrededor le señala a Luria el final del camino que él mismo acaba de empezar a recorrer.

No se puede esperar que haya un nuevo enfoque político en este minibús, así que es mejor volver a tumbarse en el asiento trasero e integrar en el sueño las nubes nocturnas. Pero aunque al poco tiempo el minibús deja a un lado Beer Sheva y empieza a circular por la autopista 6, y allí la silenciosa melodía del motor se vuelve aún más etérea, el sueño del jubilado se va desvaneciendo, y con los ojos abiertos y los sentidos alerta, observa a los tres pasajeros, que se apean en silencio uno a uno en las calles oscuras de la entrada de la ciudad, mientras el minibús se dirige con ímpetu hacia el corazón de la bulliciosa y resplandeciente ciudad, para llegar finalmente al paseo marítimo, donde los dos filipinos bajan con mucho cuidado al personaje que tienen a su cargo, lo sientan en la silla de ruedas y lo conducen hacia el viejo puerto de Jaffa.

Solo entonces, cuando el minibús se queda vacío, el conductor llama al último pasajero para que se acerque a él y le dé su dirección. Luria se sobresalta, la dirección está oculta por una pantalla negra.

—Deme un momento y me acordaré —dice—, pero entre tanto, por favor,

para no perder tiempo, no nos quedemos aquí parados, diríjase hacia la plaza Isaac Rabin, porque estoy seguro de que mi casa está cerca de allí. ¿Sabe cómo llegar hasta allí?

—Por supuesto —responde el conductor, mientras pone en la pantalla que tiene delante el mapa iluminado de Tel Aviv y señala la plaza.

—Si no consigo acordarme de la dirección —añade Luria—, déjeme en la plaza y, según vaya andando, sabré encontrar el camino. Mis pies saben ir hasta allí, pero decir ahora la dirección con palabras me resulta muy complicado.

Pero es que Maymoni ha pagado de antemano por un servicio puerta a puerta y, como el conductor parece estar acostumbrado a viajeros despistados y confusos, le dice a su último pasajero:

—No se preocupe, señor, tengo tiempo y también paciencia, concéntrese, no tema, juntos daremos con la dirección correcta, y así podré llevarle hasta la misma puerta de su casa. Solo con que me diga el nombre de alguna calle importante que recuerde por los alrededores, la convertiremos en el punto de partida.

—Ben Gurión —suelta Luria—, es decir, la antigua avenida Keren Kayemet. Pero estoy seguro de que mi casa no está allí.

—Pues a lo mejor vive donde otro líder —sugiere el conductor— y simplemente ha cambiado uno por otro. Mire, yo sigo adelante y usted observa bien este mapa de Tel Aviv. El pequeño escarabajo verde que se arrastra por el mapa somos nosotros, usted y yo. Bueno, piénselo bien, a lo mejor vive donde otro gran líder.

—¿Como quién?

—Jabotinsky, por ejemplo. No está lejos.

—No, Jabotinsky de ninguna manera —dice Luria, rechazando la sugerencia—. Conozco bien Jabotinsky, es una calle larga y ancha que atraviesa la plaza Hamediná, pero yo vivo en una calle corta y estrecha.

—Pues, si no es Jabotinsky, a lo mejor es otro líder, menos conocido, como Nordau, que también tiene bulevar, pero es estrecha a ambos lados. Mire, esta es. La que le estoy señalando.

—No, no —se enerva Luria—, Nordau, no. Se lo he dicho, yo vivo en una calle estrecha y tranquila. Allí hay vegetación y varios árboles, pero ningún bulevar.

—Pues, mire, aquí cerca tiene también a Nahum Sokolov, una calle

sencilla de una sola dirección.

—Gracias, no es Sokolov. ¿Por qué me insiste con calles de líderes sionistas?

—Muy sencillo —se ríe el conductor—, porque los he estudiado hace poco para el examen final de bachillerato.

—¿Examen de bachillerato? ¿A su edad? ¿Qué le ha entrado de repente? ¿Por qué ha esperado tanto?

—Porque me desmadré en el instituto y dejé los estudios, pero ya estoy harto de ser solo conductor.

—Pero no se pare ahora, siga avanzando por Ibn Gabirol, porque estoy seguro de que ese es el camino correcto. Pero, por favor, sin líderes sionistas, porque acabo de acordarme de que vivo en una calle que tiene el nombre de un gran rabino.

—¿Un rabino?

—Un rabino, sí, un gran rabino, ¿por qué no?

—¿Precisamente un rabino ha tenido que colarse en su dirección? Pues, aquí tiene, elija uno. Mire el mapa, creo que por los alrededores del centro médico Basel hay un montón de nombres que parecen de rabinos: Alkalai, Hashla Hakadosh, Emden, Eybeschuts, Ovadya mi-Barnetura. Todos esos son rabinos, ¿no?

—¡Emden, eso! —grita Luria con júbilo—. Rabi Yaakov Emden. Emden 5. Esa es la casa. Esa es la dirección.

—¿Quién es ese rabino? ¿Qué hizo para tener una calle con su nombre?

—No, por lo que más quiera, ahora no. Lléveme enseguida a casa. Mi mujer está enferma.

Una agresiva bacteria

La puerta de entrada está cerrada, pero no con llave, lo que significa que ella ha entrado en casa a toda prisa. Sus zapatos de tacón están tirados por el camino hacia el servicio, el único sitio donde hay luz, mientras que en el resto del piso reina la oscuridad. La mujer a la que le gusta estar siempre rodeada de luces, no ha tenido fuerzas esta tarde ni de encender la luz de la cocina. El dormitorio se ha convertido en una «habitación deshecha». La mayor parte de la colcha está caída por el suelo y, por encima y alrededor, hay ropa de la que se ha desprendido precipitadamente y hasta un camisón que al parecer no se ha puesto de puro agotamiento. Ha cogido medio desnuda las primeras mantas que ha encontrado y se ha tapado con ellas para calmar los escalofríos que le han entrado.

Luria quiere evitar sobresaltarla. Por eso, en vez de tocarla, la llama por su nombre. Pero su nombre no la despierta, solo la estremece. Luego tantea con cuidado entre las mantas para comprobar la temperatura de los pies, pero ella encoge las piernas como si le molestara y se pone en posición fetal. Sobre la mesilla de noche, junto a la cama, aguarda su teléfono móvil con la esperanza de oír su voz.

—Dina, querida, ¿qué te pasa? —le suplica—. Ya te dije esta mañana que estabas enferma, pero tú no hiciste caso. Pero mira, he llegado, he vuelto, estoy aquí. Solo dime si al menos has podido oír en el contestador lo del móvil que se me ha perdido en el desierto.

¿Oye algo? ¿Comprende? Aún tiene la cara hundida en la almohada, pero desde las profundidades sale una velada queja:

—¿Por qué no has llamado desde otro teléfono?

—¿Cómo?, ¿cómo? —dice él, implorando misericordia—. El número de tu teléfono está guardado en los favoritos, y se me ha olvidado.

—¿Se te ha olvidado mi número?

—Sí, se me ha olvidado. Mi móvil ha hecho que lo olvide, o tal vez la demencia.

—¿La demencia? Ah sí —dice, como si se acordase de un amigo olvidado—, tu demencia, ¿cómo está?

Y Luria, conmovido por la chispa de humor que sale desde las profundidades de la fiebre, le acaricia la cabeza y dice:

–Sí, Dina, sí, querida, la demencia existe, está muy preocupada y te suplica que al menos levantes la cabeza.

Lentamente gira la cabeza hacia él. Tiene la cara roja y desencajada por la enfermedad, y por sus ojos entrecerrados, en la oscuridad de la habitación, pasa un destello verdoso que observa a su marido como si fuese un extraño.

–Solo dime cuándo te has tomado la temperatura por última vez.

–¿Para qué? Ya sé que tengo fiebre.

–Pero ¿cuánta?

–¿Qué importa cuánta? Tengo fiebre. Mucha fiebre. Pero me he traído del hospital algo que ayudará a combatirla.

Le pasa la mano con cuidado por la frente y las mejillas y nota el sudor.

–Estás ardiendo, no recuerdo haberte vista nunca así. ¿Por qué este repentino miedo a la verdad?

–No es a la verdad, sino a ti, porque te alarmarás y empezarás a remover cielo y tierra, y yo no tengo fuerzas para enfrentarme al mismo tiempo a la enfermedad y a tu confusión. Soy médica y soy capaz de gestionar por mí misma mi enfermedad.

–Pero ¿qué han dicho los médicos de tu hospital?

–No han dicho nada, han huido para no contagiarse. Y tú también tienes que empezar a tomar distancias, si es que no te has contagiado ya.

–Pero ¿contagiarme de qué? ¿De qué enfermedad se trata?

–Aún no tiene nombre, pero al final lo tendrá.

–¿Dónde está el termómetro?

Sin esperar respuesta, va retirando con cuidado una manta tras otra y girando a un lado y a otro el cuerpo ardiente, hasta que descubre en la oscuridad el brillo del mercurio. El termómetro está intacto y la temperatura que marca se acerca a los cuarenta grados. Entonces Luria se lo lleva al servicio, lo limpia con alcohol, baja el mercurio, regresa a la habitación y, a pesar de la mirada de rencor que le dirige su esposa, le sujeta la cabeza, le mete el tubo de vidrio blanquecino debajo de la lengua y sigue sujetando el otro extremo para que no se salga. Los cuarenta grados no solo son inequívocos, sino que ahora también muestran una clara tendencia ascendente.

—¿Qué va a pasar? —se lamenta él.

—No va a pasar nada —dice ella, lanzándole de pronto una sonrisa—. Soy médica y he visto muchas veces que con cuarenta de fiebre se puede seguir viviendo perfectamente. Así que te vas a sobreponer, me vas a preparar una infusión, a untar mantequilla en una rebanada fina de pan y a llenar el vaso de agua fresca. Yo me volveré a tomar las pastillas que me he recetado y esperaremos a que amanezca. Pero tú, para no contraer la bacteria, no te acostarás a mi lado. Vete a la habitación de los niños. Como has estado un día entero por el desierto, antes que nada dúchate, y procura no preocuparte demasiado, porque no tengo intención de morirme, no solo porque te quiero, sino porque alguien tiene que vigilar para que tu confusión no vuelva loco a todo el mundo.

Le lleva agua, saca de cada envase la pastilla que ella le pide y vigila para que se las tome. Pero cuando le lleva una bandeja con la infusión y la rebanada de pan, ya se ha vuelto a quedar dormida y, a pesar del fuego que arde en su interior, su sueño es tranquilo. Luria deja la bandeja en el suelo, junto a la cama. «A lo mejor exagero —piensa—, y mi maldita demencia solo agudiza mis miedos, en vez de aplacarlos.» Se quita la ropa y se mete en la ducha, pero no se pone el pijama después del baño, sino ropa limpia, para estar preparado ante cualquier sorpresa.

En la habitación de los niños, recoge los juguetes de sus nietos que están tirados encima de la cama y cambia las sábanas. Luego llama a la hija, a Abigail, desde el móvil de su mujer y, para hacerle partícipe de sus temores, adopta un tono sombrío y abatido. Pero Abigail, que ya se ha enterado por su madre de lo de la enfermedad, y también ha sido prevenida de que no se acerque a ella, últimamente menosprecia la capacidad de raciocinio de su padre, de modo que ahora interpreta sus malos augurios como otra locura más producto de su demencia.

—Cálmate y vete tú también a dormir —le ordena a su padre en tono seco—, estás agotado por tu cráter y aún no te has calmado por lo del móvil que te dejaste allí. Mamá es una doctora experimentada, déjala que gestione ella sola su enfermedad y no alarmes demasiado a todo el mundo.

A diferencia de ella, el corazón de su hijo es más tierno y generoso y, aunque acaba de enterarse ahora, por su padre, de lo de la enfermedad de su madre, está dispuesto a ponerse en camino de inmediato para arrimar el hombro.

—No, no vengas aún, pero mantente en contacto. El cráter me ha perdido el móvil, pero he convertido el de tu madre en parte de mi cuerpo, así que podrás localizarme en cualquier momento.

Hojea el periódico de la mañana, pero los acontecimientos del día en el desierto no dejan espacio a los delirios de los periodistas. Los asuntos que eran turbios por la mañana se aclararon en el viaje al final de la carretera, eso es cierto, pero en el camino de vuelta se despertaron nuevas sospechas. Pero por qué intentar imaginar lo que ocurre en la habitación deshecha del hotel Bereshit, cuando su propio dormitorio se ha convertido en una habitación patas arriba. Se mete el móvil de su mujer en el bolsillo de los pantalones y apaga la luz de la habitación de los niños, pero deja una luz encendida en el pasillo para mantenerse en contacto con esa enfermedad que aún no tiene nombre. Se mete en la cama vestido. En la neblina de su sueño vacilante brillan los ojos de la zorra que mastica y regurgita la lista de contactos de su móvil. «Maldita sea», murmura para sus adentros, entonces mete la cabeza en la almohada y cae en un profundo sueño, y de no ser por Dina, que está desnuda a su lado zarandeándolo con fuerza, solo la luz del sol habría conseguido abrirle los ojos.

—Zvi, levántate, rápido, ha sucedido una pequeña desgracia, la infusión se ha derramado en la cama, menos mal que solo estaba templada. Realmente debo de estar muy enferma.

Y con el aroma de la infusión que emana del ardoroso cuerpo desnudo y amado, él va enseguida a la habitación, que ahora está completamente iluminada, y se sorprende de que un solo vaso de té haya provocado semejante inundación. Las mantas están llenas de húmedas manchas amarillas y el camisón se ha convertido en una fregona.

—Ven, ven —dice, acercándola hacia él—, antes de ocuparme de este desastre tengo que lavarte.

Ella lo mira fijamente, y en sus gestos hay una silenciosa confusión. El hecho de darle permiso para que le lave con sus propias manos las partes íntimas, algo que jamás le había permitido ni en sus alocados días de juventud, demuestra que la fiebre está destruyendo todo aquello que había permanecido sólido y estable desde que la conoció.

Se quita la ropa y se mete con ella en la bañera, luego la enjabona y la frota, y la preocupación se mezcla con la pasión. La seca, le da un camisón limpio, la conduce hasta su cama en la habitación de los niños, una muñeca

grande más entre los muñecos y monstruos de sus nietos, la arropa y espera a que el ritmo de su respiración confirme que se ha dormido. Pero no regresa al dormitorio para ocuparse del desastre, sino que saca el móvil del bolsillo, va a la cocina, despierta a su hijo y le dice:

–No, hijo, aún no te muevas, pero he decidido llamar a urgencias. Así que, por favor, confírmame, Rav Emden 5, ático, esta es la dirección, ¿verdad?

–Así es, papá, esa es la dirección, de todas formas, si deciden ingresarla, llámame de camino o desde el hospital. Con las carreteras vacías por la noche, puedo estar allí en un suspiro.

OceanofPDF.com

A urgencias

—Esta vez tenéis una enferma que es médica —informa Luria a tres jóvenes con batas blancas que entran en el piso con una camilla plegable y un equipo de primeros auxilios—. Pediatra, es cierto —puntualiza—, pero jefa de unidad de un gran hospital. Y como creía que podría gestionar ella misma la enfermedad, aún es capaz de quejarse porque os he llamado sin su consentimiento, pero estoy completamente tranquilo con la decisión, porque, además de la fiebre alta que las pastillas aún no han bajado, también ha empezado a dar síntomas de una especie de confusión, de ofuscación, algo que jamás ha tenido. Por aquí, por favor, amigos, es que la infusión que le he llevado ha inundado su cama y he tenido que trasladarla aquí, a la habitación de los niños. Y esa nueva confusión es lo que más me asusta ahora, más que la fiebre, también a mí me pasa a veces, pero es completamente distinto, sin fiebre y sin dolor. Antes de que empecéis con las pruebas, una preguntita, ¿sois solo técnicos en emergencias médicas? ¿O por casualidad hay también algún médico entre vosotros, quiero decir, un auténtico médico?

—¿Auténtico? —sonríe la más joven, que también acepta el desafío—: Sí, por casualidad lo hay, y por casualidad soy yo.

A Luria le parece distinguir en su voz un acento extranjero pero también muy familiar. Y la joven médica se pone de rodillas ante la cama de la jefa de pediatría, le acaricia el brazo intentando despertarla y cuando Dina abre los ojos, la joven la incorpora con suavidad y destreza, le sube el camisón y empieza a auscultarla con el estetoscopio entre los pechos blancos y luego en la espalda y, cuando termina y se cuelga el estetoscopio al cuello, pregunta el nombre del hospital donde trabaja su paciente. Los técnicos de emergencias comprueban el pulso y la fiebre, y dirigen un fino haz de luz hacia las profundidades de su garganta. Después, siguiendo las indicaciones de la joven médica, le clavan una aguja para el gotero en el dorso de la mano. Y Dina informa de repente, con voz ronca, sobre un niño —al parecer de los territorios— enfermo con la bacteria del meningococo. Por tanto,

medio aconseja medio ordena al equipo que se apresure a desinfectarse y a ponerse mascarillas y guantes.

–Y desinfectadlo también a él –dice, señalando a su asustado marido–, y ponedle una mascarilla. Sí, a partir de ahora tú también tendrás precaución conmigo.

Tras desvelar el nombre específico de la bacteria, no es necesario decir más: de inmediato aparecen mascarillas, las manos se cubren de guantes, y hasta hay batas esterilizadas que refuerzan el aislamiento, mientras la camilla plegable se convierte en una gran silla de ruedas.

–Menos mal que nos ha llamado enseguida –le dice la joven médica–, es una bacteria muy agresiva. Aunque esta noche su hospital no está de guardia, la trasladaremos al lugar en el que trabaja y donde también ha contraído la bacteria. Allí es donde mejor estará.

–Por supuesto –confirma Luria, y su propia voz le resulta extraña a través de la mascarilla–, no solo trabaja allí, también es conocida e importante, así que a lo mejor me permiten quedarme con ella en aislamiento.

Levantán a la enferma de la cama y la cubren con una manta y, en la silla de ruedas que en la ambulancia se convertirá en una cama, la conducen hacia el pequeño ascensor. Luria coge el reloj de su mujer y se lo pone en la muñeca junto al suyo, luego recorre la casa con una gran bolsa de basura y va metiendo los medicamentos, las zapatillas y los cepillos de dientes de los dos. Entusiasmado por su decisión de no ceder a la pretensión de su mujer de gestionar ella misma la enfermedad, vuelve al anorak del desierto y rebusca en los bolsillos por si, de todas formas, su móvil estuviese escondido por ahí. Observa en el espejo la mascarilla que lleva en la cara y piensa: «Suponiendo que la agresiva bacteria del niño palestino enfermo se me haya transmitido también a mí, ¿agravará la demencia o la aligerará?».

Va apagando las luces, pero antes de apagar también la de la cocina, quiere reconfortarse y reponer fuerzas con chocolate amargo, negro, así que parte dos onzas y se las mete en la boca, por debajo de la mascarilla. El resto de la tableta la desliza junto al móvil de su mujer en el bolsillo. Cierra la puerta de la calle con dos vueltas de cerrojo, como quien se dispone a hacer un viaje largo, y en vez de esperar el ascensor baja por las escaleras hacia la calle, donde la ambulancia ya tiene puestas las luces de emergencia para asustar más aún a los curiosos de alrededor.

Apremian al marido para que se siente junto a la cama de su mujer, que

tiene puesta una máscara de oxígeno.

—¿Qué es esto? —dice, con el corazón encogido—. ¿Por qué?

Pero la joven médica lo calma.

—No se preocupe, es solo para aliviarla, su propia mujer lo ha pedido. No tenga miedo, saldrá de esta.

—¿Estás segura? —dice, con voz temblorosa—. ¿Cómo lo sabes?

—Lo sé, ya se lo he dicho, también soy médica. —Y con un guiño pícaro añade—: Una auténtica médica.

Ahora Luria percibe claramente que habla con una mezcla de acento extranjero y local. Y para evitar la primera pregunta, que resulta embarazosa, pasa a la segunda, más fácil.

—¿Tú qué eres, musulmana o cristiana?

—Ambas cosas —afirma con una ligera sonrisa sin dar más explicaciones.

Pero Luria no quiere explicaciones, tan solo suspira.

—Sí, es una combinación posible, pero difícil.

Saca la tableta amarga, rasga más el envoltorio dorado y le ofrece también a ella el reconfortante chocolate. Y ella, ni corta ni perezosa, se parte dos onzas y pasa el resto de la tableta a los dos miembros de su equipo y también al conductor de la ambulancia, que solo enciende la sirena en los cruces complicados.

Aislamiento

En urgencias ya están preparados para su llegada y, como conocen la bacteria y sus jugarretas, aíslan a la pediatra antes de que nadie se acerque para tratarla. Cualquier médico, enfermera y hasta auxiliar que se ocupe de ella se pone guantes, bata y mascarilla, y se desinfecta las manos a conciencia al entrar y al salir. Pero Luria aún es un caso dudoso, de modo que no lo ponen en aislamiento, solo lo mandan a hacerse análisis para confirmar que la bacteria de su mujer no se le ha transmitido también a él.

—¿Quién eres tú? —le pregunta una enfermera mayor que, después de sacarle una buena cantidad de sangre, le da un recipiente esterilizado para un análisis de orina—. ¿Tú también trabajas en nuestro hospital?

—No —dice Luria, para desmentir tal suposición—, ya tenemos bastante con una doctora en la familia. Yo soy ingeniero, y precisamente ingeniero de caminos, e imagínate, llevo desde esta mañana recorriendo el desierto, el cráter de Mitzpe Ramon, al que habrás ido alguna vez de excursión, o al menos habrás oído hablar de él.

Pero es una mujer religiosa, que empezó muy joven a tener muchos hijos que no le permitieron salir a ningún sitio, y menos aún ir de excursión al cráter de Mitzpe Ramon, del que en honor a la verdad es la primera vez que oye hablar.

—Pero es que yo —se apresura a aclarar Luria—, no voy allí de excursión sino a trabajar, trabajo para el Estado.

—Si a tu edad —afirma la enfermera mayor, al parecer refiriéndose también a sí misma—, aún trabajas y encima para el Estado, puedes definirte como una persona feliz.

Y cuando regresa al cabo de un buen rato para recoger la muestra para el análisis de orina, es portadora de una buena noticia: él no tiene nada, todos los análisis son normales y ya le pueden dar el alta, solo tiene que tomar antibióticos un par de días.

—¿Y este análisis? —dice, señalando el líquido amarillento—. Este no se ha realizado.

—Es cierto, pero tampoco es importante y, además, lleva un tiempo

considerable de cultivo, así que tienes el alta.

«Entonces –piensa Luria sorprendido, aunque no precisamente aliviado–, si a pesar de que la he tocado, la he cuidado, la he acariciado, la he besado y hasta la he bañado, la bacteria no corre por mis venas, ¿acaso algo se está desmoronando en nuestra relación?» Y se apresura a transmitir a su mujer la noticia del alta médica. Pero Dina ya no está en urgencias. La advertencia de aislamiento se ha retirado de la puerta y en su cama hay ahora un hombre desconocido. Mientras él estaba ocupado con los análisis, se ha contactado con los departamentos A y B de Medicina Interna para que organicen su ingreso en aislamiento.

–¿A o B?

–Depende de donde hayan conseguido preparar el aislamiento, pero los dos están en la misma planta, así que no tendrá ningún problema en averiguarlo por sí mismo.

Aunque es de noche, los pasillos están iluminados y todos los ascensores funcionan, y en los laboratorios y en las diferentes unidades hay personal de guardia para las emergencias. Pero después de la medianoche, un hospital gigantesco como este también muestra su cara más triste. Las tiendas y los quioscos están cerrados, los enfermos dormidos o adormilados, y las visitas, incluso las más fieles, ya se han marchado a casa. Es verdad que de vez en cuando se traslada rápidamente la cama de un paciente que no se sabe si vivirá o morirá y, a lo lejos, resuena con frecuencia un grito de dolor o tal vez producto de una pesadilla, pero lo que reina es el silencio. Durante el último año, Luria ha visitado el lugar dos veces para hacerse un escáner cerebral, pero al ser su mujer quien lo guiaba, ahora no está familiarizado con los recovecos del edificio, y más cuando el tiempo de espera era breve y el escáner se hacía con cariño y alegría, también porque los resultados no se le entregaban a él, sino directamente al neurólogo.

Ahora camina él solo. Exhausto y destrozado atraviesa las puertas de una gigantesca y compleja construcción con un inmenso vestíbulo lleno de diferentes grupos de ascensores, y es imposible saber quién le indicará bien y quién no hará más que enredarlo. Si después de la medianoche, y en un hospital tan complicado y enrevesado, se apodera de él la confusión del escenario de la ópera, ¿de dónde llegará la música que lo rescate? La cabeza le da vueltas y camina bajo las luces que resplandecen en el gigantesco vestíbulo como perdido bajo las estrellas del cráter. Pero a pesar de que

Luria no es arquitecto, sino ingeniero de caminos, supone que si un edificio inmenso como ese sigue siendo una unidad, desde cada ascensor, llegue adonde llegue, se ramificarán pasillos e intersecciones por los que se podrá llegar a todas partes. Aprieta uno de los pulsadores y ante él se abre no uno, sino dos ascensores: uno lo invita a entrar y del otro sale un operario de la limpieza, un inmigrante africano que sabe con certeza que A y B se encuentran en la misma planta, la séptima.

En Medicina Interna A la luz es tenue y el silencio zumba, y en la sala de enfermeras hay una joven enfermera haciendo un crucigrama en su móvil. «Lo cierto es que han llamado de urgencias para ingresar aquí a la doctora Luria, pero no teníamos ninguna habitación libre para aislamiento. Pero le han encontrado una en Medicina Interna B. Vaya allí, señor, lo están esperando». Se dirige hacia allí y también allí zumba la penumbra por los pasillos, y en la sala de enfermeras ve a un enfermero y a una enfermera charlando animadamente. Es cierto, están esperando a la doctora Luria, y la habitación de aislamiento ya está lista para ella. Es verdad que de momento se encuentra allí una paciente que ha huido de los ronquidos de su vecina, pero en cuanto llegue su mujer la sacarán de allí. Pero ¿dónde está su mujer? «Está de camino porque, a petición propia, le están haciendo una resonancia magnética, pero no intente buscarla allí, porque se perderá entre tanto pasillo y tanta puerta y no encontrará a nadie que lo ayude. Ya que ha llegado hasta aquí, siéntese y no se mueva». Pero ¿podrá acompañarla en el aislamiento? Porque también él ha pasado por urgencias y resulta que no tiene nada. Pero la sala de enfermeras no tiene autoridad para darle una respuesta, y el médico de guardia se acaba de dormir y para qué despertarlo antes de ver a la paciente. Y además, su mujer, que es médica y conoce la bacteria que la ha atacado, decidirá por sí misma si su marido puede aislarse con ella, y con qué condiciones.

Aún no está tranquilo y quiere inspeccionar la habitación asignada, así que echa a andar por un pasillo en penumbra, entre botellas de oxígeno, andadores, sillas para el baño, y un gran ordenador médico que se mueve sobre ruedas. Empuja la puerta con cuidado y en la ventana lo recibe la misma media luna que flotaba encima de él en el viaje desde el desierto. En una cama individual está acurrucada la paciente que se ha hartado de los ronquidos de su vecina, aunque su respiración no es tampoco nada silenciosa. Así pues, hasta que su mujer llegue y decida si tiene derecho a

compartir el aislamiento, exhausto y destrozado como está, tiene que preocuparse por sí mismo. Recorre en silencio las habitaciones de los enfermos, hasta que descubre un colchón abandonado. Lo arrastra a la habitación asignada y lo coloca junto a la cama de la enferma, que abre los ojos sorprendida y al instante los vuelve a cerrar, como si Luria y el colchón fuesen solo accesorios que se han colado en su sueño. «Si solo soy un sueño para esta mujer, que me parece que está en las primeras semanas de embarazo, por qué, entre tanto, no me quedo a su lado, hasta que mi mujer llegue a sustituirla». Se deja caer sobre colchón desnudo, sin sábanas ni almohada, y se sumerge en el abismo de la inconsciencia. Y con el primer resplandor del sol, Yoav lo toca y dice:

–Papá, papá, no te asustes, soy yo, he venido para llevarte con mamá.

Y Luria abre los ojos y dice:

–Hola, cariño.

OceanofPDF.com

La unidad de pediatría

Ya que el jubilado era un accesorio pasajero del sueño de la paciente y, además, también estaba inmerso en su propio sueño, ¿cómo podía advertir que le ha llegado un mensaje de texto al móvil que tenía en el bolsillo donde se le informaba de que su mujer no sería ingresada en Medicina Interna, sino que, después de hacerle la resonancia magnética, sería trasladada directamente a su unidad de pediatría? Porque, cuando se les ha comunicado a sus colegas lo de la bacteria que ha contraído su doctora, se ha decidido, con el visto bueno de la propia paciente, aislarla en su lugar de trabajo, donde las condiciones y la atención serán rigurosas y amigables, y podrá ser parte activa en su propio tratamiento. Como Luria de todas formas no estaba autorizado a acompañarla, y era impensable que regresase solo a su casa a esas horas, se ha decidido no despertarlo para informarlo de los cambios y dejar que siga reforzando su vínculo con ese colchón desprovisto de sábanas y almohada.

Yoav ayuda a su padre a ponerse de pie, después lo lleva a una de las cafeterías del hospital para que coma y beba algo, y entonces lo conduce hasta pediatría. Allí, en una habitación minúscula, llena de fotografías de mascotas en las paredes y de globos de colores colgados del techo, Luria puede comprobar, aunque de lejos, que, pese al antibiótico que gotea desde una gran bolsa y a la máscara de oxígeno que aún la ayuda a respirar, la mujer de su vida lo reconoce y lo saluda con la mano para que se sienta autorizado a renunciar a su aislamiento y regrese a casa.

Y por la tarde, cuando su hijo lo lleva a hacer otra visita, la unidad de pediatría retumba de risas, lágrimas y alaridos. Padres, abuelos y abuelas que intentan callar, calmar y entretener a niños de todo género, raza y religión, también a niños de Palestina, ya sean ciudadanos israelíes o niños de la Autoridad traídos por la mañana desde los controles fronterizos con la ayuda de los activistas de La Vía de la Curación, que Maymoni no se había inventado. Y los niños enfermos están mezclados aquí como en un único Estado: una cama junto a otra, una bombona de oxígeno junto a otra, y las sondas casi enredadas unas con otras. Luria observa que los padres de los

niños que llegan desde la Autoridad Palestina y cruzan con el alba fronteras y controles van muy arreglados y, sobre todo, visten con esmero a sus hijos, seguramente confiando en que si los emperifollan con pajaritas y ropa interior de muselina recibirán el mejor tratamiento médico.

—Hay una cierta mejoría, se aprecia una bajada de la fiebre —informan los médicos y enfermeras colegas de Dina—, y esta tarde intentaremos liberarla de la máscara de oxígeno. Pero, debido al gotero intensivo y a la extrema debilidad, tendremos que dejarla dos o tres días más en aislamiento, y solo entonces, según sus propios deseos, la trasladaremos a Medicina Interna. O puede que, de todas formas, la dejemos aquí, en pediatría.

El padre y su hijo se cubren con mascarillas, se ponen guantes y batas para que la bacteria, si aún está activa, no les juegue una mala pasada. Pero cuando se sitúan junto a la cama de la enferma, evitan tocarla. La fiebre aún no ha remitido, tiene el rostro desencajado y las arrugas que el arte del maquillaje sabe difuminar se le marcan ahora también en el cuello. Tiene el pelo revuelto y un brazo extendido sobre la sábana para permitir que el antibiótico gotee sin interrupción. Luria recuerda la confusión que ayer noche lo llevó, por primera vez en sus muchos años de matrimonio, a quitarse la ropa y a meterse con ella en la ducha. ¿Fue una confusión pasajera? ¿O está tramando unirse en secreto a su demencia? Aunque padre e hijo llevan mascarilla, ella logra percibir el terror de su marido, y se retira la máscara de oxígeno para enterarse de cuál es el motivo de ese repentino pánico. «Aún no me he recuperado de tu confusión de ayer», dice Luria. ¿Confusión? Ese diagnóstico le parece infundado y dirige la mirada hacia su hijo, que intenta desviar la conversación comentando que sorprendentemente, de todos los médicos y enfermeras de pediatría, la bacteria se ha enamorado precisamente de ella. Luria endereza con cuidado la vía del gotero para acelerar un poco el flujo, que en su opinión va algo lento, pero su mujer le indica con el dedo que se detenga y que, en vez de meterse donde no le llaman, le devuelva su reloj, que Luria lleva emparejado al suyo. Mientras se lo pone con cuidado en la muñeca, se acuerda de que también tiene su móvil, así que se lo saca del bolsillo y se lo deja en la mano, pero Yoav se lo quita y lo deja en un estante junto a un pequeño juguete, medio gato medio cordero.

—¿Y qué pasa con tu móvil? —pregunta Dina.

—No pasa nada —responde Yoav en su lugar—, desde aquí nos acercaremos

a comprarle a papá dos móviles.

—¿Dos?

—Sí, dos —confirma Luria—, porque si vuelvo a perder un móvil, no quiero quedarme sin tener contacto contigo.

—Y yo —sonríe ella—, ¿a cuál de los dos tendré que llamar?

—Primero al número viejo y, si no hay respuesta, tendrás otro número, como si desde ahora tuvieses dos maridos.

—¿Dos maridos? —se sorprende, y no parece muy contenta con esa tentadora posibilidad. Yoav aprueba la idea de los dos móviles.

—Sí, mamá, tiene razón, en su estado necesita dos móviles, con todos los códigos y los números de sus contactos. Y si empieza a perderlos también —enfatisa con petulancia—, le compraremos un tercer móvil, lo que sea con tal de que no se nos vuelva a quedar perdido por el mundo.

Echa un vistazo al reloj como indicando que ha llegado el momento de irse, pero a Dina le cuesta despedirse de sus dos amores.

—Un momento, ¿y el túnel?

—¿El túnel? Dijiste que era una fantasía de Maymoni, y que no podríamos convencer a nadie de que lo aprobasen.

—Es cierto, es una fantasía, pero precisamente por eso, tú, en tu estado, serías el más indicado para hacerla realidad.

—¿En mi estado? —se ríe—. ¿Qué pasa? ¿Es que la bacteria te hace cambiar de opinión?

—Ella no, eres tú. Me he dado cuenta de que precisamente tú, en tu estado, has sabido mejor que yo que había que pedir ayuda.

—Solo porque tú eres demasiado orgullosa.

—Es cierto, a veces lo soy, lo reconozco. Pero explícame por qué hace falta un túnel en el cráter.

Luria querría explicárselo, pero se contiene. ¿Podrá su mujer, cuando más débil se encuentra, comprender semejante embrollo? En el fondo, ella tiene razón: un túnel en una colina desértica que se puede arrasar fácilmente es una fantasía compartida por Maymoni y Shibolet, y solo un anciano ingeniero de caminos, con una ligera demencia, se atrevería a intentar convencer a las fuerzas de seguridad del Estado para que lo financiaran.

Tatuaje

Qué razón tenía Maymoni al asegurarle que su hijo, que tiene una empresa de microprocesadores, podría recuperar fácilmente todo lo que había en el móvil perdido. Más aún, su hijo puede añadir al nuevo móvil tesoros que jamás estuvieron en el viejo. Efectivamente, tras adquirir dos nuevos móviles, uno que ha heredado el viejo número y otro que ha sido agraciado con un número nuevo, y grabar el número de un aparato en el otro, Yoav empieza a llenar los dos con nombres y números de teléfono no solo de los contactos que tenía en el móvil perdido, sino también de contactos que jamás habían estado en él. Los números de móvil de los nietos, los números de teléfono de instituciones públicas, hospitales, clínicas y servicios técnicos, números de teléfono de conocidos y viejos amigos que han aparecido en carpetas y libretas antiguas, y no pocos números de teléfono de personas fallecidas, amigos que han pasado a mejor vida. Luria intenta evitar que su hijo incluya a estos últimos entre sus contactos, pero Yoav insiste.

—¿Qué más te da? Eran amigos tuyos, al menos que permanezcan en la memoria del teléfono, y más cuando han dejado viudas. No te preocupes, no quitarán espacio para los otros, porque estos móviles, confía en mí, tienen una inmensa capacidad de memoria. Los números importantes y fundamentales te los he puesto en marcación rápida, el resto irá por orden alfabético, y espero, por favor te lo pido, que el orden alfabético lo tengas bien guardado, si no en la cabeza, al menos en el corazón.

Y además de números de teléfono viejos y nuevos, Yoav intenta descargarle a su padre aplicaciones que jamás ha tenido, como esas que le informarán puntualmente del número de pasos que da, de la distancia que recorre, de las calorías que quema, de los latidos del corazón y de la presión sanguínea.

—En resumen, papá, desde ahora podrás saber quién eres y cómo te encuentras en cada momento.

Al principio Luria se emociona al ver la pasión de su hijo, después empieza a frenarlo. Basta, basta, su mundo se va estrechando y no tiene

ningunas ganas de ampliarlo, y menos aún con personas muertas y calorías quemadas. Y ahora que mamá está ingresada, aún queda otro asunto: el código de arranque del coche, que a veces tiende a fallarle en la memoria, y más cuando, a veces, el rugido de arranque va acompañado de una especie de ligero murmullo que intensifica el error. Es cierto, se puede incluir el código de arranque en favoritos, pero empezar a rebuscar en el móvil el código en momentos de tensión o de emergencia, lo confundirá más aún. Por otra parte, anotar el código en una pegatina al lado del volante, o de la palanca de cambios, no haría más que dar alas al ladrón que la descubra. Así que Luria propone una sencilla solución, de la que ya ha hablado con su madre, y ella no ha puesto el grito en el cielo.

—¿Mamá está de acuerdo con que te tatúes el número en el brazo? —se sorprende Yoav.

—Pero no es un dibujo, no es una dirección, no es un símbolo, no es una imagen, a fin de cuentas son solo cuatro cifras inocentes que no molestan a nadie ni significan nada para nadie. ¿Quién se va a fijar en ellas?

Yoav sigue dudando.

—No —dice su padre—, no intentes aclararlo con mamá, especialmente ahora que está enferma. No es un asunto médico, sino humano. Y solo necesito de ti una pequeña ayuda.

—¿Qué? —dice el hijo, alarmado—. ¿Que te lo tatúe yo?

—No, idiota, tú no, claro que no, tú solo me harías daño. Pero tú me llevarás al sitio apropiado, me ayudarás a elegir el tamaño de los números y vigilarás para que no me convenzan de que me tatúe algo más que no necesito.

Sin más remedio, Yoav cumple la orden. Se enterará de dónde tatúan de forma limpia y profesional, y también llevará allí a su padre, pero no en ese instante, porque debe regresar a la empresa. «No, no te enterarás de nada de eso, y no hay razón para que esperemos al siguiente despiste. Ahora mismo, cariño, antes de que vuelvas a desaparecer en el norte. Escucha bien, estoy hablando solo de cuatro cifras, el tatuaje más simple del mundo, y ya me he enterado yo y he encontrado a la persona apropiada, que lo hace sin preparativos, sin indagaciones ni consultas. Durante mis paseos por la playa hacia Jaffa, he descubierto un sitio muy popular y rápido en el mercado de las pulgas, y ahora te pido un pequeño favor, llévame allí, quédate a mi lado y vigila que no me hagan demasiado daño. Son solo cuatro cifras. Y, desde

allí, sigue tu camino hacia el norte, yo iré en taxi al hospital, a ver a mamá, puede que encuentre allí una cama libre entre los niños y, si resulta que la bacteria ya ha dejado en paz a mamá, cogeré un colchón y me tumbaré a su lado».

Primero bajan al garaje y encienden el motor del coche rojo para cerciorarse de que el código que está en la memoria coincide con el código de verdad. Solo entonces anotan el código en un papel. A Luria le parece que al rugido del motor se une el susurro de la joven asiática del fabricante, que agradece la elección del coche correcto, pero toma la precaución de no sugerirle a su hijo que comparta con él sus delirios. Van en el coche de Yoav a lo largo de la costa y encuentran aparcamiento en los alrededores de la plaza de la torre del reloj de Jaffa, y Luria guía con seguridad a su hijo hacia un almacén de electrodomésticos y le pide al vendedor que llame a su padre. Aparece un georgiano con cara sonriente que reconoce a Luria: «Entonces ha decidido hacerse un tatuaje para reforzar su débil memoria». «Así es, pero sin dolor, como me prometió, y también he traído a mi hijo para que me aconseje sobre el tamaño de los números». Y el tatuador conduce a las visitas al interior del almacén, hacia un pequeño taller de reparación de objetos de cobre. En una estufa baila un fuego amarillo, y el hombre se acerca a una caja de madera y saca su instrumental: una aguja eléctrica, trozos de papel film transparente, un frasco de donde emerge un poco de algodón negruzco, una pequeña botella de alcohol y diminutas cajas de ungüentos. Tras colocar el instrumental, les pone delante una gran tabla con modelos de letras hebreas, latinas y árabes, y de cifras de diferentes tamaños, también números árabes. Sin decir una palabra, padre e hijo coinciden en el tamaño más conveniente, y también el tatuador está satisfecho, es una buena elección, es el tamaño que se suele elegir casi siempre. «¿Cuándo empezó usted con este trabajo?», le pregunta Luria al hombre, que ya está limpiando con alcohol el sitio elegido en el brazo derecho. Y el tatuador dice: «Déjeme recordar». Y sin plantilla, sin medidas, mientras Luria cierra los ojos para no observar el dolor que puede provocarle, desliza la aguja con seguridad y tatúa los cuatro números azulados del código del Suzuki rojo, números que Yoav va leyendo en voz alta uno tras otro en el papel que tiene en la mano, para que el tatuador los grave en el orden correcto.

El hombre le extiende una aromática pomada sobre el tatuaje y le coloca

también una tirita rosada. Mientras Luria se vuelve a bajar la manga y se pone el abrigo, repite la pregunta.

—¿Cuándo empezó con un trabajo como este?

—No es un trabajo —sonríe el tatuador—, es un placer tatuar a personas como usted que necesitan recordar lo que están a punto de olvidar. Yo no tatúo pájaros o flores, solo nombres y números. Y, si no recuerdo mal, el primer tatuaje se lo hice a mi tío, que olvidó su nombre. Después vinieron otros confusos de los alrededores. También usted, señor, cuando empiece a olvidar cómo se llama, acuérdesse de mí y yo le tatuaré el nombre en el otro brazo.

Yoav sonríe, pero a Luria lo envuelve una oscura pesadumbre y, para refrenar esas perspectivas de futuro, se apresura a sacar la cartera.

—¿Cuánto le debo?

—Nada —responde el tatuador—, para mí esto no es un trabajo, es un placer.

OceanofPDF.com

La vía de la curación

Atardecer. A la salida del hospital, padres e hijos palestinos, cubiertos con abrigos y bufandas, aguardan a los voluntarios de La Vía de la Curación para que los lleven de vuelta a los controles fronterizos. Luria los saluda con afecto, para mostrarles que sabe de dónde proceden y adónde regresan, pero no se entretiene, se va rápidamente a ver a su mujer. «La doctora Luria se ha quedado dormida antes de la cena –informa una joven enfermera–, pero la fiebre sigue bajando, y también la hemos liberado definitivamente de la máscara de oxígeno. Sin embargo el aislamiento sigue siendo indispensable, hasta que estemos seguros de que la bacteria ya no está activa». Antes de que le pongan la mascarilla y la bata para poder acompañar a su mujer, pregunta si habría alguna cama libre para él, o incluso algún colchón, para poder pasar la noche junto a ella. «¿Cómo se le ocurre? Los niños enfermos no están tranquilos por las noches, y los padres deambulan por las habitaciones. Si se queda aquí por la noche, no podrá descansar». «¿Y por qué cree que quiero descansar? –dice Luria–. Estoy jubilado, el descanso ya está en mi interior. Con que la pasada noche no estuviese a su lado ya es bastante, ahora que está consciente y sin oxígeno intentaré entretenerla».

En la habitación reina una oscuridad tan densa que, en un primer momento, al marido le cuesta encontrar la cara de su mujer. Los alegres globos que cuelgan del techo están completamente inmóviles y los coloridos cuadros de las paredes se han convertido en manchas. Luria camina con cuidado y se sienta en silencio junto al gotero, pero la oscuridad le impide ver a qué ritmo cae. Sobre la mesilla está la cena sin tocar. Luria aguarda en vano a que su mujer note su presencia. Es un sueño profundo, abismal, que no recuerda haber visto en el pasado. ¿Será un indicio de agravamiento o un síntoma de recuperación? Pero no se entromete. Tal vez la doctora siente un placer especial durmiendo tan profundamente en su lugar de trabajo. Se palpa con cuidado la tirita que lleva pegada encima del tatuaje. El tatuador no ha fijado un plazo para quitarla y dejar al descubierto el código. Y la verdad, ¿qué prisa hay? Esperaremos un día o dos más, y

ojalá el hijo le haya dictado al tatuador los números en el orden correcto. Una persona viva portadora de un código incorrecto en una persona estropeada.

—¿Dónde te has metido? Has desaparecido —susurra una voz débil entre las sábanas y la almohada.

—Buenos días, ¿cómo que he desaparecido?

—Porque has desaparecido.

—No he desaparecido. He ido con Yoav, tal y como quedamos, a comprar dos móviles para meter en ambos todo lo que había en el móvil perdido, y también me ha convencido para añadir nombres nuevos y aplicaciones que me permitirán saber más sobre mí mismo.

—¿Y eso te ha llevado tantísimo tiempo?

—Resulta que, además, le he pedido que me acompañase al sitio ese de Jaffa donde me han hecho el tatuaje del código de arranque del coche, tal y como acordamos.

—¿Que yo consentí que vayas por ahí con un número en el brazo?

—Por supuesto. Porque también tú te diste cuenta de que no quedaba más remedio que tatuarme en el brazo las cuatro cifras, para que no siguiese confundiéndome una y otra vez.

—Es increíble, Zvi. Has aprovechado que estaba enferma para hacerte un tatuaje.

—¿Qué significa que he aprovechado? Precisamente ahora que estás ingresada y sin fuerzas, yo debo ser doblemente preciso y eficaz.

—Y cuando cambiemos de coche, ¿qué harás? ¿Tatuarte un código nuevo?

—No es necesario, se puede arreglar para que el coche nuevo tenga el mismo código.

—¿El mismo código? ¿Es posible? Eres realmente sorprendente.

—¡Menuda novedad! —se ríe con ganas—. Te diste cuenta de eso hace ya cuarenta y ocho años.

—No tanto. Porque tu demencia ha generado en ti una especie de nueva agudeza, tal vez para ayudarte a manejarte.

—Exacto. Manejarme. Porque no me queda más remedio.

—Lo fundamental es que siempre estés localizable, y que no desaparezcas de repente. Aunque el tatuaje te dé más seguridad a la hora de conducir, prométeme que jamás, pero jamás, osarás bajar al desierto con ese coche, que por cierto también es mío.

—¿Al desierto en nuestro coche? ¿Por qué? Además, ¿qué soy yo en todo ese proyecto de Maymoni? Un simple ayudante sin sueldo. Por iniciativa tuya, por cierto.

—Aun así te lo advierto.

—No es necesario, lo he entendido.

—Que ni se te pase por la imaginación esa posibilidad.

—¿Por la imaginación? —se ríe—. ¿Ahora me controlas hasta la imaginación?

—Es precisamente la imaginación lo que puede escaparse a tu control.

—Dina, basta. Estás enferma. Lo he entendido. Deja de dar la matraca.

Entonces se levanta, descorre la cortina opaca y ahí está otra vez, entre las nubes nocturnas, la misma luna que lo acompaña últimamente, aunque esta noche está aún más curvada y pálida. Coge la bandeja y observa la cena que su mujer ha dejado sin tocar. Una tortilla y queso fresco, dos rebanadas de pan y una especie de papilla grisácea que, al parecer, está pensada especialmente para los niños.

—¿Quieres que vaya a calentar la cena? ¿O que intente cambiarla por algo más humano?

—No, ahora no tengo fuerzas para comer. Esperaremos un poco. Y la papilla te la puedes comer tú.

—Pero tienes que comer algo. No puedes estar sin comer nada. Levanta la cabeza y yo te ayudo.

—No tengo fuerzas para levantar la cabeza.

—Pues no la levantes, solo abre la boca. Al menos cómete la tortilla. ¿Y si voy a calentarla?

—No calientes nada.

Deja la bandeja sobre la cama, trocea la tortilla y el pan en cuadraditos, extiende sobre ellos un poco de queso fresco y los va poniendo con mucho cuidado en la boca abierta de par en par como las fauces de un pajarillo y no las de un zorro.

—¿Lo ves? —dice Luria, mientras ella se va tragando el pan y la tortilla—. Tenías hambre y no lo sabías, así que hay que probar también unas cucharadas de papilla.

Pero ella no responde, tan solo examina con mirada irónica a su marido, cuyos ojos resplandecen por encima de la mascarilla.

—Lo que veo —dice— es que ese túnel te está fortaleciendo.

Luria no responde. Le acaricia la mano con delicadeza, se inclina y la besa, luego acerca el gotero a la cama y coloca las cosas en la bandeja. Y antes de salir a buscarse algo de comer y solucionar el tema de la cama, o al menos un colchón donde pasar la noche, comprueba si ella ha oído hablar de la organización de voluntarios israelíes, llamada La Vía de Curación, que traslada a enfermos palestinos a hospitales de Israel. Y resulta que la doctora conoce esa organización, porque a veces traen niños también a su unidad de pediatría. Pero la organización se dedica fundamentalmente a enfermos graves, que son enviados directamente a las unidades de oncología o de urología.

—¿Y hay una unidad especial de trasplantes?

—¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Por saberlo.

—Los trasplantes, en caso necesario y si es posible, los realiza la unidad de trasplantes de órganos.

—Y tú que no operas, ¿has visto alguna vez un trasplante, digamos, de corazón?

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Por saberlo.

Él estira bien de la manta, remete las sábanas, corre un poco la cortina para atenuar la luz de la luna que se escapa de las nubes y se va a la sala de enfermeras. Deja la bandeja en el carro y le dice a la enfermera:

—He conseguido que se lo coma todo menos esta extraña papilla. —Solo entonces se quita la mascarilla, los guantes y la bata y añade—: En cuanto a mí, no intente buscarme otra comida de hospital como esta, ya bajaré yo a buscar algo más humano en alguna de las cafeterías. Pero le ruego que me consiga al menos un colchón y una almohada, porque no estoy tranquilo y quiero permanecer a su lado también por la noche.

Se dirige hacia la cafetería de la planta baja. A esas horas de la tarde los clientes escasean, y ya están limpiando las mesas y poniendo las sillas al revés encima, pero aún no es tarde para prepararle un bocadillo de tortilla y llenarle una gran taza con leche hirviendo. Sacia su apetito con gran placer y, de vez en cuando, acaricia suavemente la tirita que lleva pegada al brazo, para que siga protegiendo su código.

Un camarero retira su bandeja e informa de que es hora de cerrar. Se levanta y se da cuenta de que, con el jaleo de la comida, no se ha percatado

de que la cafetería se ha quedado vacía, a excepción de un joven delgado y sombrío que está sentado en un rincón alejado y que protesta cuando echan a Luria.

—¿Qué es esto? —grita desde lejos—. Según el reloj aún tenemos derecho a un cuarto de hora más.

—Hoy no hay derechos que valgan —le suelta la cajera.

—¿Por qué precisamente hoy? —insiste el joven.

—Porque hoy es hoy, y cerramos ya.

Y el joven, que parece pertenecer a alguna minoría, coge la taza del expreso, se traga la última gota y, a paso manifiestamente lento, aguarda a que Luria salga delante, para ser el último y mostrarle a Luria las horas de apertura y cierre que están indicadas en la puerta que ya se han apresurado a cerrar.

Un médico con una bata verde donde pone «quirófano» llega y zarandea la puerta cerrada.

—Son así —le dice el joven—, hoy les ha venido en gana cerrar antes de tiempo. Mire, aquí están las horas de apertura y de cierre.

Y el cirujano vuelve a zarandear la puerta, pero desde la cafetería le indican que no le va a servir de nada.

—No le servirá de nada —le dice el joven—, ni siquiera a usted le abrirán.

Y, sin que nadie se lo pida, le explica al frustrado médico dónde hay máquinas expendedoras de bebidas y comida diseminadas por el hospital, y también sabe lo que contienen y lo que no. Pero el médico no confía en las explicaciones de un joven extranjero y de cara pálida y, con un gesto de desdén hace ver que se le han quitado las ganas del café y el bollo, y se marcha.

—Son unos cerdos —le dice el joven a Luria, que por algún motivo permanece junto a la puerta cerrada—. Han podido comprobar por la ropa que lleva que no es un simple médico, que es un cirujano que necesita un café.

—A lo mejor hoy tienen alguna razón especial —dice Luria, intentando justificar a los empleados de la cafetería. Observa al joven con afecto y añade—: Pero, por lo que veo, tú conoces todos los rincones de este hospital.

—Sí, aquí soy casi como de la familia porque no hace mucho tiempo estuve ingresado aquí, pero sobre todo porque mi primo ha tenido últimamente complicaciones con un riñón.

—¿En qué unidad está?

—Urología.

—¿Y tú, dónde estuviste?

—En la misma.

—¿Qué tenías?

—Yo no tenía nada, estuve aquí solo porque le doné a mi primo un riñón, que al principio aceptó bien, pero después no supo cómo cuidarlo y empezó a tener complicaciones con él.

—¿Dónde se lo donaste? —dice Luria, fascinado—. ¿En la unidad de trasplantes?

—No existe esa unidad.

—Pero he oído, y de hecho lo sé, que sí existe, y que allí trasplantan también otras cosas más serias que un riñón. Hasta un corazón.

—¿Un corazón? —se burla el joven—. ¿Qué dice? Eso no puede ser. ¿Quién iba a darle su corazón ni siquiera a su primo?

—El que lo da ya está muerto, y yo te digo que en este país, si es necesario y no hay otra opción, también trasplantan corazones. Puede que no aquí, pero sí en algún otro hospital.

—Eso no puede ser. Señor, está equivocado. Si alguien le ha dicho que pueden cambiarle el corazón, no le haga caso.

—Yo no necesito ningún corazón nuevo —se enfurece Luria—, yo tampoco estoy enfermo, estoy aquí solo porque mi mujer está ingresada, aunque ella misma es médica.

—Vale, no se enfade. No he dicho nada. Solo que en Israel no hay ningún corazón para sustituir.

—Pero ¿tú de dónde eres?

—De Zababdeh.

—¿Dónde está eso?

—Al lado de Qabatiya. ¿Ha oído hablar de Qabatiya?

—Sí, sé dónde está. Yo era ingeniero de caminos. ¿Y tu primo también es de allí?

—No, ¿por qué? Él es israelí de Galilea, de Tur`an. Pero en el cuarenta y ocho zanjaron la situación entre nosotros y nos partieron.

—¿Y le has donado un riñón solo porque es primo?

—También. Pero también porque nos pagaron bien. Pero ahora ha tenido

complicaciones con él, no ha sabido cuidarlo, y yo no tengo otro riñón para darle. Yo no soy su proveedor de riñones.

–Proveedor de riñones –se ríe Luria–. Es genial.

OceanofPDF.com

La azotea del hospital

En contra de todas las esperanzas de Luria, ni la disminución de la fiebre, ni la tortilla y el queso suave comidos con apetito indican aún que la bacteria haya sido vencida. Un médico joven y dinámico, que ya se ha postulado como sucesor de Dina en la dirección de la unidad, ha ordenado que el aislamiento sea total y ha prohibido que su marido duerma a su lado. En la reunión del personal también se ha puesto en duda que la unidad de pediatría sea el lugar adecuado para que esté ingresada la doctora que la dirige. Pero Dina ha hecho valer su autoridad y ha pedido permanecer en el lugar que conoce.

«Si aquí me ha atacado el maldito meningococo –ha afirmado en un tono impropio de ella–, aquí será erradicado».

Los análisis de sangre siguen siendo problemáticos, y el antibiótico suministrado por el gotero en cantidades considerables ha resultado ineficaz contra la bacteria, que además de agresiva es astuta. De ahí que hayan tenido que ponerle otro antibiótico, más efectivo, y los diez días más de hospitalización han convertido a Luria en un miembro más no solo de la unidad de pediatría, sino del hospital. Ahora que lleva el código de arranque de su coche grabado en la carne y que la barrera del aparcamiento subterráneo se abre automáticamente con el número de matrícula del coche, se ha vuelto un experto en entrar y salir, y en localizar, de día y de noche, plazas de aparcamiento reservadas solo para médicos.

A veces, cuando la paciente se entrega a un sueño prolongado, Luria se quita la mascarilla y los guantes, pero se deja puesta la bata blanca para aparentar que es médico y así poder moverse a placer por las unidades, institutos y laboratorios, e ir conociendo los recovecos y los secretos de ese gigantesco hospital, pues piensa que será bueno adelantarse y grabar en su mente las sensaciones del lugar en cuyas manos dejará su último aliento cuando le llegue la hora, cuando su conciencia se desvanezca definitivamente. Pero esas andanzas no están destinadas solo a asegurarse la paz en sus días postreros, las aprovecha también para comprobar si un hospital israelí, grande y complejo como este, se dedica solo a trasplantes

de riñón, hígado, pulmón y córnea, o si también realiza trasplantes de corazón y, si es así, cuáles son los requerimientos nacionales y económicos en caso de tener que cambiar un corazón defectuoso que ha llegado desde la Autoridad Palestina. En otras palabras, quiere saber si había algo de verdad en la promesa que le hizo un oficial de la Administración Civil a un maestro de pueblo de la gobernación de Yenín, o si solo se creó la ilusión de un corazón nuevo a cambio de una parcela de tierra. Y aunque últimamente se le van borrando las imágenes, una tras otra, aún no se le ha ido de la memoria la imagen de aquella hermosa mujer muerta que, acompañada por las lágrimas de su marido, surgió desde las profundidades de unas ruinas nabateas.

Pero Shibolet, el artífice de la transacción, fue tajante en no desvelar el nombre del hospital que iba a cambiar los corazones y por tanto, a pesar de la importancia del centro médico que Luria está recorriendo ahora, no tiene ninguna certeza de que este fuera el lugar asignado. Y cuando intenta enterarse en algún despacho de si este hospital tiene la capacidad de realizar un trasplante tan complicado, no le dan ninguna respuesta, solo le solicitan un informe médico que explique esa pregunta. «Y, además, ¿quién es usted, señor?, le pregunta con sorna una oficinista, ¿y quién lo ha enviado? ¿Está buscando un corazón nuevo para usted? ¿Es que quiere donar su corazón?».

Así pasan los diez días de hospitalización, en cuya recta final Dina retoma cierta actividad en su unidad de pediatría: se interesa por los resultados de los análisis de los niños enfermos y reparte consejos e instrucciones a los médicos y las enfermeras. Tanto es así que Luria se queja de que su enfermedad se ha convertido en su trabajo. «En ese caso –le sonríe ella con cariño–, ¿por qué sigues dando vueltas a mi alrededor? ¿Qué más estás buscando? Al final, tú también vas a pillar algo malo aquí». Pero Luria se niega a alejarse de su mujer, el temor por su salud no se ha aplacado y, aunque lleva en los bolsillos dos móviles, se empeña en estar a su lado, y más cuando Maymoni, que lo mandó a su casa en un minibús de ancianos seniles, no da señales de vida. ¿Acaso el padre viudo ha logrado entregarse y el túnel se ha desestimado? ¿O tal vez Shibolet ha decidido dejar a los dos ingenieros al margen esa historia?

–¿Por qué no lo llamas? –pregunta Dina.

–¿Por qué yo? –se enfada Luria–. Él sabía que te habían mandado urgentemente a casa porque estabas enferma, y también vio el pánico que

me entró cuando me desapareció el teléfono y perdí el contacto contigo. Entonces, ¿quién debe preocuparse por quién? ¿Yo por él, o él por mí? ¿Quién tiene que llamar? Además, no hace mucho tiempo una señora muy querida me avisó de que mi dignidad es también la suya.

—Es cierto —sonríe sorprendida—, lo dije, pero no vas a ser ahora un devoto seguidor que considera sagrada cada palabra que digo. En vez de andar dando vueltas por el hospital como una peonza, llámalo para que entienda que no hay ninguna razón para prescindir de ti debido a mi enfermedad, y más cuando ya me estoy recuperando. Sería una lástima que se buscase a otro jubilado, un ayudante sin sueldo, pero también sin demencia.

—No lo encontrará —sentencia Luria—, porque solo con demencia se puede justificar la necesidad de un túnel en vez de sencillamente acabar con la colina. Pero si dices que ya no soy necesario aquí, me voy a casa, aunque deberías saber que es un poco cruel decir que estoy dando vueltas como una peonza, cuando lo que hago es vigilar para que tu bacteria no vuelva.

—Oh, perdón, perdón, era una broma. ¿Qué te pasa? Si en vez de posibilitarte un cierto distanciamiento del mundo, una pizca de alienación, tu estado te agudiza la susceptibilidad, sería muy triste. Cálmate, querido, ninguna bacteria va a volver, pero tú sí debes volver tranquilamente a casa. Ahora que tienes dos móviles, yo siento que tengo dos maridos.

—Y los dos con el mismo despiste.

—¿Y qué? —se ríe.

La enfermedad va remitiendo. Si estuviese hospitalizada en una unidad de medicina interna normal, seguro que ya le habrían dado el alta para dejar su cama libre para otro paciente, pero aquí la mantienen ingresada por pura amistad. Dentro de seis meses también ella se va a jubilar, y entonces tendrá que buscarse su propio túnel.

Ahora le llevan la comida y le preguntan a Luria si también quiere una bandeja. De hecho, ¿por qué no? Él levanta la cama de su mujer y deja su propia bandeja al lado de la de ella. El placer que sintió aquella tarde en la que fue metiendo en las fauces de un pajarillo trocitos de pan y tortilla ya no volverá, pero casi toda la comida de Dina sigue aún en la bandeja, así que, solo por no hacerles un feo a los empleados de la cocina, cambia la ración de carne a su propia bandeja.

Son las tres. Se despide, pero aún evita besarla, porque no quiere besar

también a una bacteria. Se quita la bata blanca, que ya ha pasado a formar parte de su vestuario, la cuelga en la percha que está junto a la puerta y baja en el ascensor. En la abarrotada cafetería distingue al delgado joven palestino donante de riñón, que está sentado en un rincón con su taza de expreso. Luria ralentiza el paso. Si ese hombre ha donado aquí un riñón, tal vez se pueda aprender algo de él sobre el tema de los trasplantes, a pesar de sus dudas sobre el cambio de corazones. Se compra un capuchino y va a sentarse junto al palestino, que al instante le reconoce.

—Bueno —se interesa Luria—, ¿cómo va el riñón que le has donado a tu primo israelí?

—Se está destruyendo —responde el joven lisa y llanamente—, es un cabezota que no sabe retener lo que se le da.

—De todas formas —dice Luria, para intentar minimizar el fracaso—, al menos te han pagado, no has dado el riñón solo por altruismo.

—No, perdón —se ofende el palestino—, ha sido altruismo, aunque también han pagado por él a mi padre. Le he dado un riñón que era compatible con él, y yo no tengo la culpa de que el hombre lo rechace y de que ahora esté otra vez conectado a la diálisis. Dígame usted, señor, ¿qué más puedo hacer yo por un primo así? Nada, ¿verdad? Que se busque a otro que le done un riñón, yo ya he donado el mío y no me queda nada más que donar. Ahora, aunque el mismísimo Dios me pidiera un riñón, no se lo daría.

—Claro, claro —afirma Luria—, pero ¿por qué tienes que seguir aquí en el hospital?

—Solo doy vueltas de un lado a otro —responde el joven—, aprendo sobre las enfermedades de los demás. Debido a la donación, han conseguido que la Administración Civil me dé un permiso de tres meses como residente legal. Así que, ¿por qué darse prisa en volver?

Luria mira al chico con simpatía.

—Es cierto —afirma—, después de la donación te mereces un descanso, pero ¿dónde estás viviendo o al menos durmiendo?

—Dígame una cosa, señor —sonríe el palestino con picardía—, ¿es que faltan camas aquí por la noche?

—Es cierto —reconoce Luria—, y más cuando tu hebreo es tan fluido. ¿Dónde lo estudiaste?

—¿Por qué lo pregunta?

—Me interesa vuestro hebreo de allí, en los territorios de la Autoridad

Palestina.

—Ya en la escuela —detalla el palestino—, aprendimos un poco de hebreo junto con el árabe, porque en el pueblo teníamos un buen maestro, que al árabe que enseñaba le añadía también ejemplos en hebreo para que supiésemos cómo discutir con los soldados. Además, cuando uno trabaja con los colonos, pillaba muchas palabras de ellos, porque no tienen ni idea de árabe. Y yo he trabajado varios años en sus aires acondicionados.

—Un momento, ¿quién era ese maestro? —se entusiasma Luria—, ¿cómo se llamaba? ¿Aún sigue dando clases en vuestro pueblo? Y su mujer, ¿qué pasa con ella?, ¿está viva o muerta?

El joven se marea por la ráfaga de preguntas que le lanza el judío.

—¿Por qué? —se sorprende—, ¿a qué viene tanto interés por él? Solo era un maestro que vino desde otro pueblo, cómo voy a saber yo lo que ha sido de él después de tantos años.

—¿Cómo que tantos años? —Luria no afloja—. ¿Cuántos años han podido pasar desde que estudiaste con él?

—¿Cuántos años? —se asombra el palestino—, ¿cuántos años cree que tengo?

Luria lo observa detenidamente.

—¿Diecinueve? Máximo veintitrés.

—¿Veintitrés? —se ríe el chico a placer—. Señor, ¿qué le pasa?, ¿es que no ve que ya tengo más de treinta? Si le parezco tan joven, es solo porque también soy enfermizo, por eso he aceptado vender un riñón, porque ¿cuánto más iba a vivir con él?

Pero Luria no pierde la esperanza.

—De todas formas, seguro que vosotros allí sabéis mucho los unos de los otros, todo se difunde entre vuestros clanes, así que, al menos, dime de qué pueblo llegó ese maestro tuyo.

—¿Cómo lo voy a saber? Ya me había olvidado de él.

—Bueno, ¿y tú? ¿De qué pueblo eres tú?

—Ya se lo dije la otra vez, de Zababdeh, al lado de Qabatiya, un pueblo que no está lejos de aquí, en un día despejado como hoy se podría ver incluso desde la azotea de este hospital.

—¿Desde aquí? —dice Luria, desdeñando esa posibilidad.

—¿Por qué no? —insiste el palestino—. Nosotros estamos muy cerca de

vosotros, todo se toca. Cuando el cielo está limpio como hoy, si subimos a la azotea, podemos, si queremos, trazar la línea del Jordán.

—¿El Jordán? —suelta Luria con desdén—, ¿desde la azotea? Amigo, estás completamente confundido.

—¿Cómo que confundido? —protesta el joven—. Se lo digo yo, si el día está despejado como hoy, se puede ver muchísimo desde la azotea de este hospital.

—Ningún día—sentencia Luria—, ni despejado ni nublado. Escucha, yo conozco muy bien tanto el norte como el centro, he estado en cada agujero de aquí, también he diseñado muchas carreteras, y te digo que no se puede ver desde aquí lo que tú crees.

Pero el palestino insiste.

—No es lo que yo creo, es lo que yo sé que veo. Dígame, señor, ¿quiere apostar?

—¿Apostar? —Luria se ríe al oír la sorprendente propuesta—. Vale, por qué no. Si subimos a la azotea y realmente vemos Samaria y el Jordán, te compro en esta cafetería un menú completo.

—No me compre ningún menú —se indigna el palestino—, yo no necesito favores así de usted, mejor pongamos aquí en medio cien shekels, ¿o es demasiado dinero para usted?

—Cien shekels no son nada para mí —afirma Luria con arrogancia—, si me demuestras que se puede ver desde aquí aunque solo sea el extremo de tu pueblo, te daré cien shekels y, si yo llevo razón, tú me darás solo un shekel, simbólico. Pero seguro que es ilegal andar por la azotea.

—Si es posible, ¿por qué no va a ser legal? —sentencia el palestino—. Lo único es que, como usted ya no es joven, tendrá que tener cuidado de no caerse desde allí.

—¿Por qué me voy a caer? —dice Luria.

—Realmente no tiene por qué caerse. Pero aún no me ha dicho qué está haciendo usted en el hospital, qué enfermedad tiene. ¿O solo se está haciendo pruebas?

—Estoy aquí por mi mujer, que es jefa de pediatría, y ha pillado una bacteria muy agresiva de un niño enfermo que le trajeron precisamente de donde vosotros, de vuestra Autoridad Palestina, y por eso sus compañeros la han ingresado, pero ya se está recuperando.

—Si ella es paciente y además médica aquí —dice el palestino,

incorporándose y apurando la última gota de café—, entonces seguro que le permiten a usted, como marido suyo, observar el mundo desde la azotea para que vea que yo no hablo por hablar.

El joven conduce a Luria por unos anchos pasillos desde el edificio principal hacia otro edificio inmenso, desconocido. En su amplio vestíbulo hay varios pares de ascensores, pero el palestino no les presta atención y dirige al israelí hacia un largo pasillo, en cuyo extremo hay varios aseos tras los que se oculta un ascensor de servicio.

—Le convendría pasar ahora —aconseja el joven al jubilado—, porque, si lo necesita en la azotea, allí no se las podrá arreglar.

A Luria le impresiona la refinada forma de expresarlo.

—Gracias, llevas razón, pero dime cómo te llamas.

—Aladín —dice el chico.

—¿Y qué significa?

—Es del libro *Las mil y una noches*, seguro que ha oído hablar de él. El protagonista de uno de los cuentos se llama Aladín, es un protagonista importante.

Luria está satisfecho.

—Es un nombre clásico, el libro no recuerdo si lo he leído, pero el nombre resulta familiar incluso para alguien que no es árabe exactamente. Entonces, Aladín, espera por favor hasta que yo, que me llamo Zvi, salga.

Cuando sale, ve que Aladín está luchando con la puerta del ascensor para que no se cierre. Es un ascensor rudimentario, un ascensor de carga, con el suelo y las paredes de hierro y sin ningún espejo, ni siquiera uno pequeño. Aladín no pulsa el botón del último piso, sino del anterior, el piso veintiuno, porque sabe que desde allí sale un camino seguro que conduce a la azotea. «No hay duda de que el joven de las mil y una noches conoce el camino —se dice Luria—, y quién sabe si no me va a tumbar bajo el cielo raso para extraerme un riñón y recuperar así lo que ha donado en vano». El estruendo de los gigantescos aparatos de aire acondicionado ya llega hasta ellos, pero aún no se ven montañas ni valles, solo estrechas sendas entre los paneles solares y las antenas que están diseminados por la inmensa azotea, y lo que les rodea es un paisaje evidentemente urbano de calles y bloques de viviendas, con tan solo unos pequeños pedacitos de verde. Pero Aladín enfila hacia un extremo de la azotea, hacia una esquina donde, de repente, el denso paisaje urbano se desvanece, y se extiende un gran espacio que la

vista alcanza en toda su extensión. Suaves colinas, montañas boscosas, tejados rojos de asentamientos, cubos amontonados de aldeas y pueblos de donde despuntan minaretes y cúpulas de mezquitas. Un agradable sol invernal cubre el paisaje con una bóveda de resplandor azul, y un vapor etéreo y rosado envuelve el paisaje pastoral con una compacta calma que jamás se podría partir por la mitad. Luria está impresionado por la prueba definitiva que le brinda el paisaje y ya va a sacar su cartera para saldar la deuda, pero entonces se acuerda del río Jordán.

—Allí, señor —grita el joven con emoción, señalando el horizonte lejano—, observe bien, el Jordán está allí, solo que seco, porque le quitaron el agua y solo le ha quedado el nombre.

Luria se ríe. «Está completamente loco el palestino este». Y saca de la cartera el billete parduzco con el retrato del presidente Ben Zvi.

Pese al estruendo de las hélices del aire acondicionado, el jubilado consigue captar que uno de los móviles insiste en localizarlo. Y antes de que Maymoni abra la boca, Luria dice todo indignado:

—¿Qué pasa, Asahel? ¿Qué te ha ocurrido? ¿Cómo has podido desaparecer así? No eres capaz de entender que mi mujer se ha puesto muy enferma y la han ingresado y que, por eso, no me aparto de su lado. ¿Acaso crees que por meterme en un minibús de ancianos seniles me he vuelto insignificante?

Maymoni se disculpa. No suponía que la enfermedad fuese tan grave, y tampoco sabía que Luria había adquirido un móvil nuevo. También él ha pasado unos días muy difíciles. A la joven, Ayalá, la han echado de la Universidad Sapir, y el padre ha intentado otra vez entregarse.

—Pero, Zvi, ¿dónde estás? Suena como si estuvieses en un globo aerostático, oigo fuertes vientos a tu alrededor.

—No —se ríe Luria—, solo estoy contemplando el paisaje desde la azotea del hospital.

—Bueno —dice Maymoni con determinación—, tenemos que vernos, porque el ejército ya está presionando con el asunto de la carretera, solo dime donde está ingresada tu mujer y voy directamente para allá.

—No, Maymoni, no te lées ahora con hospitales, a Dina le darán el alta mañana o pasado, así que puedes ir a vernos a casa. Recuerdas la dirección, ¿no?

—Claro, en la vieja zona norte, solo recuérdame el nombre de la calle.

Pero Luria, a quien de repente se le ha vuelto a borrar su dirección, intenta disimular.

—¿Es que ya has olvidado el nombre de la calle?

—Sí, no —se lía Maymoni—, recuerdo que era al lado de Basel, el nombre de algún rabino.

—Exacto —dice Luria—, el nombre de un rabino.

—Pero, ¿qué rabino? ¿Eybeschuts? ¿Emden?

—Exacto —murmura Luria—, adivina cuál de los dos.

—¿Adivinarlo? —se sorprende Maymoni—, ¿qué te pasa? Dime el nombre, ¿Eybeschuts o Emden?

—Algo así —se defiende Luria.

—¿No era Emden? —dice Maymoni, perdiendo los nervios.

—Exacto, Emden —afirma Luria con alegría.

—¿Y el número?, porque te recogí en la calle.

—Sí, afirma Luria, me recogiste en la calle.

—Entonces, ¿cuál es el número? —grita Maymoni—, ¿el tres o el cinco?

—Exacto —Luria se encoge de pavor—, tres o cinco, cuando entres en la calle enseguida lo verás.

Maymoni se siente impotente ante el colapso de la memoria de su ayudante sin sueldo.

—Vamos, Zvi —grita—, ¿qué te pasa?, ¿el tres o el cinco?

Luria responde desesperado, sintiendo que el vapor rosado del paisaje de Samaria se introduce en su cabeza:

—Exacto, el tres o el cinco, cuando entres en la calle ya lo verás por los nombres de los buzones, solo acuérdate de que estamos en el último piso, en el ático.

Maymoni

Maymoni tendrá que esperar una semana entera hasta que le den la señal de que puede realizar la visita a la familia Luria. Dina se dio de alta a sí misma dos días después de la conversación telefónica desde la azotea, pero, al regresar a casa, sintió que aún necesitaba reposo y, desde el sofá del salón, frente a la pantalla del televisor, empezó a indicarle a Luria cómo sacar el piso de caos en el que estaba y convertirlo en un lugar digno de recibir a una visita que nunca había estado allí. Luria ha ido dos veces a por flores, y del supermercado ha llegado un pedido con alimentos y productos de limpieza. Aunque todo va como es debido, y la lucha conjunta contra la bacteria no ha hecho más que añadir ternura a su amor y aumentar la confianza mutua, Luria aún no le ha contado a su mujer lo de la excursión a la azotea de su hospital para rebatir a un joven palestino enfermizo, con un solo riñón, que sostenía que este país es pequeño y compacto.

La prevista visita de Maymoni, eso espera Luria, permitirá al joven ingeniero explicarle a Dina, con sus palabras y en sus términos, la necesidad humana e incluso moral del túnel que su marido va a ayudar a diseñar y a presentar a las autoridades para su aprobación. Hasta ahora, Luria le ha ocultado a su mujer la historia de los que residen en la colina. A decir verdad, ahora que la demencia está escarbando ya en su interior, teme que su mujer le prohíba formar parte de semejante enredo identitario. Ella aún no entiende la naturaleza interna del túnel, del que su marido se ha convertido en uno de los protagonistas, y habla de él de forma contradictoria: a veces lo ve como un capricho fantasioso de Maymoni, para el que sin duda no encontrará financiación, y otras veces, sobre todo desde que se manifestó su enfermedad, lo ensalza como un reto intelectual que ayudará a su marido en su lucha por mantenerse lúcido. Ella considera que un túnel en el centro de un cráter tan famoso es una terapia ocupacional para un cerebro que se va deteriorando. Ya en la primera visita al neurólogo, para fortalecer un poco la dignidad de su marido, fue ella quien mencionó los dos túneles excavados en la autopista 6.

Así pues, aunque Dina quiere posponer la visita de Maymoni al menos

hasta que la asistente vaya una vez más a limpiar la casa, Luria reclama invitarlo ya, aunque solo sea pensando en el Ministerio de Defensa, que está sorprendido por el retraso que lleva el proyecto de la carretera.

Maymoni llega a primera hora de la tarde con un ramillete de flores. La cena ya está lista y, entre los panecillos, las pitas, los quesos y las ensaladas dispuestos sobre la gran mesa de mármol de la cocina, también resplandecen los dos móviles nuevos de Luria, no solo para que el joven ingeniero añada el número del segundo móvil a su lista de contactos, sino también para insinuarle que, si en el futuro se le vuelve a perder el móvil, el jubilado se controlará y no lo fastidiará con su histeria.

A Luria le parece que Maymoni ha envejecido un poco desde la última vez que se vieron. Parece tenso, y su mirada inquieta recorre el bonito ático sin un solo elogio. Su impresionante barba se ha deteriorado y ya no es una barba cuidada y tupida, sino una rala en la que brillan algunas canas. La primera pregunta de Luria se refiere, por tanto, a la barba.

—¿Qué le ha pasado? Dijiste que a tu mujer le gustaba.

—¿Le gustaba? —se sorprende Maymoni—. Eso es mucho decir, pero al menos no se oponía a ella. Pero tu pregunta es acertada, hace unos días decidí afeitármela, pero a la mitad me dio pena, así que me ha quedado en la cara el legado de Arafat a la civilización occidental.

—¿El legado de Arafat a la civilización occidental? —se asombra Dina.

—Exacto, la descuidada barba de varios días de Arafat, una barba de eterno refugiado, se convirtió tras su muerte en la última moda entre los jóvenes de toda Europa.

—Es la primera vez que oigo una explicación tan extraña sobre esa barba de varios días tan de moda —se ríe Dina—. También Yoav, nuestro hijo mayor, quería dejarse barba, pero su mujer la vetó. No creo que Arafat haya sido nunca su modelo.

—No de forma consciente —salta enseguida Maymoni—, pero, en mi opinión, ese es el origen oculto. Desde que el viejo harapiento con la pistola al cinto apareció en el estrado de la Asamblea de la ONU, los jóvenes lo siguieron.

—No es posible, son solo fantasías...

—Basta, Dina —la interrumpe su marido—, no te tomes en serio esa teoría, ha debido de ocurrírsele porque en nuestra carretera militar hay un

problema con unos extraños refugiados que están atrapados en la colina. Por eso hay que horadarla y construir un túnel.

—Entonces, ¿el túnel es por eso? —grita decepcionada—, ¿por unos cuantos refugiados?

—¡No solo por ellos! —se apresuran a afirmar los dos como un solo hombre—, ¡no solo por ellos!

Pero la doctora, que comprende que su marido le ha estado ocultando una parte importante de lo que ha hecho en el desierto, no se conforma con una respuesta banal, aunque sea una respuesta unánime, y exige una explicación detallada. Y Maymoni, para sorpresa del anfitrión, empieza por el principio, es decir, por el campamento de reclutas. Allí lo maltrató un jefe de batallón llamado Shibolet, que nadie sabe si es su nombre o su apellido. Y ese capitán se convirtió con los años en teniente general y luego en oficial de la Administración Civil de Cisjordania, cuya función es mantener la ocupación. Y, mientras tanto, había una hermosa mujer de la gobernación de Yenín, cuyo corazón se iba debilitando, hasta que se propuso trasplantarle el corazón a cambio de un terreno muy deseado, pero mientras aguardaba un nuevo corazón, no resistió más y falleció.

—Por eso, Dina —dice Luria, interrumpiendo el relato—, te pregunté si en vuestro hospital trasplantan también corazones y, aunque estuve dando vueltas como una peonza, no conseguí una respuesta clara por tu parte.

—¿Por qué dar tantos rodeos? Seguro que Maymoni sabe en qué hospital estaba siendo atendida y te lo puede decir.

—No —dice Maymoni—, no lo sé, ese es otro de los muchos secretos que Shibolet se guarda para él. Tampoco está dispuesto a revelar el nombre del pueblo del que procede la familia, ni los nombres originales del padre y de sus hijos. Ellos ya han cambiado sus nombres por otros hebreos. Porque no olvides que también él, el oficial, se vio enredado en la historia y, mientras se iba enredando, también empezó a tener otras intenciones.

—Pero ¿quién te obliga a participar en las fechorías de un oficial de ocupación así? —salta la anfitriona con aplastante lógica—. Si tu obligación es diseñar una carretera militar, por qué, por una extraña familia de refugiados que ha invadido la cima de una colina, tienes tú que perforar un túnel, en lugar de, por ejemplo, sortearla simplemente. En nuestras excursiones Zvi me mostraba cómo sus carreteras habían logrado sortear obstáculos naturales en vez de empezar a luchar con ellos.

Una sonrisa brilla en el centro de lo que queda de la barba de Maymoni. La necesidad del túnel se la explicará, mejor que él, el perspicaz ayudante que ella misma le ha endosado.

Pero Luria propone una pausa, y dejar las explicaciones técnicas para después de cenar. Se levanta para encender el fuego y calentar la *shakshuka* donde flotan seis yemas de huevo. Pero a su mujer le puede la curiosidad.

—Un momento, Zvi, ¿qué es tan complicado de explicar?

Y entonces, en un arrebato, su marido comienza a transformar la mesa de mármol blanco de la cocina en una maqueta del cráter de Mitzpe Ramon. Primero junta todas las rebanadas de pan integral en un montón, que va a representar la colina. En la cima clava con ayuda de un palillo un dado de queso curado, simbolizando las ruinas nabateas, y alrededor coloca tres aceitunas negras: el padre, el hijo y la hija, palestinos de Cisjordania cuya identidad es confusa. Cuando termina de construir la colina, recoge todos los tenedores y cuchillos y, con ellos, traza la autopista 40, empezando por un extremo de la mesa, es decir por el hotel Bereshit, a través de las curvas de Maale Haatzmaut, hasta la salida sur del cráter, hacia Maale Afor. Y ahora le llega el turno a la carretera militar, que aún es un futurible, y por eso va bien simbolizar con un tomate ardiente y jugoso la bifurcación donde la carretera militar se separará de la civil, mientras que la futura carretera, por el momento, será una hilera de cacahuetses que se dirigen hacia el este, hacia la frontera con Egipto.

Cuando la maqueta está clara, le llega el turno al intelecto y a la imaginación, y Luria enumera ante su mujer las desventajas del tomate en el lugar en el que está puesto, entre la carretera de tenedores y cuchillos y la carretera de cacahuetses. Porque allí el campo visual de los que salen y entran es muy reducido y, por tanto, esa bifurcación será un punto de concentración de accidentes, sobre todo para aquellos conductores que disfrutan adormilándose mientras vuelan por el desierto. Y más cuando precisamente alrededor de esa bifurcación hay un persistente y extraño vacío de comunicación que ninguna antena móvil es capaz de subsanar. Así que, si se produjese un accidente en la entrada o la salida de la autopista 40, ¿cómo podrían pedir ayuda? Así pues, prosigue Luria con la seguridad de un jefe de ingenieros, para acabar con las desventajas de esa bifurcación, hay que desplazarla, y coge el tomate y lo pone con cuidado frente a la colina de rebanadas de pan, que realmente, Dina, si se quiere, se puede

eliminar con ayuda de una potente excavadora, que deshace montañas y rompe rocas, pero como las tres aceitunas han encontrado refugio precisamente en la cima de la colina, el antiguo jefe de batallón obliga a su cadete, que por alguna razón aún tiembla en su presencia, a horadar la colina y construir un túnel, en vez de sencillamente demolerla. Así, Dina, mira, y Luria coge un cuchillo afilado y largo y lo introduce con cuidado en la colina de rebanadas de pan hasta que brilla por el otro lado.

OceanofPDF.com

Universidad Kibbutzim

Menos mal que los Luria han preparado una cena en toda regla y no solo un picoteo informal, porque Maymoni ha llegado a su casa hambriento y esperando encontrar una hospitalidad digna de los anfitriones. Al darse cuenta del tremendo apetito de su invitado, ellos se ha conformado con una *shakshuka* de una sola yema cada uno, mientras que en el plato del invitado han puesto dos soles, y acto seguido, sin preguntarle, le han servido los dos que quedaban.

—Sí —dice el joven, algo abochornado—, en vuestra casa todo está buenísimo, y además he venido muerto de hambre directamente desde la reunión con el nuevo presidente, que finalmente ha ocupado su puesto, porque el anterior lleva una semana detenido. Imaginaos, durante cuatro horas ese fanfarrón no le ha permitido a nadie abandonar la reunión, hasta que aclarásemos las causas de la corrupción en la oficina y, como primera medida contra la corrupción, solo ha permitido que hubiese en la reunión botellas de agua mineral y palitos salados. Así que comprenderéis que devore todo lo que me servís, no quiero ni pensar lo que diréis cuando me vaya.

Sus anfitriones lo tranquilizan, al contrario, es gratificante y halagador que el invitado coma con placer. Y ya están abriendo el frigorífico y la despensa para ver qué otras cosas pueden preparar.

—Luria, los buenos tiempos han pasado —suspira Maymoni—. El nuevo presidente exige estar informado también de los detalles de los proyectos para el ejército y, sobre todo, exige que se terminen rápidamente para poder encargarme nuevas tareas. Así que, amigo ayudante sin sueldo, ahora que tu mujer se ha recuperado y ha vuelto a casa, tengo que reclutarte para preparar el proyecto final de la bifurcación y de la carretera, y con modestia y humildad presentaremos una propuesta barata para el túnel, y esperemos que el jefe de contabilidad se apiade de él, a pesar de que en el fondo también él es un delincuente, aunque sabe cómo escabullirse de la policía.

—¿Quieres llevarme otra vez al cráter?

—No, Zvi, para ti los viajes al cráter se han terminado. El proyecto lo

haremos ya en mi despacho, que era el tuyo. Tengo un magnífico programa de ordenador que saca un trabajo limpio y rápido.

—Pero yo no lo conozco.

—Te harás con él sin problemas. Ya he visto —dice dirigiéndose ahora a la doctora, que no aparta la vista de él— que la demencia de la que habláis es activa solo cuando él está en lugares abiertos, en espacios naturales, cuando el sol aprieta o cuando el cielo está oscuro y hay pocas estrellas, pero, cuando se encuentra en un lugar cerrado y conocido, está equilibrado y razona perfectamente. ¿No estás de acuerdo?

Ella escucha con una sonrisa esa observación hecha con tanta seguridad.

—Aún hay que corroborar tu tesis —duda ella—. Qué le vamos a hacer, cuarenta y ocho años de matrimonio aún no me bastan para expresar una opinión clara sobre la naturaleza cambiante de mi marido.

Los tres se ríen.

—Resumiendo —concluye Maymoni—, pasado mañana a las seis de la tarde, cuando todos se hayan marchado, ven al despacho y comenzaremos a trabajar.

—Pero ¿por qué por la tarde? ¿Por qué a las seis?

—Porque es preferible que el nuevo presidente no sepa que me he agenciado a un desconocido que campa a sus anchas por la oficina.

—¿Cómo que desconocido? —protesta Dina—. Zvi es el antiguo ingeniero jefe de la brigada septentrional.

—Claro, claro, y en la oficina hay varios empleados que aún recuerdan quién era, pero tenéis que comprenderlo, ese hombre es muy estricto, ¿por qué voy a complicarme las cosas con él por una tontería?

—Llevas razón, Maymoni —farfulla Luria con ironía—, no te conviene complicarte las cosas con el presidente por una tontería como yo. Es preferible que sigas alimentando el miedo que le tienes, porque dentro de poco, cuando se termine la carretera, Shibolet saldrá de tu vida y tendrás que darte prisa en buscarte un nuevo Shibolet que te haga temblar.

Sorprendentemente, Maymoni no se ofende, solo sonríe.

—Basta, Zvi, no sigas, tú no puedes entender lo que está ocurriendo en Netivei Israel. No solo han detenido al anterior presidente, también han detenido a varios altos cargos, y algunos, créeme, por tonterías, así que por qué enfrentarse a alguien que está buscando contra quién levantar el látigo.

Pero si te cuesta conducir de noche, encontraremos la forma de pagarte un taxi.

–No tengo ningún problema en orientarme en la oscuridad –afirma Luria–, y el tatuaje del código de arranque también me da más confianza.

Maymoni quiere ver el tatuaje y, al tocarlo, le sorprende que no se note ninguna rugosidad. Está satisfecho.

–Y también tienes otro móvil, así que estás a salvo ante cualquier eventualidad.

Antes de despedirse, añade a los contactos de su móvil el número del segundo móvil con el nombre Luria 2.

De repente, Luria lamenta no volver al desierto, que solo se vaya a quedar sentado frente a una pantalla de ordenador, pero no dice nada, mientras que Maymoni le pide permiso a la señora de la casa para salir a la azotea a comprobar qué se puede percibir del mar desde ahí.

–No mucho –dice ella–, pero entre las torres aún quedan algunas franjas azules que calman las almas inquietas.

Luria tiene los puños apretados y los ojos cerrados, está intentando recordar algo, pero solo cuando Maymoni se dirige hacia la puerta de salida, salta.

–Un momento, antes de irte, dime qué pasa con esa tal Hanadi.

–¿Hanadi? –pregunta su mujer sorprendida.

–Sí, Hanadi –insiste Luria–, la chica, la hija, la joven palestina de esa desdichada familia.

–Ayalá –dice Maymoni, aferrándose al nombre hebreo, y de repente se pone rojo como un tomate–, hay nuevas complicaciones, ya te lo contaré.

Pero Luria exige una respuesta.

El invitado elige con cuidado sus palabras, sobre todo porque la señora de la casa está escuchando atentamente.

–Ha pasado lo que era de esperar. En la Universidad Sapir, aunque caía muy bien, pues es difícil que no caiga bien una joven tan encantadora que, además, ha conseguido tener buena relación con otras jóvenes, y no precisamente beduinas, que también estudian allí, sino judías, bueno, pues allí, en la secretaría, aunque Shibolet ha pagado por adelantado la matrícula de todo el curso, no han podido seguir obviando el hecho de que no logra presentar ninguna documentación en lugar del carné de identidad que, al parecer, ha perdido. El principal problema estaba en la residencia de

estudiantes. El número de plazas es limitado y, sin un documento claro que certifique que es ciudadana israelí, no le permitían seguir viviendo allí. Es verdad que, con la cantidad de dinero que aún está depositada en manos de Shibolet, se le podía alquilar una habitación en casa de una familia en Sderot, pero Shibolet temía que una familia judía la descubriera rápidamente si, supongamos, la oía hablar en árabe en sueños y, por tanto, había que encontrar otra solución.

—Un momento —dice Dina, perdiendo la paciencia—, ¿de qué estáis hablando?

—Te lo contaré todo, te lo explicaré cuando se vaya, pero ahora déjale terminar la historia.

—Al principio, Shibolet quería que volviese un tiempo a Mitzpe Ramon, donde podría ir alternando entre su piso y la colina de su padre, pero yo me opuse, porque así la aislaría del mundo, y dije: «al contrario, trasladémosla desde la periferia al centro», y conseguí encontrarle plaza en la Universidad Kibbutzim, aquí, en Tel Aviv. Allí hay una escuela de artes escénicas con una titulación en interpretación, y el ambiente es cordial, abierto, con el viejo espíritu del movimiento laborista. Una izquierda amable e ingenua que acepta a las personas tal y como son, sin hurgar demasiado en sus raíces.

—Pero ¿cómo se te ocurrió de repente la idea de matricularla en una escuela de artes escénicas?

—Os voy a contar una pequeña historia —sonríe Maymoni con alegría—. Después del servicio militar, yo quería ser actor, y empecé a estudiar interpretación, pero enseguida me di cuenta de que no era una carrera fácil y que daba pocos ingresos. Además, también podía aplicar mi talento interpretativo en profesiones más estables y lucrativas, como la abogacía, o trabajando en una empresa gubernamental.

Luria se inquieta con la información recibida sobre Hanadi, y quiere indagar.

—¿En la Universidad Kibbutzim hay residencias de estudiantes?

—Puede que sí, no lo sé. Shibolet y yo no hemos querido seguir complicándonos con las residencias de estudiantes, pues la joven no tiene ningún documento identificativo, así que sencillamente la hemos alojado en la casa de mi padre. Como sé que la vecina de mi padre solía husmear por la casa y tenía la mala costumbre de pasar directamente desde su jardín al de

mi padre, sin llamar a la puerta principal, he decidido contarle toda la verdad sobre la nueva inquilina y pedirle que mantenga la boca cerrada. Nuestra Hanadi al final le ha caído en gracia, y ella le proporciona un cobijo agradable y a veces hasta le lleva comida. Por el momento, la solución está funcionando, su hermano ha podido visitarla, y también Shibolet ha inspeccionado el lugar y, por supuesto, también yo voy de vez en cuando para asegurarme de que no esté demasiado sola por las tardes. Tal vez algún día, ya veremos, incluso llevemos a su padre a hacerle una visita, cuando el hombre empiece a temerle menos a la realidad.

OceanofPDF.com

Y de nuevo el antiguo despacho

Muy lentamente y con altibajos continúa la recuperación de la doctora. De vez en cuando le sube la fiebre medio grado y la debilidad le hace querer irse a la cama. «Esto ya no es la bacteria –se burla Luria–, sino los niños que ha engendrado dentro de ti y, hasta que no acabes también con ellos, no volverás a ser tú misma». De la unidad de pediatría llaman para preguntar por su salud, y a veces también para dar informes y recibir ideas. De momento, el joven médico que heredará su puesto va asentando su posición y su autoridad, y ella lamenta que el momento de la jubilación esté ya tan cerca.

–También mi túnel se está terminando –intenta animarla su marido–, y ya no conseguiré un túnel nuevo, así que, cuando los dos estemos libres, podremos disfrutar más.

–¿Disfrutar? ¿De qué? –pregunta, y en sus gafas brilla una ligera ironía–, ¿de tu demencia?

–Por ejemplo. Porque, ¿qué sabemos nosotros de lo que puede estar tramando aún? Pero, entre tanto, no seas desagradecida. Por el momento soy yo quien está cuidando de ti, y no tú quien cuida de mí.

–Es cierto, pero tú también puedes perderte.

–¿Dónde? ¿En un país tan pequeño?

–No es tan pequeño como parece en el mapa. De igual, Zvi, en el fondo eres una persona estable, y ahora que Maymoni no pretende llevarte más al desierto, sino solamente dejarte en el despacho, estoy tranquila.

En efecto, Luria llega ahora a su antiguo despacho para la primera cita de trabajo al atardecer. Casi todos los empleados se han marchado y en el aparcamiento es fácil encontrar sitio cerca de la puerta, para entrar directamente y a escondidas en el ascensor y subir al despacho desde el que durante tantos años dirigió una sección entera. La luz está encendida y la puerta abierta, y hasta la pantalla del ordenador está iluminada y lista para trabajar, solo falta Maymoni. Luria entra, pero no se sienta, porque ahora tiene ocasión de examinar en profundidad lo que ha cambiado y lo que no.

En un armario de hierro que se ha incorporado a la habitación hay nuevas

carpetas de un estilo diferente, y sobre la estantería, junto a la ventana, hay diminutas réplicas de nuevas excavadoras y apisonadoras al lado de las viejas réplicas, que permanecen en su sitio. Hay un gran calendario colgado en la pared y, entre los pechos de la modelo, despunta ya el mes de abril. Sobre un panel de corcho, junto al calendario, hay dos magníficas fotografías de los mellizos, un niño y una niña. En la primera fotografía aparecen de recién nacidos y en la segunda, en edad preescolar. Desde entonces han crecido. Luria los recuerda a ambos en la cocina del abuelo, cuando este acababa de fallecer, esperando a que Hanadi les preparase la cena, pero no hay fotografías actualizadas de ellos, y tampoco hay fotos de su madre, ni de su padre, como si el espíritu santo los hubiese traído al mundo.

Se alegra al ver que sigue colgada en el despacho la fotografía del segundo presidente, Yitzhak Ben Zvi, delgado, con un traje algo desgastado. Aunque era socialista y líder de la clase obrera, no sintió la obligación de fotografiarse con el cuello desabrochado y se puso una corbata. Una persona modesta, cuyo hijo menor murió al comenzar la guerra de la Independencia. Milagrosamente, Luria aún conserva en la memoria el nombre que Yitzhak Ben Zvi le puso a su hijo, Eli, como el nombre del sacerdote de Silo cuyos hijos se corrompieron en cuanto los ojos del padre se apagaron. Luria da un pasito hacia la fotografía con el cristal polvoriento y rajado. Hace dieciocho años, cuando esa gran habitación le fue asignada como despacho, el presidente Ben Zvi ya descansaba en la tierra desde hacía casi cuarenta años. Sin embargo, y no por indiferencia a los símbolos de la autoridad, Luria ordenó que no cambiasen su fotografía por la del presidente que ocupaba el cargo en esos momentos. Como le dijo en su día a Maymoni, lo dejó frente a sus ojos como una especie de talismán contra la corrupción o las tentaciones que pudiesen acecharle como jefe de departamento. Aunque, ¿qué tentaciones podían acechar al nuevo jefe cuando pasó todos los asuntos económicos y financieros a manos de su subalterno, Tzaji Divón? Otra tentación, no económica, se presentó en forma de una hermosa ingeniera, ayudante y secretaria, que al incorporarse al trabajo se apresuró a notificar su reciente divorcio, tal vez para que él entendiese que estaba disponible. Sin embargo, cuando el deseo se disparaba mientras ella le presentaba proyectos de carreteras y bifurcaciones, Luria alzaba rápidamente la vista hacia ese

hombre que, pese a ser el único de todos los presidentes de Israel que había sido elegido tres veces para la presidencia, no perdió nunca ni una pizca de humildad.

Cuando Maymoni regresa al despacho y ve que su jubilado está inmerso en sus pensamientos ante la polvorienta fotografía enrojecida por la luz del ocaso, se pone a silbar para no asustar a Luria.

—He ido a por la llave que me he dejado en el coche, una copia que he hecho para ti, y he dejado el despacho abierto y con la luz encendida para que no pensases que me había olvidado de ti.

—¿Cómo te ibas a olvidar de mí si ni siquiera yo lo he hecho aún? Ya veo que el despacho sigue igual que estaba, así que me resultará fácil aclimatarme. Y gracias otra vez por no quitar de aquí a Ben Zvi, a quien con el paso de los años empecé a considerar como uno más de la familia, un abuelo o un tío. Lo has dejado, recuerdo que me lo explicaste, por su descabellada idea de que los palestinos son judíos que olvidaron su identidad. Israelitas que permanecieron fieles a esta tierra, a pesar de verse obligados a convertirse al Islam.

—Exacto, y no solo era una idea suya, sino también de Ben Gurión.

—También Ben Gurión tenía muchas fantasías.

—Luria, no menosprecies las fantasías que pueden dar esperanza. Cuando me asignaron este despacho, yo no sabía nada sobre Ben Zvi, no olvides que soy casi dos generaciones más joven que tú, así que pensé que, antes de librarme de la fotografía, convenía enterarse de por qué se clavó aquí a un presidente que llevaba tanto tiempo muerto, en vez de un presidente más reciente o al menos algún primer ministro, y entonces descubrí en internet cuánto apreciaba Ben Gurión a Ben Zvi. Y también leí lo de sus fantasías compartidas, o, de hecho, ilusiones. ¿Qué hay de malo en esa fantasía, según tú?

—No hay nada malo, pero es absurdo. Porque llegaron a esa idea no mediante el conocimiento o la investigación, sino por desesperación, porque se dieron cuenta de que eran sionistas solitarios, que no tenían detrás un pueblo real. Y aunque en eso de una madre histórica hubiera algo de verdad, ¿quién podría convencer a los palestinos de que vuelvan a sus raíces judías?

—Es cierto, ¿quién? —suspira Maymoni—. Cuando le conté a Ayalá esa idea del segundo presidente, se echó a reír.

—Hanadi.

—Vale, Hanadi. Y para que ella comprenda que no es un juego, sino una idea seria, tengo que llevarme esta fotografía y colgarla en casa de mi padre, en el dormitorio, al lado de una fotografía mía que hay allí. A lo mejor este amable e ingenuo presidente puede convencerla de que hay esperanza. Aunque en el fondo llevas razón, es una esperanza perdida, así que, al menos veamos cómo podemos sacar del ordenador no solo la carretera, sino también el túnel.

Maymoni enciende otra luz y abre el nuevo programa, que, aunque es complejo de manejar, consigue resultados fantásticos. Pero al jubilado le cuesta seguir las rápidas explicaciones del joven, y dice:

—Escucha, a lo mejor es solo cansancio, pero es imposible que yo llegue a manejar algo tan moderno, así que es mejor que yo hable y tú teclees. Lo primero que tenemos que hacer es señalar el final, el extremo final de la carretera, que de hecho es la única exigencia que te ha hecho el ejército, y a la que te has comprometido. Y después de señalar el extremo final en el mapa que has abierto en la pantalla, si tu programa es realmente tan sofisticado, tal vez también pueda encontrar a su lado a la zorra que devoró el móvil.

Maymoni se divierte, y de la impresora de última generación sale en silencio la primera hoja con el mapa del cráter con sus auténticos colores, y el punto final de la futura carretera señalado en color azul.

—Ahora que el objetivo está claro —prosigue Luria—, debemos volver atrás, a la autopista 40, a esa bifurcación que teóricamente parece acertada y conveniente. Sin embargo, nosotros dedicaremos una página entera a exponer sus defectos. ¿Te acuerdas? Un limitado campo de visión tanto para los que vienen del norte como para los que vienen del sur, sobre todo para aquellos conductores a los que el desierto les da licencia para volar; y también es una bifurcación, por lo que parece, que no da suficiente margen de reacción a los militares despistados que lleguen conduciendo por la carretera militar para incorporarse a la autopista 40; y eso no es todo, el verdadero peligro está en el vacío electromagnético que descubrimos allí, porque casi todos los accidentes se producen en las intersecciones y, si no se puede pedir ayuda inmediata desde allí, la sangre de los muertos y los heridos caerá sobre la conciencia de los que la han diseñado. Por cierto,

sería interesante saber si tu nuevo programa es capaz de procesar un vacío en las comunicaciones.

—Es capaz de procesar todo lo que quieras —confirma Maymoni orgulloso.

—Pero, un momento, Asahel —grita el jubilado—, ¿qué le ha pasado a tu barba? ¿Dónde está?

A Maymoni le divierte el alarmismo del jubilado.

—Por fin te has dado cuenta, ya me estaba ofendiendo que no te percataras de que no está. Sí, querido Luria, qué le vamos a hacer, la barba estaba en un estado tan lastimoso que hasta Arafat se habría avergonzado de ella, así que decidí acabar con el espectáculo, tres minutos de afeitado cada mañana no son el fin del mundo.

Pero Luria se lamenta por la barba.

—Qué pena —dice—, dijiste que a tu mujer le gustaba mucho.

—¿A mi mujer? Para nada, ya te lo dije, ella, como mucho, la soportaba. De todas formas, me agrada que lamente su pérdida, tal vez algún día me la vuelva a dejar en tu honor.

Continúan trabajando, y todo lo que eran defectos en la primera bifurcación se convierten en virtudes en la segunda, aunque delante de ella se levante la colina, marcada con un pequeño triángulo, y Luria aconseja indicar como de costumbre solo la altura total de la colina sobre el nivel del mar, y no la altura relativa, bastante escasa, desde la llanura en la que se alza. Pero, de repente, Maymoni salta de la silla al oír la melodía del móvil que sale de su bolsillo y se va rápidamente al pasillo para mantener en privado la conversación.

Y no es corta. Al otro lado de la línea debe de haber alguien que necesita consejo o incluso consuelo. Como Maymoni intenta que no se le oiga, Luria se esfuerza en captar sobre todo el tono de la voz que llega desde el pasillo, el tono paciente y suave de una voz que repite, entiendo, claro que estoy escuchando, todo es importante para mí, perfecto, y también dice, no, no hay nada que temer, y aunque Luria no está seguro de tener la suficiente experiencia como para interpretar los retazos de conversación del joven ingeniero, casi tiene la certeza de que Maymoni está conversando con su residente sin identidad que ahora se ha instalado en el dormitorio del consejero jurídico fallecido, y le embarga una extraña angustia, así que se levanta y abre la gran ventana, doble, para ver si la noche ya ha expulsado por completo al sol para extender sus alas sobre el mundo. Cuando regresa

Maymoni con el rostro resplandeciente y, por un instante, parece que va a desvelar con quién e incluso de qué ha estado hablando, Luria se adelanta y dice:

—Escúchame, creo que por el momento no debemos precipitarnos con lo del proyecto del túnel, es mejor que le demos otra vuelta en la cabeza. Ya tenemos tres hojas fundamentales que son la base de la propuesta que vendrá después. Para ti ahora empieza el trabajo de verdad, trazar la carretera, calcular los materiales, ubicar los pequeños puentes, y aunque has afirmado que el cráter se drena por sí solo, no se puede presentar un proyecto serio de una nueva carretera sin soluciones de drenaje concretas. En resumen, de momento empieza a hacer tú todo ese trabajo gris, pues no es tu primera carretera ni será la última. Yo, como acabo de decir, necesito tener otra brillante idea para que podamos convencer al ejército de que hay que perforar un túnel. Como me has hecho un duplicado de la llave de mi antiguo despacho, es posible que venga aquí por las tardes, yo solo, pero con mi ordenador portátil, porque el tuyo es demasiado sofisticado para mí, y ya veremos adónde me lleva la inspiración. En esta habitación he tenido en el pasado muchos momentos de inspiración que le han ahorrado una fortuna al Estado. Y que sepas que yo también siento lástima de los palestinos que se han metido en este lío, e incluso, créeme, del oficial que los ha enredado y no ha eludido sus responsabilidades. Porque yo, Maymoni, si es posible, intento apiadarme de las personas, y aunque el joven ya se haya vuelto un poco druso, y la encantadora hija, la tal Hanadi, de la que hasta un viejo como yo podría enamorarse, esté actuando ya en la Universidad Kibbutzim en algún drama o comedia israelí, aún queda en la colina un viudo solitario que teme una posible venganza.

Maymoni escucha atónito, y poco a poco comienza a sonreír.

—Estupendo, Luria —dice—, estás empezando a hablar como los profetas.

Y de nuevo la línea genética

En el aparcamiento está acechando un vigilante nocturno que quiere saber quién es y qué está haciendo de noche en un edificio de oficinas. Y aunque el jubilado se identifica, tanto por lo que era en el pasado como por lo que es en el presente, el vigilante no se deja impresionar ni por lo uno ni por lo otro y le exige que, la próxima vez, enseñe un permiso del presidente antes de intentar entrar de noche en el edificio. En vez de asentir y despedirse, Luria empieza a despotricar contra el nuevo presidente, que sin duda también va a ser detenido en breve.

—¿De él necesito yo un permiso? —suelta con ira—. No es más que un presidente que me pidió a mí pronunciar un discurso en su lugar, así que, por favor, tenga usted un poco de respeto.

Pero el vigilante nocturno sigue sin dejarse impresionar, sujeta la puerta abierta del coche y repite la advertencia de que ningún jubilado puede deambular de noche por su antiguo puesto de trabajo sin un permiso por escrito.

Es posible que la encendida discusión con el vigilante nocturno sea lo que confunde a Luria. Al salir del aparcamiento, se dirige hacia el sur en lugar de hacia el norte y, hasta que se da cuenta de su error y empieza a orientarse hacia el camino correcto, pasa bastante tiempo, y el sopor se apodera de la mujer que lo está esperando acurrucada frente al televisor. El amor de tantos años hacia la mujer de su vida crece al volver a casa. No comprende cómo ha podido decirle a Maymoni, aunque fuera en broma, que también él sería capaz de enamorarse de la joven nómada que está perdida entre identidades opuestas. Y para no asustar a su mujer, que aún no se ha percatado de su presencia, se arrodilla delante de ella, cierra los ojos y posa la frente sobre sus pies calientes, con la intención de que su despertar sea suave, como si se le hubiese caído un poco la manta.

—Por fin has llegado. ¿Qué tal ha ido?

—Normal, nada especial.

—¿Habéis avanzado?

—Un poco. Pero, de todas formas, Maymoni tendrá que hacer el trabajo

fundamental.

—¿Y qué sensación te ha dado trabajar en tu viejo despacho?

—De normalidad y extrañeza al mismo tiempo. Pero estoy contento de que Yitzhak Ben Zvi siga colgado de la pared.

—¿Por qué? ¿Porque sigue siendo tu gurú?

—¿Tienes otro gurú mejor?

—No hace falta un gurú bueno, hace falta un gurú inteligente.

Luria introduce con cuidado la cabeza entre sus muslos, le descubre el vientre y le besa el ombligo, y lentamente sus manos recorren el camino hacia sus pechos, y al deseo que ya lo embarga se une el recuerdo de la primera noche de su enfermedad, cuando, desnuda y confusa, se acercó al dormitorio de los niños donde él estaba para que la librara de la inundación de té de su cama. «Ahora que estás completamente curada y que la bacteria ha sido destruida —le dice—, debemos volver a la rutina». Solo las relaciones sexuales pueden mantener a flote un largo matrimonio condenado a debilitarse por el cansancio y las enfermedades. «Poco a poco, deja que me recupere un poco más». Ella le acaricia el pelo. «No te preocupes, ya llegará el momento, yo estoy en casa, no me voy a ir a ninguna parte». «Ya sé que estás en casa, pero la cuestión es si seguiré acordándome de dónde está esta casa. Ahora, por ejemplo, me he equivocado, me he dirigido hacia el sur en lugar de hacia el norte, y ha pasado bastante tiempo hasta que me he dado cuenta del error». «Lo importante es que has sabido corregirlo —lo consuela ella con ternura—, pero en adelante utiliza más el navegador, incluso cuando creas que estás en un lugar conocido y, sobre todo, activa la voz, porque la voz humana aún tiene más significado para ti que las líneas y las flechas de los mapas. Y no te preocupes por mi deseo sexual, está en camino, llegará, siento que ya estoy curada, y también he comunicado al hospital que mañana me reincorporo al trabajo. A ti también te espera mañana bastante tarea. Tu línea genética se ha interrumpido definitivamente. Tu hermana ha llamado para informar de que vuestra pariente ha fallecido y los de la residencia quieren que vayáis para decidir qué hacer con lo que ha quedado allí».

—¿Decidir qué? —dice Zvi, dando un respingo—. ¿Qué ha quedado? ¿Ahora tenemos que ocuparnos nosotros de su entierro?

—No, nada de entierros. No te alteres. La muerte fue hace ya varios días, y su tutor, que al parecer es algún hijo o nieto, llegó de París y, para

ahorrarse complicaciones, mandó incinerar el cuerpo. Lo único que os queda es decidir qué hacer con algunos objetos que han quedado allí, porque el parisino decidió que había que dejaros algo a vosotros, como parientes lejanos que sois.

A la mañana siguiente recoge a su hermana Shlomit en su casa y le dice:

—Qué diablos espera el parisino ese que decidamos, hace solo dos o tres meses estuve viéndola y no me pareció que fuera a quedar nada reseñable tras su muerte, salvo su extraña flauta.

—No pasa nada —dice su hermana—, si nos han pedido que vayamos, iremos, aunque solo sea por mamá, que se sentía responsable de ella y tenía remordimientos por su enfermedad. Pero ¿de verdad también tú fuiste a verla?

—Ya te conté que el neurólogo estaba buscando alguna línea genética para mi atrofia, así que fui a verla, pero no te conté nada porque no encontré nada.

Shlomit observa a su hermano entre preocupada y dubitativa. Con la mano aún en el tirador de la puerta del coche rojo, le propone ir en su coche.

—¿Por qué? —pregunta Zvi con suspicacia—, acabo de decirte que estuve allí hace dos o tres meses y recuerdo el camino.

—Vale, pues tú me indicas, pero yo conduzco.

Ahora la suspicacia se convierte en evidente enfado.

—Dime la verdad: ¿Dina te ha prevenido de mi forma de conducir?

—No exactamente —dice su hermana, que intenta eludir la pregunta—, solo me ha dicho que, como no te fías del navegador, tiendes a cometer errores, y hoy no tengo tiempo para tus errores.

—Pero no necesito activar el navegador —dice Luria, alzando la voz—, te he dicho que conozco el camino, y me ofende que no confíes en mí, así que, por favor, si no entras ahora mismo en el coche, me voy yo solo.

Ella acepta, pero activa la aplicación Waze en su móvil y, con voz dramática, le va dando las indicaciones del camino y también haciendo comentarios sobre su forma de conducir, que le parece negligente e incluso intrépida.

—¿Estás loco? —grita aterrada—. Acabas de saltarte un semáforo en rojo.

—No —dice Luria sin inmutarse—, no estaba en rojo, estaba en ámbar, es un

ámbar que recuerdo de la vez anterior y en el que confío, porque es especialmente largo.

En la residencia Mishan, él guía a su hermana con seguridad hacia la tercera planta para presentarle a la enfermera jefe a quien el cabello blanco había vuelto más hermosa y encantadora. Pero le lleva tiempo localizarla, porque el cabello blanco se ha vuelto a convertir en negro.

—¿Por qué? —le pregunta Luria con el dolor íntimo de un viejo conocido—. Y yo que le dije a mi mujer tras mi visita que si una mujer está segura de su belleza, no le teme al cabello canoso, ¿por qué ha perdido usted la confianza en su belleza?

Parece que la enfermera jefe no se incomoda ni se enfada por esa intromisión tan impertinente por parte de un extraño. Tal vez, con su dilatada experiencia, ya ha reconocido en el exaltado visitante los primeros síntomas de lo que acabará llevándolo a esa residencia, de modo que se sonroja un poco, sonríe y dice con serenidad: «Sobre el color de mi pelo, señor Luria, tendrá que debatir usted con mi marido, no conmigo», y tiende la mano para estrechar la mano de su hermana, que, según dice, tanto se parece a su madre, la fiel acompañante de su pariente. Y Shlomit, perpleja por el comportamiento de su hermano, estrecha la mano de la enfermera y pregunta si la muerte fue tranquila.

—No fue tranquila ni fácil, como cabría pensar debido a su avanzada edad o a su prolongada demencia.

—¿No fue fácil? —murmura Luria decepcionado.

—En absoluto, y lo lamento. Las personas que han tenido demencia durante muchos años, y que parecía que habían renunciado al mundo y que el mundo se había olvidado de ellos, precisamente al final experimentan un despertar. Es como si la demencia de tantos años fuese, en el fondo, una especie de impostura, o de juego, o tal vez de defensa ante las personas y el mundo y, cuando la muerte se acerca, las máscaras caen y comienzan a surgir de su interior la angustia, el dolor, tal vez el arrepentimiento. Esos enfermos, que durante muchos años parecían indiferentes o distantes con sus cuidadores, ahora es como si se aferrasen a ellos y necesitasen una mirada y una caricia.

Luria se queda petrificado, la descripción lo ha llenado de terror, y pregunta si se puede visitar la habitación de su pariente y ver su cama, si es que no ha sido ocupada ya por otra paciente.

—La cama está libre —dice la enfermera jefe—, los estábamos esperando.

Los conduce a la habitación que Luria ya conoce y, nada más entrar, como la vez anterior, se levanta al otro lado de la mampara de separación la otra anciana, que aún está viva, y Luria le sonríe con cariño para ver si se acuerda de él. En la cama de la difunta hay sábanas, pero la almohada y la manta han desaparecido, y solo quedan dos objetos, el kaval largo y negruzco y, al lado, una urna de barro no muy grande sellada con lacre.

—Dios mío —le dice Luria a la enfermera al oído—, creo que su vecina me reconoce, mire cómo me sonríe. Si hubiese sabido que aún estaba viva, le habría traído los dátiles *medjoul* que está esperando recibir. ¿Hay un quiosco en alguna planta?

—No —sonríe la enfermera—, pero si encuentro en la cocina algún dátil, se lo daré en su nombre.

Luria se interesa por saber si hay alguna candidata para el sitio que se ha quedado vacante. «Hay muchas candidatas —dice la enfermera con sonriente paciencia—, pero no todas son adecuadas». Luria intenta que se le ocurran más preguntas para permanecer más tiempo en compañía de la bella enfermera que se ha oscurecido el pelo, pero su hermana sale de su estado de petrificación. «Perdón, pero ¿para qué nos han hecho venir?». Resulta que no es para firmar documentos o pagar facturas restantes, sino solo para recoger la urna y la flauta negruzca, que tal vez alguno de los nietos quiera tocar.

—Mis nietos —sonríe Shlomit— no querrán ni ver esa especie de flauta árabe, y tocarla menos aún. Un instrumento que no está conectado a la electricidad ni siquiera es un instrumento para ellos. Tal vez Zvi, que anda por los desiertos, encuentre a algún beduino que le guste. Pero ¿qué es esta urna?

—Ahí están las cenizas que han quedado de ella.

—¿Todas las cenizas? —se sorprende Luria y levanta la urna para comprobar su peso.

—De todas formas, no comprendo —dice Shlomit con cierto enfado—, ¿por qué el tutor que decidió incinerar el cuerpo no se llevó sus cenizas a París?

—Dijo que, si la convencieron para que emigrase a Israel, no sería lógico llevársela de aquí, a pesar de la demencia.

—¿E incinerarla sin preguntarle su opinión sí es lógico? ¿Está permitido? ¿Es judío?

—No me pregunten a mí lo que está permitido o prohibido para los judíos —responde la enfermera con calma—. En los últimos tiempos, aquí no solo entierran, también han empezado a incinerar. Claro, depende de quién se trate. Alguien me dijo una vez que en la Biblia se cuenta que los cuerpos del rey Saúl y de su hijo fueron quemados, así pues, ¿por qué no se va a quemar también a otros judíos?

—Israelíes —corrige Luria.

—Llámelos como quiera.

Luria se pone la urna bajo el brazo y le entrega la flauta a su hermana. «Está bien, nosotros nos organizaremos, pero ¿está usted segura de que no necesitamos ninguna autorización, para que no digan que hemos robado las cenizas de una difunta?». «No, no son necesarias ni autorización ni firma».

Antes de despedirse de su hermana junto a su casa, Luria le propone que él se ocupe de la flauta y ella cuide de la urna. Pero la respuesta de Shlomit es firme y tajante.

—No, señor mío, si hubiésemos ido en mi coche, tal vez habría dejado la urna en mi casa, pero como las cenizas están en tu coche, tú te ocuparás de esparcirlas o de dejarlas en un lugar digno. Pero ni se te ocurra tirarlas a la basura o por ahí en algún campo. Piensa tal vez en el mar, o en el desierto. Un lugar algo simbólico, se lo merece. Pídele consejo a Dina, ella te llevará como siempre por el buen camino.

El proyecto del túnel

Y la respuesta de Dina es clara. Al regresar del hospital, decaída y decepcionada por los cambios que se han realizado en su ausencia, decide que la urna de las cenizas se quede en el coche para evitar que, mientras el abuelo se está echando la siesta, el pequeño Noam intente comprobar lo que hay dentro, porque entonces, ¿quién podrá recoger las cenizas esparcidas por toda la casa? Sin embargo, el kaval se puede meter en casa y, si nadie consigue sacarle un sonido bonito, se podría colgar en la terraza de la azotea para que la brisa del mar la haga sonar en memoria de la difunta.

De momento hay asuntos más apremiantes que la urna y la flauta. La comisión que evaluará el proyecto de la carretera militar se va a reunir la semana que viene, y hay que presentarle un buen informe. Y así resume Maymoni la situación por teléfono:

—Como hasta ahora el Estado de Israel no me ha dado la oportunidad de diseñar un túnel, ni corto ni largo, este túnel, querido Zvi, será tu contribución a otro embrollo humano creado entre los dos pueblos que viven en una misma patria. No me importa si prefieres hacer el diseño en tu ordenador portátil, porque los ordenadores dialogan entre ellos con mayor amabilidad y sinceridad que las personas, por tanto, cuando estés trabajando en el diseño en tu ordenador, es decir, la profundidad, la longitud y la altura, y los costes detallados de las herramientas y los materiales, mi ordenador lo irá añadiendo al proyecto general de la carretera. Así que mañana por la tarde tenemos otra reunión de trabajo en nuestro despacho, y podrás comprobar que he cambiado en tu honor el cristal roto del retrato de Ben Zvi que tanto nos gusta a los dos. Y otra cosilla, por favor, no discutas más con el vigilante nocturno. Es un antiguo funcionario que fue despedido por malversación y está tan resentido que, la pasada noche, anotó la matrícula de tu coche y por la mañana trasladó una queja al presidente, que logró que la policía le diera tus datos. Cuando me preguntaron si sabía algo de tu visita a las oficinas por la tarde, no quise contar que estás involucrado en el proyecto de la carrera militar que debería ser secreta, pero admití que, efectivamente, fuiste a mi despacho y estuvimos hablando de mi padre, que

también fue tu consejero jurídico. Y, como al presidente le había impresionado un discurso que pronunciaste, dijo: «Si solo es ese jubilado el que deambula de noche por nuestras oficinas, no lo importunéis, no es alguien que se vaya a meter en algo ilegal».

Al día siguiente, al caer la tarde, Luria conduce hacia las oficinas de Netivei Israel y, aunque ha hecho ese mismo trayecto miles de veces, cumple lo que le prometió a su mujer y activa la voz del navegador para que se oigan las indicaciones. El despacho está abierto y con la luz encendida. Maymoni ha dispuesto otra mesa para su ayudante sin sueldo y, con un cable preparado de antemano, conecta el portátil de Luria a su ordenador para que se entable un fluido diálogo entre los dos ordenadores.

Después de observar bien los gráficos y la fotografía de la colina por la que va a pasar el túnel, Luria marca con una línea fina la altura y la anchura de la entrada y, con el cursor, empieza a horadar lentamente la colina con una línea morada que acaba uniéndose a la carretera militar que ya está aguardando con todos sus datos y detalles en la pantalla de Maymoni. «Estupendo, Asahel». El jubilado alaba la carretera. «Es un trabajo ejemplar. Pero ahora ha llegado el momento de que también la generación anterior demuestre sus capacidades, empezando por la entibación y los anclajes, y terminando por el revestimiento interior, el grosor de las paredes, el ángulo de la bóveda y los puntales radiales que evitarán un derrumbe. Y, por supuesto, la ubicación de las obligatorias salidas de ventilación y de los puntos de luz del túnel, una luz que no le suministrará la compañía eléctrica, sino los paneles solares que captarán el sol del desierto, que en el cráter de Mitzpe Ramon, según la cámara fotográfica de Hanadi, tiene un gemelo».

Maymoni se levanta, se detiene detrás de Luria y sigue atentamente su trabajo, pero enseguida echa un vistazo al reloj y dice:

—Zvi, espero que no te enfades conmigo si te dejo solo ahora, es que los mellizos vuelven en un rato de una excursión por Jerusalén y, como mi mujer está en el extranjero, tengo que ir a recogerlos.

—¿Cuántos años tienen tus mellizos? Ya habrán crecido desde que les hicieron estas fotos que hay aquí.

—Claro, el mundo no se detiene, ya tienen diez años. Es verdad, tengo que poner aquí otra fotografía suya.

—¿Y cómo es que los llevan ya con diez años a Jerusalén? ¿No es

peligroso?

—No los llevan al monte del Templo, solo al monte Herzl y al Museo del Holocausto Yad Vashem y, para terminar, al zoológico bíblico. Esa es la ruta. Dios sabe quién diseñará esas rutas en el Ministerio de Educación, pero así es. Bueno, espero que no te importe continuar tú solo, y luego apagar la luz y cerrar el despacho con llave. Mañana llevaré el informe a la comisión ante la que nos presentaremos la próxima semana.

—¿Qué significa nos presentaremos? ¿Pretendes arrastrarme también a mí hasta allí?

—¿Por qué no? Aunque no digas ni una palabra, tu mera presencia como antiguo jefe de la brigada septentrional reforzará la legitimidad del túnel.

—Entonces —dice Luria con voz de satisfacción—, vete tranquilo.

Se pone de nuevo a trabajar, es un jubilado del que no han prescindido, y después de completar algunos datos más, como la estimación del ritmo de perforación y su recomendación respecto al modelo Haroud-Heder, la excavadora con fresadora giratoria que, en su opinión, es la mejor para esa zona, entra en internet para informarse sobre los nabateos, que son la prueba de que en el pasado no había caído sobre el Néguev la maldición de la desertización, y así poder saber cómo proteger su legado. Y justo cuando está empezando a garabatear varias ideas en un papel de cartas de Maymoni, suena el teléfono del despacho con un sonido olvidado.

Luria duda: tanto Dina como Maymoni tienen los números de los dos móviles, y no es lógico que llamen al antiguo número del despacho. ¿Será el vigilante nocturno, que ya ha reconocido el coche en el aparcamiento? Pero el sonido no solo es persistente, también hay algo apremiante en él, y, cuando levanta el auricular, una voz suave e inquieta susurra:

—¿Asahel? ¿Eres tú?

—¿Hanadi? —Luria la reconoce enseguida—. ¿Hanadi? —insiste, tiene que acabar con el silencio que de pronto se ha apoderado de la línea telefónica—. ¿Eres tú, verdad? Maymoni ya no está aquí, estoy yo solo, ¿te acuerdas de mí? El otro ingeniero, el mayor. Estoy yo solo, Maymoni ya se ha ido, intenta llamarlo al móvil, ¿sabes el número? ¿Me oyes? ¿Hanadi? ¿Te acuerdas, Hanadi?

Y el silencio continúa. Pero después de tantos años utilizando ese aparato, Luria sabe que la línea no se ha cortado. Si fuera más joven,

incluso podría captar el rumor del silencio, pero su compasión por la joven, que se ha quedado petrificada, lo lleva a repetir:

—Estoy aquí, te estoy escuchando, pero si es algo urgente, Hanadi, ¿por qué no intentas localizarlo en el móvil?

Tal vez sea su insistencia en repetir una y otra vez el nombre palestino, que solo se lo dijo en un momento de debilidad, lo que le impide liberarse de su mutismo, y su voz suave y delicada le responde:

—Sí, señor Luria, claro que me acuerdo de usted, y perdone por llamar al despacho, es que a Maymoni no le gusta que lo llame al móvil cuando está con sus hijos, pero no importa, no es nada urgente, ya daré con él. Por el momento, si me permite, señor Luria, solo quiero preguntarle cómo se encuentra su mujer. Maymoni me dijo que ha estado muy, muy enferma, y me he permitido preocuparme por ella, aunque no haya tenido ocasión de conocerla.

Luria comprende ahora lo profunda que es la relación entre la joven palestina y el ingeniero que le dio cobijo. Se estremece, pero responde en tono cariñoso.

—Gracias, Hanadi, gracias por preocuparte, pero mi mujer ya está en casa y ayer incluso volvió a su trabajo en el hospital, porque es médica, seguro que Maymoni también te lo ha contado ya. Es pediatra y por eso pilló una bacteria muy agresiva de algún niño que llegó de donde vosotros, quiero decir, de la Autoridad Palestina.

—Por supuesto —dice Hanadi con entusiasmo—, claro que sé que es médica, y nosotros, en mi familia, que visitamos a tantos médicos cuando mi madre estaba enferma, no pensábamos que los médicos también podían ponerse enfermos. Pero ahora creo que, si yo fuese médico y también paciente, podría entender mejor mi enfermedad y así también podría explicársela mejor a otros pacientes y médicos.

—Pero, Hanadi, ¿qué te pasa? —interrumpe a la joven cuya belleza aún recuerda—. No te lo vas a creer, pero acabo de terminar ahora mismo el diseño del túnel de vuestra colina para que tu padre pueda seguir ocultándose allí.

—Señor Luria, no pierda el tiempo —dice riéndose, y un acento árabe flota ahora en su delicada voz, como la cadencia bíblica que adorna las palabras—. Mi padre al final seguro que se entrega y nos delata también a nosotros. Ocultarse allí en la colina no puede ser una solución para siempre.

Luria no quiere oír que su trabajo es inútil y será arrojado por la borda, de modo que vuelve a preguntarle.

—Pero Hanadi, ¿qué te pasa? Maymoni ha dicho que estás estudiando interpretación en la Universidad Kibbutzim, ¿ya estás actuando allí realmente?

—Yo me paso la vida actuando —dice, mientras su risa resuena en el teléfono—, pero usted, señor Luria, insiste en llamarme Hanadi, y ese es un nombre del pasado que no tendría que haberle revelado, porque ahora soy siempre Ayalá.

—¿Y qué es Hanadi? ¿Qué significa? Me dijiste que flor violeta, pero Maymoni dijo que significa otra cosa.

—Porque no quería alarmarlo. Significa espada, no flor violeta.

OceanofPDF.com

La mujer policía

En el aparcamiento está esperando el vigilante nocturno, pero no para reprender a Luria, sino para disculparse por no haber sabido reconocerlo antes de que el número de matrícula de su coche fuese comunicado a la policía.

–No se disculpe –dice Luria–, tampoco yo comprendo mi intrusión. Es cierto que durante muchos años he sido aquí un alto cargo, pero no tienen por qué reconocerme también en la oscuridad. A mí mismo, incluso a la luz del día, me cuesta reconocer a las personas. Usted, por ejemplo, ¿quién es usted?

–Soy Haimon, Yosef Haimon, de contabilidad. Yo tenía contacto con su secretaria, que me enviaba sus facturas de las dietas para que las autorizase.

–¿Haimon? –dice Luria–, no recuerdo para nada su nombre, pero no se ofenda, no es usted el único. Otros más importantes que usted han sido olvidados. ¿Y cómo un funcionario del departamento de contabilidad se convierte de repente en vigilante nocturno?

–Porque encontraron irregularidades en las cuentas, pero como no lograron aclarar si se trataba realmente de malversación, decidieron no llamar a la policía y mandarme aquí, al aparcamiento.

Unas cuantas gotas de lluvia precipitan el fin de la conversación y, aunque Luria sabe que tras concluir el diseño del túnel, ya no tendrá ningún motivo para regresar allí de noche, se despide del vigilante nocturno con un afectuoso apretón de manos. Y aunque es ridículo y hasta humillante activar el navegador para regresar a casa por una ruta que ha hecho miles de veces, es fiel a la promesa que le hizo a su mujer y, con voz suave, algo avergonzada, le indica a la pantalla iluminada la dirección de su casa. Tras un destello que confirma que la petición ha sido recibida, el navegador le propone un nuevo camino a casa, más largo y complicado.

¿Ha fallado algo en el satélite que flota en el cielo? ¿O tal vez se ha hecho allí un nuevo descubrimiento? Repasa en el mapa iluminado en la pantalla la ruta habitual y, en efecto, no un icono sino dos notifican un accidente, que ya está rodeado por gorras de policías. Seguramente se trata

de un accidente grave, porque en la carretera de un solo carril están pegados unos a otros un montón de vehículos sin posibilidad de dar marcha atrás.

Pero ni siquiera el satélite que dirige el tráfico tan inteligentemente sabe lo que sabe Luria gracias a sus años de experiencia: que se puede sortear el lugar del accidente por un camino de tierra bastante decente y no muy largo que atraviesa un viejo campo de frutales. Y hasta la demencia, si se empeñase, podría recordar el olor de sus cítricos. Y la primavera, que inunda ahora los espacios vacíos de la conciencia, rechaza la ruta que sugiere el navegador y dirige a Luria hacia la ruta original, hacia el vórtice del accidente, con la seguridad de que podrá salir de él a través del campo de frutales. Ya resuenan sirenas de ambulancias y coches de policía, y los destellos rojos se mezclan con los azules y los amarillos y, como la hilera de coches que tiene delante, en ambos sentidos, es cada vez más lenta, Luria empieza a dirigirse hacia la derecha y a pisar incluso la línea amarilla del arcén, suponiendo que pronto aparecerá el campo de frutales.

Pero algunos conductores de los coches que están completamente atascados se indignan con el anciano conductor, de pelo blanco y encima con un coche rojo, que intenta saltarse por la derecha las normas de circulación. Y como no imaginan que se trata de un experimentado ingeniero de caminos que no quiere adelantarlos, sino escapar hacia un camino que ellos desconocen, lanzan contra él furiosos pitidos, y también hay algunos que adelantan y se dirigen hacia el arcén para imitarlo o para cortarle el paso. De una forma u otra, el flujo de coches es muy lento, con frecuencia se coagula y al final se detiene completamente. Desde lejos se puede apreciar ya que ha ocurrido un accidente terrible. Un gran buldócer, que se ha resbalado de un gigantesco camión, ha volcado y ha impactado contra dos vehículos, y ahora, a la luz de la luna, levanta su pala dentada hacia arriba, como la trompa de un elefante amarillo caído de espaldas.

Aún se oye el estruendo de las ambulancias y los coches de policía, y las grúas que han llegado al lugar se están acercando ya al epicentro de la catástrofe, hacia los que están aplastados, heridos o muertos. Y hay hombres y mujeres policía intentando poner orden en el caos y tratando de encontrar una salida por donde el tráfico pueda seguir su camino. Una mujer policía es enviada al otro lado de la línea amarilla para pillar a aquellos que, incluso en un momento tan dramático, intentan infringir la ley. Con las luces de los focos que rodean a la mujer policía, que no lleva

casco ni tampoco gorra, se dibujan las sombras del campo de frutales al que a Luria le urge llegar. ¿Esa joven que agita a lo lejos una gran linterna, con el cabello cayéndole sobre los hombros, es una policía de verdad, con una pistola y esposas en el cinturón, o es solo una cadete en formación o incluso una actriz? Y en su cabeza, que ansía los cítricos en flor, a Luria le parece que no es otra que Hanadi, que está interpretando el papel de una policía hebrea para graduarse en la Universidad Kibbutzim, y que las señales que la joven palestina le hace lo están invitando a acercarse a ella para que pueda escapar a través del campo de frutales y llegar enseguida a su casa, donde lo está esperando su mujer. Así que él responde encantado, acelera y no consigue detener el vehículo antes de tirar a Hanadi, aunque hace todo lo posible por no atropellarla.

Alrededor hay bastantes policías desocupados y también furiosos que corren en ayuda de su compañera, la ponen en pie y ordenan a Luria que baje a la cuneta que está junto al arcén. Mientras observa lo cerca que está ahora de la entrada al camino de tierra que atraviesa el campo de frutales, le piden que apague el motor, saque las llaves del contacto y les muestre la documentación. Uno de los policías comprueba detenidamente el carné de identidad, el permiso de conducir, los papeles del coche y la póliza del seguro, y un oficial de policía lo fríe a preguntas. «¿Qué forma de conducir es esa? ¿No le basta con un accidente? ¿Qué hace conduciendo como un loco por el arcén, por un lugar prohibido, y atropellando a una policía que está de servicio?».

La mujer policía, con la camisa desgarrada y rasguños recientes en el brazo, se acerca a los labios una botella de agua que le ofrece un sargento y, cuando deja de sangrar, con voz serena, no especialmente enfadada, reprende al conductor que la ha herido.

—¿Qué forma de conducir es esa, señor? Le he indicado que se detuviera y volviese al carril correcto, ¿y usted acelera a propósito e intenta atropellarme?

—¿Atropellarla? —Luria se alarma ante una acusación que ni siquiera le parece posible—. ¿Para qué iba a atropellarla? Al revés, completamente al revés, pensé que me estaba indicando que me acercase.

—¿Qué se acercase? ¿Qué se acercase para qué?

¿Para qué? Él se sorprende por una pregunta que tiene una respuesta tan sencilla.

–Para llegar al campo de frutales que me sacaría del atasco.

–Supongamos que es así –responde ella con mucha paciencia–. Entonces, ¿por qué para llegar al campo de frutales usted aumenta la velocidad y me embiste?

–No pensaba que usted fuera policía, en la oscuridad no me pareció una policía, porque no lleva gorra o casco, y el cabello le cae sobre los hombros, pensé que era otra mujer que me estaba llamando.

–¿Otra mujer?

–Exacto, otra mujer.

–¿Qué mujer le iba a hacer señales en medio de un accidente espantoso? ¿Y para qué? ¿En qué mujer estaba pensando?

–¿En qué mujer estaba pensando? –balbucea, porque no quiere delatar a Hanadi ante la policía–. Sí, ¿quién puede ser? –dice Luria, como intentando interrogarse a sí mismo, y entonces empieza a explicarles a los policías que se trata solo de una alucinación–. Entiéndanlo –dice, tratando de librarse con una confesión amigable–, es una desgracia, hace algún tiempo empecé a tener una especie de demencia, nada serio, pero bastante real.

OceanofPDF.com

Consejo de guerra

Y un oficial de policía avisado, que oye la palabra «demencia» salir de forma explícita de los labios del propio delincuente, a pesar del terrible accidente que están atendiendo en esos momentos, se pone a pensar también en el futuro, en la ardua lucha contra las matanzas en las carreteras, aunque aquí solo se haya rasgado una camisa policial, y los rasguños del brazo de la mujer policía cicatricen enseguida, y tampoco parezca que ella le guarde rencor al que la ha embestido y herido. Como otros oficiales y sargentos experimentados ya están actuando por su cuenta para ensanchar la salida por donde puedan empezar a desfilar los cientos de coches atrapados en el atasco, al oficial le parece que esa es la ocasión de celebrar en su vehículo policial un consejo de guerra y retirarle el permiso al conductor que ha confesado su demencia.

Lleva a Luria al coche y le ofrece agua de la misma botella de la que ha bebido antes la mujer policía. Pero Luria, furioso e indignado, no quiere agua, solo quiere decirle a su mujer que no se preocupe por él. Con manos temblorosas, saca los dos móviles de los bolsillos y marca el número de casa en uno de ellos. Pero como en su ausencia, Dina está hablando sin parar con su hermana, en vez de esperar a que la línea quede libre, llama con el otro teléfono al móvil de su mujer y deja un mensaje de voz: «He tenido un pequeñísimo accidente, yo estoy bien y el coche también, solo una policía ha resultado herida por casualidad, pero leve, de hecho, solo unos rasguños, y está aquí a mi lado, sonriendo, porque ya se ha olvidado de los rasguños. Pero esto es lo principal, como ha ocurrido un terrible accidente en la carretera 461, desde Aravá hacia el cruce de Sabion, del que ya harán un extenso informe, y por eso hay por aquí policías y equipos de emergencias y ambulancias para evacuar heridos, y al parecer no solo heridos, también muertos, bueno, pues debido a todo este barullo, pero sin ninguna relación con él, han decidido retenerme a mí también para hacer algunas comprobaciones, tal vez porque se trata de una auténtica policía, y no simplemente de una civil o de una imitadora, pero los policías son

amables y estoy en buenas manos, así que no te preocupes si me retraso, porque al final llegaré».

Aún le tiemblan las manos cuando vuelve a meterse los dos móviles en los bolsillos. Observa con aterrada desesperación al oficial de policía, que saca una balda con un pequeño ordenador del cual sale un papel con todas las infracciones de tráfico que ha cometido durante los últimos veinte años. El oficial se sorprende y, según dice, también se alegra, de lo escasas y leves que son las infracciones, y la infracción que se ha añadido ahora, no por maldad, no le va a suponer ninguna multa, juicio o retirada de puntos. El oficial le devuelve amigablemente el carné de identidad, los papeles del coche y la póliza del seguro, pero el permiso de conducir se lo guarda en el bolsillo y, a cambio, le da una especie de documento donde se informa de que el permiso ha sido retenido y por el momento está en manos de la policía.

—Lo lamento, señor Zvi Luria —dice, remarcando su nombre completo—, tiene prohibido conducir hasta que nuestro neurólogo decida en qué estado se encuentra usted, porque su demencia, de la que ha informado con gran honestidad, no solo puede matarlo a usted, sino también a otros. Mire, quién sabe lo que le pasaba en la cabeza al conductor que llevaba el camión del que ha caído el buldócer que ha aplastado y matado a cuatro pasajeros de dos vehículos.

—¿Cuatro?

—Por el momento.

—Pero a lo mejor la tragedia no ha sido por culpa del conductor —dice Luria, intentando defender al camionero—, sino de quien cargó y sujetó el buldócer. ¿También deben ustedes analizar su cabeza?

—¿Debemos? Claro que sí —dice el oficial sin dudarlo—, debemos analizarle la cabeza a todo el mundo, también al primer ministro, pero ¿quién nos permitirá hacerlo? De momento nos conformaremos con aquellos que de buena voluntad confiesen su demencia.

El oficial se levanta para indicarle a Luria que el consejo de guerra ha terminado, y Luria se muerde los labios desesperado. «Maldita sea, qué es lo que me he hecho, debo retractarme, decir a quién he imaginado ver realmente, pero ¿cómo voy a hablarles de una palestina que en mi imaginación estaba disfrazada de policía de tráfico?».

—Mire, señor —dice al final, en un tono que ya es de súplica—. Mi mujer es

una médica experimentada, jefa de unidad en un hospital. ¿Cree usted que ella me permitiría conducir si no estuviese segura de que tengo la cabeza lúcida?

–¿Qué especialidad tiene su mujer?

–Pediatria.

–Pero usted ya no es un niño.

–Es cierto –reconoce el jubilado.

–Pero no se inquiete, no hemos dado parte ni se le ha puesto ninguna multa, a pesar de que ha herido a una policía. El neurólogo de la policía le hará una revisión y tal vez le devuelva el permiso de conducir, de momento, será precisamente la policía a la que ha herido...

–Solo han sido unos rasguños.

–Es cierto, solo unos rasguños. Pues, de momento, será ella precisamente la que lo llevará a casa sano y salvo en su coche.

La zona parece ahora el escenario de una ópera o de una película de acción. Grupos de rescate de bomberos, sanitarios y policías apiñados bajo un foco policial que acompaña la tragedia con un haz de luz que sigue el recorrido hacia un camión de un coche aplastado que oscila en el aire.

El coche rojo aún está en el mismo sitio, mirando hacia la cuneta. La mujer policía le pide las llaves y él se las entrega a desgana. Cuando los dos están dentro y le pregunta por el código de arranque, él le muestra el brazo para que lea a oscuras el código tatuado, por lo que seguramente ella se da cuenta de hasta qué punto está deteriorado el estado mental del conductor que la ha herido. Le pregunta cuál es su profesión, y si tiene hijos y nietos, y él, como experimentado ingeniero de caminos, le sugiere coger el camino de tierra que atraviesa los viejos campos de frutales, en vez de intentar sortear los coches que avanzan con desesperante lentitud. Sorprendentemente, ella cree que una dilatada experiencia profesional puede superar una demencia reciente y se dirige hacia el camino de tierra oscuro, donde los envuelven el olor de los naranjos en flor y el sonido de los aspersores hasta que, desde los campos de Kfar Azar, irrumpen en la civilización.

Hasta tal punto es estricta con la retirada del permiso de conducir de Luria, que ella misma maniobra para meter el coche en su plaza de garaje. Pero cuando le da el manojito de llaves para que él mismo cierre el coche, a

Luria aún le molesta la cuestión de por qué no llevaba casco o gorra cuando le ha indicado que se detuviese.

—¿Le hacía falta una gorra para comprender quién era yo?

—Sí, porque el pelo que le caía sobre los hombros me ha llevado a pensar que usted era otra mujer.

Ella sonríe, pero no cree que deba responder, y se aleja sin decir nada hacia un puesto de primeros auxilios situado entre todos los rabinos de la zona de Basel.

Dina se toma un té en la cocina mientras intenta consolar a su marido, pero es inútil.

—Se acabó —dice él con desesperación—, esto es el deterioro total, es el principio del fin.

—No —dice su mujer, luchando férreamente contra el desaliento—. Tal vez ya no puedas conducir, pero aún tienes un largo camino por delante.

OceanofPDF.com

Permiso de conducir

La ira y la ofensa corroboran la certeza de que nunca recuperará el permiso de conducir que le ha sido retirado en un consejo de guerra. Y por ese largo camino que su mujer le promete como consuelo, no será él quien conduzca. Si ahora se va a la cama, la oscuridad no lo ayudará a dormir, solo lo agitará aún más. Cree que es preferible coger cojines y mantas y tumbarse en la terraza de la azotea. Tal vez los puntos cardinales le expliquen por qué ha confesado lo de su demencia, solo para justificar una alucinación momentánea que ha convertido a una policía de tráfico en una joven encantadora y perdida a la que Maymoni tiene completamente dominada.

—Si ya sabes que vas a pasar una mala noche, en vez de tumbarte en la azotea dobla la dosis de somníferos. No te tortures más por el permiso, ya sabías que, más tarde o más temprano, tendrías que dejar de conducir.

—Yo no sé nada —murmura con rencor—, y tú, Dina, eres experta en enfermedades infantiles y no en permisos de conducir. Y yo te pregunto, ¿cómo voy a doblar de repente la dosis de somníferos, cuando tú misma me advertiste de que pueden agravar mi estado de atontamiento?

—¿Atontamiento? —se sorprende—. Jamás ha salido de mis labios esa palabra, y nunca habría pensado en ella. ¿Por qué hablas así? Mira, te he dicho algo muy sencillo, y el neurólogo también nos lo explicó: en tu estado comienza a haber un poco de confusión, desdibujamiento de las fronteras entre el día y la noche, y por eso no es bueno que tengas un sueño profundo que se alargue hasta el mediodía. Pero si esta noche pretendes torturarte, entonces, no solo como la persona más cercana a ti del mundo, sino también como médica, te aconsejo que te tomes una pastilla más para que puedas dormir unas horas. El sueño te calmará esa pena tan exagerada que tienes.

—¿Exagerada?

—Por supuesto. Porque, más tarde o más temprano, todos nosotros, es decir, todos lo que te queremos y nos preocupamos realmente por ti, te habríamos pedido, sin necesidad de policía, que dejases de conducir.

—Un momento, ¿quiénes son esos que «te queremos y nos preocupamos

realmente por ti» además de ti y de Yoav, y tal vez Abigail? Ahora lo entiendo, Shlomit me ha delatado.

—¿Delatado? Zvi, ¿qué te pasa? Es tu única hermana, y tiene derecho a preocuparse por ti después de aterrarla conduciendo de forma completamente anárquica hasta la residencia Mishan.

En sombrío silencio, Luria apaga la luz de la terraza y observa el cielo para ver si logrará derramarse sobre él esta noche. Las estrellas del firmamento no son pocas, así que decide intentar dormir bajo su protección. Su tristeza conmueve a su mujer, que lo abraza y lo besa, pero él permanece inmóvil, con los brazos caídos y la cabeza gacha. Un perro viejo y triste. Maldita sea, ¿por qué se le habrá escapado lo de la demencia? Por la rápida actuación del oficial de policía, parece que su demencia se ha convertido en el chivo expiatorio del accidente del bulldócer. Como había escasez de culpables, ya que casi todos estaban muertos o heridos, no han encontrado otra cosa que hacer que retirar el permiso de conducir a un anciano ingenuo que se ha salido al arcén para escapar por un camino de tierra.

Y encima él mismo, por propia iniciativa, sin interrogatorios ni amenazas, se apresura a sugerir la demencia como explicación al repentino acelerón que ha dado hacia la mujer policía. ¿Es posible que de algún modo quisiese desvelar a las autoridades lo de su demencia para que, en adelante, también ellas fueran responsables de lo que pudiese hacer? Tampoco se ha borrado de su mente el pánico que se apoderó de su hermana durante ese viaje de locos a la residencia. Su mujer tiene razón. Con su amor certero ella analiza mejor que él sus descuidos. Por eso no solo debe amarla, sino también admirarla. Debería haber dejado de conducir por iniciativa propia, y no esperar a que un oficial de policía le retirase el permiso. Aunque le duela despedirse del asiento del conductor, reconocer la verdad a veces puede mitigar el dolor. Vuelve a contemplar el firmamento. Unas nubes navegan lentamente desde el mar hacia la costa de Israel, pero no lograrán hacer que llueva, tan solo aumentarán la oscuridad, así que no hay necesidad de otro somnífero para perfilar los límites de la noche. El universo entero lo consolará por el fin de su vida como conductor. Y con el constante rumor del tráfico que recorre la ciudad que nunca duerme, sus ojos se cierran y su conciencia queda libre de culpa.

El ruido de unas gotas de lluvia, que aún no se sabe si son algo transitorio o si tendrán continuidad, hace que Dina vaya corriendo a la terraza a

sacudir la conciencia que ha encontrado la paz y a recoger las mantas y la almohada, para que su marido entre en el dormitorio y siga durmiendo a su lado.

Ya es medianoche, Luria se sorprende de haber logrado dormir sin ningún esfuerzo especial, solo gracias a la purificación mental, y después de ponerse un pijama, prepara una infusión para él y para su mujer, mientras Dina informa de lo acontecido durante las últimas horas. Ha telefoneado Yoav: ha reaccionado con pena y empatía a la retirada del permiso de conducir, pero también ha manifestado su aprobación. «Así estaré más tranquilo –ha dicho–, sabiendo que papá no conduce».

–¿Más tranquilo? ¿Eso es todo lo que espera de mí, que le dé tranquilidad?

–Sí, porque te quiere, y es natural que se preocupe. Pero también ha añadido algo gracioso sobre el código de arranque que te apresuraste a tatuarte.

–¿Qué puede haber aquí de gracioso?

–Pero no te ofendas, no te ofendas. Ha dicho que ahora se le podrían añadir al tatuaje, que ya no es necesario, algunas cifras para que cuadren con el número de móvil de algún nieto.

–¿Y esa insulsa broma te resulta graciosa?

–Un poco, pero no te enfades.

–Pues no parece que esa gracia te haya ayudado a conciliar el sueño.

–Porque he tenido que vigilar que el cielo que has tendido encima de ti no te mojase. Y entonces me he dado cuenta de que te has dejado el ordenador en el coche, y he bajado a recogerlo.

–¿Me he dejado el ordenador en el coche?

–Seguramente ha sido por los nervios, por la mujer policía que te ha traído de vuelta a casa. Mira, ahí lo tienes, delante de ti, sano y salvo.

–Gracias.

–Que sepas que ahora, cuando también yo me jubile, seré tu chófer día y noche.

–Ya lo suponía, y eso me deprime aún más. Porque desde que te sacaste el permiso de conducir, no has corregido ni uno solo de tus fallos. Aún no entiendes lo que es la precisión al volante, te olvidas de encender o apagar el intermitente, y tienes tanto miedo de adelantar que sacas de quicio a los

conductores que van detrás de ti. El hecho de que, desde ahora, el volante esté en tus manos solo aumenta mi angustia.

—Al menos yo conduzco con cuidado.

—Con cuidado, no, con una pasmosa lentitud, que no es lo mismo. Sería mejor que contratase de chófer a un filipino.

—Como quieras, lo importante es que no estés triste.

—Un momento, ¿y Maymoni? ¿Es posible que no haya llamado?

—Pues claro, espera, ha llamado, pero no he querido despertarte porque dormías profundamente. Por supuesto, le he contado lo de la retirada del permiso y ha compartido tu dolor, pero también ha elogiado al oficial por su iniciativa. Gracias a él, ha dicho, cuidaremos mucho mejor de nuestro Luria en el futuro.

—¿Qué significa en el futuro? —se enoja Luria—, ¿es que pretende que trabaje gratis para él eternamente?

—Eso es lo que ha dicho, pregúntale tú mismo a qué se refería. De momento, ha podido ver el diseño del túnel que dejaste en el despacho y ha dicho que es estupendo. Lo que pasa es que en la Sociedad Protectora de la Naturaleza han oído lo de la carretera militar y han empezado a poner el grito en el cielo. Él te lo explicará todo mañana. Lo principal es esto: la reunión de la comisión que concede los permisos se ha adelantado y será dentro de tres días, y tú debes estar presente, todos te esperan allí.

—¿Tres días? ¿Tan pronto?

—Eso han acordado.

—¿Y no ha mencionado nada más? ¿Algo sobre Hanadi?

—¿Hanadi?

—Ya te lo expliqué, y también la viste: la joven que estaba dando de comer a los mellizos de Maymoni cuando fuimos a darle nuestras condolencias por la muerte de su padre. Una especie de palestina encantadora, resplandeciente. ¿No te conté ya su historia?

—Puede, pero repite lo fundamental.

—Es la hija de un maestro de un pueblo de la gobernación de Yenín, y la Administración Civil y los Servicios de Seguridad, que saben todo lo que se puede saber sobre los palestinos que viven al otro lado de lo que era la frontera, se enteraron de que la mujer de ese maestro estaba gravemente enferma del corazón y de que solo un trasplante de corazón podría salvarla. Y por eso ese tal Shibolet, del que ya te hablé, le propuso al maestro que les

vendiese a los israelíes una parcela palestina, para poder costear el tratamiento y el trasplante de su mujer. Pero la mujer, que esperaba en un hospital un corazón compatible, falleció antes de que lo encontrasen y, mientras tanto, también resultó que la parcela se había vendido de forma fraudulenta, con documentos falsos, y, por miedo a lo que le harían los palestinos por haberles quitado con engaños un terreno para dárselo a los judíos, el desdichado viudo decidió quedarse con su familia en Israel, pero como decidió no devolver el dinero que había recibido de los colonos, también tiene que esconderse de los judíos, y Shibolet, que se sentía algo responsable de todo ese enredo, y que había cogido un piso en Mitzpe Ramon debido al asma de su mujer, le ofreció al palestino un escondite en unas viejas ruinas situadas sobre una colina del cráter, y esa es la colina que, en vez de demoler, vamos a atravesar con un túnel.

—¿Y todo eso por un palestino que se metió en un lío?

—También por la hija.

—¿Por qué por la hija?

—Creo que Shibolet, y ahora también Maymoni, tienen fantasías.

—¿Fantasías con qué?

—Detrás de tantos esfuerzos por ayudar al padre tal vez se esconde la pretensión de dominar a la hija, cada uno por separado, o incluso juntos.

—¿A qué llamas dominar?

—A convertirla en una especie de segunda esposa.

—¿Segunda esposa? ¿De qué estás hablando? ¿Qué locuras te estás inventando? Basta, Zvi, no olvides que esta tarde has tenido muchas emociones, así que, escúchame, lo vamos a dejar aquí, ya es muy tarde y los dos estamos cansados. No pasa nada porque te tomes un somnífero más y te acuestes como una persona normal en la cama, a mi lado, porque tú, de cualquier forma y en cualquier situación, siempre tendrás una única esposa.

La estación central de autobuses

Por la mañana, la doctora ya no espera a que Luria la lleve. Tiene el código de arranque bien grabado en la memoria, así que coge el coche rojo y se dirige a su unidad de pediatría. Oficialmente aún es la jefa, pero cree que lo más sensato es ir adelantando el traspaso de poderes al médico que va a heredar su puesto. Ya la han convocado a una reunión para aclarar qué derechos y obligaciones tiene de cara a su próxima jubilación. Entre tanto, Luria, pertrechado con dos móviles, va al supermercado con una lista detallada y también con un rotulador negro para ir tachando lo que ya está metido en el carro y evitar duplicidades. Esta vez comprar flores no es una obligación, sino una elección que incluye el derecho a elegir el tipo y el color a su gusto, pero como las flores no lo consuelan por la retirada del permiso de conducir, las deja. Y mientras la gran compra hace el trayecto hasta la dirección correcta, Luria sale a deambular por las calles con la intención de elegir entre los autobuses el más elegante y nuevo y, sin saber de dónde vienen ni adónde van, se sube a uno de ellos, se sienta en la parte de atrás, la que está un poco elevada, y relajadamente, observa desde una perspectiva nueva las calles conocidas, los escaparates y los tipos de personas, cosas que hasta ahora, como conductor atento a los semáforos y a los peatones que cruzan repentinamente los pasos de cebra, no ha podido observar como es debido.

En la inmensa estación central de Tel Aviv, a la que jamás ha tenido ocasión de ir pese a llevar construida unos treinta años, tiene que despedirse del autobús que ha llegado al final del trayecto. Si localizase el andén correcto, podría volver a disfrutar de él en el viaje de vuelta, pero con el bullicio de la estación le dan ganas de cambiar de ruta para seguir experimentando el mundo desde la nueva, relajada y elevada perspectiva. Pero ¿adónde dirigirse? ¿Al norte o al sur? ¿Al este o al oeste? Eso no depende solo de la distancia, que no tiene que ser muy grande, sino también del tipo de autobús que la recorra. Pero mientras está dando vueltas por la estación central, que jamás habría podido ni imaginar que fuera tan siniestra

y confusa con todos esos espacios y accesos, los dos móviles empiezan a sonar al mismo tiempo.

A la derecha, su mujer, y a la izquierda, Maymoni. Como ayudante, aunque sin sueldo, prefiere hablar con su superior, y no con una mujer con la que, a pesar de llevar más de cuarenta y ocho años juntos, está resentido por la rapidez con la que le ha confiscado el coche, como si no solo le hubiesen retirado el permiso de conducir, sino también la propiedad del vehículo. Así que le dice muy brevemente: «Ahora no puedo, Dina, porque Maymoni está en el otro aparato. De momento estoy dando una vuelta por la estación central del sur de la ciudad, un sitio completamente delirante, pero no te preocupes, he comprado todo lo que me pediste, pero sin flores». Y cuelga. «¿Estás en la estación central? –se alarma Maymoni–. ¿Y qué haces ahí? Debemos vernos. Me he enterado de lo de la retirada del permiso, y entiendo el dolor y la humillación que sientes, pero intenta reponerte. Lo más importante es que no sigas poniéndote en peligro y, sobre todo, poniendo en peligro a los demás. De momento, escucha: los verdes han resucitado y han empezado a alzarse contra el proyecto, pero mejor hablémoslo cara a cara. Si me dices donde estás ahora exactamente y me prometes que no te moverás, me planto ahí ahora mismo».

Y de nuevo llama su mujer, que en tono enfadado y angustiado le pregunta qué está haciendo exactamente en la estación central. Nada, una visita inocente, al salir del supermercado pasó un elegante autobús que lo condujo a un sitio de locos donde nunca había estado, a pesar de estar solo a una hora andando de casa. «De verdad, Dina, es un lugar que hay que visitar al menos una vez en la vida. Un laberinto lúgubre y alienante, espacios inútiles, pero pintorescos, llenos de africanos tranquilos con dulces niños de chocolate. No empieces a pensar que me he perdido, Maymoni está viniendo a sacarme de aquí. Por cierto, no me imaginaba que los autobuses modernos pudieran ser tan agradables, tal vez habría que desprenderse del coche».

Pero nada de eso tranquiliza a su mujer.

–Ya entiendo –dice indignada–, has decidido preocuparme a propósito por lo de la retirada del permiso, pero antes de seguir con la provocación, explícame, por favor, qué culpa tengo yo.

–Tú no puedes tener la culpa, querida –afirma Luria–, porque no tienes

autoridad para retirar permisos de conducir. Pero, por otra parte, sí que tienes la culpa, porque querías que me lo retirasen.

—Tú también querías —lo desafía su mujer—, y por eso les serviste en bandeja a los policías tu demencia, sin que nadie te lo pidiese. Dentro de poco la demencia se convertirá en tu carné de identidad.

—Tal vez.

—Pero ¿por qué?

—Para protegerme a mí y también a ti.

Hasta que Maymoni llega pasa bastante tiempo. Y, mientras tanto, Luria se sienta tranquilamente en un pequeño quiosco. La retirada del permiso lo ha eximido de la preocupación de buscar aparcamiento y también de tener que orientarse a la vuelta. Impresionado con la cantidad de autobuses que suben a la sexta planta y vuelven a bajar hacia la calle, se come un bocadillo con el pan algo reseco, pero las lonchas de queso de dentro están enfervorecidas con el aroma del moho verdoso.

—Gracias por no moverte —dice Maymoni, rojo y acalorado—, porque si no, no te habría encontrado nunca. Antes de llevarte al despacho para corregir parte del diseño que has hecho, escucha lo que ha pasado. ¿Podías imaginarte que al Ministerio de Defensa, que lleva ya más de un año a vueltas con lo de la carretera en el cráter, no le pareció oportuno informar de ello a los verdes de la protectora de la naturaleza, para los que el cráter de Mitzpe Ramon es como una cuenca sagrada? Y ahora, cuando les han dado el proyecto para evaluarlo, ha habido tal consternación que hasta se ha temido que demandasen al ejército ante el Tribunal Supremo. Pero resulta que yo llevaba razón en lo que había sospechado todo el rato: es un proyecto para un país extranjero amigo que quiere ocultar instalaciones de escucha justo en el sitio donde alimentaste a la zorra. Y milagrosamente —continúa Maymoni con entusiasmo—, y al parecer también Shibolet ha tomado parte en el asunto, a la Sociedad Protectora de la Naturaleza le gusta nuestro túnel. Como ellos consideran sagrada cada colina desértica y cada ruina antigua, la idea de no mover ni allanar nada les agrada de antemano. Y más sorprendente aún es que tampoco el ejército descarta el túnel, que le permitirá, en caso necesario, bloquear o incluso ocultar la carretera. La que se opone enérgicamente al túnel es precisamente nuestra oficina, y eso después de la ligereza con que han liquidado montañas enteras en Shaar Hagay. Opinan que un túnel encarece considerablemente

los costes, y también requiere mantenimiento. Ese será el tema principal de la batalla de mañana, que se librará sobre todo contra nuestra oficina. Si ya has pagado, vámonos.

Pero Luria se queda clavado en el sitio.

—¿Mañana? ¿No era pasado mañana?

—Es verdad, pasado mañana, así que para que no le liquiden a Shibolet la colina, y Yasur acabe entregándose y arrastre con él al hijo y a la hija...

—Un momento, el dinero de la venta imaginaria aún lo tiene Shibolet, ¿no?

—En depósito. Y créeme, estoy seguro de que tiene guardado hasta el último céntimo. Es cruel y apasionado, pero no es un corrupto.

—Hanadi te estaba buscando ayer —recuerda Luria, y la cabeza empieza a darle vueltas.

—Sí —dice Maymoni, ensombreciéndose—, y al final me encontré, pero por favor, Zvi Luria, deja de insistir en el nombre de Hanadi, también ella está extrañada de que repitas tanto su antiguo nombre y de que encima no dejes de preguntar por su significado. «¿Qué tiene ese amigo tuyo en la cabeza?», pregunta. Y yo le he explicado que en tu cabeza no hay nada malicioso, solo que ya no eres joven y a veces tienes dificultades con los nombres propios.

—Ayalá... Ayalá... —murmura Luria, y siente que la bulliciosa estación central, con sus espacios vacíos y sus largos recovecos, se le está metiendo en los espacios vacíos de su cerebro. Pero Maymoni sigue queriendo saber si Ayalá se identificó por teléfono, o si él mismo se dio cuenta de que era ella.

—Me di cuenta yo, porque hay una especie de música especial en su forma de hablar. Ella temía identificarse, hasta que le dije que sabía quién era ella y quién era yo.

—¿Y de qué hablasteis? —se enerva Maymoni—. Me contó que intentaste interrogarla.

—¿Interrogarla? Oh, eso es una exageración. Me di cuenta de que está muy sola, y me esforcé por ser amable y mostrar interés. Le pregunté, por ejemplo, si en la Universidad Kibbutzim ya le han dado un papel en alguna representación de verdad, o si solo practica en las clases.

—De momento solo le han dado papeles de chica o de chico árabe —dice Maymoni indignado—, porque también en la universidad han captado la

verdad que se esconde detrás de su acento. Por eso me molesta tanto tu insistencia en el nombre anterior. ¿Qué es lo que quieres de ella? Explícame qué te atrae de ella.

—¿Qué me atrae? —se indigna el jubilado—. Solo quiero mostrarle a esa chica perdida un poco de interés, un poco de empatía, un poco de compasión. Porque yo, en cualquier situación, siempre tengo una sola esposa, única y especial, que desde ahora también será mi chófer.

OceanofPDF.com

El fondo para la investigación

Y la única esposa ha regresado muy molesta de su unidad de pediatría por lo que le ha dicho el jefe de contabilidad del hospital. En su fondo para la investigación hay una buena cantidad de dinero, pero solo se puede utilizar antes de la jubilación. Si la doctora se hubiese interesado más por sus derechos económicos, hace tiempo que se habría enterado de que los congresos científicos solo se pueden financiar en los hospitales públicos a los médicos en activo. Los congresos científicos de los jubilados son solo responsabilidad suya, el Estado no tiene ningún interés en complicarse con su financiación. Por tanto, con todo el cariño hacia la doctora que no se ha interesado lo bastante por sus derechos, y puede perder todo el dinero de su fondo, el encargado de los presupuestos le ha sugerido que se invente enseguida una pequeña investigación, y que busque por el mundo algún congreso científico que esté dispuesto a incluirla en una de las sesiones. «De todas formas –ha añadido el hombre de las finanzas con una sonrisa burlona–, el ochenta por ciento de los proyectos que financiamos, según dicen, son fallidos, inútiles o repiten lo que ya se ha investigado en el pasado. ¿Acaso hay alguien, doctora Luria, capaz de dominar el tsunami del mundo de la ciencia? Así que, ¿por qué no utiliza los días de vacaciones que ha acumulado y no ha utilizado para pergeñar algún proyecto que no perjudique a nadie, y se regala un pequeño viaje de placer, para su marido y para usted, antes de la jubilación?».

–Pero ¿cómo voy a ser capaz de inventarme, en unos meses, un proyecto de investigación, si ni siquiera sería capaz de inventarme una idea para un proyecto? –se lamenta la doctora ante su marido–. Y encima cuando estoy traspasando la dirección, y también debo vigilarte más para que no te subas a cualquier autobús y te nos pierdas. Yo, por mi naturaleza, soy médica clínica, no investigadora. El niño enfermo, uno y único, es lo que siempre me ha interesado, cómo curarlo. Pero ponerme a buscar datos que avalen una teoría preparada de antemano, lo siento, esa no soy yo.

–¿Cuánto dinero te queda en el fondo?

–Ocho mil dólares.

—Dina, ¡eso es mucho! Búscate un congreso médico en un país como Japón, donde nunca hemos estado. Qué viaje tan maravilloso podríamos hacer por veinte minutos de ponencia que, además, nadie escuchará con atención.

—¿Una ponencia sobre qué?

—¿No puedes inventarte algo?

—Yo no soy inventora. Ya te lo he dicho, yo me ocupo de niños reales.

—Pero a quién le va a importar en Japón que te inventes alguna teoría.

—No me pondré en ridículo.

—Pues podrías escribir una ponencia sobre ti misma, sobre tu enfermedad, sobre la bacteria que te atacó, ¿cómo se llamaba?

—Meningococo.

—¿Cómo?

—Meningococo.

—La depredadora esa.

—Depredadora, no, solo agresiva.

—Pues, ¿por qué no escribes algo personal sobre esa bacteria «solo agresiva»? Cuáles fueron los primeros síntomas, cómo entraste en un estado de confusión y aturdimiento, y por qué tuve que ingresarte inmediatamente, por qué se confundieron con el primer antibiótico y por cuál hubo que reemplazarlo, y también por qué insistieron en aislarte más de lo que pensaron en un principio. Y también puedes mirar todas las pruebas y análisis que están en tu historial y construir un resumen desde el punto de vista de una doctora que se trata su propia enfermedad y la entiende desde dentro, una doctora que puede explicar no solo los errores de diagnóstico de otros médicos, sino también los suyos propios. Puede ser interesante o, al menos, no aburrido. Dijiste que es una bacteria común y conocida, entonces, ¿por qué otros médicos no van a querer conocerla desde una perspectiva más personal? También te quedan días de vacaciones y, si no los utilizas, el estado estará encantado de quedarse con ellos, así que ponte a escribir y, aunque no salga algo de lo más científico, al menos salvaremos algo del fondo, y comeremos y dormiremos en un buen hotel, y visitaremos museos importantes.

La doctora mira con asombro a su marido, como si hubiera descubierto algo en él que jamás había estado ahí, pero él se va entusiasmando cada vez más.

—No creas que soy tan ingenuo de pensar que en un congreso científico se puede convertir una enfermedad personal en una verdad científica, pero una novedad siempre se recibe con interés. Mira, también nuestro túnel, en el fondo, es personal y no público, y pese a todo conseguiremos que lo aprueben en la comisión.

Dina se acerca a su marido y lo abraza.

—Zvi, ¿esta idea se te ha ocurrido ahora, o se la has oído a alguien en el hospital?

—Ni lo uno ni lo otro. Te vas a sorprender, ha llegado desde la distancia, precisamente de aquella... es decir, de esa tal Hanadi...

—No comprendo —dice, mientras se pone roja y se echa a reír—. ¿Has empezado a hablar a diario con esa palestina? Eso es ya una evolución dramática de la demencia.

—¿Cómo que a diario? Solo una vez, por la tarde en el despacho, antes del accidente. Ella estaba buscando a Maymoni, que no estaba, y entonces habló un poco conmigo, y también se interesó por tu salud, porque Maymoni le había contado que estabas ingresada.

—¿Ingresada? ¿Qué interés tiene Maymoni en hablar con ella de mí?

—Llevo todo el rato tratando de insinuártelo y tú no lo pillas. Ese hombre, Maymoni, no es sencillo ni ingenuo. La tiene cada vez más atrapada, y por eso, en vez de buscarle un sitio en una residencia de estudiantes, se la ha llevado a la casa de su difunto padre, para que viva aislada y así poder controlarla mejor. Y va a visitarla, y quién sabe qué más harán allí, pero aunque solo hablen, lo normal es que hablen del túnel y me mencionen a mí, y entonces también hablarán de ti. Una doctora que se ha puesto enferma y ha sido hospitalizada tiene interés para ella debido a la enfermedad cardíaca de su madre. Antes de esa transacción de locos que hicieron con Shibolet, estuvieron deambulando de médico en médico, y ella se dio cuenta de que ni los médicos palestinos ni los israelíes entendían realmente lo que le ocurría al corazón de su querida madre. Medio riéndose medio desesperada, me dijo, lástima que los médicos que los estuvieron mareando no enfermasen ellos mismos, porque tal vez solo con una enfermedad propia habrían podido explicar la enfermedad a los demás. Ya está, esa es toda la historia. Ningún misterio. Entonces, ¿qué? ¿Qué decides para que no perdamos el dinero de tu fondo?

—Decido pensar.

La reunión de la comisión

Ya han pasado unos seis meses desde que Luria huyese de la magnífica fiesta de jubilación y, en la oscuridad de la planta séptima de Netivei Israel, viese la franja de luz que salía por debajo de la puerta de su antiguo despacho. Así conoció al hijo del consejero jurídico que se estaba muriendo, al joven ingeniero Maymoni, al que Dina consiguió endosarle hábilmente a su marido como ayudante sin sueldo para que, siguiendo el consejo del neurólogo, pudiese luchar mejor, con ayuda de carreteras, enlaces viarios y túneles, contra la atrofia que le está erosionando el cerebro.

Desde entonces, Luria ha visitado otras dos veces su antiguo despacho, pero solo por las tardes, cuando el edificio se quedaba vacío, porque Maymoni tenía dudas de presentar a un jubilado ya caduco como ayudante en un proyecto militar que debía ser secreto. Pero esta mañana, con el edificio de oficinas repleto de empleados, se reúne una comisión para aprobar el proyecto, de modo que ha llegado el momento de presentar al misterioso ayudante, no como miembro ordinario con derecho a voto, sino solo como consejero en caso de desacuerdo o discusión, y su sitio no está junto a la gran mesa, sino en un rincón, pegado a la pared.

Luria se emociona con el bullicio matutino de la planta donde trabajó durante tantos años. No todos los empleados son capaces de reconocerlo, pero los que lo hacen –ingenieros, peritos, secretarias y hasta asistentes–, le manifiestan un sincero afecto, no solo con apretones de manos, sino también con palmadas en el hombro, para cerciorarse de que los rumores sobre su demencia son muy exagerados.

Los participantes se van congregando en la sala de reuniones. El invitado de honor, Maymoni, que esta mañana deberá pasar la prueba, va con corbata y chaqueta nueva, y está bajando ya una gran pantalla y preparando el ordenador para la presentación. También llegan pronto un representante civil del Ministerio de Defensa y un oficial del ejército de uniforme, que se presentan solo con sus nombres propios, y se apresuran a extender un mapa y documentos con los que poder precisar sus comentarios. Entonces se abre

la puerta de par en par y Yoel Drucker, el jefe de contabilidad de la oficina, pasa en su silla de ruedas. Es un ingeniero de profesión, inválido de guerra, que estuvo una época trabajando a las órdenes de Luria, hasta que sus dolores lo obligaron a dejar el trabajo de campo y trasladarse al departamento de contabilidad; allí, en poco tiempo, logró transformar sus conocimientos de ingeniería en un rigor financiero que le permitió descubrir fallos y errores en cada cálculo y cada balance. Cuando ve a Luria en un rincón, se dirige rápidamente hacia él. Ayer mismo le llegó la noticia de que Maymoni había reclutado al jubilado como ayudante y consejero, y en ese mismo instante Drucker comunicó públicamente que si Zvi Luria estampaba su firma en el proyecto, se podía aprobar con los ojos cerrados. Al oír esas alabanzas de un hombre tan valioso, que además es inválido de guerra, Luria no puede contenerse y se levanta a abrazar la cabeza de su antiguo empleado, que nunca pidió que se le exonerara del trabajo cuando lo enviaban a hacer mediciones en las montañas y las colinas. «Querido amigo –dice el jubilado con un nudo en la garganta–, es cierto que nunca me interesé por tus heridas de guerra, porque presentía que tú no querías mi compasión, y ahora yo tampoco quiero tu compasión, pero si supieras que me han retirado el permiso de conducir, comprenderías lo bajo que he caído».

Una secretaria empuja un carrito con una cafetera, tazas, botellas de agua mineral y palitos salados. «Ha habido una revolución –le murmura Drucker a Luria–. Se han suprimido las *burekas*, se han eliminado los dulces y las quiches que atontaban las mentes y atraían a las reuniones a personas hambrientas que no debían participar en ellas. Se ha decidido que haya solo un refrigerio simbólico, tan simbólico que puedo reconocer algunos palitos salados que han pasado ya por tres reuniones y nadie se ha acercado a ellos. Enseguida tendrás la prueba de que un refrigerio monacal también acorta las reuniones».

Dos mujeres, una joven y una de mediana edad, representantes de la Sociedad Protectora de la Naturaleza en el sur, son conducidas al interior de la sala y situadas junto a la gran mesa. Por la forma en que la mayor se preocupa por la joven, parece que entre ambas no solo hay una relación profesional. Primero se sirven un café para reponerse del largo viaje y, al darse cuenta de que no habrá un refrigerio más copioso, empiezan a devorar, con educación pero a conciencia, todos los palitos salados. Y

cuando están a punto de acabarse, extienden un pintoresco mapa de plástico del cráter de Mitzpe Ramon, lleno de diminutas figuras de personas, camellos, zorros y pájaros, y sembrado de vehículos que, según su tipo y capacidad, se mueven entre los emplazamientos por caminos marcados con diferentes colores.

El último en llegar es el nuevo presidente, un joven entusiasta todavía, y lo primero que hace es dirigirse hacia Luria para expresarle el agradecimiento de la oficina por su ayuda sin sueldo, y sobre todo, lo más increíble, por aquel discurso breve e inolvidable en la fiesta africana de jubilación. El principio de separación entre lo personal y lo público que dictó Luria se ha convertido para él en el principio fundamental de la guerra titánica contra la corrupción. Además de los recortes en los refrigerios, se ha decidido recortar también en las excusas por enfermedad y por problemas familiares, en las ausencias y los retrasos debido a asistencia a colegios y a actuaciones de nietos. La nueva política es radical: dar un completo voto de confianza a cada ausencia o retraso, sin necesidad de justificarlos, pero se anotan y acumulan en el expediente del trabajador para evaluarlos de cara a posibles ascensos o despidos. Y ay de la secretaria que ponga en su mesa flores o una tarta el día de su cumpleaños. Y, de forma cortés pero tajante, rechaza invitaciones a celebraciones de bar mitzvá, circuncisiones o bodas, incluso a los funerales de los empleados envía a otros para dar las condolencias. Solo a funerales de jubilados como Luria, si alguien se acuerda de avisarlo, está dispuesto a acudir, pero solo como participante silencioso. Netivei Israel es una empresa gubernamental y no un kibutz o una comunidad religiosa, tampoco una compañía de teatro o un batallón de soldados en la reserva que no pueden librarse de sus recuerdos del pasado. Una empresa gubernamental no es una empresa privada que compensa un sueldo vergonzoso con unas vacaciones en el mar Muerto o en Eilat. Una empresa gubernamental no pertenece a sus empleados sino al Estado y, en el Estado, lo personal puede fácilmente llevar a la corrupción. «Nosotros –continúa el presidente–, somos una institución que mueve millones, e incluso billones, ante contratistas y fábricas para los que el soborno es el combustible moral. A ti, Zvi Luria, que me enseñaste a ser completamente indiferente a los asuntos personales, hasta mi mujer te felicita. Como yo me abstengo de acudir a fiestas privadas de los

empleados, ella está dispensada de tener que seguirme a eventos de todo tipo en vez de leer libros de suspense traducidos al hebreo».

Mientras Luria se queda sorprendido por tan inesperados halagos, el presidente se acerca a presentarse al resto de los asistentes que no son empleados suyos, y le pide a Maymoni que oscurezca un poco la sala para proyectar su material con luz tenue. Una espectacular fotografía aérea del cráter de Mitzpe Ramon inicia la presentación y, al instante, la joven representante de la Sociedad Protectora de la Naturaleza se pone en pie, con unos vaqueros rotos y unas botas polvorientas, y detiene la proyección. Con voz clara, tensa por la ira, se dirige a los representantes del ejército sorprendida de que, sin hablar con la Sociedad Protectora de la Naturaleza, se les haya podido ocurrir encargar una carretera en una reserva natural de primer orden que es el santuario del senderismo y el turismo. «En el ejército os habéis acostumbrado a pensar que este país está a vuestra disposición para divertirlos con él. De hecho, íbamos a exigirlos que explicaseis a quién beneficia esa maldita carretera, pero como no somos unas ingenuas, y sabíamos de antemano que saldríais con lo de la seguridad nacional y el secreto de Estado, podemos acortar el debate. Hemos venido dispuestas a exigir una sola modificación, no drástica, pero sí fundamental, ante la que no cederemos». La joven le quita la regla a Maymoni y se acerca al cráter proyectado sobre la pantalla. «Aquí, golpea en la esquina occidental del cráter, está “el pozo de agua israelí”, uno de los enclaves preferidos por nuestros excursionistas, aunque no tiene ni gota de agua, tan solo una promesa de agua. Y en el proyecto que nos habéis enviado, precisamente ahí pretendéis ocultar vuestras instalaciones, o lo que demonios sea, así que, por favor, desviad vuestra dichosa carretera hacia el sudoeste, más allá del Parque Geológico, hacia acá, y vuelve a golpear la pantalla, y vuestra instalación, o lo que sea, ocultadla en el silo nabateo, el que está pegado a la cara oeste de la pared del cráter. Es una especie de almacén de ídólatras, sin ninguna importancia para la historia de nuestro pueblo, en el que pueden caber todas las estupideces militares o civiles que queráis».

Le devuelve la regla a Maymoni y regresa a su sitio, mientras su compañera la sigue con una mirada de admiración.

—¿Y el túnel? —se alza en la penumbra la voz del jefe de contabilidad—, ¿qué piensa la Sociedad Protectora de la Naturaleza sobre el túnel?

—El túnel nos parece muy bien, y seguro que también podremos

aprovecharlo para muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, como lugar resguardado y con sombra para cuidar animales heridos. Últimamente ocurre algo inquietante en el cráter, se están encontrando animales heridos por disparos de un cazador. Hay alguien que va por el cráter con un rifle hiriendo a lobos, zorros, conejos y cabras. Se podrá utilizar ese túnel como una especie de sala de urgencias temporal, de primeros auxilios.

Ahora el jefe de contabilidad quiere saber qué opinan las Fuerzas de Seguridad sobre el túnel.

—No lo hemos pedido —responde el oficial—, de modo que no hemos pensado en él; nos sorprendió verlo en el proyecto que nos enviaron. También puede encarecer todo el proyecto. Pero suponiendo que los que lo han diseñado han tenido una buena razón para hacerlo, el ejército intentará encontrarle una justificación.

—¿Por ejemplo?

—En caso necesario, se podría poner un control en la entrada del túnel para inspeccionar a los que entran y salen, o camuflar la entrada y así ocultar la carretera, que en teoría debe ser secreta.

—¿Ya nos estáis preparando una guerra?

—Todo lo contrario —sonríe el funcionario—, ¿para qué estamos nosotros?

La puerta se abre lentamente y una cabeza blanca brilla en la penumbra. «Sí, es aquí», se oye murmurar. Y detrás del hombre, como un fantasma pintoresco, se cuela con la cabeza gacha y el pelo corto una tierna gacela, Ayalá, que, de todas las sillas libres de la sala, elige la que está al lado de Luria.

Maymoni retrocede alarmado al ver a su exjefe de batallón, que se planta erguido y seguro delante de la comisión y se presenta como voluntario de la Asociación Arqueológica de las Montañas del Néguev, indica su último rango militar y no olvida tampoco mencionar su puesto en la Administración Civil y, sin pedir autorización ni disculparse por su presencia ahí, se une a la mesa de la comisión.

—¿Qué te ha pasado en el pelo? —le susurra Luria a la joven residente sin identidad—, ¿no te da pena?

—Realmente sí —afirma con cierta lástima—, pero ¿qué podía hacer si en la

universidad me han dado un papel de chico árabe? Quería que me resultase fácil meterme en el papel y también gustar al público.

A pesar de la penumbra, no le cabe duda de que su belleza se ha intensificado desde que la vio con el pelo suelto en el todoterreno de Maymoni. El cariño y la preocupación, y tal vez también el deseo, con los que la colman dos israelíes adultos potencian su radiante resplandor. Luria dirige la mirada hacia sus pequeños pies cruzados por tiras de cuero. El jubilado se pregunta: «¿También aquí puede producirse esa pasión terapéutica que recomendó el neurólogo?».

—¿Cómo está tu padre? —susurra él—. ¿Cómo está Rahman?

—Yeruham —lo corrige ella con una extraña sonrisa—. Mi padre está desesperado. Otra vez quiere entregarse. Está seguro de que no hay ninguna posibilidad de que aprueben el túnel.

—Sí que lo harán —susurra el viejo ingeniero emocionado, mientras apoya una mano sobre su hombro para que sienta el peso de su autoridad.

Sus murmullos atraen por un instante las miradas del resto de los presentes, que ya han empezado a seguir atentamente a Maymoni mientras repasa los detalles de su carretera, diapositiva tras diapositiva. Y entre tanto, el presidente pierde la paciencia, detiene un instante la proyección para despedirse de todos y le cede el mando a su jefe de contabilidad, que se dirige en la silla de ruedas hacia la pantalla para poder ver mejor.

Los representantes del ejército y de la Sociedad Protectora de la Naturaleza van comparando las explicaciones de Maymoni con los datos de los mapas que han traído, pero Shibolet no necesita ningún mapa, el cráter de Mitzpe Ramon está grabado en su mente y no tiene más que cerrar los ojos y agachar un poco la cabeza para seguir perfectamente las explicaciones. Luria está impresionado con Maymoni, que ha llegado preparado de maravilla, pertrechado con tantísimas fotografías, gráficos y hasta simulaciones que parece que el túnel existe ya realmente.

Por último llegan los datos de los costes y termina la presentación. Se abren las cortinas y un sol amigable despunta entre las nubes. ¿La gacela palestina se dedica ahora solo al arte dramático en la Universidad Kibbutzim, o sigue siendo fiel a su afición por la fotografía? Porque, si es así, tal vez se pueda duplicar también el sol de Tel Aviv, y no solo el del desierto.

Ha llegado el momento de las conclusiones, y Yoel Drucker, con la

autoridad que le ha sido otorgada, regresa a la cabecera de la mesa. Desde su punto de vista, en general el proyecto es bueno y preciso y, en la medida de lo posible, no es demasiado agresivo con el entorno natural. La carretera, efectivamente, no podrá ser del todo secreta, pero para ocultar su finalidad en el silo nabateo y no en el pozo de agua israelí, tal y como exige la Sociedad Protectora de la Naturaleza, no habrá necesidad de realizar complejas correcciones. Por tanto, se aprueba su realización, pero con una condición: sin túnel. Hay que eliminarlo del proyecto. Carece de sentido y, además de encarecer los costes, también exigiría cuantiosos gastos de mantenimiento. Así pues, hay que enviar al cráter de Mitzpe Ramon al jefe de obra de Kfar Yasif, ese que últimamente ha demolido en Shaar Hagay montañas enteras que la historia del sionismo consideraba eternas. Él sabrá atravesar esa rebelde colina en línea recta.

Los hombres del ejército empiezan a doblar sus mapas. Los representantes de la Sociedad Protectora de la Naturaleza miran hacia la puerta como esperando al menos unos cuantos palitos salados más. Drucker empieza ya a rellenar los permisos. Pero el antiguo oficial de pelo blanco, como un alumno serio y aplicado, levanta la mano pidiendo permiso para hablar.

—¿Por qué tu padre no puede encontrar otro sitio donde ocultarse? —le susurra Luria a la palestina, que se ha quedado encogida en el asiento de pura desesperación.

—Es así, no puede —responde con tajante aflicción—, es el único lugar apropiado para él, y desde allí le resulta fácil llamar a su primo de Jordania. Por eso devolverá el dinero y se entregará, y entonces a mí también me mandarán al otro lado de la línea verde.

Los nabateos

Hace un rato, cuando Luria, emocionado por los inesperados halagos, ha abrazado la cabeza del jefe de contabilidad, inválido de una antigua guerra, sabía que alguien con tan dilatada experiencia como ingeniero y tantos conocimientos financieros no se apresuraría a aprobar un túnel injustificado como ese. Por tanto, no le ha sorprendido que Shibolet haya decidido no confiar en Maymoni ni en su ayudante sin sueldo, y se haya presentado en la reunión de la comisión a la que no ha sido invitado para intentar salvar la idea del túnel. Pero, para no despertar recelo, Shibolet se comporta ahora con exagerada educación. Aguarda con paciencia a que el jefe de contabilidad, que está firmando documentos, alce un instante la cabeza y se sorprenda al ver a un antiguo oficial, con el pelo canoso, levantando la mano como un alumno aplicado y esperando a que le den permiso para hablar.

Cuando se le concede, Shibolet advierte en tono comedido, y con una agradable sonrisa, de que no deberían precipitarse en contactar con el jefe de obra que ensanchó Shaar Hagay, sin antes pensar mejor lo que significa demoler una colina en cuya cima se alza una construcción nabatea de principios del siglo tercero antes de la era cristiana. Es cierto que no es el único ni el principal vestigio de la gran civilización nabatea. Sin embargo, el que se encuentra en esa colina tiene su valor dentro del legado histórico que nos dejó un pueblo antiguo y sabio que, con el mismo espíritu que Ben Gurión, no sermoneó sobre el poblamiento y desarrollo del Néguev sin hacer nada, sino que supo cómo sobrevivir en el desierto, descubrir el agua oculta en él, e incluso acumularla en pozos a lo largo de la ruta de caravanas del ingenioso comercio internacional.

–Interesante –murmura Drucker, pero intenta enfriar el entusiasmo del antiguo oficial–. Por supuesto, los nabateos merecen un respeto, pero no olvidemos que, al fin y al cabo, eran unos idólatras.

–Primero, ¿qué tienen de malo los idólatras? –responde Shibolet con cierto sarcasmo–. También la mayoría de los israelíes ahora son idólatras, si no en sus creencias, al menos sí en su actos. Basta con que nos demos una

vuelta por los grandes centros comerciales, por los bancos y los restaurantes, para comprobar el respeto y la admiración que tienen hacia los ídolos tangibles.

–Aun así –interviene el representante del ejército–, ninguno de nosotros reza o se postra todavía ante una estatua o una máscara.

–Es cierto, todavía no. Pero os sorprenderá saber que también los nabateos del Néguev tenían expresamente prohibido adorar estatuas y máscaras, y por eso solo adoraban estelas de piedra, sin imágenes de ángeles o de personas. Y las estelas y las tumbas, al menos seamos un poco honestos, ahora también causan sensación en la cultura judía.

Y Shibolet suelta ahora una risotada enloquecida, enfermiza.

Maymoni, que hasta el momento ha estado recogiendo todo su material, se acerca dubitativo al oficial que está poseído por el espíritu profético. Hanadi se pone roja y tiembla, pero a Luria le parece que ella ya conoce ese discurso.

–Perdón –pregunta Drucker con manifiesta simpatía–, ¿podría por favor repetir su nombre?

–Shibolet.

–¿Shibolet qué?

–Shibolet, solo Shibolet. Es un único nombre, nombre propio y apellido.

–¿Realmente ha venido en representación de la Asociación Arqueológica de las Montañas del Néguev?

–Sí. Está separada de la Sociedad Protectora de la Naturaleza, porque la protección de la naturaleza no es lo mismo que la protección de la historia y la arqueología.

–Está claro. Y, por ejemplo, ¿cuántos miembros hay en esa asociación?

–No muchos, no los he contado.

–Digamos, en Mitzpe Ramon.

–De momento solo dos, mi mujer y yo.

–¿Y ustedes luchan por la memoria de una civilización antigua de adoradores de ídolos, perdón, de estelas?

–No solo de ídolos: en el siglo v los nabateos se convirtieron al cristianismo y, cuando llegó el islam, se convirtieron al islam, y si los judíos no hubiesen abandonado esta tierra, seguro que también se habrían convertido al judaísmo en su honor. Porque, a fin de cuentas, los nabateos eran en esencia adoradores del sol.

–¿Del sol?

–Sí.

–¿Únicamente?

–¿No es suficiente? El sol está por encima de la religión. El sol es una condición necesaria para la religión. Y además –Shibolet se eleva con el impulso de sus palabras–, les sorprendería saber que los nabateos del Néguev tenían diversos contactos con el reino de los asmoneos de Jerusalén. Y el rey Herodes, al que debemos apreciar especialmente ya que gobernó sobre nuestro pueblo durante casi cuarenta años, y en cierto sentido era una especie de Solel Boneh y Netivei Israel juntos, construyó fortalezas y torres, pavimentó caminos y excavó túneles, y fue el mayor constructor de nuestra historia, y sobre todo reconstruyó completamente el Templo y toda la explanada que lo rodea. Bueno, pues ese gobernante original e ingenioso, que era tan querido en el Imperio romano como nuestro Bibi Netanyahu lo es en la Casa Blanca, por parte de madre, llamada Cipros, escuchen bien, era nabateo, su madre era una princesa nabatea, y el hecho de que fuera nabateo no molestaba a los sacerdotes que oficiaban en el renovado Templo. Imagínense, por ejemplo, que descubriésemos que por las venas de nuestro primer ministro, por parte de padre o por parte de madre, corre sangre nabatea: ¿cómo reaccionaríamos? ¿Riendo o llorando? Seguramente no nos importaría y continuaríamos tranquilamente a lo nuestro.

Acompañada de una leve sonrisa, se va acabando poco a poco la paciencia en la silla de ruedas.

–Entonces, señor Shibolet, ¿qué más podemos hacer por sus nabateos?

–Muy sencillo –se anima el oficial–, no destruir una colina histórica por una carretera militar. Porque así no solo están acabando con el pasado del Néguev, sino también con su futuro. Dejen que los ingenieros realicen el túnel que han diseñado. Y si eso aumenta un poco el presupuesto, al menos la historia los recordará.

Shibolet bebe agua al final del discurso. Un sol de mediodía inunda de repente la sala de reuniones y Luria cree que la delicada residente sin identidad, que ahora se protege el maravilloso rostro con la mano, es el origen del destello nabateo que se ha encendido ahí. ¿La lucha del antiguo oficial de la Administración Civil es por el padre, que puede incriminarlo a él, o por la hija, que se hospeda con frecuencia en su piso de Mitzpe Ramon cuando el asma da un respiro a su mujer?

La silla de ruedas del jefe de contabilidad se mueve con un leve quejido. Al principio, Drucker admite que se puede respetar a un hombre que está luchando por la memoria de un pueblo desaparecido, y hasta sentir sus quejas como propias, pero lo que ocurre es que al final de cada proyecto de Netivei Israel llega un funcionario de la Oficina de Control del Estado cuyo único deseo es descubrir gastos innecesarios. «A pesar de mi buena voluntad, el presupuesto nacional no es mi presupuesto privado», concluye Drucker.

A Luria le da vueltas en la cabeza un vago recuerdo, se pone en pie, sorprendiéndose incluso a sí mismo, y grita desde su rincón:

–Un momento, Drucker, un momento, Yoel. Ahora me estoy acordando de la carretera a Ein Ziv, y de cómo y por qué se nos complicaron tanto las cosas allí.

OceanofPDF.com

Awad Awad

La fuerza motriz de la demencia escarba en su materia gris y, claramente se va volviendo más nítido, saliendo de los recovecos, un camino montañoso y verde en Galilea, una carretera rocosa y muy escarpada entre Tarshiha y Ein Ziv. Es un camino de tierra de la época del Mandato británico, un camino lleno de baches al que, tras la creación del Estado, se le imprimió normalidad vertiendo una modesta y fina capa de asfalto. Pero en los años ochenta, después de varios accidentes terribles, al menos había que ensanchar un poco la carretera, para que tuviera algún tipo de arcén que pudiera retener las ruedas que tenían tendencia a continuar hacia el precipicio, o al menos servir de advertencia. Y allí, entre los que se ocupaban de las obras, había un joven ingeniero que perdió una pierna en la guerra del Líbano, al que el Estado que lo había enviado a aquella batalla inútil premió con una prótesis nueva, de una flexibilidad fantástica, para que pudiese corretear por los caminos y los campos con sus aparatos de medición. «Sí, sí –dice Luria acercándose como sonámbulo a la mesa de la comisión–, no solo tú, Drucker, estás ahora en ese recuerdo que se va haciendo nítido. También hay otros contigo: topógrafos, maquinistas y obreros, todos anónimos aún, pero muy humanos, y entre ellos, ahora me viene a la cabeza, un gran jefe de obra de Sajnin que nos advirtió a todos muchas veces de que, si intentábamos ensanchar una carretera tan estrecha y escarpada como esa, se derrumbaría y arrastraría tras ella a la montaña, que se deslizaría y la engulliría. De modo que era preferible pensar en otra sencilla solución: meter la problemática carretera dentro de un túnel».

Pero el túnel que se propuso, prosigue Luria indignado, provocó rechazo, tanto por tu parte, Drucker, como por la de otros. Demasiado caro, demasiado complicado y, sobre todo, innecesario. ¿Por qué se iba a derrumbar la carretera? ¿Por qué se iba a deslizar la montaña? Y entonces, cuando comenzaron las obras, la carretera se desintegró bajo los dientes de la excavadora, que cayó por el precipicio arrastrando tras ella parte de la montaña. Tuvimos que traer de lejos una sofisticada grúa para sacar la excavadora y diseñar para la malograda carretera un trazado completamente

nuevo, dando un gran rodeo. Tú, Drucker, seguro que te acuerdas, estabas ahí y echaste a correr, sin apiadarte de tu nueva prótesis, y ahora recuerdo también el nombre del jefe de obra, Awad Awad, Awad Awad. Los grandes camiones y las hormigoneras que llevan su nombre aún están por todas partes, aunque él ya haya fallecido, porque los clanes exitosos no desaparecen del mundo.

Pensar que la atractiva palestina que se sienta a su lado está rezando para que Luria logre sus propósitos le da fuerzas y, con un inesperado y brusco movimiento, atrae hacia él la silla de ruedas y la zarandea un poco, como para despertar la memoria del que está sentado en ella. ¿Acaso puede el jefe de contabilidad compartir los discutibles recuerdos de un jubilado, muy experimentado y apreciado, es cierto, pero a quien le han retirado el permiso de conducir? ¿Se trata de un recuerdo auténtico o es solo una manipulación delirante sobre una carretera que se derrumbó, una excavadora que se cayó y un jefe de obra que advirtió de que lo aconsejable era excavar un túnel? Aunque solo sea un delirio, en su interior bulle una pequeña verdad, la pura verdad, en forma de aquella nueva prótesis, de una flexibilidad fantástica, que Luria sorprendentemente aún recuerda, una prótesis que Drucker utilizó durante muchos años, hasta que el muñón ya no pudo soportarla más y fue sustituida por una silla de ruedas.

—¿Se cayó una montaña? —tantea Drucker, desconcertado pero en tono amistoso—. ¿Qué montaña?

—¿No te acuerdas?

—No, Luria, de verdad que no...

—Y del túnel, al menos de eso sí te acordarás.

Drucker dirige la vista hacia Maymoni, como esperando que él le libre de la exigencia de su ayudante sin sueldo, pero Maymoni permanece callado, y también Shibolet, y los representantes, que ya han doblado sus papeles, están petrificados en sus asientos.

—Pero, Zvi —dice Drucker con una sonrisa incómoda—, me pides que me acuerde de un túnel que jamás se hizo, que ni siquiera se diseñó, y encima hace tantos años.

—Claro que no te acuerdas de un túnel que fue descartado —lo reprende Luria—, y por qué vas a acordarte si hoy vuelves a hacer lo mismo, es decir, no estás descartando exactamente aquel túnel, pero sí la idea que lo fundamentaba.

En ese momento se conmueve el inválido de una guerra de engaño que acabó en derrota, pero cuyos dolores aún no se han olvidado ni siquiera en una silla de ruedas moderna y acolchada. Coge el proyecto descartado, que está abandonado junto al proyecto aprobado de la carretera, se dirige delicadamente a quien fuera su jefe y maestro, cuyo rostro está pálido y atormentado, y le pregunta.

—¿Qué longitud has establecido?

—Está escrito. Es un túnel modesto, casero, ciento ochenta y cinco metros solamente.

—¿Y la anchura?

—Míralo, la hemos disminuido. Seis metros solamente. Un carril en cada dirección, hemos ahorrado en los costes de la perforación, de todas formas habrá un tráfico muy escaso y se podrá controlar tanto la entrada como la salida de la carretera. Se podría hasta cerrar con una puerta.

—¿Y la altura?

—Cuatro metros y treinta centímetros solamente.

—¿Y será suficiente?

—No es un túnel para vehículos pesados.

—¿Y cómo pasarán las instalaciones?

—Sin problema. Son instalaciones que necesariamente serán sofisticadas, es decir, muy reducidas y desmontables.

—Pero incluso un túnel casero, como tú lo defines, necesita luz y ventilación. Zvi, ¿de dónde llevaríais hasta allí el tendido eléctrico?

—¿Tendido eléctrico? ¿Para qué, Yoel? Acabamos de escuchar todo un discurso histórico sobre un pueblo para el que el sol era su dios. Bastará con que también nosotros pongamos un gran panel frente al sol, y él nos proporcionará todo lo que necesitemos, y gratis.

Las respuestas firmes y claras reconfortan al jefe de contabilidad, que se convence de que aunque a Luria le hayan retirado el permiso de conducir, aún no se ha debilitado su raciocinio profesional, que absorbe su fuerza de la razón pura. Mira a los que están a su alrededor como queriendo cerciorarse de que su silencio significa que no van a retractarse de lo dicho al comienzo de la reunión, y así poder invalidar sin reservas su propia negativa anterior y añadir el proyecto del túnel al proyecto general que ya ha sido aprobado.

La doctora escribe su enfermedad

Luria espera alguna muestra de agradecimiento por parte de la palestina que ya se veía arrojada al otro lado de la línea verde, pero parece que se la ha tragado la tierra. De hecho ha sido por ella, y no por el viudo que aún llora la muerte de su esposa, por lo que él acaba de excavar en su atrofia un delirante túnel privado. La reunión va llegando a su fin. Las dos amantes de la Sociedad Protectora de la Naturaleza aún no han lanzado toda su ira contra el ejército y, como con júbilo, vuelven a amenazar con el Tribunal Supremo al representante del Ministerio de Defensa, que sonríe con calma. Maymoni, que ya ha terminado de perforar los proyectos y los documentos y de meterlos en un archivador especial, ayuda discretamente al jefe de contabilidad, que dice adiós con la mano, a regresar con la silla de ruedas a su despacho. Después, el oficial del ejército y Shibolet se olfatean el uno al otro como dos perros que quieren saber si han coincidido en el pasado en los mismos terrenos de caza, pero como no encuentran ningún campo de batalla común, ni tampoco ningún general o teniente general sobre el que hablar para evaluar sus defectos y virtudes, se separan, y Shibolet se dirige hacia la ventana para observar bien el sol. Por detrás, el pelo canoso se le ve enredado y revuelto, como si últimamente se hubiese autoimpuesto un nuevo ascetismo. Luria se acerca a él para mirar fijamente el sol que brilla en el centro del firmamento. Hay que buscar en internet cómo adoraban los nabateos a este sol.

–Al final lo hemos doblegado –murmura.

–Tú lo has doblegado –puntualiza Shibolet–. Maymoni ya había desistido, y tampoco mis nabateos lo han convencido, hasta que tú lo has dejado impactado con la historia de su prótesis. Pero ¿de dónde te la has sacado? ¿De la memoria o de la imaginación? ¿De verdad existió en Galilea una carretera escarpada que se derrumbó en los años ochenta? ¿Y hay un pueblo llamado Ein Ziv?

–¿Por qué no lo iba a haber? –dice el jubilado, defendiendo su historia–. Y aunque un pueblo decida cambiar de nombre, su carretera conserva el número.

Shibolet quiere cuestionarlo, pero guarda silencio.

—Ahora al menos —continúa Luria—, ese Rahman tuyo, ese tal Yasur, dejará de amenazarte con entregarse.

Shibolet parece molesto con el jubilado, que sabe demasiado, y se apresura a discrepar.

—No es seguro que la amenaza cese, el deseo del marido de recibir algún castigo por la muerte de su esposa no es algo que desaparezca tan fácilmente.

Y el dinero que pretende devolver a los compradores estafados se está acabando. Maymoni está derrochándolo con lo que le da al soldado druso y a la actriz.

—Pero ella ha desaparecido de repente, ¿dónde está? —pregunta Luria con voz temblorosa.

—Se ha marchado enseguida a la universidad, siempre tiene algún ensayo. Yo me opuse a traerla aquí, podía despertar sospechas, pero ella insistió en verte.

—¿A mí? —se sorprende Luria—. ¿Por qué a mí?

—Porque creía que tú, más que nosotros dos, lograrías que se aprobase el túnel. Quería animarte, ella cree que tu demencia es buena.

—¿Buena? —sonríe Luria sonrojándose—. ¿Qué es una demencia buena? La demencia no actúa por sí misma.

—Pregúntale a ella —dice el oficial, para zanjar el asunto—, la idea es suya.

La sala de reuniones se ha quedado vacía. Todo lo que había sobre la mesa y podía servir para la siguiente reunión se ha metido en una gran bolsa transparente. Es ahora cuando Luria se acuerda de que no tiene coche, y no tiene ni idea de dónde habrá algún autobús que lo acerque a su casa.

—¿Adónde vas ahora? ¿De vuelta a Mitzpe Ramon?

—¿Adónde tienes que ir?

—A casa. Aquí, en Tel Aviv.

—Pues yo te llevo, te lo mereces. ¿Qué le ha pasado a tu coche?

—A él no le ha pasado nada, me ha pasado a mí. Le mencioné lo de mi demencia al oficial de policía, y al instante me retiró el permiso de conducir, sin comprender que es una demencia buena.

—¿Dónde vives?

Pero Luria teme volver a confundirse con la dirección de su casa. Le basta con que lo dejen junto a la tumba de Rabin.

—¿Te refieres a la estela conmemorativa?

—Claro, a la conmemorativa solamente.

Y menos mal que se ha bajado en la plaza Rabin, porque se ha vuelto a liar con el camino a casa, pero al menos lo ha hecho sin humillarse delante de nadie. Se da cuenta de que va en la dirección equivocada solo cuando ve enfrente el mar y, como supone que nadie sabrá dónde está la calle Emden, utiliza la calle Basel como punto de referencia para encontrar el camino a casa.

Se sorprende al ver que su mujer ha vuelto antes de lo habitual. Está sentada en el salón junto a la mesa grande, tiene delante un cuaderno nuevo y está mordisqueando un lápiz. Mientras él inclina delicadamente la cabeza para repartir besos por su nuca, ella se interesa por la suerte que ha corrido el túnel.

—Lo han aprobado. Puede que también gracias a mí, porque el que presidía la reunión era un tal Drucker, un antiguo empleado mío que perdió una pierna en la primera guerra del Líbano y que ahora es el jefe de contabilidad.

Su mujer recuerda al ingeniero cuya capacidad para recorrer el terreno con su prótesis tanto impresionaba a Luria.

—Ahora ya está en una silla de ruedas, pero se mantiene de buen ánimo.

—Entonces, ¿qué va a pasar ahora? ¿Dónde te encontraremos un nuevo túnel?

—Aquí, en casa, debajo de las baldosas. Porque he vuelto a liarme con el camino a casa. Y tú, ¿cómo es que has regresado a mitad de la jornada? Espero que no sea otra vez la bacteria esa. ¿Cómo se llamaba?

—Meningococo.

—¿Cómo?

—Meningococo.

—¿La depredadora?

—Depredadora no, solo agresiva.

—Que a lo mejor te ha dejado en el flujo sanguíneo a algunos de sus hijos.

—No te preocupes —se ríe—, sus hijos también han sido liquidados.

—Entonces, ¿por qué has regresado tan pronto?

—Porque me he dado cuenta de que tienes razón. Regalarle a un Estado corrupto los días de vacaciones que he acumulado, y el fondo para la investigación que no he utilizado, no es generosidad, sino arrogante

estupidez. Así que hoy mismo le he pasado a Boaz la dirección de la unidad de pediatría, y los días de trabajo que me quedan los pasaré allí como soldado raso. Y de momento, siguiendo la idea de esa tal, ¿cómo la llamaste?

–Ayalá...

–Ayalá, exacto, voy a intentar extraer de mi enfermedad una pequeña reflexión científica, y tú, que en aquellos momentos fuiste un héroe, sé un héroe también ahora.

–Pero ¿por qué en un cuaderno y no directamente en el ordenador?

–Porque es solo un primer borrador, y quiero que las ideas fluyan libremente unas frente a otras en las páginas pares e impares, porque aún no tengo claro cómo, desde la descripción de la enfermedad, se podrá llegar a lo más profundo de esa maraña. Tengo que tantear con cuidado, poner signos de interrogación, y eso solo se puede hacer a mano, no en el ordenador, porque el ordenador convierte lo escrito en definitivo y categórico. Pero cuando el borrador esté terminado, yo lo leeré y tú lo teclearás, y así tú también tendrás una ocupación hasta que te encontremos un nuevo túnel.

–No intentes dictarme conceptos médicos ni resultados de análisis, porque cometeré un montón de errores que luego te pasarán desapercibidos. Además, creo que exageras con mi actual capacidad de raciocinio. Hoy, en la reunión, he debido de estar delirando con una carretera en Galilea que se desplomó y con un túnel que jamás existió, y el tal Drucker, tal vez compadeciéndose de mí, le ha aprobado a Maymoni el túnel. Tú, Dina, ten cuidado conmigo. No construyas nada apoyándote en mí. Estoy hundido, confuso, no sé ni qué día es hoy.

La sonrisa que al principio iluminaba el rostro de Dina se va desvaneciendo, y en sus párpados tiembla la piedad hacia un hombre amado cuya desesperación no es del todo descabellada. De modo que se levanta, lo agarra de la cintura, atrae su cabeza hacia ella y acerca los labios para darle un largo y profundo beso de enamorados. Mientras él duda entre la evasión y la entrega, ella le saca la camisa de los pantalones, lo acaricia y le besa el pecho y los brazos, y susurra, «qué importa qué día es hoy si el amor existe todos los días». Y aunque no está claro si la pasión de su mujer es real o solo aprendida, ahora que está tendida delante de él, la obligación de Luria

es dejar de lado la depresión que siente y ponerse de rodillas para satisfacer a la única persona que puede ralentizar su deterioro.

Por la tarde, llegan temprano al concierto de Hachamishia Hakameri en el museo de Tel Aviv, porque quieren que les dé tiempo a ver dos nuevas exposiciones. Como el encuentro amoroso en pleno día ha ido bien, tampoco ahora se sueltan la mano. Aunque las dos exposiciones son muy distintas, están situadas la una junto a la otra, en la misma planta. La primera es de un pintor israelí de treinta años afincado en Ámsterdam, y la segunda es de un pintor finlandés mayor que aún sigue apegado a su patria. El denominador común de ambas exposiciones es el carácter serial de los trabajos. La serie del israelí se llama *El inicio de un terremoto*, y la serie del finlandés, *La resurrección*. Los lienzos del israelí son de tamaño mediano, diez cuadros que muestran familias israelíes de diferentes orígenes y clases sociales durante una cena en casa, al inicio de un terremoto del que los comensales aún no se han percatado. Los colores de los trabajos del pintor finlandés de setenta años, que últimamente ha logrado un gran reconocimiento, son más suaves y apagados que los del israelí, los lienzos son más pequeños, y en ellos hay abundantes espacios blancos de nieve o de hielo que con frecuencia parecen infinitos. Las figuras son diminutas, están borrosas, pero son muy numerosas, porque al parecer son muchos los muertos que quieren volver a la vida para despedirse otra vez de ella.

—Pero ¿cómo se sabe que son realmente antiguos muertos y no simplemente personas? —pregunta Luria.

—Porque no tienen ojos —le explica su mujer—. Observa bien, son ciegos.

Pero ahora no tienen tiempo de profundizar más en la multitudinaria resurrección que sucede en el lejano norte, porque deben irse rápidamente al concierto que tiene dos partes. La primera resulta ser una condena total, una obra muy actual, y no precisamente corta, como suelen ser las obras musicales actuales que se avergüenzan de sí mismas. Pero en la segunda parte llega la generosa recompensa en forma del Quinteto para piano de Brahms, que antes Luria sabía tararear para sus adentros. Y, a pesar de la maravillosa música, él echa un vistazo de vez en cuando a sus móviles para comprobar si Maymoni ha intentado contactar con una llamada o un mensaje. Pero no hay ni rastro de Maymoni, es como si también a él se lo hubiese tragado la tierra junto con su Ayalá.

—¿Por qué no le llamas tú? —le dice su mujer al observar su decepción

cuando finaliza el concierto.

—Porque una vez —responde Luria—, una mujer me dijo que mi dignidad era también la suya, así que he aprendido a esperar con paciencia.

Cuando vuelven a casa, Dina regresa de inmediato a su cuaderno. Resulta que, mientras estaba escuchando la primera obra, insípida y ruidosa, se ha encendido una chispa para su investigación: intentará explicar por qué el primer antibiótico no solo no logró acabar con la bacteria, sino que incluso hizo que se agravara el estado de la paciente. Esa será la pregunta para la que habrá que encontrar una respuesta.

Al día siguiente, Luria va otra vez al museo de Tel Aviv a comprobar si los muertos que resucitaron en la obra del finlandés están realmente ciegos. Y, efectivamente, a las figuras diminutas les faltan los ojos o los tienen opacos. Tal vez pertenezcan a otra raza, nortea, en la que la mirada se dirige hacia dentro. Como es pronto para volver a casa, decide ir a visitar también el museo de Eretz Israel, y el mapa de su móvil le sugiere ir hasta allí por la ribera del río Yarkon, por la parte occidental del parque Genei Yehoshua.

Le hace caso al móvil, porque también el segundo móvil es de la misma opinión, y camina por la plaza Hamedina hasta el río, que no se sabe en qué dirección fluye. En algunos bancos, o en sillas de ruedas, hay hombres o mujeres sentados, y al lado, a una distancia prudencial para vigilar o tal vez por compasión, hay un acompañante extranjero, más oscuro, hombre o mujer, bien del mismo sexo o bien del sexo contrario que la persona que está a su cargo —no parece que haya ninguna norma acordada en el reino de la demencia—, y la mirada de ambos es similar, tranquila, pensativa, curiosa en cierta medida, carente de dolor pero también de esperanza. Sin embargo, cuando el extranjero habla de vez en cuando por teléfono en otro idioma con alguien que está en un país lejano, se nota que hay una gran distancia entre el local y el forastero.

«Entonces —se dice Luria—, a lo mejor le ha ocurrido algo a Maymoni, a lo mejor una autoridad superior ha rechazado el túnel». Ahí, entre los árboles y las parcelas de césped, con la alegría de los caminantes, el murmullo de las bicicletas y la risa de los niños que corretean, la dignidad de su mujer y la suya propia le parecen algo exageradas, así que telefonea a Maymoni, que al instante dice:

—Querido amigo, la culpa es mía, la culpa es mía, perdóname. Cuando

llevé todos los documentos firmados a la oficina de gestión de proyectos, y las explicaciones de los gráficos y de los mapas, ya se había hecho de noche y no quise darte más la lata, me pareció que ya estabas bastante tenso y asustado en la reunión.

—¿Asustado? ¿Por qué?

—No importa.

—Pero también Hanadi, que estaba sentada a mi lado, desapareció, y ni siquiera Shibolet sabía dónde estaba. ¿Al final fuiste tú quien se la llevó?

—No, a mí también se me escabulló, seguramente volvió a sus ensayos. Pero también con eso comienza a haber problemas, porque sin un carné de identidad israelí auténtico, no tiene ninguna posibilidad de actuar en una obra de verdad, sobre un escenario.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Tiene que ver con el seguro que la ley exige ante posibles accidentes en las representaciones teatrales de verdad. Por cierto, eso también te afecta a ti, nos hemos comportado con cierta negligencia respecto al seguro.

—¿Me afecta también a mí? ¿Cómo? Yo soy un pensionista que trabaja de forma completamente altruista.

—Completamente para ti, pero no para Drucker, que ya me ha reprendido por emplearte sin seguro, aunque seas ayudante sin sueldo, porque si te hubieses caído y herido, o algo peor, te hubieses perdido en el cráter de Mitzpe Ramon, el Estado se habría desentendido de ti, pero a nosotros, como tus empleadores, nos habría demandado.

—¿Desentendido de mí? ¿Por qué? Yo soy un ciudadano con identidad. Estoy cubierto en todos los sentidos.

—Tú eres tú, pero a nosotros nos habrían demandado por emplearte sin seguro de accidentes, aunque no te pagásemos ningún sueldo.

—Entonces, ¿por qué no me hacéis un seguro?

—¿Para qué?

—Para la próxima vez.

—¿Y quién lo costearía?

—Yo.

—El seguro de vida ya te lo deducen de tu pensión en Netivei Israel, pero ¿cómo le vas a dar dinero a Netivei Israel por un seguro de accidentes laborales de alguien que no está en plantilla?

—Se puede encontrar una solución.

—No la hay. En mi opinión, nadie aceptaría ese pago. Te lo estoy diciendo, Drucker me ha avisado, a pesar de lo mucho que te quiere. Él no recordaba la carretera que se derrumbó en Galilea ni el túnel que no se excavó, pero recordaba tu trato tan humano hacia él hace treinta años, tu compasión, aunque te esforzases por ocultarla.

Luria guarda silencio.

—Zvi, ¿estás ahí?

—Sí. ¿Cuándo comienzan las obras de nuestra carretera?

—Pronto, el ejército está presionando.

—Por cierto, sobre Ayalá, si no se le solucionan las cosas en la universidad, yo puedo contratarla como acompañante, en calidad de trabajadora extranjera.

—¿Contratarla para qué?

—Ya sabes, cuando esto empeore. Porque pronto empeorará. Lo presiento.

—¿Qué va a empeorar?

—La confusión, el olvido, todo eso de lo que tú le hablaste por lo que parece. Pero ella le dijo a Shibolet que mi demencia es una demencia buena.

OceanofPDF.com

Nevó

La chispa que surgió en la fastidiosa primera parte del concierto con respecto a la extraña amistad que se entabló entre el primer antibiótico y la agresiva bacteria, se convierte en una idea fructífera que puede llevar a un proyecto de investigación que salve el fondo de Dina de la codicia del Estado. Así pues, además de leer artículos en Google Scholar, Dina revisa en la biblioteca del hospital investigaciones que avalen o desafíen sus teorías. Entre tanto, el cínico funcionario de la oficina de personal, que desprecia los proyectos que tiene que financiar, le habla a la pediatra de un congreso a principios del verano que se celebrará en Múnich, en un instituto alemán especializado en bacterias y virus. La ponencia de la doctora Luria se escribe, se traduce al inglés y se revisa, se envía el *abstract* a los organizadores del congreso y se obtiene una respuesta afirmativa. También se fija el día y la hora de la intervención. La coordinadora del comité científico del congreso llama a Dina para confirmar de viva voz la aceptación, pero también para añadir una pequeña advertencia personal. Los organizadores del congreso esperan que los participantes asistan los tres días del congreso y no solo el día de sus ponencias. Los alemanes tienen experiencias no muy agradables con algunos investigadores israelíes que, después de sus ponencias, se van de compras o de turismo por la zona.

Ahora surge la pregunta de si merece la pena que Luria también realice el viaje. Él no podrá deambular solo por Múnich, y tendrá que estar encerrado en la sala de conferencias escuchando ponencias en alemán o en inglés que lo aburrirían soberanamente incluso en hebreo. Por tanto, se toma la decisión de que la doctora vaya ella sola y acorte la duración del viaje a cuatro días y, con el gran remanente que le quede de la cantidad que reciba, se vayan los dos de vacaciones a la Toscana o los Alpes suizos. Y aunque es la solución más razonable, Dina le pone una condición innegociable; si no, anulará su viaje: las noches que ella esté ausente de Israel, Zvi debe pasarlas en casa de uno de sus dos hijos. Lo mejor, por supuesto, sería enviarlo al norte, con Yoav, porque él tiene una habitación de invitados muy bonita y cómoda en una gran casa. Pero el problema está en los campos que

rodean la casa. Como Yoav y su mujer se pasan casi todo el día en el trabajo, y los nietos van a infinidad de actividades extraescolares, Luria puede sentir la tentación de salir a pasear por los campos, y allí no hay una plaza Rabin que le sirva de referencia para orientarse. Así que no hay más remedio que enviar a Luria con la hija, Abigail, que no vive lejos. Pero como es un piso relativamente pequeño y no tiene habitación de invitados, el abuelo debe pasar la noche en la habitación de los niños, al lado del nieto, que tiene un sueño muy tranquilo, o dormir en el despacho de su yerno, un joven psiquiatra que normalmente da pastillas a sus pacientes, y en muy escasas ocasiones los hace tumbarse en el diván.

Está claro que no se puede rechazar una condición tan sencilla planteada por una mujer que quiere tranquilidad durante los días que va a pasar lejos de su marido. Pero, a pesar de la promesa de que acatará sus exigencias, la doctora sale hacia el aeropuerto con el corazón agitado, y solo la existencia de los dos móviles la tranquiliza un poco.

Y entre tanto, como ya han pasado nueve semanas desde la reunión de la comisión, no es exagerado preguntarle a Maymoni si se ha producido ya el nacimiento de la carretera militar. Maymoni, que ya está ocupado en otro proyecto, le promete enterarse y, al cabo de un rato, informa a Luria de que una perforadora ha bajado al cráter para encargarse de la perforación de la montaña. Cuando la obra esté avanzada, llevará al antiguo ayudante sin sueldo, incluso sin seguro de accidentes, para que vea con sus propios ojos al retoño.

Cumpliendo la promesa que le ha hecho a su madre, Abigail llega a las cinco de la tarde para llevarse a su padre a casa. Y Luria, que ya se ha duchado y afeitado en su momento, solo mete en una bolsa el pijama, las zapatillas y el cepillo de dientes, se guarda los dos móviles en los bolsillos y se va, algo apesadumbrado, a pasar la noche en la habitación de los niños. De camino, ya llega una llamada de teléfono desde Múnich para confirmar que la condición destinada a calmar la preocupación que se ha trasladado a Alemania se cumple.

—Sí, mamá —dice Abigail—, papá está a mi lado, y parece relajado y contento.

Pero en la habitación de Noam se descubre una pequeña sorpresa. El niño monoparental Nevó también está ahí, aunque no para pasar la noche, solo hasta que la arpista vuelva de su ensayo para recogerlo. Nevó palidece y

enmudece al ver al anciano que le aseguró que su padre desaparecido no solo aparecería, sino que también le haría una visita. También Luria se alarma al ver al niño vegetariano que lanzó con histeria el plato de *shakshuka* cuando Noam le dijo con malicia que él no tenía padre. Es el niño que, en su bar mitzvá, va a subir a la cima del monte Nevó en Transjordania para comprobar desde allí si Israel, al oeste del Jordán, es la tierra adecuada donde seguir viviendo o si es preferible buscar un país más razonable. Así que Luria evita el contacto con él y se va al salón a ver los programas de noticias. Se asombra al ver que tres programas de tres canales distintos, sin haberse puesto de acuerdo de antemano, eligen exactamente los mismos temas y en el mismo orden. Pero el inquieto Nevó abandona a su amigo y sus juegos, entra en el salón y clava la vista en Luria, con una mirada de pena tan grande que Luria lo invita a subirse a sus rodillas y a sentarse en su regazo.

Cuando llega Noga, su madre, Nevó tampoco quiere separarse aún de Luria y, al igual que hiciera en aquella comida, se tira al suelo y empieza a patear y a dar manotazos. Pero la madre, que sabe cuál es la causa de la rebeldía de su hijo, no intenta calmarlo y, aunque con la fuerza que tiene en las manos por el trabajo con el arpa puede arrancar al niño del suelo y subirlo al coche, se queda callada aguardando a que la pena y la frustración se diluyan por sí solas y, quizás también, esperando a ver si Luria siente remordimientos por haber hablado de más. Y, en efecto, el corazón del portador de la falsa noticia se apiada del niño que no quiere separarse de él, tal vez porque está aguardando a que vuelva a confirmar lo que le prometió en el pasado, y para calmar el dolor de Nevó, le propone dar juntos una vuelta en el coche de su madre, para que la separación se produzca de forma gradual. Sorprendentemente, Noga acepta su propuesta, y Luria se abrocha el cinturón en el asiento trasero junto al niño para reconfortarlo con su presencia, le coge la mano y le dice al rostro de la conductora reflejado en el retrovisor:

—Sí, ya sé que yo he provocado esta situación, pero quería darle al niño alguna esperanza, pues al menos teóricamente es posible que le salga algún padre, no biológico, es cierto, pero al menos paternal, ¿por qué no?

¿Quién podía imaginar que se iba a acordar de esa pequeña promesa suya? Pues resulta que se acuerda.

¿Acaso Abigail le ha insinuado algo a su amiga sobre la demencia de su

padre para justificar su falta, o la tal Noga, que parece fuerte e inteligente, ha adivinado lo de su estado de confusión por sí misma? Sea como fuere, esa mujer se muestra comprensiva con él, y Luria se permite seguir parloteando desde el asiento trasero.

—Cuando me hablaste del monte Nevó y de tu deseo de que comprobase por sí mismo desde la cima si esta tierra es adecuada para él, me dije que, a pesar de todo, había hecho bien en darle esperanzas que lo ayudasen a tomar la decisión acertada. Porque si llegaba algún padre, llegaría a Israel y no a Ámsterdam o a Múnich. Pero, aun así, lo lamento, no sabía que sería tan importante para él.

—No pasa nada —dice ella saliendo de su mutismo—, pero ¿tú realmente crees en esta tierra?

—¿Tengo elección?

—Siempre hay elección —sentencia ella, con la seguridad de una arpista que a veces pulsa con fuerza una sola cuerda—. De momento, te llevaré de vuelta a casa de Abigail, porque veo que el niño se ha calmado.

Pero Luria no quiere dormir esa noche en la habitación de los niños, ni tampoco sobre un diván psiquiátrico en la clínica de su yerno. Le dice a Noga:

—Si no te importa, déjame junto a la plaza Rabin, porque he olvidado coger mis pastillas para dormir. Desde casa, llamaré a Abigail e intentaré liberarla de la excesiva preocupación de su madre. Además, tengo dos móviles y estoy localizable en cualquier momento y situación. A un anciano lo que más le gusta del mundo es su cama.

Pero al llegar a la calle Emden no sube a su casa, sino que baja al garaje a contemplar con nostalgia el coche rojo que le ha sido prohibido. Al final se arma de valor e informa a Abigail de que esta noche dormirá en su cama.

—Tu madre se ha vuelto un poco loca de tanta preocupación, tal vez sea porque tiene remordimientos por haberse ido sola a Alemania. Escucha, no tengo ganas de pasarme la noche dando vueltas con insomnio en la habitación de los niños, rodeado de juguetes extraños que pueden confundirme aún más. Tengo dos móviles, y siempre estoy localizable. Así que déjame dormir en mi cama, me lo merezco.

No le sorprende que su hija apruebe el cambio de planes, sin duda él es una carga y una molestia para ella.

—Está bien, papá —lo aprueba—, duerme esta noche en tu cama y, si mamá

intenta comprobar si estás en mi casa, le diré que ya estás dormido, pero a condición de que dejes tus dos móviles debajo de la almohada, por cualquier cosa que pueda pasar.

–Estarán debajo de la almohada, pero en vibración solamente.

OceanofPDF.com

El soldado

Se cambia los zapatos por unas botas y, aunque hace calor, se pone una cazadora de cuero que utilizaba cuando era ingeniero de caminos en activo. Y después de hacerse con las llaves de su coche, cierra bien la puerta y se dirige de nuevo hacia la calle Ibn Gabirol. En la parada del autobús, ve a un soldado con un fusil, un cinto lleno y un gran macuto abierto a sus pies. «Perdón, te puedo hacer una pregunta, ¿no irás por casualidad a la estación central de autobuses?». «Sí, por casualidad», responde el soldado. «Y, desde allí, ¿continúas hacia el sur o hacia el norte?». «Hacia el norte», responde el soldado. «No importa –dice Luria–, pues al norte, pero ahora debo llegar en mi coche a la estación central para recoger a un forastero que viene de lejos, y se me han perdido las gafas de conducir, y en mi permiso pone que debo llevarlas, y sin ellas, especialmente cuando cae la noche, puedo confundirme de camino, y también temo que algún policía me pille. Así que tal vez podrías llevarme con mi coche a la estación central, siempre y cuando, claro está, tengas permiso de conducir». «Por supuesto que tengo», confirma el soldado. Y Luria continúa: «El coche está asegurado y tiene los papeles en regla, solo que como he dicho...».

–Pero ¿dónde está?

–Aquí, muy cerca. A cien metros como mucho. Tiene cambio automático y está en perfecto estado, te resultará hasta agradable conducirlo.

Por un momento, el soldado duda, echa un vistazo a su reloj, pero al final sonríe y decide acceder a la extraña propuesta. Luria lo conduce hacia su casa, bajan al garaje, el rifle, el cinto y el macuto van a parar al asiento trasero, y ambos entran en el coche. Pero antes de entregarle las llaves, Luria le pide al soldado que le enseñe su permiso de conducir para estar seguro de que está en regla. Entonces echa un rápido vistazo a su brazo y le dicta al soldado el código de arranque, cifra a cifra, y el coche sale del garaje hacia la calle.

–¿Sabes cómo llegar a la estación central o te pongo el navegador?

–Conozco el camino.

Hablan con frases cortas sobre la tensión que se vive en el norte: el

soldado augura malos presagios, pero Luria no está de acuerdo con su predicción. Nadie saldrá ganando con una nueva guerra, acuérdate de cómo terminaron las anteriores. En la estación central, el soldado busca el ascensor que sube directamente desde el aparcamiento a los andenes de la sexta planta, y al principio le cuesta dar con él, de modo que va dando vueltas y vueltas por el desierto y lúgubre aparcamiento hasta que lo localiza, pero Luria no refunfuña, solo anota el número de planta y de plaza en su pequeña libreta.

En la sexta planta, de camino a los andenes, Luria se despide dando las gracias al soldado, que ya se ha abrochado el cinto y se ha cargado el macuto, y con el rifle automático en la mano parece listo para la batalla.

—No, no, señor, gracias a usted —afirma el soldado con determinación, y se aleja.

OceanofPDF.com

La pareja de Askelón

Antes de que Luria llegue a los andenes de arriba, suena uno de los móviles y Yoav le pregunta cómo está.

–He vuelto a casa –comunica el padre solemnemente–, y ya estoy en pijama a punto de meterme en la cama. Abigail y yo coincidimos en que mamá ha exagerado mucho con tanto temor, tal vez porque se siente culpable por haberse ido sola esta vez, pero, ¿por qué por unos remordimientos que no son míos, tengo yo que pasar cuatro noches rodeado de juguetes que no harán más que agravar mis delirios? De modo que tú no digas ni una palabra y, por favor, no llames al teléfono fijo y me despiertes. Si hay alguna emergencia llama a los móviles, que estarán en vibración debajo de la almohada, solo en vibración, para que el sonido no interrumpa algún sueño que yo quiera intentar comprender.

A esas horas del atardecer la estación central parece más caótica aún. Varias tiendas están ya cerradas, pero se han abierto nuevos puestos que darán servicio por la noche, y también la población cambia de edad y de color, hay más jóvenes, más soldados, más africanos y también más policías. El andén para Beer Sheva está desierto, y alguien explica que el autobús ha salido hace unos minutos y que el siguiente no llegará hasta dentro de una hora y media. Por tanto, debe buscar otro autobús que lo lleve hacia el sur. Primero piensa en Arad como parada intermedia en su camino hacia el desierto, pero según el mapa de carreteras que tiene en la cabeza, Arad puede resultar ser un callejón sin salida y, por tanto, prefiere dirigirse hacia el sur por Askelón, y tal vez en su propio coche. Ve que hay varias personas esperando al autobús para Askelón. Esta vez se trata de un trayecto largo, y no puede arriesgarse con un solo conductor capaz de echarlo del coche a mitad de camino y confiscar el coche. Así que se dirige a una pareja, un hombre y una mujer de unos sesenta años que parecen sensatos y apropiados. El hombre es robusto y de expresión severa, la mujer es delicada, pero está arrugada. Vuelve a repetir la historia de las gafas de conducir perdidas, y continúa con las alabanzas del coche, japonés auténtico, con cambio automático y agradable de conducir.

El hombre se ofrecería encantado a ayudarlo, pero desgraciadamente le retiraron el permiso de conducir hace cuatro meses, y el plazo de la sanción aún no se ha cumplido. «¿Por qué se lo retiraron?», Luria siente curiosidad. Resulta que el hombre atropelló a un motorista que, con total seguridad, se saltó un semáforo en rojo, pero como la policía no podía acusarlo de matarse a sí mismo, decidió darle alguna compensación moral a los familiares retirándole el permiso al conductor que, de acuerdo con la ley, lo había matado. «¿Y su mujer?», pregunta Luria, que no se da por vencido. El hombre mueve la cabeza con tristeza. «Mi mujer tiene permiso, pero solo conduce en distancias cortas. Por su bien, señor, yo no me arriesgaría con ella por carreteras interurbanas». «Pero ¿cuál es exactamente el problema?», insiste Luria, que simpatiza con la mujer de ojos sonrientes. «Como muchas mujeres –explica el marido con autoridad–, no presta atención a la carretera, se olvida de poner el intermitente, y le da tanto miedo adelantar a otros coches que los conductores que van detrás de ella se desesperan». «No pasa nada –dice Luria–. A lo mejor se pone nerviosa cuando usted está a su lado, pero si yo me siento a su lado, seguro que se calma. Vengan conmigo, bajo mi responsabilidad. Se ahorrarán tiempo y dinero». «Bajo su responsabilidad», dice el marido cogiendo la maleta. Bajan al aparcamiento, y la anotación hecha por Luria resulta ser exacta. El coche rojo está solo en el aparcamiento desierto, que parece un gigantesco refugio nuclear preparado para una catástrofe.

Antes de que la mujer se siente al volante, el marido quiere comprobar los papeles del coche y del seguro. Tras mirar los documentos de arriba a abajo, pregunta quién es la doctora Dina Luria. «Es mi mujer –le explica Luria–, jefa de pediatría, que ahora está participando en un congreso en Múnich, un congreso sobre bacterias depredadoras». «¿Y qué busca usted en Askelón?», prosigue el marido con el interrogatorio. «Tengo que ir a ver a mi hermana, que ya está avisada de que vaya a la estación central a recogerme».

Por fin el marido se queda conforme y deja la maleta en el maletero junto a la urna de las cenizas que aún sigue allí. La mujer recibe el código de arranque de Luria, que está sentado a su lado, mientras que el marido se sienta detrás. Se nota que la mujer está emocionada por la confianza que han depositado en ella, arranca sin problemas, saca el coche con destreza de las profundidades del aparcamiento y se dirige muy segura hacia la

carretera 20, con la esperanza de que la propia carretera descubra la autopista 40 para incorporarse a ella.

Su forma de conducir es sosegada. De vez en cuando, el marido empieza a hacer algún comentario desde atrás, pero Luria lo hace callar.

—Déjeme que yo la supervise, lo está haciendo muy bien, confíe en mí, he sido ingeniero de caminos durante muchos años en Netivei Israel, tengo cientos de kilómetros en la cabeza.

El marido se ha quedado tan tranquilo con el tándem formado entre su mujer y el ingeniero de caminos que, los últimos veinte kilómetros antes de llegar a Askelón, los pasa profundamente dormido.

En el aparcamiento de la estación central de Askelón los aguarda su coche, que los llevará a su casa situada junto a la playa. «¿Quiere que esperemos con usted hasta que venga su hermana?», le preguntan con gratitud. «No, no es necesario, confío en ella, vendrá. Y mil gracias por su ayuda».

—¿Gracias a nosotros? —dicen sorprendidos, los dos a la vez—. Gracias a usted.

La estudiante de medicina

Son cerca de las nueve. El Suzuki rojo está parado en el aparcamiento casi vacío. En la estación de autobuses de la empresa Dan BaDarom hay cuatro andenes, pero solo en dos de ellos aguardan autobuses vacíos. Luria ve gente junto a un mostrador iluminado, y va hacia allí y se sirve él mismo una gran taza de café. Después consulta qué autobús va a Beer Sheva y se entera de que, aunque Beer Sheva está solo a unos sesenta kilómetros de Askelón, el viaje dura cerca de una hora y media, porque el expreso se convierte a esas horas en un autobús local que va dejando y recogiendo viajeros en todos los pueblos. «Así que me he quedado atrapado –reconoce Luria–, he mentido y me he quedado atrapado, me he quedado atrapado y he mentido, y no me va a quedar más remedio que transgredir la ley y conducir el coche de vuelta a Tel Aviv, espero no tener ningún accidente por el camino y que no me pillen cometiendo ninguna infracción. En vez de acurrucarme ahora debajo de una manta, estoy determinado a acercarme al coche que tengo prohibido al lugar donde se abrirá el túnel, porque solo así podré comprender lo que simboliza y adónde me conduce. Mi tiempo se está acabando y, dentro de unos meses, cuando Maymoni se acuerde de bajarme al cráter, la demencia ya no entenderá por qué estuve luchando aquí.»

Poco a poco se van congregando los viajeros para Beer Sheva. Una joven alta con una mochila a la espalda y un hombre muy mayor que le lleva una bolsa se unen también al grupo de pasajeros, que aún no ha formado una fila ordenada. La combinación de ambos le parece a Luria prometedora y se acerca a ellos con la misma historia de las gafas, que esta vez refuerza mencionando su profesión, ingeniero de caminos jubilado. Sorprendentemente, el viejo sabe algo sobre Luria, de la época en que Netivei Israel aún se llamaba Departamento de Obras Públicas. Él mismo era jefe de obra autónomo, pero el rumor de que una excavadora había rodado por una ladera hasta al fondo de un barranco llegó hasta el sur donde él estaba. Luria se emociona, así que a veces también hay hechos fundados, y no todo son deseos delirantes. Entonces, concluye la agradable

conversación, señor, conduzca por mí hasta Beer Sheva y por el camino iremos recordando más cosas. Pero el viejo no va a Beer Sheva, solo su nieta, una estudiante de quinto de medicina en la Universidad Ben Gurión, que se ha acercado a Askelón por unas horas para visitar a su abuelo enfermo, y que ahora regresa a Beer Sheva para hacer el turno de noche en las urgencias del centro médico Soroka. «¿Qué especialidad te gustaría hacer?», dice Luria dirigiéndose directamente a la estudiante de medicina, que lo observa con mirada inteligente. Aunque aún le queda tiempo para decidir, se inclina por unirse a la lucha contra el cáncer. Pero Luria tiene otra sugerencia y, si lo lleva a Beer Sheva, intentará convencerla por el camino de que elija neurología y no oncología, porque el cerebro, que no se puede trasplantar, siempre será más complejo y desafiante que todos los enigmas del cáncer. El cerebro es astuto. Cuando le van a diagnosticar enfermedades y debilidades, a veces sabe hacerse pasar por sano y normal.

Con confianza mutua, sin comprobación de permisos ni pólizas de seguro, la mochila de la estudiante pasa al asiento trasero, se aumenta la distancia entre el volante y el asiento para que quepan las largas piernas de la futura doctora, y, solo entonces, se le muestra el brazo tatuado con el código de arranque. Sin mostrar ningún interés por lo que quiere Luria en plena noche de la capital del Néguev, la joven dirige el coche hacia el este, hacia la carretera 35, para poder incorporarse después de Kriat Gat a la autopista 6.

El rastreador

Durante el viaje a Beer Sheva ya ha notado las insistentes vibraciones de los dos móviles, pero ha evitado contestar con un motor rugiendo a su alrededor. Ahora que la conductora ha recogido su mochila, se ha ido rápidamente a hacer su turno de noche y lo ha dejado en la oscuridad del aparcamiento del hospital, que ni siquiera a esas horas está completamente vacío, Luria se aleja unos pasos de su coche, aparcado muy cerca de la entrada principal, y se detiene en un sitio tranquilo junto a una de las grandes ruedas de un camión para devolver la llamada y decirle a su mujer en tono calmado: «Sí, querida, soy yo, ¿qué pasa? ¿Aún no te has dormido?». «¿Dónde estás? –grita ella al oír su voz–. ¿Por qué no contestas?». «Estoy sano y salvo debajo de la manta, seguro que Abigail se ha visto forzada a confesarte que acordamos que esta noche regresaría a dormir a casa, porque a mi edad y en mi estado me cuesta dormir en la habitación de los niños rodeado de extraños y aterradores juguetes. Así que, aquí estoy, en nuestro dormitorio, donde todo es familiar, acostado en la cama, aunque triste porque tu lado está vacío». «Entonces, ¿por qué no contestas? He llamado varias veces». «Ya le dije a Abigail que desconectaría el teléfono fijo y pondría en vibración los móviles, y la vibración de tu llamada se ha debido de entremezclar con mis sueños. Además, ¿por qué me regañas? Ya estoy bastante triste sin ti. Estoy en casa y aquí no ocurre nada, así que, ya que me has despertado, habla tú. Informa, cuenta, ¿cómo ha ido el primer día? ¿Qué tal las ponencias? ¿Cuál es el nivel general?».

Pero Dina no accede a su petición. «Solo explícame con sinceridad desde qué lugar de la casa me estás hablando». «¿Por qué?». «Porque se te oye muy lejos, como si estuvieses en la calle, como si a tu alrededor hubiese viento». «¿Viento? –se ríe él–, ¿qué viento? Deben de ser los espíritus que deambulan entre Alemania e Israel, basta, déjame tranquilo, esto no es justo, ya que eres tú la que se ha ido y yo el que me he quedado, por favor, habla tú y yo escucharé».

Ella se calma un poco. Sí, hay cosas nuevas que no conocía, hay avances

significativos en las investigaciones, hay aparatos y hay medicamentos de los que hasta ahora no había oído hablar. En los últimos años ha sido demasiado descuidada, no ha leído artículos nuevos ni ha participado en suficientes congresos. El día a día de la unidad de pediatría y los asuntos administrativos han hecho mella en ella.

—Pero, a pesar de todo —se apresura él a levantarle el ánimo desde la distancia—, has sido tú, y no los artículos que no has leído, quien ha logrado curar a los niños enfermos.

Pero su honestidad no le permite aferrarse a las palabras de ánimo que le llegan de lejos.

—No, Zvi, no a todos los niños. Has olvidado que también ha habido niños que han fallecido en mi unidad.

Sí, ahora sabe que también se han cometido terribles errores en los tratamientos, errores que ya no tienen arreglo, pues también ella, igual que él, se jubilará muy pronto. Pero al menos sin demencia, la consuela su marido.

Y entonces, a pocos metros de distancia, salta un chispazo, la colilla de un cigarro arrojada al suelo, y una figura escurridiza, que al parecer ha estado escuchando la conversación, pasa por delante de él en dirección al hospital. Quién sabe a quién puede informar allí ese hombre de la conversación que ha estado escuchando a escondidas. Se apresura a concluir la conversación con su mujer y a seguir a esa figura para ver si, al menos, consigue hablar con ella.

—Perdón —dice, atreviéndose a tocar ligeramente el hombro de un joven—. ¿No tendrás un cigarro para mí?

Y algo embotado, exhausto por las vicisitudes del viaje, mira fijamente a un joven beduino que lleva una camisa militar, con galones de sargento, y unos pantalones de civil, unos vaqueros con rasgaduras al estilo de las jóvenes adolescentes.

—Un cigarro, claro —dice el joven, sacando del bolsillo de su camisa un cigarro largo y grueso—, pero tenga cuidado, es un tabaco fuerte que yo mismo lío.

Está tan preocupado que parece dispuesto a que lo pongan a prueba con un tabaco más fuerte de lo normal y, aunque han pasado muchos años desde la última vez que fumó, se pone el cigarro entre los labios e inclina sumisamente la cabeza hacia la larga llama. Al instante todo su ser se ve

atrapado por una ola de quemazón que le nubla los sentidos y le enturbia la vista. Se aparta el cigarro de los labios, pero siente que la demencia prende en su interior y se convierte en una tos profunda que lo obliga a encorvarse. Dirige la mano hacia el joven en busca de apoyo, pero antes de que este se percate, la asfixia ha doblado a Luria y lo ha hecho caer de rodillas, y, movido por el pánico, se agarra a los vaqueros del joven y le agranda las rasgaduras.

—Ya sabía yo —le dice el joven con calma al hombre que está arrodillado delante de él, asfixiado por la tos— que este no era un cigarro para usted.

Como las toses se niegan a cesar, y parece que encima van en aumento, el joven le sugiere entrar en urgencias para que le den algo que lo relaje. Pero quien entra a medianoche en urgencias tiene que estar preparado para que le diagnostiquen enfermedades que ni sabía que existían. No, se sobrepondrá a la tos por sí solo. Aún le queda un largo camino esta noche hasta Mitzpe Ramon, y también tiene que encontrar a alguien que lo lleve hasta allí, porque el problema es que sus gafas de conducir han desaparecido. Y por cuarta vez vuelve a contar la historia de las gafas, incluido el epílogo identificándose como ingeniero de caminos jubilado.

—¿Cuánto le dará al conductor?

—¿Cuánto puede pedir?

—¿Ida y vuelta?

—De momento, ida, pero quizás también vuelta.

—Ciento cincuenta shekels por trayecto, no solo por la distancia, sino por el tiempo.

—Es razonable. Pero, muchacho, ¿tienes permiso de conducir?

—¿Cómo no voy a tenerlo? ¿No ve usted que estoy en el ejército como rastreador?

—¿Aún necesitamos rastreadores? —sonríe Luria, y entre tanto las toses se han vuelto más suaves y educadas—. Creía que los soldados que se sientan ante las pantallas ven mejor que todos vuestros olfateadores de huellas recientes en los caminos fronterizos.

—Nosotros, los rastreadores, vemos cosas que esas chicas jamás verán ni en sueños. Entonces, hemos llegado a un acuerdo. Usted accede a que lo lleve en su coche a Mitzpe Ramon.

—No a la ciudad, al cráter.

—También el cráter está incluido en el precio. Pero deme solo un

momento para ver si el parto ha empezado ya.

–¿Qué parto?

–El de mi hermana, a la que he traído hasta aquí en ambulancia. Pero ella insiste en que no dará a luz hasta que vea a su marido, que está llegando desde el norte.

–¿Y llegará?

–Enseguida lo veremos.

OceanofPDF.com

El túnel

El rastreador desaparece en el paritorio y Luria, que ya se ha librado de la tos, se prepara con un profundo cansancio para continuar el viaje. Saca del maletero una manta vieja y se sorprende una vez más al ver que la urna de las cenizas aún sigue allí. Después se mete en el asiento trasero, se tumba en posición fetal, se tapa y se inquieta al pensar todo lo que se ha alejado esta noche de su casa y de su familia por un túnel oculto, y tan solo bajo el amparo de dos móviles. Aunque entre Beer Sheva y el cráter el camino no es muy largo, ya no queda mucha noche, y la vuelta a casa va a ser complicada. Pero tal vez esa especie de rastreador beduino pueda llevarlo de vuelta al centro del país sin escándalo. Solo hay que acordarse de llenar el depósito en la primera gasolinera.

Pasa un rato hasta que el beduino despierta al durmiente para que le dé las llaves. «¿Qué pasa?, ¿ha comenzado el parto?». «Sí, el marido ha llegado y mi hermana ha accedido a liberar al retoño». «¿Y tú? –pregunta Luria, que siente curiosidad–. ¿Estás casado o no?». «Un poco casado», sonríe el joven. «¿Qué significa un poco para ti?». «Un poco es solamente una mujer». «¿Y no es suficiente para ti?». «Para mí sí, pero no para ella. Ella quiere que traigamos a otra mujer para poder fastidiarla». «¿Y cómo te llamas?». «Jamid, igual que mi padre». «¿Y usted? ¿Cómo se llama?». «¿Yo?». Ahora lo asalta el pánico, porque ya por el camino desde el centro del país ha sentido que la oscuridad se iba intensificando alrededor de su nombre propio. «Me llamo Luria». Intenta escabullirse. «Llámame señor Luria, con eso basta». Pero el beduino insiste: «No, no basta, yo le he dicho mi nombre, ¿por qué no me dice el suyo para que podamos viajar como amigos?» Pero Luria rehúsa. «No, llámame señor Luria. Con eso basta. Soy más viejo que tú».

El rastreador parece dolido, él buscaba cercanía y se encuentra con una incomprensible ira. Se sienta al volante y pide el código de arranque. Luria enciende la luz que está encima de su cabeza para leer las cifras de su brazo. «¿Qué pasa? –se burla el rastreador–. ¿También usted tiene que recordar las cosas con sus tatuajes?». «¿Cómo que también?», salta Luria.

«Es que en nuestra tribu también hay algunos viejos que se tatúan lo que no recuerdan. Si quiere, a la vuelta, podemos pasarnos a hacerles una visita». Ahora Luria está aterrado; «me he agenciado a un loco de conductor». Y en el rugido de motor vuelve a oír el susurro de la joven del fabricante. Así que sigue ahí, no se ha rendido, menos mal que el rastreador no lo percibe.

En la primera gasolinera, Luria está demasiado cansado como para salir del vehículo, de modo que le entrega la cartera al rastreador, que le pide permiso para pagar en efectivo, y no con tarjeta de crédito, y así poder dejarle una buena propina al gasolinero, que además es su primo. «Entonces, ¿de dónde sois todos vosotros?», pregunta Luria. «Del cruce de Tlalim –responde Jamid–, pero a veces también nos desplazamos».

Aunque el asiento trasero del coche rojo resulta bastante cómodo, psicológicamente a Luria le cuesta estar tumbado en su coche particular mientras otro lo conduce. Así que se incorpora y mira por la ventanilla el desierto que va pasando frente a él. Ahí están las grandes cárceles, y después Givat Hablanim y, unos pocos kilómetros más adelante, pasan por el bosque de sombras de Ramat Beka. El cruce del Néguév, anuncia el conductor con solemnidad, ¿qué hacemos? ¿Seguimos por la autopista 40? Claro, ladra Luria, no tengo otra carretera.

El kibutz Mashabei Sadeh está inmerso en una completa oscuridad, salvo por la iluminación de la valla de seguridad que lo rodea. «Qué preciso y certero es el nombre que este kibutz eligió ponerse, Recursos Naturales», piensa Luria. Tal vez tendría que unirse al kibutz antes de perder completamente la cabeza.

Desde el cruce de Tlalim se dirigen hacia el cruce de Halukim, y en las colinas que hay a derecha e izquierda se ocultan granjas aisladas. El coche aumenta la velocidad, porque toda la carretera está a su disposición. En el cruce de Halukim tuercen un poco hacia el oeste y continúan hacia los campos de cítricos. «¿Sigues despierto?», le pregunta Luria a su chófer. «Como un demonio que se ha caído a un pozo», responde el rastreador aumentando aún más la velocidad.

Son las tres de la madrugada, y en Sde Boker y Midreshet Ben Gurión no hay luz. «¿Qué pasa? ¿Es que aquí no hay ni una sola persona con insomnio, o que esté leyendo un libro o viendo una película?».

–Dime, vosotros, los beduinos, ¿visitáis alguna vez la tumba de Ben Gurión?

–¿Para qué?

–Porque alguien me contó que Ben Gurión creía que vosotros, los beduinos, de hecho sois judíos que olvidaron que eran judíos.

–¿Y qué si lo olvidamos? ¿Es ese un motivo para perseguirnos ahora a diestro y siniestro?

El camino corre. A derecha e izquierda se extiende el desierto envuelto en una pureza azulada, y las nuevas estrellas que despuntan desde las profundidades del firmamento dilatan con su brillo el universo. Un viento nuevo sube desde el barranco de Nahal Zin, recorre el desierto, atrapa arena y la hace bailar en altos torbellinos hacia un horizonte desaparecido. La tristeza ancestral de personas antiguas que pasaron por aquí y jamás volverán a la vida le encoge el corazón al pasajero del asiento trasero, que sigue buscando con disimulado terror el rastro de su nombre propio, que no ha dejado atrás ni una sílaba siquiera.

–Muy pronto –comunica Jamid– llegaremos a un lujoso hotel llamado Bereshit, Génesis, como el libro de vuestra Biblia. En el vestíbulo hay un rincón por la noche con café y té para todos los del hotel que no consiguen dormir. ¿No querrá, por casualidad, que también nosotros nos espabilemos un poco antes de bajar al cráter?

–Pero ese café no es para nosotros, es solo para los huéspedes del hotel.

–También para nosotros, porque tengo allí una prima que limpia por las noches las habitaciones para los que llegan al día siguiente, y ella se ocupará de nosotros.

Un extraño pensamiento destella en el asiento trasero: «Tal vez Maymoni esté durmiendo ahora en el Bereshit para supervisar su túnel y, si es así, podrá sacarle delicadamente el nombre desaparecido». De modo que le dice al rastreador: «Vale, paremos, pero solo un rato, porque recuerda que quedamos en que también me llevarías de vuelta desde el cráter al centro».

–No se preocupe.

En la recepción del Bereshit no hay nadie, pero, efectivamente, en la entrada al comedor hay una mesa con termos de café, té y leche, y dos cuencos con dátiles de diferentes clases. El rastreador sirve café para él y leche para su pasajero, coge algunos dátiles de diferentes clases y se los mete en el bolsillo.

–Yo no veo aquí a ninguna prima tuya.

–Como va a verla, si ahora está arreglando las habitaciones de los

bungalós.

–Pues llámala, porque aunque he estado aquí varias veces, nunca he visto cómo son las habitaciones por dentro. Y precisamente quiero ver una habitación sin arreglar.

El rastreador se saca el móvil del bolsillo y le envía un mensaje a su prima. Pasa un buen rato hasta que aparece una beduina sonriente con uniforme de camarera. Jamid le dice, este es el señor Luria, que quiere ver cómo es una habitación deshecha.

–¿También vosotros la llamáis habitación deshecha? –pregunta Luria sorprendido.

–¿Pues cómo quiere que la llamemos?

Y la camarera los conduce al exterior del vestíbulo y los lleva hacia uno de los bungalós de piedra, con una pequeña piscina junto a la puerta de entrada. Ella abre la puerta y Luria entra en una habitación caótica, con mantas echas un higo, toallas tiradas en el cuarto de baño, vasos sucios y pepitas secas sobre la mesa y periódicos rasgados en la papelera. Una habitación completamente deshecha, pero sin rastro alguno de objetos personales.

–Tendrás aquí mucho trabajo –le dice Luria a la camarera– para hacer de nuevo la habitación.

–No pasa nada –responde el rastreador en su lugar–, está acostumbrada.

Y otra vez Maale Haatzmaut. Luria se acuerda de cada curva que tomó Maymoni con su coche americano. Ahora serpentea también por aquí su coche japonés, aunque él no es el conductor que vigilará que no caiga por el barranco. Le pide al rastreador que pare en lo alto de la pared del cráter, para poder cambiarse al asiento del copiloto. Desde ahí le resultará más fácil localizar la colina que está pidiendo un túnel. La luna ha concluido su turno de guardia y ha dejado tras ella una noche oscura, pero aún hay estrellas fieles al cráter que lo ayudarán a orientarse bien. Ya se distinguen las siluetas de un camión y de una excavadora con fresadora giratoria, y al lado hay una gran tienda donde duermen los obreros y tal vez también el capataz, y un perro peludo adormilado en la entrada. Este es el sitio, le informa Luria a su rastreador. Una vez han bajado del coche, el perro se levanta perezosamente, se acerca a ellos moviendo la cola y empieza a meterse en actitud sumisa entre las piernas de Jamid. «¿Por qué este perro no nos ladra?», pregunta Luria sorprendido. «¿Por qué iba a ladrarnos, si

huele que yo soy musulmán y tú, el judío, estás bajo mi protección?». Luria se calla. En el camión pone con grandes letras: SHAFIK SHAFIK. KAFR YASIF. Pero en la tienda reina un absoluto silencio, nadie se despierta con su llegada. Como no hay nadie a quien saludar, Luria echa a andar hacia la colina y, ya desde la distancia, distingue en la oscuridad unas cintas amarillas ondeando al viento que señalan la entrada del túnel. Con solo echar un vistazo, el experimentado ingeniero de caminos confirma que las mediciones que estaban sobre el papel se están llevando a la práctica.

OceanofPDF.com

*La tierra del ciervo**

Pero inspeccionar la entrada del túnel no es la verdadera finalidad del viaje que le quema por dentro, y por eso no puede volver al centro todavía. Son las cuatro y media. ¿Con esta oscuridad, que ahora se intensifica como para protegerse del alba que pronto despuntará, podrá distinguir las marcas del *quad* de Shibolet? Sube solo un poco y aguarda a que el sol dé señales de que tampoco esta mañana olvida cumplir su función. Desde arriba, observa cómo el rastreador ata una cuerda al cuello del perro, que no se separa de él, y luego ata el otro extremo al brazo de la excavadora. El rastreador se mete entonces en el coche rojo para encontrar allí algo de descanso. «Menos mal que he elegido a un rastreador como conductor –piensa Luria–, porque ellos tienen una paciencia infinita con el tiempo y el espacio, pero menos mal también que el código de arranque va conmigo, así puedo estar seguro de que encontraré el coche cuando vuelva». Ascende unos cuantos metros más en la oscuridad, pero sus pies tropiezan entre las rocas, así que decide aguardar al primer rayo de luz. Y como está convencido de que ni sus dos hijos ni su mujer se atreverán a llamarlo a esas horas, apaga los dos móviles, solo así podrá demostrar que la bajada al desierto ha sido un sueño y no una realidad. Se sienta sobre una roca y tal vez se queda dormido, pues un destello de luz, el primero en nacer por el este, sobre el valle Mahmal, lo obliga a abrir los ojos y, mientras espera a que el destello se convierta en un rayo de sol, otro destello emerge a una considerable distancia del primero, sobre el valle Ardon. «¿Acaso esta mañana saldrá un sol especialmente hinchado en el cráter? –se pregunta Luria–. ¿O saldrán tal vez dos soles separados?» Con la fuerza que le infunde ese pensamiento, se atreve a ascender por la escarpada ladera, que la vez anterior le pareció cruel para su edad, mientras que esta mañana, pese al agotamiento, le resulta adecuada para su demencia. Y así, con la luz cada vez más intensa de dos posibles soles, distingue las marcas de las ruedas del *quad* de Shibolet y, por lo recientes que son, parece que el antiguo oficial ha estado aquí no hace mucho.

Los primitivos y rotos escalones de piedra, que recuerda bien de la visita

con Maymoni, anuncian que las ruinas nabateas ya no están lejos, y, efectivamente, enseguida se encuentra caminando entre las dos jorobas de la cima.

Ahí está el maestro de pueblo, Rahman, Yasur, que aún no se ha entregado, tal vez también porque Shibolet ya se ha ocupado de ponerle una camisa azul con el emblema de la protectora de la naturaleza, con la esperanza de que la naturaleza otorgue protección al palestino. Parece que el maestro no se sorprende en absoluto de ver a Luria a esa hora tan temprana junto a sus ruinas, tal vez porque supone que Luria no ha subido a la cima por él, sino por su hija Hanadi, a la que ahora señala en silencio. Ella está dormida a los pies de la mesa de piedra, dentro de un montón de mantas de retales de colores y, por su forma, Luria siente y también sabe, como la noche que ingresaron a su mujer y él se dejó caer junto a la cama de una desconocida, que la joven ya no está sola, porque hay un feto en su vientre.

¿Es esa la única forma que tiene Maymoni, o Shibolet, de darle la identidad israelí que le falta?

—Zvi —dice el maestro, pronunciando el nombre del jubilado que subió a la colina hace muchos meses—. ¿No es usted Zvi?

—Sí, Zvi

Luria recibe con emoción y agradecimiento el nombre propio que ha vuelto a él, y el miedo lo atrapa.

—Pues, mire, ahí hay otro Zvi, otro ciervo —dice el maestro, agarrando con fuerza a Luria por los hombros y girándolo hacia el sur, hacia un montículo cercano.

Y, en efecto, allí está como flotando el ciervo que Maymoni, en su última visita al cráter, pensó que era solo una alucinación de Luria, y resulta que está ahí, no es un espejismo, es un ciervo vivo, grande, y parece que toda la luz del mundo se ha concentrado en su cornamenta. El maestro de pueblo camina hacia las ruinas y trae de allí un viejo fusil, un fusil híbrido cuya identidad y ensamblaje de piezas no están claros, y apunta con él al ciervo, que permanece pensativo mientras esparce su luz alrededor. Y antes de que Luria pueda gritar, el maestro dispara una única pero certera bala a la cabeza del ciervo, que se niega a aceptar su muerte y quiere escapar, pero el proyectil sumergido en el resplandor que emana de entre sus cuernos lo

hace tambalearse. Lentamente el ciervo se arrastra hacia un desfiladero y desaparece.

Givatayim 2015-2018.

OceanofPDF.com

* Es el nombre en hebreo del planeta Venus. (*N. de la T.*)

* El nombre Zvi significa «ciervo». *Eretz Ha-Zvi* significa aquí literalmente «la tierra del ciervo». Sin embargo, es una forma de llamar a la Tierra de Israel desde la antigüedad y su significado original es «la tierra hermosa» o «la tierra del esplendor». *Eretz Ha-Zvi* alude en estas páginas a ambos significados (*N. de la T.*).

OceanofPDF.com

Título original: *Haminharah*

Publicado por primera vez por la editorial Hakibbutz Hameuchad, Tel Aviv, 2018.

© 2018, A. B. Yehoshua

© 2021, de la traducción: Raquel García Lozano

© 2021, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Esta edición ha contado con el apoyo de la Consejería
de Cultura de la Embajada de Israel en España

Primera edición: junio de 2021

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. Riera de les Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

Ilustración de cubierta: *Waiting Room #4*, © Jamie Perry

Diseño de cubierta : Elsa Suarez Girard

ISBN: 978-84-18538-04-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos

OceanofPDF.com